Morris West

Arlequín

Lectulandia

Paul Desmond admira a su buen amigo George Arlequín por su linaje, exquisita educación y fluidez en varias lenguas. Presidente de un prestigioso banco europeo con sede en Ginebra, Arlequín pertenece a esa clase de caballeros en extinción cuyo apretón de manos es una obligación. Pero los tiempos han cambiado, y su mundo se ve amenazado por un ataque frontal y despiadado a escala internacional.

Basil Yanko, un hombre de negocios ambicioso y sin escrúpulos, quiere conseguir el control de la compañía de Arlequín. Nada le detendrá en su oferta pública de compra, utilizando incluso el asesinato para conseguir sus objetivos. Ambientada en el mundo de las altas finanzas internacionales, es una novela apasionante, fresca y entretenida, que mantiene toda su vigencia a pesar del paso del tiempo.

Lectulandia

Morris West

Arlequín

ePub r1.0
Artifex 04.09.13

Título original: *Harlequin*
Morris West, 1974
Traducción: Rosa Fragua
Diseño de portada: Artifex

Editor digital: Artifex
ePub base r1.0

Para Sheila

Como si fuésemos villanos por necesidad;
locos por compulsión celeste.

SHAKESPEARE.
El Rey Lear, Acto 1.º, Escena 2.ª

Capítulo 1

George Arlequín y yo hemos sido amigos durante veinte años. Debo confesar que él es el único hombre al que he llegado a envidiar de veras. Hubo un tiempo en el que creía que le odiaba, pero su elegancia y sensatez hicieron que estos sentimientos pasaran.

Él es todo lo que no soy yo. Soy grandote, corpulento y de aspecto poco agraciado, la desesperación de cualquier sastre. Él es delgado, elegante, monta a caballo con clase y da gusto verle jugar al tenis. Yo apenas domino un idioma; Arlequín es políglota, excelente en media docena de ellos. Es más, tiene el encanto informal del típico cortesano del Renacimiento. Yo soy su antípoda: impaciente, impulsivo y siempre dispuesto a ser duro y simple en mis juicios. Arlequín es europeo, frío, conciliador, sutil y paciente, incluso con quienes son idiotas.

Nació en la opulencia. Su abuelo fundó el Banco Comercial Arlequín & Cía, en Ginebra. Su padre firmó acuerdos internacionales y abrió oficinas en París, Londres y Nueva York. Arlequín amplió el área de influencia del banco y heredó la presidencia así como el mayor paquete de acciones con derecho a voto de la entidad. La tradición de la casa era sagrada para él: el carácter del cliente importaba más que su garantía; el riesgo, una vez tomado, nunca se revocaba; el contrato nunca se cubría con triquiñuelas legales; un apretón de manos tenía tanta validez como un documento firmado; si el cliente o su familia pasaban por una mala racha, el lema de la casa era: *Amicus certus in re incerta*, es decir, «se conoce a un buen amigo en las situaciones difíciles».

En cuanto a mí, empecé pura y simplemente comprando y vendiendo. Me abrí camino en el mercado del metal, hice dinero y lo perdí. En los años de vacas flacas que siguieron, me sentía humillado por la generosidad de Arlequín para conmigo. Casi no podía creer en las sumas de dinero que él arriesgaba por mí con mi palabra como única garantía. Una vez restaurada mi fortuna, le devolví el dinero invertido mientras asistía a una larga cura para mis úlceras pépticas y aprendía un poco del arte de sentirse satisfecho.

Me casé pronto y fue un desastre. En cambio, Arlequín disfrutó de su soltería hasta los treinta y cinco y entonces se fugó con Juliette Gerard, a la que conoció en mi yate cuando yo todavía trataba de engatusarla para que se casase conmigo. Después de eso, no volvimos a vernos hasta pasados tres años. Seguimos siendo banquero y cliente, pero reticentes y fríos, hasta que nació su primer hijo, al que pusieron mi nombre, Paul Desmond, y de quien fui padrino en su bautizo. El mismo día, Arlequín me ofreció un asiento en el consejo de administración de su banco. Me invadió un cálido sentimiento y acepté, y así me convertí en el embajador de Arlequín & Cía y en el querido padrino de un pequeño mito rubio que, para mi tranquilidad, se

parecía mucho más a su madre que a su padre.

Debo decirlo claramente: éramos amigos del alma, pero todavía sentía celos de Arlequín. Era el referente de la elegancia, siempre tan juicioso que incluso aquellos que llevaban más años en el mundo financiero y que ya lucían canas sentían por él un gran respeto. Era demasiado afortunado, demasiado agraciado en muchas cosas. Supongo que parecerá que también era, obviamente, feliz. Conducía, navegaba, montaba purasangres, coleccionaba cuadros y porcelana. Gustaba a las mujeres y la suya le adoraba. Era tan perfecto en todo que resultaba desalentador para muchos. A veces, cuando me sentía abatido, me preguntaba por qué él se preocupaba por un tipo lleno de dudas como yo. Me sentía como si fuese un bufón que rondase a la más exquisita de las princesas.

No escribo esto para despreciarle, ¡Dios me libre! Quiero dejar claro que el bufón quería al príncipe y, sólo por él, seguía enamorado de la princesa. Lo que quiero es mostrar cuan alto y cuan visible era Arlequín y, por tanto, cuan vulnerable. Era totalmente inconsciente del peligro que representaba ser él mismo. Incluso yo no lo veía claro. Juliette tan sólo podía atisbarlo y, siendo una mujer como era, definió el asunto de otro modo:

—… Me siento tan inútil, Paul. No puedo darle nada excepto entregarme en la cama y darle otro hijo cuando lo desee. Hay muchas mujeres que podrían hacer lo mismo en mi lugar. No importa que George no lo vea. Yo sí. No me necesita y algún día se dará cuenta…

No soy Yago[1], aunque algunas veces me hubiera gustado, así que le dije la única verdad que conozco:

—Julie, estás casada con un hombre afortunado. Sé afortunada con él. Todo es alegría para él y tú eres la mayor de sus alegrías. Acéptalo y al diablo con lo que pueda venir después.

Entonces entró Arlequín, saltando entusiasmado, encantado con un lienzo recién adquirido bajo el brazo, un nuevo cliente en sus registros y planes para pasar un maravilloso fin de semana en Gstaad, con mucha nieve y un pronóstico del tiempo soleado y despejado para la gente guapa.

Poco después, en abril, Arlequín y yo estuvimos en Pekín: los chinos estaban haciendo negocios con Europa y Arlequín quería sacar también provecho de ello, para sus clientes y para él. Me preguntaba cómo él, un mandarín entre los mandarines, se las arreglaría entre los estándares espartanos de la República Popular China de los años setenta. Una vez más, no le había valorado lo suficiente. Enseguida se sintió como en casa. Ahí estaban su fluidez verbal y su excelente caligrafía; su impecable cortesía y su paciencia sin límites. En poco más de un mes consiguió hacerse con la confianza de la jerarquía de más edad. Tanto políticos como tecnócratas le respetaban. Adquirió una montaña de antigüedades, de jade, de

alfombras. Negoció proyectos para la fabricación de antibióticos y medicamentos sintéticos, así como para la producción de instrumentos de precisión. Hizo amigos entre estudiantes y anticuarios. Fue capaz de entender la sutileza de cualquier broma oriental y nunca perdió su sentido del humor. Fue una actuación impecable y por ello nuestros anfitriones dieron muy pronto su aprobación.

Aun así, no todo era glamour y virtuosismo. Arlequín se movía guiado por su experiencia. Todo aquello que a mi me deprimía, la inmensidad del terreno, lo vasto de aquella empresa, despertó en él al poeta y al soñador. Se pasaba horas observando figuras épicas en el paisaje: un barquero solitario regresando a casa tras la puesta de sol, unas mujeres sacando agua con una noria para regar los campos de arroz. En esos momentos rompía el silencio para hacer un comentario apasionado o que no venía al caso.

—… Hay una cierta locura en nuestra existencia Paul… Vivimos fantasías y fragmentos. Hemos destruido la tribu y nos hemos condenado a la soledad de las ciudades. Le damos vueltas y vueltas a cosas superfluas y presentamos batalla para defender aquello que no necesitamos. Comerciamos por dinero y luego despreciamos el que hemos acumulado. Nos hemos alejado del dios de nuestros padres para escuchar a adivinos y saltimbanquis… A veces me asusta. Vivo en un precioso jardín vallado, con prados y flores. A veces tengo pesadillas y me pregunto si no será el valle de los asesinos…

De Pekín nos fuimos luego a Hong Kong y a Tokio y desde allí a Hawai y Los Ángeles, donde Arlequín cayó enfermo inesperadamente. El médico ordenó su ingreso inmediato en el hospital, donde una prueba de rayos-X reveló una infección grave en los dos pulmones. Al principio el equipo médico creyó que se trataba de una tuberculosis, pero cuando los análisis dieron negativo se pusieron en marcha otras pruebas. Juliette voló desde Ginebra y yo regresé a Europa. Arlequín participó en un *rally* y a los pocos días sufrió una recaída. Se sometió a pruebas de fiebre Q, psitacosis y otras infecciones exóticas. Entonces llegó el día en que Juliette me llamó con noticias inquietantes. Los médicos sospechaban que se trataba de un cáncer de pulmón. Recomendaban una biopsia a la que Arlequín se negaba.

—Pero ¿por qué, Julie?, ¿por qué?

—Dice que la idea le molesta. Prefiere esperar lo que él llama «veredicto de la naturaleza». Está en su derecho. No quiero convencerle.

—¿Está deprimido?

—Aunque parezca extraño, no. Está muy tranquilo. Dice que está aceptando la situación.

—¿Y tú?, ¿cómo te sientes?

—Estoy muy preocupada. Pero él me necesita, Paul, y eso sí que es importante

para mí.

—Mantente fuerte. Dale un abrazo de mi parte y dile que el chico está magnífico y que haremos negocios cuando él esté de vuelta en casa…

Podía hacer esa promesa con relativa seguridad, pero lo que no podía prometer era librarme de los buitres que ya estaban volando sobre nuestras cabezas. Cada día recibía alguna llamada o algún télex de algún colega interesándose por la salud de Arlequín. Había asuntos de cambios de política de empresa, ofertas de fusión en el caso de fallecimiento o incapacidad de Arlequín. Tenía todo un repentino abanico de invitaciones a recepciones, cenas y cócteles, así como a convenciones privadas en media docena de ciudades. Más de un viejo amigo, de aquellos de los que no sabes nada hace años, volvía con algún consejo interesante para el mercado o con un paquete de acciones a precio de ganga. El más significativo de estos «amigos» fue Basil Yanko, presidente de Creative Systems Incorporated. Su télex desde Nueva York era breve y conciso:

```
Mañana en Ginebra. Pido una reunión privada con usted. 10:00 horas. Por favor confirmar.
Yanko.
```

Naturalmente que envié la confirmación. Arlequín & Cía había suscrito cada contrato de Creative Systems Incorporated y sus filiales. Nuestra participación accionarial en su compañía nos permitía imprimir papel moneda. Una docena de nuestras mejores cuentas de clientes nos habían llegado gracias a su recomendación. Así las cosas, Basil Yanko podía pedirme bailar el tango embutido en un traje ajustado y yo le obligaría a ello.

No me gustaba. Al contrario. Su simple presencia me sacaba de quicio. Era alto, larguirucho, con la tez gris, como la de un ratón, una boca de labios finos y unos ojos negros que no dejaban el más mínimo resquicio para una nota de humor. Era arrogante, impaciente y no destacaba en habilidad social alguna. De otro lado, era reconocido como el mejor intelecto en el mundo de la tecnología informática. Empezó como creador de *hardware* en Honeywell; después puso en marcha Creative Systems Incorporated y empezó a diseñar programas para grandes instituciones —agencias gubernamentales, corporaciones internacionales, bancos, líneas aéreas, la policía—. Tenía empresas en todos los países europeos, en Sudamérica, en Australia, Japón y en el Reino Unido. Su riqueza era legendaria. Sus sistemas informáticos controlaban millones de vidas como si fuesen marionetas. Nosotros también los usábamos. Basil Yanko dejaba claro que, de hecho, los sistemas nos utilizaban a nosotros y no al contrario. Casi todavía no habíamos tomado asiento en la sala de juntas cuando puso un sobre ante mis narices.

—Lea esto. Es el informe médico de George Arlequín.

Me irritó y así se lo hice saber.

—Es un documento privado. ¿De dónde demonios lo ha sacado?

—Fácil. El hospital es un instituto de investigación que alquila nuestros sistemas.

—¡No es ético!

—Léalo de todos modos. Hay dos posibilidades: George Arlequín tiene cáncer de pulmón o bien padece una infección provocada por un extraño virus. En el caso de que se recupere, deberá pasar una larga convalecencia, con lo que su actividad se verá drásticamente reducida durante algún tiempo.

—¿Entonces…?

—Si muere, los herederos son su esposa y su hijo, un niño. La gestión de Arlequín & Cía recaerá sobre sus actuales directores y cualquier nuevo talento que éstos puedan descubrir. Buenos banqueros hay pocos. La consecuencia será una reducción del valor de las acciones y del potencial de beneficio.

—Ésa es su lógica, señor Yanko.

—Me apostaría algo. Si Arlequín muere, quiero comprar sus acciones. Superaré cualquier oferta en bolsa.

—Eso depende de sus albaceas.

—De los cuales usted es el principal.

—Caramba, no lo sabía.

—Le aseguro que es así.

—¿Y si Arlequín vive, cosa que no dudo?

—Mantendré la misma oferta. Le pido que se la haga llegar cuando él se encuentre suficientemente bien para valorarla.

—Creo sinceramente que la rechazará.

—En ese caso, estoy preparado para comprar las de sus socios, muchos de los cuales están deseando vender.

—En el contrato de asociación figura el derecho preferente de compra de Arlequín.

—Me extraña. En cualquier caso, puede estar dispuesto a obviar o a vender su opción de compra preferente.

—Lo dudo mucho.

—Es usted demasiado optimista, señor Desmond. No me infravalore. Suelo conseguir todo aquello que me propongo.

—¿Por qué quiere quedarse con Arlequín & Cía?

Su boca de vagabundo se relajó en una ligera sonrisa.

—¿Sabe usted de dónde sacó Arlequín su apellido? Su tatarabuelo era un mimo que hacía de arlequín en la *commedia dell'arte*. O sí, es cierto. Conozco de memoria la historia de esa familia. Se ha producido una gran transformación en cuatro generaciones. Pero ése es su papel clásico, ¿no le parece? El arlequín transforma el mundo con un toque de su fantasía hiperbólica y sus trucos y… cuando llegan las risas llega el golpe. Por cierto… —buscó en su maletín y sacó un dossier—. Ustedes

nos pagan para poner en marcha un chequeo de seguridad en sus sistemas de contabilidad. Éste es el informe de los últimos seis meses. Los ordenadores muestran algunas anomalías muy curiosas. Verá que algunos de ellos requieren una intervención inmediata. Si requiere ayuda o cualquier aclaración, mi gente estará a su disposición. —Se levantó. Me ofreció una mano flácida y fría, como la de un muerto —. Muchas gracias por su tiempo. Por favor, presente mis respetos a la señora Arlequín y a su marido, y transmítales mis deseos de una pronta recuperación. Buenos días, señor Desmond.

Cuando le acompañaba hacia el ascensor, sentí un escalofrío, como si un ganso gris hubiese caminado sobre mi tumba. Los primeros banqueros eran clérigos y el dinero lleva todavía consigo un lenguaje ritual. Así, cuando le dices a un banquero que hay anomalías en sus cuentas, es como si le apuntases con un hueso o como si le estuvieses echando una maldición. En teoría, naturalmente, el ordenador debe protegerle de semejante desastre. Un ordenador es una mente muy potente, capaz de almacenar siglos de conocimiento, de hacer milagros con las matemáticas en el tiempo que transcurre en un solo parpadeo y ofrecer respuestas infalibles a las ecuaciones más complicadas. En realidad, seduce al hombre y le lleva a la fe ciega que luego le traiciona con su propia idiotez.

No podíamos comprar el cerebro. Nosotros alquilábamos su tiempo. Alquilábamos sistemas expertos para explicarles nuestras necesidades. Empleábamos programadores para completar datos y cifras. Basábamos nuestras decisiones en las respuestas que el sistema daba con esta información. Pero como nos asaltaba el temor de que los programadores errasen o cayesen en la tentación de las malas prácticas, usábamos monitores para controlar el cerebro informático ante la eventualidad de cualquier error o fraude. Así, creíamos religiosamente que el sistema era seguro y sagrado, a prueba de tontos o de pillos.

Existía un único problema: tanto el cerebro central como los programadores y los monitores pertenecían a una misma familia —Creative Systems Incorporated— y el padre de dicha familia no era otro que Basil Yanko, que no deseaba otra cosa que tenernos a todos bajo su control. Nos gustase o no, formábamos parte de un círculo mágico y cerrado, controlado por un mago del siglo XX. El informe, que permanecía sobre mi mesa sin leer, era un grimorio lleno de hechizos y peligrosos misterios. Necesitaba armarme de valor para abrirlo y silencio y tranquilidad para estudiarlo. Le dije a Suzanne que no me pasase llamadas, cerré la puerta de mi despacho con llave y me puse a leer. Dos horas después, me enfrenté con un hecho brutal: alguien se había llevado de Arlequín & Cía quince millones de dólares. Quien lo había hecho era el propio George Arlequín.

Ahora, la pregunta era sencilla: como el rabino que se arrodilla en la sinagoga, juega al golf en Sabbat y consigue un *hole-in-one,* ¿a quién se lo podía decir? El culpable —o la víctima— estaba a miles de kilómetros en un hospital, esperando a que un hombre de bata blanca le dijese si viviría o si moriría. Necesitaba cubrir ese agujero de quince millones antes de que llegasen los auditores. Utilizando todo mi capital, llegaba a cinco millones; faltaban diez. ¿A quién podía pedírselos? ¿Quién me avalaría por semejante importe? En el mundo del dinero hay pocos héroes. Los banqueros son tan sensibles como las anémonas marinas: se les empuja levemente con un dedo y tiemblan como gelatina por el ultraje y el miedo.

Debía comprobar el informe, fuese cierto o falso. Pero ¿en quién podía confiar? Los informáticos son un club cerrado. Se casan y se entregan y se juntan en el baile del condado. Además, la información que viene de los ordenadores es como el sexo: puedes venderla diez veces y todavía sigue siendo tuya. Y quién va a saberlo o a quién le importa, a menos que tú mismo la pongas delante de las narices de un policía. Si no me cree, podría dar montones de ejemplos. Uno de nuestros clientes se gastó veinte millones en exploraciones petrolíferas sólo para darse cuenta más tarde de que sus competidores habían estado perforando en el mismo lugar con anterioridad, y eso antes de que los ordenadores hubiesen sido capaces de mostrar las últimas cifras de la operación.

Era la una. A la una y media tenía una comida en el Club Comercial de Ginebra. Sabía perfectamente que si decía media palabra o dejaba asomar el mínimo aire de duda o desencanto, la noticia daría la vuelta al mundo antes de que el mercado abriese en Nueva York. Metí el informe en mi maletín, me fui al servicio para refrescarme, abrí la puerta y llamé a Suzanne. Debo antes de nada explicar quién es Suzanne. Lo haré brevemente.

Suzanne es la secretaria de Arlequín. Tiene más o menos cuarenta años y siempre ha estado enamorada de él, desde el mismo día en que entró por la puerta de la oficina hace ya quince años. Le están empezando a salir canas, pero todavía es una mujer atractiva, con un cuerpo bonito, una mente brillante y sentido común ante la amistad y el sexo. Primero, durante poco tiempo, fuimos amantes por defecto y más tarde amigos por decisión propia. Podía confiar en ella como en mi esposa, pero no podía confiarle totalmente lo relacionado con Arlequín. Así que decidí decirle una verdad a medias. En la medida de su valía, ella lo aceptó sin reprobación o resentimiento alguno.

—Suzy, estamos metidos en un lío, uno muy grande.

—¿Basil Yanko?

—Sí.

—Detesto a ese hombre.

—Yo también, pero tenemos que tratar con él. Debo moverme más deprisa y llegar más lejos que él. Nadie aparte de ti debe saber dónde estoy o a quien recibo. ¿Está claro?

—Perfectamente.

—Llama a Executive Charter y tenme un billete de avión preparado para las tres de la tarde. Necesito ver a Karl Kruger en Hamburgo. Llama al Club y diles que llegaré un poco tarde para el cóctel pero a tiempo de dar la charla. Entonces ve a mi apartamento, prepara una maleta, recógeme después de comer y llévame al aeropuerto. Quiero enviar un mensaje codificado a todos los gerentes de las filiales. Alguien ha estado hurgando en nuestros ordenadores y ahora tenemos un agujero de quince millones.

—¡Señor! ¿George sabe algo?

—No.

—¿Se lo vas a decir?

—No hasta que dispongamos del dictamen médico.

¿Le afecta?

—Está metido hasta el cuello. Suzy, confía en mí.

—Sí Paul, pero tú también tienes que confiar en mi.

—Lo que no sabes nos ayuda a todos. Déjalo así de momento.

—Recuerda una cosa Paul. Arlequín es más fuerte de lo que crees.

—Necesita serlo Suzy… Haz las llamadas y sé una buena chica.

Karl Kruger, presidente de Kruger & Co. AG, estaba todavía en su mesa, tomando cerveza y salchichas, mientras sus ejecutivos más jóvenes se dedicaban a invitar a comer a clientes en el Four Seasons. Puedo imaginármelo a sus sesenta y cinco años, agazapado como un oso polar del Báltico, gruñendo ante mi intrusión.

—¡Ya veo! En Ginebra juegas a canicas con dinero y aquí tenemos que trabajar por él. ¿Qué demonios quieres?

—Cenar, dormir y charlar esta noche.

—No puede ser. Hilde está en la ciudad. Ya sabes lo que eso significa. Ella es la única mujer con la que puedo salir actualmente.

—Entonces hablamos primero y luego nos la llevamos a cenar. ¡Por favor, Karl!

—Pareces preocupado Paul. ¿Algo va mal?

—Todo. Arlequín está en el hospital, en California. Tengo un embrollo difícil de resolver y te necesito viejo amigo.

—A las seis en mi casa. Si me entretienes hasta más tarde, serás tú el que tenga que acostarse luego con Hilde. Wiedersehen.

—Wiedersehen, Karl y gracias.

Llegué a tiempo para la comida. Pasé veinte minutos haciendo relaciones y

charlando de manera optimista, de modo que la prensa de la mañana lo comentase en media columna. A las tres y quince minutos estábamos volando y a las seis menos cinco estaba llamando a la puerta de Kruger en Alster Park.

Si se encontrase con Karl Kruger no le gustaría. A pocos les gusta. Los ingleses le dirán que es un viejo *junker*[2] alemán que jugaba a la pelota con Hitler, se vendió a los americanos por un cheque y que luego se asentó en la nueva República Federal Alemana para renovar su fortuna. Quizá lo hiciese quizá no. No lo sé. Lo que sé es que Helli Anspacher jura que él pagó millones para salvar a su marido de los carniceros tras la conspiración de Schellenberg, y Chaim Herzl, de Tel Aviv, dice que tanto él como Jim Brandes le deben la vida porque les escondió en su casa tras un tiroteo en Lübeck. Ésa es una vieja historia hoy en día, demasiado embrollada para desenredarla. Sólo puedo hablar de él como yo le conozco actualmente.

Es tan ancho como alto, de cabello grisáceo, puños grandes y camina arrastrando los pies. Tiene la cara llena de manchas y granos. Parece un viejo boxeador, pero su mente es más clara y más rápida que cualquier otra. Me recibió como a un hermano al que no se ve desde hace mucho tiempo. Colocó su brazo alrededor de mis hombros y me llevó a empujones hasta la chimenea.

—¡Por Dios! ¡Estás pálido como una monja! Calentemos tu barriga. Le dije a Hilde que ibas a venir. Dice que guardará su amor hasta que te vea. Whisky, ¿verdad? … Sabes Paul, la primera vez que vi a Hilde ella trabajaba en el rodaje de películas *kitsch* para Gregory en Munich. De eso hace ahora veinte años y ella está todavía guapa. Pero bien, charlemos de negocios. ¿De qué quieres hablar?

—De quince millones de dólares.

—¿Qué vendes?

—Nada. Es el agujero que hay en nuestras cuentas. Nos han robado, Karl.

—¿Quién ha sido?

—El informe dice que George Arlequín.

—Y tú, ¿qué opinas?

—Yo digo que no fue George.

—¿Se lo has preguntado?

—Lo haré, pero sólo cuando sepa si va a vivir o a morir.

—Si George no ha sido, entonces ¿quién?

—Alguien con acceso al sistema informático.

—¿De quién sospechas?

—De Basil Yanko.

—¿Por qué? Le sobra el dinero.

—Quiere controlar el banco. Me lo dijo el otro día, cuando me dio el informe.

—¿Y qué quieres de mi Paul?

—Quiero un préstamo de diez millones para mantenernos a cubierto hasta que

pueda revisar los libros y hacer las transferencias necesarias.

—¿De dónde van a salir los cinco millones que faltan?

—Los pondré yo. Es todo lo que tengo.

—Eres un tonto sentimental. Con eso cubrirás a Arlequín, pero Yanko seguirá teniendo pruebas de desfalco.

—Sí, pero si estamos cubiertos será más difícil para él usarlas. Si lo intenta, entonces parecerá complicidad. Karl, quizá nunca tenga que utilizar los fondos. Por Dios, nuestra situación es sólida como el peñón de Gibraltar. Pero necesito comprar tiempo hasta que Arlequín me autorice a poner en marcha una investigación independiente.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no vuestros propios accionistas?

—Porque Yanko dice que los tiene a todos en el bolsillo. Tú eres el único en quien puedo confiar y que sé que va a mantener la boca cerrada —tanto si nos cubres como si no.

—¿Y quién va a llevar a cabo la investigación que propones?

—Ése es otro problema. Necesito un experto internacional o una firma de investigadores que sea bien conocida. Es un mercado pequeño y, cuando empiece a moverme, Yanko lo sabrá.

—Y entonces comprará a tu hombre ante tus propias narices.

—O peor quizá. Hay gente que muere asesinada en ese juego, Karl.

—¿Quién dijo que el dinero no apestaba? Estás en una mala situación, joven Paul. Sírvete otro whisky. Tengo que pensar.

Cuando Karl Kruger pensaba era como una trituradora industrial que convirtiese la piedra en gravilla. Recorrió el amplio salón de arriba abajo, resoplando, eructando, murmurando. Corrió las cortinas a tirones y se plantó con su enorme cuerpo al lado de la ventana. Se quedó mirando las luces de la vieja ciudad anseática, una ciudad que hundía sus profundas raíces en el dinero burgués y en el barro báltico, una ciudad que había sobrevivido a un bombardeo masivo y que había superado la partición de Alemania tras la Segunda Guerra Mundial. Sus gentes eran banqueros y comerciantes, armadores de barcos y marineros fanfarrones, celosos de su ciudad y sus libertades históricas. Son astutos e impasibles, amigos fieles y enemigos encarnizados. Si Karl Kruger me apoyaba podía empezar a luchar. Sin él estaba desprotegido ante la tormenta. Finalmente, se volvió hacia mí, con el ceño fruncido y una mirada dubitativa.

—He visto a Basil Yanko y creo que le entiendo. Es un genio, todo cabeza y sin pelotas, por eso juega el juego del poder. En cambio, ¿quién es George Arlequín? ¿Un *playboy*, un bufón, un *amateur*? El dinero es un negocio de hombres. Esta ciudad es prueba de ello. Arlequín lo malgasta como si fuese un juego de niños.

—¿También tú estás celoso de él Karl?

—¿Celoso? ¡Por Dios! ¿Debería estar celoso de un hombre que necesita quince millones de dólares porque no es capaz de controlar sus propias cuentas?

—¡Vamos Karl! Sabes perfectamente que cualquier sistema se puede manipular. En Londres hay un detective que trabaja con sus clientes para demostrar que eso se puede hacer. Si le pagas por ello es capaz de robarte a ciegas en seis meses y colocar el dinero en una cuenta cifrada. Lo que tú me estás preguntando en realidad es si vale la pena salvar a Arlequín. Yo digo que sí. No hace falta que te vistas de arpillera y andes por ahí tiznado para demostrar que eres un buen banquero. Vives tan bien como Arlequín y en tus tiempos las hiciste peores que él. ¿Vas a condenarle simplemente porque no te gusta su estilo de vida?

—No es eso. ¿Por qué le ha elegido Yanko? ¿Por qué no a mí? ¿Por qué no ha elegido a cualquier otro? Ha elegido a Arlequín porque hay un punto débil en el hombre y en su sistema. Quiero saber cuál es ese punto débil.

—No soy la persona más adecuada a quien preguntar, Karl.

—¿Por qué?

—Porque soy su amigo, el padrino de su hijo y porque estoy enamorado de su mujer.

—¡Por Dios! O sea que, en lugar de quitársela ¡te has convertido en un mártir de la buena hermandad! Eres más tonto de lo que pensaba.

—Ahora que lo sabes, ¿cuál es tu respuesta Karl?

—Tienes el préstamo, con una condición.

—¿Cuál es?

—Tanto si Arlequín está muriéndose como si no, quiero que lo sepa. Y quiero opción de compra preferente sobre sus acciones y sus derechos sobre otros accionistas. Si no consiente, no hay acuerdo.

—¡Me pones entre la espada y la pared Karl!

—¡Esto es Hamburgo, hermano! No se da algo por nada. Hay que abrocharse la bragueta para no pillar la sífilis.

—Discutiré el acuerdo con Arlequín.

—Hazlo. En cuanto al investigador… No debes buscarlo en el mercado informático. Yanko se anticiparía a cualquiera de tus movimientos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Podrías acudir a la policía.

—Operamos en demasiadas jurisdicciones. En cualquiera de ellas sería un escándalo.

—Podrías contratar investigadores privados.

—Necesitamos un informático, alguien que pueda revisar el sistema.

—Creo que necesitas algo más.

—No te entiendo.

—Yanko lo tiene todo a su disposición… dinero, información, influencias. Conjura el poder. Puede construir una mentira y venderla durante la noche a la mitad del mundo. Una vez le hayas pillado, debes urdir su ruina antes de que te destruya. Por eso te pregunto si George Arlequín tiene agallas para hacer eso. Si no, es mejor que venda ahora, cuando todavía tiene mercado.

—Se lo plantearé, Karl.

—Si está preparado para luchar, hay un hombre en Nueva York que puede resultar de ayuda. Tiene muchos nombres; el verdadero es Aarón Bogdanovich. Él, también, es una especie de genio; pero su gran mérito es que no se le puede comprar.

—¿Qué hace?

—Organiza el pánico.

En un instante, estábamos a dos mil años de la vieja mansión del Alster Park. Volvíamos a una selva negra llamada Hamma, con guerreros alrededor de una hoguera, ebrios y entregados a la lujuria tras la matanza. En esa visión advertí lo que verdaderamente era nuestro negocio, una sangrienta batalla por dinero y poder, en la que los lobos esperan para devorar los restos que han dejado los combatientes.

Karl Kruger se sentó pesadamente, se sirvió licor en un vaso y se lo tomó de un trago. Entonces me echó una mirada sardónica y me preguntó de manera burlona:

—¿Acaso crees que estoy bromeando?

—No.

—¿Tienes más preguntas?

—Sí. ¿De qué conoces a Aarón Bogdanovich?

—Soy el agente de sus banqueros.

—¿Para quién trabaja?

—Para el estado de Israel.

—¿Por qué aceptaría un encargo particular como éste?

—Porque tiene una deuda conmigo. Yo saqué a su hermano y a su hermana de Letonia.

—¿Y qué puede hacer por nosotros?

—Casi cualquier cosa creo. El pánico es algo flexible. El público sólo ve sus resultados más burdos —el asesinato de un agente, el secuestro de un avión de pasajeros—. En realidad, todos vivimos bajo el pulgar de un chantajista. Los especuladores devalúan nuestra moneda; los árabes cortan el suministro de petróleo. En esos términos, el informe que Yanko ha preparado no es otra cosa que un acto terrorista.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con Aarón Bogdanovich?

—Tiene una floristería en la Tercera Avenida, entre las calles 49 y 50. Entra y le das mi nota. Mejor que la escriba ahora. Hilde llegará pronto y tenemos por delante una noche salvaje.

Me sentí aliviado. Era libre, blanco y ya hacía mucho tiempo que había superado la mayoría de edad. Si Karl y Hilde querían pasar una noche en la ciudad, estaba preparado para hacerles compañía. Cenamos en casa porque Karl tiene el mejor chef de Schleswig-Holstein. Hilde, regordeta, cordial y parlanchina hizo el papel de Wirtin[3] para nosotros. Entonces Karl, colorado y excitado, decidió invadir Saint Pauli[4]. No pude detenerle y Hilde no quiso hacerlo. Así, entre la medianoche y las cuatro de la madrugada nos metimos en la Reeperbahn: clubes privados, *sex shows*, bares para lesbianas y gays, y prostíbulos para marineros fueron el escenario para Karl Kruger, que tocó el acordeón y bailó un zapateado sobre un suelo lleno de aserrín. Esperaba que en cualquier momento le diese un ataque de apoplejía. En su lugar, acabó el espectáculo como un verdadero actor. Mientras Hilde le desabrochaba la camisa y yo le quitaba los calcetines él abrió un ojo y declamó:

—Ves, joven Paul, si no puedes luchar contra ellos haz lo contrario. Si no puedes hacer ambas cosas, échate y déjate morir.

Era un sentimiento adecuado para acabar una noche de borrachera, pero yo dudaba de poder transmitírselo así a George Arlequín, el hombre menos combativo y más civilizado de todos.

Treinta y seis horas después estaba en Los Ángeles, paseando arriba y abajo por los jardines del hotel Bel Air con Juliette, compartiendo su felicidad al conocer que George se había librado de su sentencia de muerte y de que dejaría el hospital dentro de una semana y que, dentro de un mes, podría volver a trabajar.

Juliette tenía muchos planes.

—Hemos decidido viajar a Acapulco. Lola Frank nos presta su villa. El servicio nos cuidará. Hay un yate y… Vaya, Paul, ¡será una segunda luna de miel! Casi no puedo esperar. Han sido unas semanas terribles. Me asustaba cada vez que sonaba el teléfono. George era como un extraño, tan calmado, tan distante. Era como si tuviese que conservar cada partícula de su fuerza para enfrentarse al día en que recibiese el dictamen médico. Nunca se quejaba. Siempre me cuidaba; pero vivía en su propio mundo de luces y sombras. Incluso cuando le comuniqué las buenas noticias, se mantuvo tan reservado que casi me pareció familiar y extraño al mismo tiempo. Sonrió y le dio las gracias al doctor por todo. Cuando estuvimos solos, me abrazó con fuerza y se le saltaron las lágrimas; entonces me dijo algo extraño: —Ahora sé cuál es el nombre del ángel—. Cuando le pregunté qué quería decir con eso, respondió que era algo que no deseaba explicar…

—¿Cuándo puedo verle?

—Esta tarde. ¿Por qué no vas y le das una sorpresa?

—¿Te parece bien?

—Por supuesto. Así me dará tiempo de ir a la peluquería y hacer algunas compras. Pero, por favor, no le hables de negocios ahora, ¿de acuerdo?

—No lo haré demasiado rato, te lo prometo.

—Se pondrá tan contento de verte. ¡Caramba, Paul! ¡Es un día maravilloso, maravilloso!

Pensaba que era un día infernal, hediondo. Ahora entendía por qué antiguamente a los mensajeros que llevaban malas noticias se les cortaba la cabeza. Mientras conducía en dirección a la ciudad, para visitar a Arlequín, sentía como si me estuviesen cortando la mía. Acariciaba la idea de no decirle nada, pero no podía hacerlo. Sin el consentimiento de Arlequín no tenía poder para actuar.

Cuando le vi, se me fue el alma a los pies. Estaba sentado en un sillón, llevaba un pijama de seda y una bata, pero estaba tan pálido que casi era transparente. Cuando tomé su mano, estaba seca y arrugada. Sólo su sonrisa era la misma; luminosa, grave, pero todavía con ese toque de malicia. Al contrario de lo que suele suceder con la mayoría de los enfermos, él no solicitaba mucha atención para sí mismo. Hizo caso omiso a mis preguntas con un encogimiento de hombros.

—Se acabó Paul. He tenido mucha suerte. Estoy encantado por Julie. Quiero salir de aquí tan pronto como sea posible. Me han dicho que será una convalecencia lenta. ¿Puedes guardar el fuerte todavía por algún tiempo?

—Claro que sí. No obstante, tengo que incordiarte un poco con algunos asuntos de negocios. ¿Te sientes con fuerzas para atenderlos?

—Pues claro, dime.

—Son malas noticias George.

Se chascó los dientes y se encogió de hombros. —Dime lo peor y todavía seré un hombre afortunado.

Se lo dije. Me escuchó en silencio, con los ojos cerrados, la cabeza hundida en el pecho y las manos plácidamente apoyadas en su regazo. Una vez hube acabado con mi exposición, me preguntó tranquilamente.

—¿Cómo ha ocurrido Paul?

—Todo está en el informe. Necesitamos un experto que revise cada detalle, pues hay muchas transacciones involucradas; pero el método es esencialmente sencillo. Se soborna a un programador informático para que introduzca instrucciones fraudulentas en el ordenador. Si nadie las elimina, el ordenador actúa basándose en ellas hasta el fin de los días… Sabes cuál es nuestra forma de operar en el mercado. Compramos y vendemos en bloque para grupos de clientes y distribuimos fondos, costes y réditos después. Nuestros ordenadores han sido manipulados para realizar cargos falsos sobre las transacciones y enviar ese dinero a una cuenta cifrada en el Union Bank de Zurich. Ésa cuenta está a tu nombre.

—Nunca he tenido una cuenta en el Union Bank.

—El informe dice que tu firma está en el contrato de apertura de la cuenta y en los cheques.

—¿Quieres decir que alguien ha operado con esta cuenta?

—La han dejado a cero.

—¿Falsificación?

—Tendremos que probar ese particular y después identificar al falsificador. También debemos encontrar a la persona que manipuló los ordenadores de todas nuestras filiales y descubrir quién le pagó para que lo hiciese.

—¿Por qué no buscamos aquello que ha sido manipulado por nuestra cuenta?

—Porque todos tomamos lo que dicen los ordenadores como una verdad segura. Mientras las transacciones diarias se correspondan, no se cuestiona nada; y porque tenemos una gama tan amplia de operaciones que sólo los contables y los auditores pueden entender las cifras finales.

—¡Es una locura Paul! Cómo voy a robar a mi propia empresa… No lo entiendo.

—Alguien ha querido convertirte en una pieza de tiro al plato. Creo que ha sido Basil Yanko.

—Si eso es cierto, podemos prescindir de sus servicios y contratar a otro.

—¡De eso nada! ¿Has olvidado el mucho tiempo que se requiere para instalar y formar a los operadores de un solo sistema?… Además, esto es sólo un aviso —la primera nota de chantaje.

—Es un delito.

—Lo es si lo podemos probar. Además, tenemos que cubrir al banco por los fondos que faltan. Necesito tus instrucciones respecto de ese punto. De momento, Karl Kruger y yo te cubrimos pero, como te dije, Karl quiere sacar tajada.

—Pues dásela, Paul.

—En ese caso, necesito que me des poderes sobre tus activos, como mínimo hasta que puedas viajar y hacer gestiones por ti mismo. Eso también es un riesgo. Quizá no quieras firmar esos poderes.

—Tengo que confiar en alguien, Paul. Si no es en ti, ¿en quién?

—Entonces vamos a enfrentarnos a Basil Yanko.

—Yo no he dicho eso.

Me quedé embobado y le miré con incredulidad.

Entonces me echó una sonrisa triste y de arrepentimiento.

—No te sorprendas tanto Paul. He caminado hasta el abismo donde acaba el mundo y he vuelto. Ahora sé qué poco equipaje necesita un hombre. Debo decirte que no estoy seguro de querer conservar Arlequín & Cía No querría que Basil Yanko se hiciera con la empresa; pero no rechazaría la idea de vendérsela a Karl Kruger. Es una solución ordenada. Dejaría protegidos a Julie y al niño y yo quedaría fuera de esta carrera de ratas.

—Si vendes ahora estarás haciéndolo bajo coacción.

—Ésa es una de las caras de la moneda.

—Entonces te mostraré cuál es la otra. Si te echas atrás, ganan los malos y, si ganan, volverán a intentarlo. No todas las víctimas se alejan de algo así tan felizmente como lo haría George Arlequín.

De pronto su rostro se oscureció y empezó a sudar. Me sentí como un criminal por haberle presionado tanto. Le ayudé a acostarse, le lavé la cara y esperé a que el color volviese a sus apuradas mejillas. Las únicas palabras que se me ocurrían en aquel momento eran banales y lastimeras.

—He ido demasiado lejos. Perdóname, George. Sea lo que sea lo que decidas, seguimos siendo amigos.

Me agarró de la muñeca con una de sus finas manos y me suplicó.

—Te contaré un secreto, Paul. Es difícil luchar contra el ángel oscuro, porque él no quiere que luches. Lo único que te pide es que descanses y duermas. Es muy tentador cerrar los ojos y dejarse ir. No me condenes todavía. Dame un poco de tiempo…

—No nos queda mucho, George.

—Lo sé.

—¿Quieres que se lo diga a Julie?

—Todavía no. Hemos tenido problemas personales últimamente.

—¿Quieres que me quede un poco más?

—No, gracias. Estoy muy cansado. Ven a verme mañana, con Julie.

Todavía era pronto. No me importaba volver al hotel lleno de estrellas de plástico en ciernes y agentes canosos. Quería pasar desapercibido, ser libre de hablar de las cosas más triviales: del precio de un filete de ternera, del dolor de barriga del taxista, y de cómo las chicas habían dejado de ser como solían. Me gusta la vida sencilla. Es más fácil vivirla y hay más gente amiga con quien compartirla. Me metí en un bar en el Strip, oscuro y casi vacío. Pedí un *bourbon*, invité a la casa a una cerveza y pasé media hora de lacónicos lamentos con el camarero.

Habíamos dejado Oriente Medio y ahora entrábamos en los detalles de los escándalos de la Administración cuando sonó el teléfono.

El camarero que atendía la barra lo descolgó y luego se volvió hacia mí.

—¿Se llama usted Paul Desmond?

—Así es.

—Nueva York al teléfono.

—¿Nueva York?

—Eso es lo que dice la persona que hay al otro lado de la línea. ¿Acepta la llamada?

Me pasó el auricular y dije de manera estúpida:

—¿Dígame?

—¿El señor Desmond? Soy Basil Yanko. Le llamaba para darle la bienvenida a los Estados Unidos.

—¿Cómo ha sabido dónde estaba?

—Somos una organización eficiente, señor Desmond. ¿Tiene alguna noticia que darme?

—Ninguna.

—Bien. Que tenga una feliz estancia. Nos mantendremos en contacto. *Au revoir* señor Desmond.

Colgué el teléfono y volví a mi *bourbon*.

El camarero me lanzó una mirada penetrante.

—¿Malas noticias?

—He apostado por un perdedor.

—Vaya. No se puede ganar siempre. ¿Otra copa?

—Gracias.

Le escuché melancólicamente mientras me contaba, con todo lujo de detalles y sin prisa alguna, como, la noche en que se divorció, apostó y ganó en Las Vegas y echó su mejor polvo —¡hay hermano!—, en veinte años, con una cabaretera que se había quedado sin trabajo.

Su buena suerte me animó tanto que decidí llamar a mi amigo y cliente, Francis Xavier Mendoza, que vive en Brentwood. Se trata uno de los pocos californios[5] que quedan, una especie de pequeño milagro: un caballero castellano que no ha sido contaminado por la vulgaridad de la Costa Oeste. Tiene tres hijos y una hermosa hija. Va a misa los domingos y los días de fiesta, cultiva algunos de los mejores viñedos del Napa Valley y, en su tiempo libre, traduce poemas de Antonio Machado al inglés. En cuanto a la política californiana, es una especie de camaleón, siempre presente, siempre potente pero que nunca resulta fácilmente visible.

Cuando le dije que necesitaba verle, me dio una especie de anticuada bienvenida.

—Mi casa es tu casa. ¡Ven ahora mismo!

Cuarenta minutos después, relajado en su jardín le hice la pregunta.

—¿Puedes decirme algo de Basil Yanko y Creative Systems Incorporated?

Hizo una mueca de disgusto.

—¿Ése? Un bruto, un bruto poderoso. La mitad de las grandes empresas de la Costa Oeste usan sus servicios y le hacen la pelota cuando tienen que pagarle. En cuanto a mi, no me bañaría con él en el mismo océano.

—¿Qué pasa con él?

—Legalmente, nada. Debo decirlo. Ofrece el mejor servicio informático de todo el país —sistemas, programas, seguridad, tarjetas—. Es una especie de «chico maravilla». Pero una vez ha entrado en una organización, no se le puede echar.

Controla sus sistemas, conoce cualquier movimiento que se haga. Una sola señal de debilidad y al día siguiente acampará en el despacho del presidente de la compañía. Ya se lo ha hecho a tres amigos míos y a alguien que no es mi amigo y que no podía merecerlo más. ¿Por qué me lo preguntas, Paul?

—Nosotros también usamos sus servicios. Creo que ha falseado nuestros datos.

—¡Ay de mi! Eso es malo.

—¿Sabes de alguien por aquí a quien le haya hecho algo parecido?

—Corren rumores, pero no hay pruebas.

—¿Podríamos conseguirlas si las buscamos?

—¿Hoy día en California? Imposible. ¡Por Dios! El Presidente no tiene crédito político, el Congreso tiene miedo y la gente está desmoralizada. Dudo que pudiese darte una lista de veinte hombres que nunca hubiesen sido comprados por alguien. Tampoco podría hacer una lista de diez que públicamente se enfrentasen a una auditoría de sus negocios.

—Es un análisis desalentador.

—Desalentador y siniestro. Podría encontrar antes un asesino que un hombre honesto o valiente. Lo sé… —movió los brazos en gesto de desesperación—. Exagero, lo sé, siempre lo hago. Soy un tanto pesimista. Pero así es nuestro tiempo. Cuando vives del crédito, como vivimos los americanos, siempre puede aparecer alguien que te exprima. Cuando vas subiendo en la escala corporativa, temes al hombre que tienes por arriba y al que tienes por debajo. Ése es el poder de Yanko. Él conoce los secretos de todo el mundo. Y lo que no sabe, se lo puede inventar, introducirlo en las bases de datos y presentarlo como un rumor en cualquier momento.

—¿Cómo crees que se le puede vencer entonces?

—Sólo existe un modo. Hay que vivir en su mundo, seguirle entre las sombras, quizá durante años, hasta que un día se le pueda forzar a salir a la luz y, entonces, luchar y derribarle. De todos modos, si juegas ese juego, necesitas mucha templanza. Y cuando salgas a cenar, debes sentarte siempre de cara a la puerta y con una sólida pared de ladrillo a tus espaldas… Te estoy dando un buen consejo. Recuérdalo. Echaré un vistazo por ahí. Si me entero de algo que pueda serte útil, te lo haré saber.

—Eres un caballero cristiano, Francis.

—No es un mérito mío. Tuve una madre —Dios la tenga en su gloria— que educó mis oídos y me enseñó a comportarme. Ahora, permite que te ofrezca un Jerez. Es el mejor que tengo y estoy muy orgulloso de él.

Vertió el vino con orgullo y brindó: salud, dinero y amor, y tiempo para disfrutar de los tres. Según lo bebía, tenía la sensación de que Basil Yanko me estuviese mirando por encima del hombro, sonriendo irónicamente como si la suya fuese la cabeza de un muerto.

Años atrás, cuando estaba en Tokio, negociando sobre un mineral de hierro que todavía estaba por extraer y gastándome mi comisión antes de ganármela, me hice amigo de Kiyoshi Kawai, decano de los maestros grabadores japoneses. Él era entonces un hombre ya mayor, pero rebosante de sabiduría y visión. Cada vez que me sentía mal, —cosa que ocurría a menudo—, me iba a su estudio y le observaba durante horas cortar los bloques y mezclar los colores, así como regañar a sus aprendices si las definiciones no eran perfectas.

Cuando Kiyoshi estaba deprimido —cosa que ocurría pocas veces pero que, cuando sucedía era un cataclismo— me llevaba a un club de travestidos en Shinjuku, donde los muchachos iban vestidos de *geisha* y las pocas muchachas que había se levantaban como si fuesen los siete samuráis. Mariposeaban alrededor del maestro mientras éste los observaba. Le servían innumerables copas de sake mientras él improvisaba *haikus*[6] y lo transcribía con hermosos trazos de su pincel. Me parecía una experiencia enervante, pues tras una larga sesión de sake y cerveza Kirin, era difícil distinguir a los muchachos de las chicas —y yo debía llevarme al viejo maestro a casa antes de que empezase a firmar billetes y a repartirlos como si fuesen *souvenirs*.

Fue durante una de estas salidas cuando me dio su receta para la buena vida. Cuando estaba sobrio, la escribía en caracteres Kanji; y allí donde cuelgo este rollo de papel me siento como en casa. La inscripción dice: —nunca mezcles los colores cuando sople el viento del oeste y nunca hagas el amor con una mujer con cara de zorro—. Es un dicho difícil de explicar a media noche: así que lo dejo como prólogo de lo que considero un mal día.

Empezó con una serie de pequeños desastres. Me levanté pronto y me fui a nadar a la piscina. Resbalé sobre las baldosas húmedas y me torcí el tobillo. Entonces la niebla y la contaminación bajaron y en cinco minutos me llené de legañas y me puse a estornudar. A las ocho, Suzanne llamó desde Ginebra. Le di la buena nueva de la recuperación de Arlequín y ella me respondió con un mensaje de la retaguardia. Nuestros directores de filial se habían puesto muy nerviosos con mi nota. De repente, estaban preocupados por los intereses de sus clientes y por sus propios cuellos. ¿Podía yo dar instrucciones más claras? Puesto que no tenía la capacidad de aclarar nada sin los poderes de Arlequín en la mano, dicté un mensaje tranquilizador que decía que su presidente estaba bien y que pronto se encontraría de nuevo al mando. En cuarenta y ocho horas habría nuevas instrucciones —así lo esperaba—. Para rematarlo, Juliette me llamó y me pidió que desayunase con ella. Estaba preocupada porque el pequeño Paul había contraído la varicela y la inútil de la enfermera había celebrado el acontecimiento con un telegrama de cien palabras escrito en un dialecto alemán de Suiza y que había sido mutilado en el transcurso de su transmisión. Tenía

además otras cosas en su cabeza, y me había elegido como su confesor.

—Paul, hemos sido amigos durante muchos años. No tenemos secretos.

—Los tenemos querida, pues no podemos vivir sin ellos. Empieza otra vez.

—No me hagas esto.

—Tengo un día terrible y estoy de mal humor. ¿Qué más te preocupa?

—Estoy preocupada por George.

—¿Por ti y por George o sólo por él?

—Sólo por él.

—Ayer me hablabas de una segunda luna de miel. ¿Qué ha ocurrido para que cambies así?

—Anoche me dijo que estaba pensando en vender Arlequín & Cía.

—¿Te dijo por qué o a quién?

—No… Pensé que tú lo sabrías.

—Escucha Julie, no juguemos a esto ahora. Os quiero mucho a los dos; pero tengo negocios con tu marido y no voy contando historias fuera del consejo.

—Así que te ha hablado de ello.

—No he dicho eso.

—¡Vete al infierno Paul Desmond!

—Estoy de camino, querida.

—¡No, por favor! ¡Espera!… Lo siento. Estoy actuando como una bruja. Pero, de verdad, estoy preocupada. George ha cambiado. No te imaginas cuánto.

—¡En el nombre de Dios! Ha sufrido una larga enfermedad. Está lejos. Está deprimido. Es normal. No esperarás que se ponga a bailar un fandango, ¿verdad?

—¿Por qué quiere vender el negocio?

—Quizá quiera recoger beneficios, invertir el dinero y navegar alrededor del mundo. ¿Por qué no?

—¿Qué sería sin su empresa?

—¿Un hombre feliz tal vez?

—Quizá otro millonario ocioso.

—Durante todos los años que dura nuestra amistad, nunca le he conocido ocioso.

—Entonces sería un aficionado, sin compromiso con nada.

—Está comprometido contigo.

—¿De verdad? A veces lo dudo.

—No lo sé Julie, sólo soy un viejo solterón al que le duelen los pies.

—Paul, te odio cuando te escabulles y no sigues una discusión.

—¿Qué quieres que haga? Eres una señora casada. Conoces la letra y la música. Cántaselas a George.

—Desafinaría.

—No te creo. Simplemente no quieres darte cuenta.

—¿De qué?

—De si quieres convertir a George Arlequín en alguien de la talla de un muchacho o de si tú misma te atreves a crecer y ser una mujer adulta.

—¿Acaso no sabes por qué?

—No quiero saberlo. Es asunto tuyo, no mío. Arlequín quiere vernos a ambos esta tarde en el hospital. Te pasaré a recoger a las tres.

La dejé allí sentada, con el café ya frío y me fui a pasear al jardín. Estaba enfadado con ella, conmigo mismo, con Arlequín y con todo el mundo. En estos momentos no necesitaba una crisis marital. Si no se nos ocurría algo en cuarenta y ocho horas nos esperaba una revolución en palacio. Y lo peor era que Arlequín, el hombre siempre dispuesto a afrontar cualquier situación, parecía estar desfalleciendo. Tres personas habían sentido que estaba débil y estaban sacando provecho de ello: Basil Yanko, Karl Kruger y su propia esposa. Yo era el único que no lo veía. ¿Era el rey tuerto en el reino de los ciegos; o quizá era Paul el zoquete, lerdo y deslumbrado por el esplendor de un príncipe y siempre a su disposición? Necesitaba saberlo, aunque sólo fuese para respetarme a mí mismo.

Entonces, puesto que estaba enfadado y, porque cuando estoy enfadado me pongo cabezota, decidí empezar mi propia guerra privada. Llamé a la oficina neoyorquina de Creative Systems Incorporated y pedí que me pusieran con Basil Yanko. Tuve que pasar por cuatro filtros hasta llegar a hablar con él.

—Señor Desmond, es un placer. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Estaré en Nueva York pasado mañana. Me gustaría hablar con el hombre que preparó nuestro informe.

—No es un hombre. Es una mujer. Se llama Hallstrom… Valerie Hallstrom.

—Primero me gustaría verla y, después, hablar con usted.

—Excelente. ¿Le importaría sugerir una hora?

—Todavía no he reservado vuelo. ¿Qué tal si le llamo cuando llegue?

—Hágalo, por favor. ¿Le ha hecho llegar al señor Arlequín mi oferta?

—Sí, la está valorando. Espero que me comunique su decisión a última hora del día.

—¡Bien! ¿Cómo está?

—Cansado, pero recuperándose.

—Me alegro. Dele recuerdos.

—Así lo haré. Hasta que nos veamos entonces…

No tenía ni idea de qué iba a decirle ése día o cualquier otro día, pero como mínimo le había dado algo en que pensar que le mantendría ocupado por algún tiempo. Volví a mi habitación y llamé a la taquígrafa del hotel. Cuando llegó, se sentó cerca de la piscina y empezó a tomar nota de las órdenes y las instrucciones que George Arlequín debía ejecutar. Era una tarea de parar y ponerse de nuevo en marcha

que me mantuvo ocupado hasta bien entrada la noche, cuando bajé al bar y paseé mientras esperaba tomar el aperitivo del mediodía.

El camarero me saludó por mi nombre y me señaló alguien que estaba sentado cerca del ángulo de la ventana.

—Ese caballero, señor. Ha llegado aquí hace un momento y pregunta por usted.

Era joven, no tenía más de treinta años, y vestía un traje de estilo italiano. Se levantó, se acercó y se presentó a sí mismo de manera respetuosa.

—¿El señor Desmond? Encantado de conocerle, señor. Soy Álex Duggan, de Creative Systems Incorporated. Nuestra oficina de Nueva York me ha pedido que le entregue un télex urgente. He llamado a su habitación, pero usted no estaba allí. Pensé entonces que quizá le encontraría en el bar. ¿Tomamos asiento?

Me senté. El camarero me sirvió mi bebida en la mesa. Pregunté:

—¿Dice usted que tiene un mensaje para mí?

—Sí, señor. Viene de la oficina de nuestro Presidente. Si hay alguna respuesta, estaré encantado de hacérsela llegar de su parte.

El mensaje era un documento formal y preciso:

—Según las cifras consolidadas actuales y haciendo una proyección a tres años, valoramos Arlequín & Cía en ochenta y cinco dólares por acción. Ésta es una propuesta firme de compra de la totalidad de las acciones a cien dólares cada una. Le pedimos que informe al señor George Arlequín sobre dicha oferta y que le diga que estamos dispuestos a negociar de manera generosa la venta o renuncia de sus opciones actuales. Otros accionistas ya han sido informados. Basil Yanko, presidente de Creative Systems Incorporated.

Me guardé la nota en el bolsillo superior de mi americana y escribí una respuesta en el sobre:

—Acuso recibo de su mensaje… Paul Desmond.

El joven dobló el sobre respetuosamente y lo introdujo en su cartera.

—Lo enviaré tan pronto haya regresado a la oficina.

—¿Puedo ofrecerle una copa señor Duggan?

—No, gracias señor. Nunca bebo en horas de trabajo. Normas de la empresa, ya sabe.

—¿Cuánto hace que trabaja para Creative Systems, señor Duggan?

—Tres años.

—¿Cuál es su trabajo?

—Atención al cliente.

—¿Y eso qué implica?

—Bien, señor, tengo una zona en exclusiva. Visito a todos los usuarios de nuestros sistemas una vez al mes. Compruebo sus quejas, sugiero mejoras, elaboro proyecciones para ampliar nuestros servicios que están, por supuesto, diseñados para

hacer que el negocio de los clientes crezca.

—¿Le pagan bien?

—Muy bien. Tenemos un plan de beneficios sociales, acciones y todo eso. Es un buen trabajo y con buenas perspectivas.

—¿Ve alguna vez al señor Basil Yanko?

—No, pocas veces. Pero sabemos que está ahí —¡sí señor!—. Sabe lo que cada uno de nosotros hace, hasta incluso lo que hace el servicio de limpieza. Si no te espabilas, no duras mucho en Creative Systems.

—¿Así que hay una gran rotación de personal?

—No demasiada, suficiente para mantenernos con los pies en la tierra supongo. Aún así, la gente despedida en nuestra empresa suele ser mejor que la mayoría. Todos parecen encontrar trabajo fácilmente.

—Caramba, qué interesante. ¿Dónde suelen buscar trabajo?

—Bien, la mayoría de los informáticos con experiencia se van a las tres grandes agencias de Nueva York y a dos de aquí, en la Costa Oeste.

—¿Y su empresa tiene también una agencia de contratación de personal?

—No señor. Nosotros sólo contratamos para nuestra empresa o para las empresas de nuestros clientes. Ésa es la política de la empresa. Yanko se mantiene muy firme al respecto.

—Bien, gracias señor Duggan. No le entretendré más.

—Ha sido un gran placer señor. Su mensaje estará en Nueva York en media hora.

Era un joven agradable, simplemente demasiado ingenuo para ser real. Le di la mano, le acompañé hasta la puerta y regresé, pensativo y triste, para apurar mi bebida. Ahora la pelota estaba en mi tejado. Yanko lo sabía todo en relación con el comportamiento contingente de sujetos no sicóticos —¡oh sí, hermanos, lo sabía!—. Una oferta no definitiva hace que un hombre se vuelva impaciente. Una oferta en firme provoca su ansiedad y, además, si está un dieciocho por ciento por encima del precio de mercado hace que corra que se las pele antes de que llegue la siguiente Navidad.

Arlequín podría negarse a vender, pero también era cierto que no podía mantener todas sus opciones a cien dólares la acción y al mismo tiempo cubrir el agujero de quince millones de dólares. Karl Kruger podría comprar a noventa dólares, pero no subiría un diez por ciento más y no se le podía reprochar. Arlequín quizá diese una batalla por el poder —caso en el cual Yanko se sacaría su as de la manga: la presentación de pruebas documentales de fraude y apropiación indebida—. Después de esto, nuestros amigos, clientes y aliados se batirían en retirada.

Era un bonito informe para llevarlo a la habitación de un enfermo. Arlequín se lo tomó con humor.

—Estamos pillados y de qué manera. Sólo queda un consuelo: el precio es justo.

Juliette, con los labios apretados y enfadada, le desafió.

—¿Recibiste Arlequín & Cía en bandeja de plata y ahora la vendes sin sonrojarte solamente porque el precio es el justo? Me avergüenzo de ti, George.

Le dio un arrebato de enfado y entonces se volvió hacia mí.

—¿Qué me aconsejas Paul?

—La razón me dice que vendamos. El instinto que luchemos.

—¿Hay posibilidades de ganar?

—Sí.

—Pero también podríamos salir mal parados. ¿No es así?

—¡Por Dios, George! —Juliette le golpeó de nuevo, fría y despectivamente—. ¡Deja de dar rodeos y admítelo! Nunca has tenido que luchar por nada en tu vida. Todo te lo han regalado, ¡incluso tu propio talento! Quince dólares más por acción para salir de la compañía que tu abuelo fundó y que tú, por derecho, deberías legar a tu hijo.

Arlequín se mantuvo de pie frente a ella, rígido como si fuese una estatua de piedra. Sentía lástima por él y vergüenza por todos nosotros. Al final, dijo:

—Siéntate, Julie. Tú también, Paul.

Nos sentamos. Arlequín se quedó de pie, de espaldas a la ventana, con la cara a oscuras, dominándonos. Entonces empezó a hablar, lentamente, sin ganas, como si cada frase saliese de lo más profundo de su ser.

—Parece que te he fallado, Julie. No me había dado cuenta. Lo siento. Sé que tú también has dudado, Paul. Pero tenías razones para hacerlo. Intentaré explicarme. Durante bastante tiempo me he ido desilusionando de este negocio nuestro. Hacemos dinero como quien siembra calabazas y lo vendemos como mercachifles en el mercado internacional. Observo los fondos que pasan por nuestras manos y cada vez más a menudo me pregunto de dónde vienen: las transferencias desde Florida que sabemos, pero no podemos admitir, que son dinero de la mafia; los petrodólares de los jeques, en cuyos países todavía se practica la esclavitud y se le cortan las manos a un hombre por robar una cesta de dátiles; el dinero que nos llega de la fuga de capitales de países en crisis; y la tanda que llega de dictadores y tiranos. ¡Ya lo sé! Cuando nos llega a nosotros ha sido blanqueado. Está limpio, desinfectado y huele a agua de rosas. Y nosotros vivimos como reyes gracias a todo esto. No estoy orgulloso. Cada día lo estoy menos… Mientras permanezco aquí echado, esperando a que los médicos lleguen y me den la sentencia de muerte, me pregunto cómo podré responder por mi vida cuando llegue al otro lado, sea cual sea el juicio que tenga que afrontar allí… Entonces, al pasarme todo esto, me pareció que era una salida: la manera de recoger beneficios, marcharme, comprar tiempo y libertad para poder trabajar fuera del círculo de este mundo, lejos de mi lugar en él. De otro lado, sé que soy un buen banquero y que los hombres honestos confían en Arlequín & Cía Pero

ahí está el dilema —y tú me has puesto frente a él, Paul— si me enfrento a Yanko, estaré luchando en su mundo, con sus normas y sus armas. Eso me preocupa; pero no por las razones que crees Julie. Mira, me gustaría la lucha; me gustarían el riesgo y la brutalidad, la desnudez del espacio sin ley que hay en ese mundo. Creo que podría ser el mayor pirata de todos y sonreír mientras limpiase la sangre de mi cuchillo. Pero la cuestión es si podría vivir conmigo mismo después. ¿Te parecería entonces más hombre, Julie? ¿Podrías después, Paul, navegar conmigo, reír y beber vino en la cubierta de popa? —sonrió e hizo una pequeña mueca de burla hacia sí mismo—. Bien, éste es el alegato de la defensa. Es el último que pronunciaré.

Julie le miró, pálida.

—De todos modos, vas a vender, ¿verdad?

—No querida. Eres una mujer muy persuasiva. Voy a luchar. Ésa es la única manera que conozco de que el juego valga lo que se arriesga en él.

Esas palabras no tenían la fuerza de un llamamiento a la lucha y, como tema musical para una segunda luna de miel, eran bastante menos que propicias. Incluso mientras nos preparábamos para la lucha, aquello parecía más una conspiración que el enfrentamiento de los buenos contra los malos.

Regresamos al hotel. El viento de Santa Ana soplaba y Juliette permanecía sentada a mi lado, silenciosa y retraída. Deseaba abrazarla y hacerla reír de nuevo, pero ella estaba muy lejos, perdida en el país de los zorros, donde las mujeres fantasma lloran por los amores perdidos o despreciados. Pasé cuatro horas y gasté una pequeña fortuna en hacer llamadas telefónicas y luego cogí el primer vuelo de medianoche para Nueva York.

Capítulo 2

Nueva York es un lugar que me hace sentir al momento como en casa, una ciudad capitalista sin complejos salpicada aquí y allá por la libre empresa. Tengo un apartamento hacia el número 60 de la East Side, un mayordomo japonés, un buen club y un grupo de amigos, hombres y mujeres. Me encanta la ciudad por su locura y su frenesí. Disfruto de su bullicio, de su cinismo lacónico y de los modos y la brusquedad de la gente. Es un lugar para vivir con riesgo y también un sitio donde puede resultar demasiado fácil morir, pero yo me siento aquí más feliz que en cualquier otro lugar del mundo.

Asimismo, me hace feliz pasar desapercibido con un teléfono que no aparece en las guías, el nombre de otra persona en la puerta y el uso del apartamento del banco en el Salvador, donde puedo escapar del aburrimiento sin atravesar el umbral de mi casa. También hay algunas ventajas diplomáticas en todo esto. El Salvador es un lugar muy conocido donde se ve y se oye hacer negocios, lo que me ofrece la oportunidad de tener una doble vida: luchar desde mi guarida y relajarme al mismo tiempo.

A las ocho de la mañana, cuando todavía estaba medio dormido y con las arrugas de las sábanas marcadas en la cara, me registré en el Salvador. A las nueve me encontraba ya en mi apartamento. A las diez, gracias al trabajo de Takeshi, ya estaba afeitado y duchado, había desayunado y regresado de nuevo a mi forma humana. A las diez y media estaba caminando por la Tercera avenida en busca de Aarón Bogdanovich, que se dedicaba a negociar con el terror y con flores muy caras.

Su floristería era espectacular. Dos chicas, alambre y alicates en mano, estaban preparando unos centros de mesa, mientras un exótico joven colocaba un ramo dentro de una caja. Una oronda dependienta vestida de amarillo, con gafas doradas y una voraz sonrisa me saludó y, antes de dejarme decir una sola palabra, puso ante mis narices un catálogo con las mejores flores de primavera. Tuve tiempo de tomar aire. Cuando pedí ver al propietario del negocio su sonrisa desapareció. Ya no le interesó saber nada más salvo cuál era mi nombre y qué me había traído allí.

Mi respuesta no le proporcionó satisfacción visible alguna. Cuando le mostré la carta de Karl Kruger la sujetó como si fuese gelatina, la depositó en un tazón y se lo llevó todo a la trastienda. Unos minutos después regresó con el mensaje de que debía cruzar la avenida y acercarme hasta Ginty’s Tavern. Allí debía esperar una llamada. Me marché de allí sintiéndome como un leproso al que se ha desterrado.

En Ginty’s me tomé un zumo de tomate y me puse a contar las botellas que había en las estanterías hasta que el teléfono sonó y una voz me pidió que fuese a la catedral de San Patricio y me arrodillase allí en el primer confesionario de la nave de la derecha. Todo esto me pareció una tontería y así lo dije. La voz al teléfono me

reprendió con dureza:

—Cuando queremos un banco nos dirigimos a usted como banquero pero, en nuestro negocio nosotros somos los especialistas… ¿Está claro?

Dicho así, desde luego, estaba claro. No estaba lejos de San Patricio y un poco de oración no me haría ningún mal —eso, claro está, en el caso de que consiguiera recordar alguna—. El confesionario aparecía oscuro y amargo, decorado con viejas galas. La rejilla que separaba al fiel de su confesor se había cubierto con una malla opaca. La voz que oí a través de ésta me resultó anónima, un murmuro suave:

—¿Es usted Paul Desmond?

—Sí.

—Soy Aarón Bogdanovich. Tengo buena memoria. Dígame qué servicio está buscando y yo le diré en qué términos lo llevaremos a cabo. Empiece por favor.

Se lo dije, en un tono confesional. Fue un ejercicio interesante porque me hizo pensar en lo vagamente que había definido mi propia posición y cuánta razón había en las dudas que se planteaba Arlequín. Aarón Bogdanovich era un buen oyente y un hábil inquisidor. Algunas de sus preguntas me resultaron incómodas:

—¿Podría establecer un orden de prioridades con respecto a sus necesidades?

—Lo primero es repeler la absorción, lo segundo investigar la operación fraudulenta y limpiar nuestro sistema. Lo último sería probar que Basil Yanko es culpable de conspiración criminal.

—Las dos primeras operaciones son defensivas. La tercera es agresiva. ¿Por qué?

—Porque si hacemos una guerra defensiva estaremos al borde de la derrota.

—¿Ha tenido en cuenta los posibles costes?

—¿En dinero? No. Aceptamos que puede ser caro.

—El dinero no es lo más importante.

—¿Qué es lo importante entonces?

—La vida y la muerte. Cuando vaya a la policía o cuando requiera los servicios de una empresa de seguridad reconocida, estará alquilando de hecho los servicios de alguien con una pistola para que defienda su vida y sus propiedades. Pero la delegación en algo así es limitada. Este alguien es responsable ante la ley por lo que hace. A nosotros no se nos puede cuestionar nada, porque operamos fuera de la ley. De todos modos, tenemos una cierta ética y desde luego no somos asesinos a sueldo. Ese tipo de individuos puede usted encontrarlos en el mercado libre; podrá usted contratar a uno a partir de 20 000 dólares por asesinato.

—No estamos contratando los servicios de asesinos.

—Es cierto, pero puede haber violencia en toda la operación y la muerte es consecuencia de la violencia. Así pues, primero debe decidir usted y, después, nosotros valoraremos si el asunto es suficientemente grave como para correr un riesgo moral.

—¿Podemos hablar sobre eso?

—Ahora no. Lo que me gustaría es que usted acabase de definir su postura de manera satisfactoria y, entonces, podremos volver a reunirnos.

—¿Cara a cara?

—¿Por qué lo pregunta?

—Usted ha mencionado la ética. Es importante que sepamos con quien estamos trabajando. Nunca he hecho una oferta a un hombre al que no conociese. Nunca he firmado un contrato abierto. Así pues, si se trata de un encuentro cara a cara, bien, acepto. Si no va a ser así, lo dejamos aquí.

—De acuerdo.

—Sugiero que nos volvamos a ver en mi apartamento. Decida usted la hora.

—Hoy a las once y media. ¿Tiene algún documento que pueda ver?

—Aquí, en mi maletín.

—Déjelo en el maletero del coche y no cierre. Añada a ello una nota con su dirección y su número de teléfono. Lo recogeré cuando usted se haya ido. Por cierto, algo más.

—Usted dirá.

—En primer lugar sirvo a un país. Sirvo a sus aliados y a mis amigos por concesión. No puedo poner en peligro mi trabajo. Debe comprometerse a mantener un secreto absoluto en relación con todo esto.

—De acuerdo.

—También debe conocer cuál es el castigo por romper las reglas.

—Bien, dígamelo.

—La muerte, señor Desmond. No habrá un segundo aviso respecto de este asunto.

Resulta sorprendente lo claras que ve las cosas un hombre cuando lo que está en juego es su vida. Según caminaba por la Quinta avenida, moviéndome entre la muchedumbre que sale a mediodía, valoré cuál era mi posición en relación con la de mi siniestro confesor. Aarón Bogdanovich tenía una buena razón para dedicarse a lo que se dedicaba. Una muerte o cientos de ellas no eran algo considerable con respecto a los seis millones de asesinatos cometidos durante el Holocausto. Ninguna vida era más importante que la supervivencia de una nación asediada… Pero ¿qué era un banco? Una sociedad creada solamente por y para el dinero. ¿Valía la pena el sacrificio de una sola vida humana por proteger sus activos? ¿Quién elegiría a la víctima? ¿Con qué criterio? Y ¿qué derecho tenía Paul Desmond, desde su cómoda posición, para erigirse en juez, jurado y verdugo?

Al detenerme un segundo frente al escaparate de Cartier para ver unos brillantes, un invidente que llevaba un cartel que le colgaba del cuello plantó una taza de hojalata frente a mis narices. No llevaba monedas, pero sí encontré en mi bolsillo un billete arrugado. Cuando se lo estaba echando en la taza me di cuenta de que era un

billete de diez dólares, pero ya era demasiado tarde. De manera poco razonable, me enfadé conmigo mismo, cosa que no me proporcionó alivio alguno.

Había quedado para comer en el Salvador con nuestro gerente neoyorquino, Larry Oliver, un bostoniano de refinadas costumbres y escrupulosamente respetuoso con la tradición. Si por él hubiera sido, habría llenado la oficina de administrativos reverentes, la hubiese amueblado con mesas altas y en lugar de bolígrafos los empleados utilizarían plumas estilográficas para escribir. Así hubiese sido el más feliz de los hombres. En una ocasión en que Arlequín le envió a Londres durante seis meses, Oliver regresó completamente sorprendido y abatido por la pérdida de ética del sistema bancario inglés. Los bárbaros de Wall Street bromeaban sobre él, pero lo cierto es que él nos llevó a través de la crisis de 1970 sin que prácticamente ningún elemento de nuestro portafolio sufriese lo más mínimo. La simple imprecisión era para él un anatema. Un fraude en nuestras cuentas era un horror inimaginable. Así las cosas, me esperaba una comida difícil: en realidad, iba a ser un desastre.

Oliver jugueteó tristemente con la comida mientras le explicaba tanto como necesitaba saber sobre la situación y, especialmente, los detalles que en relación con ella afectaban a Nueva York. Dejó el café sin tan siquiera haber tomado un sorbo, se levantó, se metió las manos bajo la chaqueta y empezó a dar vueltas como si fuera un abogado que le hablase a un cliente difícil.

—… Paul, entiendo —créeme, de veras— la gravedad de la situación. Pero dime, ¿por qué no se me ha informado antes?

—¡Por Dios Larry! Nos lo han dicho tan sólo hace cuatro días, en Ginebra. Te envié un telegrama, a ti y a todos los gerentes, en ese mismo instante. He pasado dos días hablando con George Arlequín y el tiempo restante se me ha ido en viajes. ¡Sé razonable, por favor!

—Lo intento Paul, pero debes tener en cuenta que están en juego mi reputación, mi familia…

—En lo que respecta a Arlequín y a mí, nunca hemos puesto en duda tu reputación.

—Pero, cuando esto salga a la luz…

—No debe salir a la luz Larry. Precisamente se trata de eso. El agujero se ha cubierto. Estoy aquí en Nueva York para poner en marcha una investigación a fondo.

—Mediante una agencia privada, supongo.

—Probablemente más de una.

Se quedó parado y me señaló con un dedo, reprobándome:

—Eso no lo resuelve todo, ni siquiera lo resuelve a medias.

—¿Qué quieres decir?

—A menos que yo no entienda bien las leyes, estamos siendo víctimas de un

fraude, ¿no es así?

—Aparentemente, así es.

—Entonces ése es un asunto del que debe ocuparse el FBI ¿Por qué no se le ha llamado?

—Porque, aunque sospechamos que se trata de un fraude, todavía no hemos tenido tiempo de encajar todas las piezas y estudiar las pruebas. Además, operamos en diversas jurisdicciones. Quizá el FBI no sea la única agencia implicada. De todos modos, tengo una reunión con Creative Systems en la que repasaremos el informe conjuntamente. Entonces informaré al señor Arlequín y decidiremos si llamar o no a los investigadores federales.

—Y mientras tanto, toda la plantilla y yo mismo estaremos bajo una nube. Me parece intolerable.

—Naturalmente. Sólo puedo rogarte que seas paciente. Debemos coordinar la acción con el resto de nuestras delegaciones.

—Lo comprendo, claro, pero me pregunto cuánta información se habrá filtrado ya.

—Ninguna, espero.

—No estoy tan seguro de eso. Ayer estuve en una comida en el Club. Me hicieron algunas preguntas impertinentes.

—¿Cuáles?

—Me preguntaron si Arlequín podría volver a trabajar de nuevo.

—Podrá, muy pronto.

—También quisieron saber si había notado alguna debilidad en nuestras operaciones en Ginebra.

—Y supongo que les dijiste que no habías notado nada, ¿verdad?

—Mientras no estoy totalmente seguro… no suelo hacer afirmaciones categóricas.

—Lo sé, Larry. Lo sé. ¿Qué más te preguntaron?

—Me preguntaron si estábamos abiertos a una opa y si de hecho se había producido ya. Respondí que no a ambas cuestiones.

—De nuevo, hasta donde sabías.

—Sí… y entonces fue cuando me preguntaron si alguna vez me había planteado cambiar de empresa. Entonces respondí que estaba muy contento con Arlequín & Cía y, especialmente, con la relación que mantengo con nuestro presidente. Tenemos mucho en común, ya lo sabes: a ambos nos gusta la pintura, respetamos los precedentes sólidos y, si se me permite, tenemos una buena historia familiar.

—Estoy encantado de oír eso, Larry. Arlequín cuenta contigo en estos momentos.

—Por favor, dile que cuenta con todo mi apoyo. No obstante, no sería honesto si no te dijese que cualquier mancha en la reputación del banco o en la mía propia me

obligaría a reconsiderar mi posición.

—Te lo agradezco. Estoy seguro de que Arlequín querrá verte tan pronto como venga a Nueva York. Hasta entonces, nos mantendremos en contacto todos los días. Por cierto, otra cosa…

—Dime, Paul.

—Es el momento de los hombres buenos… ¿Lo entiendes?

—Sí, claro que lo entiendo. Gracias por confiar en mí. Ahora lo mejor será que regrese y que me ocupe de todo hasta que Arlequín llegue.

Se marchó entonces, con la cabeza alta y las mejillas rezumando piedad divina. Era un buen bostoniano, alguien en quien, como dijo el viejo Tom Appleton[7], el viento del este se convierte en carne. La información que me había transmitido era muy dura. La palabra «problema» había saltado a la palestra. Los rumores serían crecientes y se extenderían por la ciudad y pronto, muy pronto, una oferta de cien dólares por acción parecería como un maná en el desierto. Necesitaba una buena copa de brandy. Finalmente, abandoné la idea, pues Valerie Hallstrom me esperaba a las tres y media y necesitaba estar completamente sereno para discutir con ella el informe que había presentado.

Valerie Adele Hallstrom, como se leía textualmente en su tarjeta, era un fenómeno. Era alta y rubia. Tenía una de esas caras de escandinava abierta y saludable que utilizan las agencias de viaje para venderte un crucero por el Báltico en invierno, y su figura resultaba espectacular. No obstante, no hacía ostentación de ello, sino que, al contrario, su traje chaqueta resultaba de lo más discreto. Sus gestos resultaban así contenidos. Su voz era un suave contralto. Controlaba su mente y sabía qué palabra utilizar en cada momento. Al principio me pareció distraída pero, según iba pasando, línea a línea, por el documento, la encontré desalentadora.

—Verá, señor Desmond, si usted decide, como bien podría hacer, poner en marcha un procedimiento legal, este informe deberá ir a los juzgados. En el momento en que lo firmé, tanto mi reputación como la de la compañía a la que represento se ponían en entredicho.

—Así pues, su conclusión es, y eso es algo que el informe afirma de manera rotunda, que el fraude se ha originado en nuestra propia organización.

—No hay duda de ello.

—Léamelo según usted lo ve.

—Tomemos como ejemplo la oficina central de Ginebra. El ordenador principal está instalado en Zurich. Ustedes alquilan su tiempo de uso, cuatro horas al día, cinco día a la semana. Tiene dos líneas directas con el ordenador central y ustedes sólo pueden conectarse a él mediante una clave de acceso. Cualquiera que conozca dicha clave puede acceder a sus líneas y a las de algunos más, para introducir información y dar instrucciones a la máquina, así como para extraer información de la misma.

—Está claro, pero ahí se produce un bucle: o nuestros operadores cometieron el fraude o bien alguna otra persona que pudiese entrar en el sistema mediante nuestra clave de acceso.

—Una clave que debían obtener desde dentro de la organización, ¿verdad?

—Posiblemente… Ahora lo entiendo: una vez se ha dado una instrucción al ordenador, ésta queda guardada en su memoria y se ejecuta automáticamente.

—Efectivamente.

—Entonces nadie conoce la existencia de dicha instrucción excepto la persona que la introdujo en la memoria.

—Exacto. Ésa es la base de cualquier fraude clásico. Por ejemplo, si usted tiene un límite de crédito de dos mil dólares, puede incrementarlo hasta doscientos mil añadiendo simplemente dos ceros en el programa. Después queda así grabado y se puede operar con el falso límite de crédito sin problemas mientras nadie revise de nuevo el sistema y encuentre la instrucción original. Otro ejemplo. Se puede dar al ordenador la instrucción de que ingrese cien mil dólares en una cuenta en un momento determinado y de que borre dicha instrucción al día siguiente. Luego se saca el dinero de la cuenta mediante un cheque contra el saldo de la misma y se deja el país. Si no se puede probar que se dio al ordenador la orden para cometer el fraude, es muy difícil probar que se ha cometido un delito. No se ha hablado de una cantidad para la que no se tenga autorización. El error fue cometido por el ordenador, que actuaba y operaba para el banco.

—Así, señorita Hallstrom, veamos exactamente qué pasó en la oficina de Ginebra. Vamos a la página 73 de su informe. Alguien, presumiblemente el propio George Arlequín, abrió una cuenta cifrada en el Union Bank. La cuenta se abrió por correo, utilizando a tal efecto documentos firmados o aparentemente firmados por él. Las firmas coinciden. Arlequín niega conocer esos hechos. Eso nos lleva a entender que las firmas han sido falsificadas. Además, alguien que ha utilizado nuestra clave de acceso ha manipulado el ordenador y le ha dado instrucciones para que cargue el uno por ciento de una de cada tres transacciones y lo pague semanalmente en una cuenta de Arlequín en el Union Bank. Como los cargos de los bancos cada vez se hacen más complicados, dado que los banqueros son cada vez más y más ambiciosos, todos ellos deberían desaparecer hasta que llegase una auditoría, ¿verdad?

—Sí, pero en el momento de la auditoría habría que justificarlo con una orden.

—Así pues, si Arlequín fuese su creador, sería el primero en ser incriminado por la justicia.

—Efectivamente.

—Pero no es tonto y no necesita dinero. Así pues, ¿cuál es su conclusión señorita Hallstrom?

—No creo que responder a esa pregunta sea de mi incumbencia señor Desmond.

En nuestro contrato con ustedes nos comprometemos a descubrir anomalías y malas praxis. Eso es lo que hemos hecho. Son ustedes los que deben sacar conclusiones y decidir qué acciones tomar.

—Muy bien. Muy correcto. Déjeme explicárselo de otro modo: somos un hombre y una mujer, estamos solos en la suite de un hotel, sin testigos. No hay micrófonos ocultos, salvo que usted lleve alguno. En estas condiciones, ¿sería capaz de darme su opinión sin prejuicio alguno?

—No, señor Desmond, no lo haría.

—Pero usted tiene una opinión formada al respecto…

—Sí, la tengo, y es la que he expresado en el informe que he firmado.

—Éste es un asunto que supera los límites del informe.

—Un asunto de opinión, no un hecho. Si cree que tiene que hacer alguna reclamación a Creative Systems Incorporated, hable con el señor Yanko, la persona para la que trabajo… Ahora, ¿quiere saber lo que ha ocurrido en las demás filiales?

—No. Las transacciones varían. El método es más o menos el mismo. El resultado es idéntico. Todo apunta a que George Arlequín ha cometido fraude.

—¿Puedo preguntarle qué medidas ha tomado para que la situación no continúe?

—Hemos anulado todas las órdenes informáticas identificadas en su informe.

—Bien.

—Y ahora estamos trabajando en la trazabilidad de todo el proceso hasta llegar al origen del fraude. Su informe apunta a que dicho origen debe estar en alguien que esté dentro o muy relacionado con Arlequín & Cía En cambio, me he dado cuenta de que no habla de nadie que pueda tener relación con Creative Systems Incorporated.

—Al contrario, señor Desmond. Precisamente en la página 84, párrafo 3 lo menciono: todo el personal de Creative Systems que tiene que ver con estas operaciones ha sido investigado y vuelto a investigar, tras lo cual tenemos la satisfacción de poder afirmar que nadie en nuestra empresa está relacionado en modo alguno con dicho fraude.

—¿Espera que nos lo creamos?

—Si no hay prueba alguna en contra, sí.

—Señorita Hallstrom, permítame que le haga un cumplido.

—Adelante, señor Desmond.

—Es usted una mujer muy hermosa.

—Gracias.

—Me gustaría que fuese para nosotros para quienes trabajase.

—Ya lo hago, señor Desmond. Espere a recibir la factura. Mis servicios son bastante caros.

—¿Alguna vez tiene tiempo libre?

—Muchas veces.

—Entonces sería para mí un placer que me permitiese invitarla a cenar una noche. Prometo no hablar de negocios.

—Creo que me gustaría.

—¿Dónde puedo llamarla?

—Le doy mi tarjeta. Llámeme en torno a las siete de la tarde cualquier día de estos.

—Gracias.

—Por cierto, el señor Yanko me pidió que le dijese que mañana, entre las diez de la mañana y el mediodía estaría a su disposición.

—Dígale que me espere a las once.

—*Au revoir*, señor Desmond. Ha sido un placer conocerle.

—El placer ha sido mío señorita Hallstrom.

¡Diablos! Me pareció una bruja rubia platino, pero por lo menos tenía su dirección y su teléfono y casi una invitación para entrar en su vida privada.

Era una pequeña victoria que en modo alguno resultaba insignificante. Cuando se trata con grandes corporaciones, hace falta tener amigos dentro. Algunas empresas son más prósperas que los propios países donde se asientan. Superan fronteras y están por encima de las instituciones locales. Negocian con los mejores cerebros y compran el mejor asesoramiento legal en cada país. Su personal tiene a su cargo el cuidado de diplomáticos y políticos… Pero si se quiere una respuesta clara a una pregunta del mismo tipo la cosa puede tardar más de dos años y, mientras tanto, se necesitará toda una biblioteca para archivar la correspondencia que se producirá. Así que la cena con Valerie Hallstrom podía ser una mera pérdida de tiempo pero, por otro lado, también podía ser la clave para descubrir algunos secretos pues, cuanto mayor es una corporación, más diluidas se hallan las lealtades y en los escalones más altos la lucha por el poder entre las diversas facciones es también más amarga.

Eran las seis de la tarde. De repente, me sentí cansado, desaliñado y viejo. Salí del Salvador, di una vuelta diez bloques más atrás hasta mi propio apartamento y dormí hasta que Takeshi me llamó a las once de la noche.

A las once y media, puntual como el que más, Aarón Bogdanovich se presentó. Era un hombre alto y delgado, bronceado y musculoso. Aparentaba unos cuarenta años pero bien podía haber tenido unos treinta. No había forma de saberlo sin una partida de nacimiento. Su atuendo era informal pero estaba inmaculadamente limpio. Sonrió. Me dio la mano con firmeza. Tras un vistazo rápido a mi apartamento dijo:

—Tengo un hombre vigilando la entrada de la calle. Hay otro fuera, en la puerta. Quisiera hacerle pasar para que comprobase que no hay micrófonos ocultos en el apartamento. Supongo que no habrá objeción alguna, ¿verdad?

—Ninguna.

El hombre entró. Era como un joven fantasma que merodeaba por todas las

habitaciones con un detector. Cuando hubo terminado, asintió con la cabeza y se marchó sin decir una palabra.

Bogdanovich se relajó.

—Ahora podemos hablar.

—¿Desea tomar algo?

—Un zumo de fruta, por favor.

Takeshi sirvió las bebidas y se fue.

Aarón Bogdanovich me sonrió por encima de sus gafas.

—Bien, señor Desmond, ¿qué ha decidido?

—Estamos asediados. Tenemos que luchar. Aceptamos que todo esto puede llevar a drásticas consecuencias.

—Y ¿qué hay de sus prioridades?

—Me ha dado carta blanca.

—Los cargos serán los siguientes: uno inmediato, en metálico, de doscientos cincuenta mil dólares. Deberá disponer también, cuando se le pida, de una cantidad similar en la moneda que se requiera y en la ciudad en que se le solicite. En total, será medio millón de dólares, con una puja máxima del diez por ciento.

—¿A ganar o a perder?

—Ése es el acuerdo. Se trata de un acto de fe. La otra cara de la oferta es que aceptamos nuestros propios riesgos y que nunca, bajo ninguna circunstancia, se los traspasamos al cliente. Si cae sangre en la alfombra, nosotros la limpiamos. ¿Puede llegar a la cantidad solicitada?

—Sí.

—¡*Lacheim*[8], señor Desmond!

—Salud.

Brindamos, bebimos y sellamos el acuerdo. Nos dispusimos a cenar y Bogdanovich me habló del plan del mismo modo que lo haría un general que instruyese a su primer oficial.

—He leído el documento. Estoy de acuerdo con sus conclusiones. El fraude está relacionado con la opa lanzada por el control de la corporación. Yanko es probablemente su instigador. Para probarlo, hay que trabajar dentro de su organización y también dentro de la de ustedes.

—¿Puede hacerlo?

—Podemos. De todos modos, tenemos que organizar una operación de cobertura que distraiga la atención de nuestras actividades.

—¿Cómo hacerlo?

—Contrate la asistencia de una empresa de seguridad conocida. Le sugerimos Lichtman Wells, que dispone de un equipo internacional. Pida que la operación la lleve personalmente el señor Saúl Wells. Lo aceptará.

—¿Por qué?

—Esté seguro de su aceptación y de que acordará la operativa adecuada.

—Su operativa, de hecho.

—No lo diría así. Ni tampoco le preguntaría… Verá, señor Desmond, no sería completamente imposible que usted, algún día, fuese presionado de tal modo que se sintiese obligado a revelarlo todo acerca de esta operación. Considerando lo que ya hemos comentado, lo mejor es que usted no tenga nada que decir… ¿Está casado?

—No.

—¿Tiene algún tipo de lazos familiares o relaciones mediante las cuales le pudiesen chantajear? ¿Quizá una amante? ¿Tal vez un hijo?

—No, yo no, pero Arlequín tiene esposa y un hijo.

—En ese caso, él también debe saber cuáles son los riesgos que corre.

—Lo hará.

—Me gustaría conocerle personalmente.

—Esta mañana le han dado el alta en el hospital. Quería irse a Acapulco unos días con su mujer y su hijo. De hecho, vendrán a Nueva York y se alojarán en el apartamento que el banco tiene en el Salvador, donde todo está listo para que pueda pasar la convalecencia que le espera.

—Bien pensado. Probablemente ambos deberán viajar a menudo en un futuro próximo.

—¿Cómo?

—Su banco está en crisis. Obviamente habrá que visitar todas las filiales. Además, puede que sea mejor que se mantengan siempre viajando por la seguridad de nuestras operaciones y por la suya propia.

—Es un pensamiento que asusta.

—Sí, lo sé, pero considérelo, señor Desmond. Su compañía es una presa muy apreciada y las grandes corporaciones no tienen escrúpulos. Es fácil amañar un accidente. Muchos diplomáticos y ejecutivos desaparecen. La tortura es ahora una ciencia. Lea cualquier periódico y verá que no exagero… y lo que no se puede leer es más siniestro todavía. En este mismo momento hay un cadáver flotando en el East River. Es el cuerpo de un tirador que fue contratado para asesinar a un delegado árabe de las Naciones Unidas. Iba a ser esta noche, a las ocho y media, cuando el delegado saliese de su limusina para ir a una cena. Se hubiese culpado a mi gente de su muerte… Espero que lo haya entendido.

—Me ha quedado más que claro.

—El dinero es poder, señor Desmond. Ni lo uno ni lo otro proporciona comodidad.

—Entonces… Arlequín y yo tendremos que viajar. ¿Qué más?

—Actúe normalmente. Yanko espera que negocie con él la venta de las acciones.

Negocie. Espera que investigue. Hágalo. Sus gerentes y directivos no conocerán mis actividades en ningún momento. Lleve el negocio adelante como siempre. Cualquier información que usted recoja nos llegará.

—¿Cómo?

—Aquí en Nueva York, por teléfono, desde una cabina. Le daré dos números que debe memorizar. Se identificará con el nombre de Weizman. Cuando deje Nueva York hará sus gestiones con una agencia de viajes que le recomendaré. Sus contactos en otras ciudades se le comunicarán cuando usted recoja sus billetes.

—Ahora tengo algo que contarle. Esta noche he hablado con una mujer, Valerie Hallstrom. Trabaja para Yanko y es la persona que preparó el informe.

—¿Le dijo algo útil?

—Todo lo contrario. Se negó a comentar nada que no estuviese escrito en el informe. De todos modos, le pregunté si podía invitarla a cenar un día de estos. No pareció desganada y me dio su tarjeta.

—¿Me permite verla, por favor?

La escrutó durante algunos segundos y luego me la devolvió.

—No puedo evitar preguntárselo: ¿de verdad tiene muy buena memoria?

—Sí.

—¿Debería concertar una cita con esta mujer?

—¿Es atractiva?

—Sí, mucho.

—¿Es una mujer sensible?

—Me gustaría averiguarlo.

—Simplemente manténgame informado de cualquier cosa.

—Tengo otra pregunta. ¿Cómo se pondrá en contacto conmigo? Estaré siempre viajando de un lado para otro.

—Allí donde esté, señor Desmond, yo lo sabré. Somos caros, pero damos servicio las veinticuatro horas… Por cierto, ¿cuánto tiempo lleva su mayordomo trabajando para usted?

—Seis años.

—Veo que confía en él pero, dígame, ¿sabe algo de su pasado?

—Casi nada. Estuvo trabajando para un amigo mío durante cinco años. Cuando mi amigo dejó Nueva York, me quedé el apartamento y a Takeshi con él. Hay muchos objetos valiosos aquí. Takeshi lleva las cuentas domésticas y, hasta ahora, no tengo ninguna queja.

—Es un buen *currículum*, pero no obstante le investigaremos también a él. ¿Tiene algún vicio señor Desmond?

—Eso es algo difícil de responder.

—Tengo que saberlo.

—Bien, hablemos de lo negativo: no juego. Me gusta tomar una copa, pero hace más de veinte años que no he cogido una borrachera. No pago por el sexo. Me gustan las mujeres únicamente y nunca digo su nombre cuando estoy en el Club.

—¿Algún secreto?

—Un fracaso matrimonial.

—¿Deudas?

—Ninguna.

—Gracias, señor Desmond. Eso es todo lo que necesito saber de momento.

—¿Más zumo?

—No, gracias.

—Quisiera hacerle una pregunta, señor Bogdanovich.

—Dígame.

—¿Por qué ha aceptado ocuparse de este asunto?

—Lo que usted realmente se pregunta es por qué no me he ido a otra parte a ocuparme de otro asunto por el que cobrar el doble.

—No, quiero que me responda exactamente a lo que le he preguntado.

—Hay dos respuestas, señor Desmond. La primera es muy sencilla. Le ha recomendado un buen amigo mío, Karl Kruger, y usted puede pagar el servicio. La segunda es algo más complicada. Tengo poca fe en la rectitud de los seres humanos. Sé que cualquier hombre tiene un precio y que sólo se muere como un hombre justo cuando nadie paga ese precio. Sé que cualquier hombre tiene un temor, algo que le podría destruir. He dejado de creer en Dios porque veo que la creación se fundamenta en una lucha destructiva por la supervivencia. De todos modos, sé que ese orden es necesario para que la vida resulte algo medianamente tolerable. Si el espíritu de un matón invade el de un hombre bueno, nos invade a todos. La única manera de detener a un matón es dándole un puñetazo en los dientes. Si usted es demasiado pequeño para luchar contra él, entonces contrata mis servicios… —sonrió, con esa sonrisa suya instantánea y limpia, y se encogió de hombros—. Es un argumento un tanto complicado, sería un estúpido si se lo tragara sin más, pero, en esta selva, todos necesitamos algo de razón para justificar lo que hacemos. Ahora, permita que le dé los números de teléfono y los nombres de las agencias de viaje.

Cuando se hubo marchado, Takeshi lo describió con una única frase:

—Señor, creo que ese hombre duerme en una tumba.

El cuartel general de Creative Systems Incorporated ocupaba seis plantas de un rascacielos de aluminio y cristal en Park Avenue. Tres de ellas estaban llenas de deslumbrante hardware, vigilado por guardias armados, y otras dos ocupadas por oficinas asépticas donde hombres muy serios circulaban entre tribus y subtribus de secretarias. En el sexto piso estaban los dominios privados de Basil Yanko: eran una

especie de lugar sagrado, con las paredes forradas con maderas tropicales, los suelos cubiertos por gruesas alfombras y todo deslumbrante con pinturas muy caras colgando de las paredes y objetos de lujo de todo tipo. La antesala estaba dominada por una «duquesa» de mediana edad y dos guardias, uno de los cuales era el encargado de acompañar a las visitas por los pasillos silenciosos, mientras que el otro caminaba detrás de ellos.

Cuando llegué faltaban dos minutos para las once. El guardia comprobó mi nombre en una lista; la «duquesa» me anunció a través del interfono y me pidió que me sentase. A las once exactamente una luz roja se encendió en el panel; la «duquesa» hizo una señal al guardia, que me acompañó hasta el lugar más sagrado de todos: una estancia alargada donde Basil Yanko se hallaba sentado tras una gran mesa de despacho completamente limpia. El guardia se retiró; la puerta se cerró y tuve que caminar casi doscientos metros hasta poder darle la mano al maestro.

Tan seco como siempre, me favoreció con una sonrisa y un breve saludo.

—Confío en que habrá descansado, señor Desmond.

—Sí, gracias.

—¿Cómo está George Arlequín?

—Ya le han dado el alta en el hospital. Espero que llegue hoy a Nueva York. No es algo con lo que esté de acuerdo, pero él ha insistido. Todavía tendrá que recibir cuidados médicos durante una temporada.

—Lamento oír eso. ¿Ha decidido algo en relación con la oferta que le hice?

—Sí. Me ha dicho que desea negociar tan pronto esté lo suficientemente bien de salud como para tratar asuntos de negocios.

—Y, ¿cuándo será entonces?

—Espero que pronto. Depende de la opinión de su terapeuta aquí en Nueva York.

—Por supuesto. Mientras tanto, ¿qué tal si usted y yo vamos poniendo los cimientos de las conversaciones?

—Respecto de eso Arlequín me ha dado algunas instrucciones.

—¿Cuáles?

—De momento no se encuentra suficientemente bien como para entrar de lleno en el asunto. Me ha pedido que ponga en marcha una exhaustiva investigación en relación con el fraude que se ha producido mediante un equipo independiente.

—¿Ha escogido ya alguno?

—Lichtman Wells. Tengo la primera reunión con ellos hoy, después del mediodía.

—Son buena gente. Sus operarios tienen muy buena formación.

—Eso es lo que también me han dicho a mí.

—Naturalmente, estamos a su disposición para cualquier cosa que necesiten.

—Gracias.

—El tiempo es una variable importante para ambos.

—Lo comprendo.

—Debemos ser muy precisos en este punto, señor Desmond.

—¿En qué sentido?

—Nuestra oferta es de cien dólares por acción a fecha de hoy. No obstante, tenemos que ponerle una fecha límite. El mercado es volátil, como bien sabe. No podemos mantener indefinidamente la prima en una oferta como ésta.

—¿Y qué fecha tope sugiere?

—Treinta días a contar desde hoy mismo.

—Señor Yanko, eso es muy poco tiempo. Son solamente veintidós días hábiles. No podemos completar una investigación internacional en ese tiempo. Como mínimo necesitamos noventa días.

—¿Según está hoy el mercado? No lo espere.

—En su télex usted decía, leo textualmente, que su oferta tenía su base en una previsión hecha a tres años vista.

—La valoración sí, pero no la prima.

—Aún así, tres meses son poca cosa.

—Sesenta días, eso es todo.

—No puedo confirmarlo. Antes tengo que comentarlo con Arlequín.

—Hágalo, por favor. ¿Cuándo recibiré una respuesta?

—Eso depende de él. De todos modos, ya sabe usted que es un hombre muy cortés.

—Sí, ya sé que la cortesía es algo que a veces me falta, señor Desmond. Lo sé. Hagámoslo así: si Arlequín decide retrasarse, será responsabilidad suya y yo tendré las manos libres para reducir el límite de tiempo por un período equivalente. ¿Estamos de acuerdo?

—Más o menos. Transmitiré su mensaje.

—Es usted bastante severo, señor Desmond. De todos modos, lo respeto. Si alguna vez se plantea un cambio de carrera o de escenario, me encantaría que lo hablásemos. Podría hacerle una generosa oferta.

Así pues, en lo que es el campo estrictamente legal y de negocios, había lanzado su amenaza. Si nos resistíamos o no nos podía comprar, nos colocaría como entre dos piedras de molino para que acabásemos destrozados. La sardónica habilidad del depredador me ofendió. Me hubiera gustado escupirle en la cara pero, en lugar de hacerlo, le saludé, le agradecí su amabilidad y salí para volver a Park Avenue a mezclarme entre la muchedumbre.

A las tres del mediodía llamé a Lichtman Wells. No era algo agradable. De hecho, las empresas de seguridad son un poco como los vendedores de seguros: viven del desastre que potencialmente puede afectar a los demás. Su asociado sénior, un ex coronel de la policía miliar que lucía canas, me relató toda una serie de casos

horribles que se acumulaban en sus archivos y que nunca se hubiesen dado si las víctimas, en su momento, hubiesen contratado los servicios de Lichtman Wells. Saúl Wells, asociado junior, permanecía sentado durante la actuación y, una vez el contrato quedó firmado, me ofreció un café en su despacho que me hizo revivir. Era un hombrecillo pequeño, una especie de hurón que mordisqueaba constantemente un puro apagado y que acompañaba su charla con guiños y gesticulaciones.

—No deje que el anciano le preocupe, señor Desmond. Es el vendedor del equipo, el responsable de dar el gran discurso. De mí, en cambio, obtendrá la acción sin el aburrimiento… ¿Cómo trabajamos? Bien, por dentro hay que trabajar en la detección exhaustiva. Nuestra operativa es totalmente transparente: no hay ni secretos ni nada por el estilo. Revisamos los procedimientos, recogemos declaraciones escritas, buscamos los posibles flecos y contradicciones. Y ¿cómo lo hacemos por fuera? Bien, eso es otra cosa. Hurgamos aquí y allá, descubrimos quién duerme dónde, quién gasta más de lo que gana, quien participa en juegos sexuales y quién hace qué… Ése tipo de cosas. Es una especie de rompecabezas, ¿sabe? Todas las piezas deben encajar al final. Si falta una pieza, debe estar en el bolsillo de alguien o debe haberse metido en alguna parte. Recuerdo una vez…

Recordó y recordó, revivió cada episodio una y otra vez como un comediante. Pero, de algún modo, empezó a caerme bien y me di cuenta de que, tras dos horas de charla, su sencillo método extrajo de mí toda una serie de detalles que, de otro modo, nunca se me hubiese ocurrido comentarle. Finalmente, apagó el puro que se estaba fumando y anunció alegremente:

—… Ahora usted me conoce a mí y yo a usted. Creo que nos vamos a llevar bien. Dejemos de lado la interpretación. Avise a sus directivos de que vamos a empezar a trabajar enseguida. No hay problemas de idioma. Incluso tenemos una empleada que habla esquimal. No obstante, señor Desmond, a partir de ahora esto tiene que ser como en el fútbol: hay que darlo todo. Cualquiera que confíe en usted será también nuestro amigo.

Hasta aquí muy bien. Por un lado estaba Yanko, que sabía perfectamente lo que quería y cómo obtenerlo. Por otro, teníamos promesas y más promesas, gastos muy elevados y toda una serie de profetas que nos advertían de lo peligroso de todo el asunto y de lo necesaria que resultaba su protección.

Atajé hacia la Primera avenida donde mi amigo, Gully Gordon, tiene un tranquilo bar para solteros donde toca el piano a la hora del cóctel. Gully es jamaicano, el único hombre de color que conozco con acento escocés. También puede hablar como un irlandés, un criollo, como alguien de Nebraska o como un italiano, pues antes fue actor hasta que, como él dice: «Me espabilé, muchacho, y me busqué un público cautivo.»

Iba caminando rápidamente por la acera de la izquierda de la calle cuando, de

repente, me empujaron violentamente y fui a chocar contra un hombre que estaba de pie a la entrada de un edificio. Me caí, apoyé una rodilla en el suelo y, cuando intentaba levantarme, me golpearon en el cuello. Supongo que perdí la conciencia porque lo siguiente que recuerdo es que estaba apoyado contra la pared y un tipo andrajoso, que vestía un jersey arrugado y unos pantalones vaqueros, me sacudía el polvo. Instintivamente me llevé la mano al bolsillo de la americana.

Con una sonrisa burlona, el hombre movió la cabeza y me dijo:

—No, no se la han quitado.

Pregunté, con voz temblorosa, quiénes eran.

—Ladronzuelos. Uno te empuja mientras el otro te mete la mano en el bolso. Por suerte yo estaba aquí. ¿Se encuentra bien?

—Creo que sí. Muchas gracias. ¿Me acompaña y tomamos una copa juntos?

—En otro momento. Tenga cuidado ahora, señor Desmond.

Me dejó y desapareció entre la multitud. Todavía estaba un poco aturdido y algo agitado y ni siquiera se me ocurrió preguntarme cómo sabía cómo me llamaba. Me invadía un único pensamiento, algo aterrador: lo fácil que era la violencia y que rápida y repentina y, sobre todo, lo poco que conmovía a la multitud que pasaba por allí.

El segundo pensamiento fue tomando forma lentamente mientras, apoyado en el piano, me tomaba una copa y escuchaba la música de ensueño de Gully: yo formaba parte de ese medio mundo de viajeros solitarios y aventureros en ciernes. No importaba que hubiese salido de él hace años y que ahora me escondiera tras las comodidades y el dinero. Lo conocía a fondo: el ritmo sin descanso, el olor, el sabor a sangre amarga, el acecho furtivo, el lenguaje que se hablaba en el mercado. A veces, desesperado y solo, volvía a ese mundo, como quien se pone de nuevo un viejo abrigo que huele a alcanfor pero que le conforta.

Mi amigo, Arlequín, pertenecía a otro mundo. Era un sabio y un caballero, educado en las buenas costumbres europeas. Con toda seguridad, él podía hacer mi papel y veinte más si fuera necesario; pero aún así, era todavía el Schauspieler, el actor, que hacía su papel dentro de la trama, sin otro objetivo que el entretenerse a sí mismo y a su audiencia. Me preguntaba cómo podía actuar sin guión, sin apuntador, cuando los floretes estuviesen fuera y sólo el ganador regresase a casa tras el duelo.

Gully Gordon levantó la vista de las teclas del piano y dijo suavemente:

—Esta noche estás triste muchacho. Esos desgraciados lo están consiguiendo.

—Sí, lo están consiguiendo Gully.

—Necesitas una buena mujer.

—Lo sé.

—Hay una en el bar.

Eché un vistazo; allí estaba Valerie Hallstrom, sola, tomando una copa y hablando

con el camarero. Me aparté antes de que me viese.

—La conozco Gully, cuéntame algo más.

—Está sola, lo sé. Suele tomarse un par de copas que le duran una hora así que no es una alcohólica. Luego se va a casa, o eso creo.

—¿Sola?

—Ya sabes como va esto, muchacho. Éste es un bar para solteros. Se viene a mirar. Cuando ya se tiene lo que se busca, uno se queda en casa.

—¿Hace mucho que viene a mirar por aquí?

—Unos seis meses. Pero me has dicho que habías quedado con ella.

—Trato algunos asuntos con su jefe. Quizá esta noche pudiese empezar algo.

—No lo creo. Viene habitualmente —tocó una suave cadencia y entonces empezó a improvisar, canturreando y señalando hacia mí mientras lo hacía—. Le gusta, muchacho. Suavemente, suavemente… Vamos chico. Venga… Si lo estropeas esta vez, Paul, no te lo perdonaré nunca… ¡Y buenas noches para tu señorita Hallstrom! ¿Alguna pregunta?

Estábamos sentados el uno al lado del otro, nuestros vasos casi se tocaban, cuando me reconoció.

Se sorprendió, pero no pareció incomodarse.

—Bien, señor Desmond, ¡el mundo es un pañuelo!

Tengo que darle las gracias a Gully Gordon, que siempre sabía retomar una conversación de la mejor manera.

—Es un viejo amigo, señorita Hallstrom. Lo que pasa es que no le vemos lo suficiente. Siempre está demasiado ocupado amasando pasta.

—Cada vez es más difícil Gully; estoy envejeciendo. ¿Viene a menudo por aquí señorita Hallstrom?

—También es amiga mía —dijo Gully—. ¿Qué os gustaría que tocase muchachos?

—Lo estás haciendo muy bien Gully. Simplemente sigue tocando. ¿Ha tenido un gran día, señor Desmond?

—Paul… y he tenido un día largo y horrible.

—Eso hace que hayan sido dos.

—El mío no ha acabado todavía. Si fuese de otro modo la invitaría ahora mismo a cenar.

—No hay trato.

—¿Le importaría firmar uno mañana?

—Si quiere.

—¿Dónde la recojo?

—En mi casa, a las siete y media.

—Firmado y entregado.

—Sabe, es usted bastante agradable.

—Lo sé, el desgraciado es mi hermano, pero esta noche libra.

Era un truco clásico, pero le arrancó una sonrisa y también una mueca de Gully, lo que nos llevó a todos a un reservado, donde nos tomamos nuestras copas mientras la música nos envolvía.

—El bar de Gully es un lugar muy especial para mí —dijo ella al poco rato.

—También lo es para mí. Estuve aquí la noche en que se inauguró. En aquel entonces, todo lo que tenía era un montón de deudas y algo de dinero suelto en el bolsillo.

—¿Y qué ocurrió?

—Supongo que debió traerme suerte. Al día siguiente, el mercado subió y yo hice el agosto.

—Quizá vuelva a tener suerte.

—Ya la he tenido. Mire lo que he encontrado.

—Bien, ahora va a decir que qué hace una chica como yo en un sitio como éste, un bar para solteros.

—No, no voy a hacerlo. Ésta es una ciudad solitaria y siempre es agradable tener un lugar donde se es bienvenido, donde nadie te pregunta quién eres o qué haces. Es mucho mejor que ser un número en la base de datos de un banco.

—¡Resulta que ahora es filósofo!

—No, sólo soy un hombre de mediana edad que tiene mucha vida a sus espaldas.

—Pues creo que se ha conservado bastante bien.

—Y usted, joven Valerie, por usted sí que no han pasado los años.

—Ayer no pensaba lo mismo.

—Es que hoy soy un poco más viejo.

—Siento haberle hecho pasar un mal rato.

—¿Es lo habitual?

—No. Son las órdenes que recibo y por lo cual recibo setecientos cincuenta a la semana además de ventajas adicionales por hacer aquello que se me pide.

Si era un anzuelo, desde luego yo no iba a picar. Si era una indiscreción, habría más. Decidí que era el momento de marcharse.

—Verá, siento marcharme, Valerie, pero debo hacerlo. El presidente de mi banco llega esta tarde. Debo cambiarme y cenar con él a las ocho. Eso me deja tiempo todavía para dejarla en su casa, si quiere.

—Gracias, pero me quedaré un poco más.

—Entonces, hasta mañana.

—Le estaré esperando. Buenas noches, Paul.

Todo acabó con una sonrisa y un saludo. Pagué la cuenta y le llevé a Gully una bebida al piano. Siguió tocando con la mano izquierda mientras brindaba conmigo

con la derecha.

—¡*Slainte*[9], muchacho! Estarás por aquí unos días, ¿verdad?

—Sí, Gully. ¡Cuida a la chica por mí!

—¡Por mi honor que lo haré, señor! Buenas noches.

Cuando llegué al Salvador para cenar, encontré a Arlequín y a Julie relajados y alegres. Arlequín había dormido durante casi todo el viaje. Tenía buen color. Estaba inquieto y ansioso por ver mi informe, pero Julie insistió con firmeza en que no se hablaría de negocios durante la cena. Después de cenar, nos dejaría a solas para poder charlar, con la condición, eso sí, de que enviase a George a la cama antes de medianoche. Me pareció una idea excelente. No tenía ganas de presentar a Aarón Bogdanovich mientras nos tomábamos la chuleta y había algunos asuntos un tanto espinosos que tratar con el propio Arlequín. Le daría mi informe durante el café.

Me escuchaba en silencio y entonces me dijo:

—Así que tenemos dos investigaciones paralelas en marcha: una, la de Lichtman Wells, que sigue la línea habitual, y la otra, la que lleva Aarón Bogdanovich, que puede implicar ilegalidad y violencia. ¿Es así?

—Sí.

—Entretanto, nuestra plantilla se encuentra desmotivada y son ellos precisamente los que deben mantenerse leales y estar a gusto con nosotros.

—Ahí está tu trabajo, George. Nadie más puede hacerlo.

—Y fuera tenemos a Yanko, que nos presiona para que tomemos una decisión en sesenta días.

—O quizá en menos tiempo. Espera poder reunirse contigo tan pronto como te hayas recuperado lo suficiente.

—Ya estoy bien. Le llamaré dentro de dos o tres días.

—¿Por qué no dejamos que sufra un poco y espere?

—Porque no está sufriendo, Paul. Somos nosotros los que lo estamos pasando mal y eso no me gusta. Ahora, ¿en qué consiste el resto del plan?

—Primero tengamos claro nuestro punto de partida. Lichtman Wells está investigando un fraude informático. Ésa es una estrategia defensiva: se clarifica lo que ha pasado en el banco y lo que ha pasado contigo. Aarón Bogdanovich está investigando a Yanko. Por ese lado estamos atacando: la idea es probar su relación y la de su compañía con el fraude y así desacreditarle.

—No obstante, eso no es suficiente, ¿verdad?

—No. Son cuarenta y ocho horas de mi trabajo, pero yo sólo soy un delegado de la compañía, no su principal responsable.

—Entonces, otra pregunta: si Yanko quiere comprar un banco, ¿por qué ha de ser

el nuestro? ¿Por qué no elige a Herman Wolf o a Laszlo Horvath? Ambos están dispuestos a vender.

—Bien, Arlequín & Cía es una institución mucho más antigua y conservadora. Tenemos más delegaciones (Londres, París, Hamburgo, Nueva York, Buenos Aires, Río, Lisboa, Ciudad de México).

—Son buenas razones, pero no suficientes.

—Hacemos uso de sus sistemas, por lo que somos más vulnerables.

—Sigue.

—Eso es todo lo que se me ocurre, George.

—Entonces te daré dos razones más. Como aseguradores, adquirimos y todavía tenemos un significativo paquete de acciones de Creative Systems y de sus filiales internacionales. Así pues, representamos una voz disidente en los negocios de la corporación.

—No estaba al corriente de ninguna disensión.

—Créeme, la hay. Aunque no exista formalmente, existe profunda y personalmente. Los mayores proyectos de Creative Systems, aquellos en que Yanko está más interesado, se encuadran en dos campos: documentación policial y lo que educadamente se llama control urbano. Efectivamente, estamos hablando de la vigilancia, documentación, control estratégico y manipulación de amplias capas de la población en todo el mundo. La programación ya está lista, se está formando al personal y los sistemas informáticos se están ampliando y mejorando. Todo esto no se está usando sólo contra criminales, sino también contra disidentes políticos e incluso para dirigir los destinos de la gente corriente. Todo ello conduce inevitablemente al terror, a la represión, al contra-terror y a la tortura. La empresa que idea este tipo de sistemas tiene una inmensa posición de poder y cuenta con privilegios en cualquier jurisdicción, incluso bajo sistemas y regímenes que le sean contrarios. Ahora, si una empresa como ésta puede llegar a entrar en el mercado internacional del dinero, si puede manipular el cambio y el crédito, entonces tendrás ahí un imperio que superará todas las fronteras geográficas… Llevo tiempo viendo cómo se está desarrollando esta situación. Hablé sobre ello en una cena para banqueros el año pasado, en Londres. En esa ocasión traté de distinguir entre el uso legítimo de la tecnología informática y aquél que constituía un peligro para las libertades individuales. Creo que el discurso fue ampliamente difundido por los medios. Lo imprimí y me ocupé de que circulase entre mis amigos. No a todos les gustó. Yanko recibió también su copia, aunque nunca lo comentó. Creo que ese informe determinó su estrategia actual contra nuestro banco y contra mí mismo.

—Admito que es bastante posible que haya sido así, George. Yanko es un desgraciado de sonrisa sardónica. Es el tipo de broma que él saborea a gusto. No obstante, no veo cómo puede cambiar esto nuestra situación actual.

—No la cambia. Simplemente me indica qué debo hacer.

—Déjame que te diga George que no podemos hacer nada sin tener pruebas, pruebas que demuestren tu inocencia y que inculpen a Yanko.

—En eso no estamos de acuerdo, Paul. Tengo que llevar un negocio. Tengo que lidiar con la situación de manera abierta en el ámbito público. No puedo tener ni a Yanko, ni a ti ni a ningún otro diciéndome qué papel debo desempeñar.

—Pero hemos contratado a Bogdanovich. Estuviste de acuerdo en la necesidad de hacerlo. Creo que deberías hablar con él y, por lo menos, coordinar tus movimientos.

Lo reflexionó durante unos instantes para, después, echarme una de esas sonrisas traviesas y encantadoras.

—Entonces los topos cavarán bajo las murallas mientras Arlequín actúa en la plaza pública para distraer a la gente. Eso tiene sentido. Organiza la reunión lo antes posible.

Al salir me metí en la cabina telefónica del vestíbulo y llamé a Bogdanovich. No sé por qué, quizá porque estaba cansado y tenía ganas de hablar, pero repetí la frase de los topos y de los comediantes. A Bogdanovich le resultó divertida e incluso me superó con otra.

—¡Así que la cosa va de comediantes! ¡Entonces todos nos vamos a partir de risa! Nos vemos a las diez, cerca de la jaula de los monos, en Central Park.

En contra de lo que esperaba, el encuentro entre ambos personajes resultó un éxito. Durante un buen rato, frente a los ruidosos monos, se tomaron la medida el uno al otro; seguidamente, sonrieron, se dieron la mano y caminaron bajo el sol de primavera. Yo les seguía a corta distancia y los guardaespaldas, dos hombres jóvenes que lucían una barba de dos días, iban a diez pasos por los flancos. Arlequín y Bogdanovich caminaban lentamente, como si el tiempo no contara para ellos, primero con indecisión y luego de manera fluida, pero siempre respetuosa, como si cada uno necesitase la comprensión del otro. Arlequín, el elocuente, estaba tranquilo y se lamentaba; Bogdanovich, el hombre que controlaba la violencia, necesitaba justificar su negocio y justificarse a sí mismo.

—… Verá, señor Arlequín, la violencia empieza cuando la argumentación racional resulta imposible.

—Lo sé, pero hay otra cosa. Se puede nadar en coñac mientras alguien se muere a la puerta de tu casa pidiendo un vaso de agua. Entre nosotros está el traidor que perdonaría al primero y condenaría al segundo sólo para enriquecerse. ¿Cómo podemos resolver este problema?

—Yo lo resuelvo aplicando la vieja fórmula; Ojo por ojo; una vida por otra vida. Sin preguntas, sin remordimientos y sin culpables.

—Mientras quiera la absolución para todo lo haré. Le contaré un secreto. Llevo

un refugiado en mi apellido: Arlequín, un bufón. Al bufón siempre se le perdona, pues incluso sus travesuras provocan risa.

—Mientras que el verdugo es un hombre sin nombre que vive tras una máscara. ¿Podría usted matar a alguien, Arlequín?

—Podría sentirme tentado a hacerlo, sí.

—Pero el acto en sí, el momento final e irrevocable, tener el dedo apretando el gatillo o el pulgar sobre la hoja cortante y la mano levantada… ¿Podría?

—¿Cómo puedo saberlo antes de que haya llegado ese momento?

—No, no puede. Después sí. Entonces es fácil: estímulo, respuesta, racionalización, sueño. Los asesinos, como los adúlteros, siempre duermen bien, pero encontrarse una simple miga en la cama les puede volver locos.

—Señor Bogdanovich, ¿qué cree que debo hacer?

—Su amigo aquí presente, el señor Desmond, me dice que usted se ve a sí mismo como un comediante. En ese caso, usted entretenga a la gente de la ciudad mientras nosotros debilitamos las defensas del enemigo.

—Eso es presunción pero, efectivamente, hay algo de verdad en ello. Tengo responsabilidades, gente que ha confiado en mí y un papel que desempeñar. Dicho papel atrae la confianza. Ésta la crea. Basil Yanko está en el mismo barco. Es un genio. Una vez reconocido, él debe justificarse a sí mismo cada hora del día.

—Así pues, ¿cómo propone que se trate con él, señor Arlequín?

—Negociar, si puedo, y ganar así tiempo para nuestras investigaciones. Si no puedo hacerlo, entonces le desafiaré y me meteré hasta el fondo del asunto para superar su oferta.

—Señor Arlequín, usted sabe que lo que estamos haciendo implica algunos peligros.

—Paul ya me lo ha dicho.

—Tiene esposa y un hijo. ¿Se da cuenta de que puede ponerlos en peligro?

—Mi esposa lo acepta, lo quiere.

—¿Por qué?

—Porque es algo que puede compartir conmigo.

—¿Ha sido duro admitirlo?

—Usted sabe que lo ha sido. ¿Hay algo difícil para usted, señor Bogdanovich?

—Sí, claro.

—¿Qué?

—Esto: pasear bajo el sol y mirar a las muchachas que veo por la calle; desearlas; saber que, cuando me acuesto con ellas, puedo despertarme gritando por haber dormido con la muerte; ver a los niños en la calle, desear tenerlos propios y saber que es algo que no me puedo permitir porque los monstruos me devorarían al final. No deberíamos vernos demasiado a menudo, señor Arlequín.

—No, lo comprendo.

—El señor Desmond nos mantendrá en contacto.

—Sí.

—Cuando trate con Basil Yanko, recuerde esto: él no entiende a los payasos, le asustan.

—¿Por qué?

—Porque nunca ha aprendido a reírse de sí mismo. De hecho, mataría a cualquiera que se riese de él.

—Pues siento lástima por él.

—También le mataría por eso. Estoy encantado de haberle conocido, señor Arlequín. Lamento que el precio sea tan alto.

—Sólo es dinero.

—Eso es lo más triste, señor Arlequín. En nuestro mundo se mide a un hombre por el dinero que tiene. ¡Buena suerte!

—Gracias, amigo.

—Gracias. Mantengámonos en contacto, señor Desmond.

Entonces se fue, su figura oscura e inclinada sobre la hierba, como si la estuviese cortando, siempre acompañado por sus secuaces. George Arlequín se quedó de pie, mirándole en silencio, hasta que desapareció tras un pequeño montículo; entonces se volvió hacia mí y, simplemente, me preguntó:

—Paul, ¿cómo se lo vamos a decir a Julie?

—¿Debemos hacerlo?

—Sí, creo que sí.

Estuve ahí cuando se lo dijo. No quería estar, pero ambos insistieron, pues era para ellos como una especie de glosario, de diccionario en el que ambos podían buscar la interpretación de ellos mismos o del otro. Juliette hizo pocas preguntas y no protestó. Era como si hubiese entendido plenamente, por primera vez, lo que suponía una actitud agresiva por su parte. Arlequín, de otro lado, fue vehemente y se mostró un tanto exaltado, como si hubiese experimentado en sí mismo una revelación.

—… Julie, ha sido como si hablase con un hombre que llegase del otro lado, alguien que comprende la continuidad de las cosas: la terrible repetición de la maldad humana y de la tragedia. En realidad, ni tú ni yo hemos tenido que encarar nunca algo así. Ahora debemos hacerlo. Es por algo de poca utilidad: un banco, una especie de almacén donde se guarda el dinero: florines, francos, dólares. Eso es lo que desdeño. Es algo perecedero. Se puede llegar y marcharse sin ello. Pero también me he dado cuenta de que es algo mágico. Si lo tienes en tu mano, es como si tuvieses un genio a tu servicio. Eso es lo que buscan hombres como Yanko: el genio que puede hacer que salga un ejército de entre los dientes de un dragón. ¡Entonces nosotros decimos que no! Nosotros somos los magos buenos, los que enviaremos espigas de trigo en lugar

de espadas. ¿De verdad? ¿Lo hacemos? No podría prometerlo ni tampoco me atrevería a vender la lámpara y entonces quedarme tan tranquilo esperando a ver a los jenízaros surgir de la arena. ¿Por qué no, Julie? Los jenízaros nos protegerían, a ti, al niño y a mí. ¿Por qué habríamos de preocuparnos por los demás si nunca antes lo habíamos hecho? ¿Por qué, Paul?

Yo ya estaba cansado. Quería que acabase la discusión y marcharme. ¿Por qué? No lo sé. ¿Por qué tenemos que hacerlo?… ¡Sí, por Dios! Pues porque un día, antes de que amanezca, sonaría el timbre y unos desgraciados me estarían esperando en la puerta de mi casa, porque un día aparecería en la lista equivocada y nadie sabría decir quién me puso allí. En ese momento quiero tener amigos. Quiero tener hermanos y hermanas. ¡Demonios! Los quiero… Todo vuestro. Tengo trabajo que hacer. Te veo en el banco George, después de comer. Un muchachito de Boston quiere darte la mano.

Según caminaba por el vestíbulo del Salvador me detuve frente al télex para echar un vistazo a las cifras del mercado de valores. Entre los diversos apuntes aparecía una noticia:

> Yanko lanza una opa por un banco europeo. El señor Basil Yanko, presidente de Creative Systems Incorporated, ha anunciado esta mañana que ha hecho una oferta en efectivo de cien dólares por acción por la totalidad de las acciones de Arlequín & Cía, el banco comercial que tiene su sede central en Suiza. La oferta, que incluye una prima sustancial, tendrá validez durante sesenta días. El señor Yanko ha destacado que la estructura de su corporación permite cumplir con las estipulaciones de la ley suiza en relación con las corporaciones locales. El señor Arlequín, presidente de Arlequín & Cía, que ha sido recientemente dado de alta tras una severa enfermedad, no ha podido ser localizado para que hiciese algún comentario al respecto. Otros accionistas de la entidad dicen que han recibido la oferta, pero han declinado hacer cualquier declaración al respecto en este momento.

Recogí la hoja, la doblé y se la di a un botones para que se la entregase a George Arlequín. Su servicio costaba un dólar pero ¡al diablo! ¿Qué era un dólar en comparación con todos esos jenízaros emergiendo desde los cuatro puntos cardinales? Eran las doce y media de un precioso día de primavera. Me preparé: la barbilla alta, los hombros rectos, y me fui a ver a nuestros colegas del Club.

En los diez minutos que transcurrieron desde mi llegada, me ofrecieron suficientes licores como para embalsamar a un faraón. En los veinte minutos siguientes, me asediaron amigos, conocidos y personas a las que nunca había visto para pedirme que fuésemos al grano. Todos me preguntaban lo mismo: ¿Vas a vender? ¿De verdad hay una prima?… ¿No venderás a Yanko?… Por Dios Paul, antes de hacer nada, ¿nos informarás?… ¿Está bien Arlequín?… No es la gran C, ¿verdad?… Nos han contado…

Todos habían oído, adivinado, soñado y lo harían de nuevo cada vez que un nuevo rumor saltara a la calle. Así pues decidí, pensando que no lo creerían, contarles la verdad:

—Sí, nos han hecho la oferta en firme. Sí, hay una prima. No, no vamos a

aceptarla y no nos ha gustado el hecho de que la noticia se haya publicado antes de que incluso las partes hayan podido hablar sobre la misma. No, no es la gran C. Arlequín está bien y luchando. Si no me creéis, invitadle para que hable sobre ello en la próxima cena del Club.

No sé por qué añadí la última frase, pero el caso es que Herbert Bachmann la oyó, me apartó del grupo y me invitó a que compartiese con él la comida en su mesa. Herbert es un viejo pavo formidable cuyos antepasados iban por la calle con sus letras de cambio escondidas bajo el sombrero de copa. Protagonizó opas muy duras en sus tiempos, pero jamás me han dicho de él que haya cometido fraude alguno y, la verdad, me fío más de un apretón de manos con él que de una docena de firmas notariales de cualquiera de sus colegas más jóvenes. Es muy incisivo cuando pregunta, pero lo cierto es que su preocupación es sincera, por lo que estaba preparado para ser lo más honesto con él que me fuese posible.

—Paul, dime: ¿qué opinas sobre este tipo, Basil Yanko?

—Es un genio, es peligroso y sus maneras son las propias de una pocilga.

—Quizá su madre vea algo bueno en él, ¿verdad? Entonces es un cerdo. En ese caso, ¿por qué Arlequín cubre sus riesgos y por qué utiliza sus sistemas informáticos?

—Porque si no lo hiciera, tú y otros chicos como tú robarían de las cuentas.

—Lo que convierte a Arlequín en un putón como todos nosotros.

—Con la excepción de que él lo lleva mejor, Herbert.

—¡Vaya! ¡La alta diplomacia suiza, la pasión por la precisión, siempre puntual como uno de esos estúpidos relojes de cuco suizos! Dime qué es eso que he oído acerca de un déficit.

—No sé de qué me hablas. ¿Qué has oído Herbert?

—Habéis contratado investigadores, ¿no es así?

—¿Dónde lo has oído?

—Por ahí.. No te enfades, Paul. Ya sabes cómo va todo en esta ciudad. Si le pellizcas el trasero a tu secretaria en diez segundos lo sabrá todo el mundo. ¿Tan grave es la situación?

—Herbert, ¿esta comida es de negocios o de placer?

—Para ti, Paul, es placer. Para mí son negocios. Vivo aquí. Ocupo un asiento en diversos comités para tratar de mantener el mundo de los negocios limpio. Es muy duro en los mejores tiempos, pero tras Vesco y Cornfeld, necesitamos a Basil Yanko lo mismo que a la peste negra. Ven conmigo y ayúdame a que todo se mantenga limpio. Si Arlequín necesita ayuda, me ocuparé de que la obtenga.

—Lo que necesitamos es discreción, Herbert.

—Por mi parte la tienes. Ya deberías saberlo.

—De acuerdo. El agujero es de quince millones.

—¡Suficiente, por dios!

—Podemos manejarlo, no hay problema. Lo que realmente nos preocupa no es esto, sino el hecho de que creemos que los ordenadores de nuestro banco han sido manipulados.

—Eso está claro pero ¿quién ha sido?

—Hay un informe que dice que ha sido el propio Arlequín. Creemos que ha sido Yanko.

—Hasta que podáis probarlo eso es una calumnia, Paul.

—Lo sé. El día que Yanko me entregó el informe me dijo que quería comprar Arlequín & Cía Ahora lanza una opa y ofrece cien dólares por acción.

—¿Cuánto valen en realidad?

—Ochenta y cinco o noventa dólares, haciendo una valoración muy optimista.

—No está mal. Nuestros actuarios las han valorado en ochenta y siete. ¿Va a aceptar Arlequín?

—No.

—¿Y los accionistas minoritarios?

—Algunos venderán motivados por la prima que se ofrece. Otros por el rumor de que alguien ha metido las manos donde no debía.

—Entonces, ¿por qué Arlequín no compra la parte de los accionistas minoritarios?

—Tendría que empeñar todo lo que tiene para hacerlo. No puede pagar cien dólares por acción y, al mismo tiempo, cubrir un descubierto de quince millones de dólares.

—Así que tendréis a Yanko en la junta directiva.

—Sólo por encima de nuestros cadáveres.

—Aun siendo así… ¿Qué está haciendo Arlequín al respecto?

—Lo siento Herbert, pero eso es algo que deberás preguntarle tú.

—Lo haré. Dile que me llame a casa esta noche. Aquí tienes mi número de teléfono.

—Gracias Herbert.

—No me lo agradezcas. Soy una parte interesada. Cuando veo todo ese poder, todo ese conocimiento encerrado en una máquina me pongo a temblar. No se puede hacer una huelga contra un ordenador. No se le puede sentar en el banquillo de los acusados. En cambio, permite que alguien a quien ni siquiera conoces pueda leer qué es lo que vas a cenar o cómo le haces el amor a tu mujer. Algunas veces me encanta pensar que soy un viejo y que puedo evitar lo que todo esto implica. Deja que pida un coñac. Me estoy poniendo un poco morboso.

Justo después de las tres llegué al banco. Arlequín ya estaba derramando su encanto y como una especie de ungüento curativo sobre el acongojado espíritu de Larry Oliver. Era una actuación llena de virtuosismo, de coqueteo y de llamadas a la tradición y al código de caballerosidad, así como a la necesidad de mantenerse fuerte ante los embates de los vulgares. Finalmente, Larry se puso a ronronear como si fuese un gatito con leche en los bigotes.

Fuera de la sala de juntas, Saúl Wells dirigía los trabajos de dos jóvenes genios que revisaban la información impresa extraída del ordenador con el fin de contrarrestar el informe de seguridad. Nos acercamos a la ventana y me comentó en tono admirativo:

—Es tan sencillo, es una vergüenza lo que ha hecho para hacerse con el dinero. Hay tres instrucciones codificadas: la primera, para hacer deducciones; la segunda, para proceder a los pagos en una cuenta en suspenso; la tercera, una remisión vía télex de Zurich. Las primeras instrucciones le fueron dadas al ordenador el día 1 de noviembre del año pasado. Hemos revisado las entradas diarias del gerente. El señor Oliver estaba de vacaciones. Cubría su puesto en esos momentos el señor Standish, que no hace mención de las instrucciones. De todos modos, el señor Arlequín estaba en Nueva York por esas fechas. Eso lo primero. Lo segundo es que la operadora informática que trabajaba en el ordenador central dejó su puesto en enero por razones de salud. Tenemos su nombre. Se llama Ella Deane, cuya última dirección y número de la seguridad social conocidos nos llevan a Queens. Se la va a investigar inmediatamente. Ahora, ¿podríamos hablar con el señor Arlequín…?

La conversación se transformó en un rápido interrogatorio que llegó incluso a asustarme. Arlequín, en cambio se sometió a él con una sonrisa. Él había estado en Nueva York durante el período en cuestión. Además, había escrito memorandos y dictado cartas sobre diversos temas. Todo ello estaba grabado y guardado en la cámara acorazada. ¿Lo sacaría? Naturalmente. Los datos se imprimieron. Ambos revisaron los documentos, primero Arlequín los verificaba uno a uno y luego se los pasaba a Wells, que los marcaba con su propia clave. Todos ellos tenían que ver con asuntos de política de empresa. Ninguno tenía relación con o servía como instrucción para un ordenador.

Saúl Wells pidió entonces a Arlequín que estampara su firma y sus iniciales una docena de veces, rápidamente. Incluso habiéndolo hecho con prisas, su firma siempre tenía un trazo grueso y abierto, con una especie de floritura desafiante al final de la última letra.

—Es demasiado fácil. Incluso yo podría falsificarla si practicase durante cinco minutos —gruñó Wells, triste—. ¡Mirad!

Exactamente en cinco minutos él mismo la reprodujo con bastante calidad. Pero

aun así no se dio por satisfecho. Le pidió a Arlequín su talonario y firmó un cheque por valor de mil dólares. Se lo pasé a Larry Oliver y le pedí que se fuese a cobrarlo. Tan quisquilloso como siempre, revisó la fecha, la cifra y el importe en letras, así como la firma. Entonces cogió el cheque y se dirigió a la caja para cobrarlo.

—Lo siento Larry, se trataba tan sólo de una prueba. Ese cheque ha sido falsificado.

Volvimos a intentarlo en caja y obtuvimos el mismo resultado. Resultaba difícil dejar de pensar que la reputación de cualquier buena persona podría verse dañada sin que ésta lo supiera. Como mínimo Oliver tenía la gracia de parecer avergonzado. Saúl Wells se estaba divirtiendo. Arlequín estaba muy descontento.

—Esto es algo que podría producirse en cualquier momento. ¿Cuántos miles de mis firmas están flotando sobre letras, cheques y comprobantes de tarjetas de crédito? ¡Es una pesadilla!

—Aunque muy instructiva —de repente, Saúl Wells empezó a ponerse melancólico—. Es una firma fácil de falsificar. ¿Por qué no se introdujo un memo en el sistema, simplemente para completar la imagen?

—Puedo contestar a eso —aseguró Arlequín con énfasis—. Estaría fuera de mi manera de hacer el firmar semejante memorando. Lo estaría poniendo por encima del gerente, cosa que jamás hago. El fraude se ha repetido en otras filiales. Allí no había la posibilidad de garantizar mi presencia, como en el caso de Buenos Aires. Lo mejor era crear confusión en la fuente y tener la total certeza de dónde se recibía el dinero: en el Union Bank de Zurich.

—Sí, apuesto por esa hipótesis —Saúl Wells encendió otro puro y se rodeó de una nube de humo—. Creo que también sería la mejor caso de que presentásemos una denuncia. Eso es algo en lo que tenemos que pensar, señor Arlequín. Hemos conseguido ver el camino que siguieron seis millones de dólares que salieron de Nueva York. Todos los clientes han sido víctimas del cobro de comisiones ilegales. Cualquiera de ellos podría presentar cargos aquí en Nueva York. Seguramente estas denuncias no serían suficientes para resolver el caso pero, desde luego, resultarían endiabladamente molestas.

Capítulo 3

Regresé a mi apartamento a las cinco y media. Me habían dejado varios mensajes sobre la mesa del despacho: la señorita Hallstrom me pedía en uno de ellos que nos viésemos a las ocho de la tarde y no a las siete, como habíamos quedado; el señor Francis Xavier Mendoza me había llamado desde la Costa Oeste; el señor Basil Yanko quería que le llamase a su oficina antes de las siete. Decidí entonces empezar por lo que eran buenas noticias, eso si algo de lo que había allí lo era, y llamé a Mendoza. Fue un tanto críptico pero me animó.

—En cuanto a nuestro amigo… Te dije que tres de mis amigos salieron escaldados tras tratar con él. Uno de ellos es un hombre muy testarudo: se ha pasado dos años recopilando información y preparando un dossier. Lo he visto y se trata de un material muy interesante, aunque no todo lo que tiene ahí serviría en un juicio como prueba. Le he convencido para que haga un par de copias, me entregue una de ellas y la otra la guarde en un lugar seguro. Otra cosa: hay políticos y gente del Pentágono que adoran a Yanko; en cambio otros le detestan como si fuera veneno. He hecho una lista. La recibirás en el mismo paquete. Recordarás que cuando hablamos te hice una advertencia: cuando veas todo el material entenderás por qué te la hice. ¿Cómo va todo en Nueva York?

—Nos están presionando mucho.

—Puedo imaginarme cuánto. Acabo de leerlo en los periódicos. Si necesitas ayuda en la Costa Oeste, ya sabes que estoy a tu servicio. ¡Vaya con Dios!

Colgué y le bendije por su honestidad, por saber que ésta existía en un mundo de perros. Entonces llamé a Basil Yanko. Durante unos instantes me pareció casi humano.

—Gracias por llamar señor Desmond. Estaba deseoso de tener noticias del señor Arlequín.

—Hoy ha trabajado un poco, pero esta tarde está muy cansado.

—Es natural que así sea. Simplemente creí que debía llamarle para presentarle mis respetos.

—Le sugiero que lo haga mañana a media mañana.

—Por supuesto. ¿Cómo está la señora Arlequín?

—Bien, gracias.

—¿Ha visto nuestro anuncio en la prensa?

—Sí.

—¿Desearía comentar algo al respecto?

—No. Mi jefe ha tomado ahora las riendas del asunto.

—Muy bien. No obstante, usted sí hizo hoy algunos comentarios poco afortunados en su reunión del Club.

—Lo que yo comente en el Club, señor Yanko, no es asunto suyo.

—Cito textualmente: «No vamos a aceptar la oferta y creemos que es una jugada sucia el publicarla antes de que haya sido discutida entre las partes». En realidad, discutimos la oferta con usted como director de Arlequín & Cía. Su afirmación puede considerarse entonces denunciable ante la ley.

—¿Basándose en habladurías que alguien le ha contado? Lo dudo. No obstante, si me dice quién le informó estaré encantado de enfrentarme a esta persona en el Comité del Club. ¿Alguna otra cosa, señor Yanko? Tengo un compromiso esta noche, para cenar.

—Una pequeñez: Arlequín & Cía gestiona parte de nuestros fondos de inversión.

—Que resultan muy rentables, según creo.

—Sí, así es. Pero a las transacciones realizadas con esos fondos se les ha cargado una comisión fraudulenta. Nuestros abogados nos han informado de que existen pruebas para denunciar un delito civil y criminal.

—Entonces no lo dude, debe discutir el asunto mañana con el señor Arlequín. Buenas noches, señor Yanko.

Entonces colgué el teléfono de golpe y lo mandé al diablo. Estaba enfadado conmigo mismo. Aquí estaba yo, curtido en cientos de incursiones mercantiles, con cicatrices en la espalda y beneficios en el banco, sacudiéndome como el perro de Pávlov[10] cuando Yanko apretaba el botón. Era la técnica del terror más sencilla: el omnipresente informador, la rápida admonición del gran maestro, el miedo del tonto por lo que espera a la vuelta de la esquina. De pronto, me entró la risa y me puse a dar vueltas por el apartamento como un colegial, tirando cojines, llamando a Takeshi para que me trajese una copa, me preparase el baño y sacase del armario mi mejor traje, llamase a Côte Basque para que reservasen una mesa, pidiese una limusina de Colby Cadillac y enviase rosas a la señorita Valerie Hallstrom antes de las ocho. Todo estaba mal, mal, mal en un mundo codicioso: pero si había ahorrado dinero y lo había puesto en manos de los creativos ordenadores de Yanko, quizá aparecería un grano de más en el tazón de algún hindú. En realidad, sabía que no aparecería. Me dije a mí mismo que no me importaba. Aún así, en el fondo, muy en el fondo, estaba convencido de que si un hombre al teléfono me podía enviar a la cama muerto de miedo, entonces había llegado el momento de sacar una carta y volarme la tapa de los sesos en la primera calle que encontrase.

Fue mientras me estaba afeitando cuando recordé que tenía que llamar a Bogdanovich. Por un momento estuve tentado de dejarlo para más tarde, pero entonces me lo pensé mejor. Marqué su número, me presenté como Weizman y, poco después, se puso Bogdanovich.

—¿Desde dónde me llama?

—Desde mi apartamento.

—Le dije que llamase siempre desde un teléfono público.

—Lo sé. Es tarde. Casi se me olvida llamarle.

—Esta vez ha tenido suerte. Estaba a punto de ponerme en contacto con usted. Hay alguien vigilando la puerta de entrada a su casa.

—¿Alguno de sus hombres?

—Uno de mis hombres y alguien más. Un Corvette de color verde ha aparcado al otro lado de la calle.

—Eso no es muy inteligente. Tengo que salir a cenar esta noche, con la mujer de que hablamos.

—¿Qué programa tiene para la velada?

—Una limusina pasará a recogerme a las siete y cuarto y yo la recogeré a ella a las ocho. Vamos a cenar en el Côte Basque.

—Cambie de planes. Llámela y dígale que se le ha hecho tarde. Envíe la limusina para que la recoja y la deje en el Côte Basque. Usted vaya a pie hasta el St. Regis y entre en el King Cole Bar. Allí recibirá un mensaje. Después podrá ir al Côte Basque. ¿Entendido?

—Sí. ¿Cómo regresaré luego a casa?

—¿En qué casa está pensando?

—En la de ella, espero.

—Si hay algún problema, se lo comunicaremos. Si no, actúe normalmente.

—Bonita carta blanca.

—No lo es. Ese apartamento es territorio enemigo mientras no hayamos tenido tiempo de revisarlo al milímetro.

—Con espejos bidireccionales y micrófonos ocultos entre las aceitunas del cóctel, ¿verdad?

—Me alegra que se lo tome a risa. Ahora escuche esta otra broma: el hombre que está dentro del Corvette de color verde es Bernie Koonig. Ya ha matado a dos hombres y a una mujer. Que se divierta, señor Desmond.

El hecho de que las noticias me asustasen mucho, pero no me sorprendieran en absoluto, da una idea de la locura de Estados Unidos. Cuando un respetable sociólogo es capaz de hablar de «niveles aceptables de violencia», cuando alguien de la televisión puede entrevistar a un encapuchado que dice haber matado a treinta y ocho personas por encargo y con total impunidad, no hay lugar para sorpresas sino una saturación de miedo, como si las empalizadas se hubiesen roto y los animales salvajes de la selva amenazaran al poblado humano. Así pues, lo hice todo según se me indicó.

Al salir del apartamento vi el Corvette verde, bloqueado por un coche de la policía. Dos agentes habían puesto al conductor, esposado, contra el capó. Yo, gato viejo, ni vi ni oí nada. Me encaminé hacia St. Regis, me senté en el King Cole Bar y

esperé hasta que un recién llegado me puso un tazón de cacahuetes delante y murmuró que era libre de marcharme.

Cuando llegué al restaurante, Valerie Hallstrom estaba sentada a la mesa, esperándome, con un cóctel y hablando con el *maître*. Me recibió con una cálida sonrisa y me dio la mano. Me agradeció las flores y fue muy comprensiva respecto de mi tardanza. Charlamos un poco sobre las bebidas y el menú. Cuando sirvieron la comida, nos sentíamos a gusto, yo con mi repertorio de cuentos de viajes y ella divertida e interesada, agradecida, así lo dijo, por darle un respiro respecto de los habituales temas de negocios.

—… Después de algún tiempo, Paul, esta ciudad se le viene a uno encima. Todo es tan urgente, tan impersonal y, al mismo tiempo, nada tiene sentido. Yo era una muchacha del campo. Mi padre todavía cría caballos en Virginia. Yo no podía esperar más para marcharme de allí y poner un pie en la gran ciudad. Bien, lo he hecho, y ahora, me gustaría volver otra vez a casa, pero ya no puedo. Mi hogar no ha cambiado, pero yo sí. ¿Qué me dice de usted, Paul?

—Mi hogar está allí donde cuelgo mi rollo Kanji.

—No me había contado nada de eso.

Se lo conté. Le conté la vieja historia de las mujeres que se convertían en zorros y que dejaban a sus amantes maltrechos y desolados. Le hablé de los grabadores, de los ceramistas y de los amantes artesanos de Japón, de la gente del río en Tailandia y del hombre de Rangún que me enseñó a distinguir los rubíes auténticos de los falsos, de la salvaje belleza de los bosques de Arnhem y de los negros cantando alrededor de las hogueras.

Entonces me preguntó:

—¿Y a qué se dedica en la actualidad?

—Soy un negociante, un hombre que comercia con dinero.

—No es solamente eso.

—No, pero si no me hubiese dedicado a los negocios, tampoco habría viajado y si no lo hubiese hecho, tampoco habría hecho todo lo demás.

—Y, su amigo Arlequín, ¿cómo es?

—¿George? George es alguien muy distinto a mí y lo sabe. Tiene el tipo de educación que yo desearía: idiomas, historia, cine… Cuando viajamos juntos él consigue introducirse en el nuevo ambiente inmediatamente. Yo en cambio tengo que pensar por dónde ir o dejar que él me guíe. El año pasado navegamos por las islas griegas. Yo era el capitán en el barco pero, en cuanto tocamos tierra, George se puso a hablar con los pescadores, con el clérigo y con el anticuario del pueblo. Eso es algo que envidio.

—Pero usted le quiere.

—Como a un hermano.

—Aunque ahora está aquí, sentado a la mesa conmigo.

—¿Y?

—Soy el enemigo. Trabajo para Basil Yanko.

—¿Siempre?

—Casi siempre.

—¿Incluso cuando va al bar de Gully Gordon?

—No… allí no.

—¿Ahora?

—No, ahora no. Mañana, quizá. No lo sé.

—¿Sabe Yanko que está cenando conmigo?

—No. Si lo supiera, perdería mi empleo.

—Bromea.

—No, es cierto y, además, no volvería a encontrar otro en este sector. Allí donde fuese, él siempre me tendría atrapada.

—¿Está registrada en el sistema?

—Todos lo estamos. Así trabaja Yanko y así trabaja la gran industria. Tu expediente te sigue allá donde vayas, aunque no puedas verlo y, mientras exista, nunca serás libre.

—Eso es chantaje, tiranía y esclavitud.

—Elegí someterme a ello.

—¿Por qué? ¿Por setecientos cincuenta a la semana y beneficios adicionales?

—Me siento segura donde estoy.

—¿De veras? Esta noche había un hombre vigilando mi apartamento. Tengo razones para creer que era un empleado de Basil Yanko.

Se quedó pálida y dejó caer el tenedor con mucho ruido. Por un momento, pensé que se iba a marear. Entonces, con gran esfuerzo, se recuperó.

—¿Es eso cierto?

—Sí.

—¡Dios mío!

—Tranquila. Nadie me ha seguido hasta aquí, ni a usted tampoco. Ésa fue la razón de que cambiase de planes. Como ve, tenemos nuestro propio servicio de seguridad, día y noche. ¡Tómese el vino!… ¡Así está mejor! De cualquier poder que Yanko pueda tener sobre usted, nada peor que este miedo constante.

—Por favor, no quiero hablar de ello.

—¡De acuerdo! Ahora vamos a jugar un poco. Yo le digo: Valerie Hallstrom, cuénteme su oscuro secreto y yo la liberaré y la protegeré. Entonces, usted se dirá a sí misma: «Él sólo quiere utilizarte. Mejor lo malo conocido». Luego intente convencerse a sí misma. No podrá y una mañana, cuando se lo cuente al tío Basil, que entonces la regañará un poquito, la consolará y la enviará de vuelta a casa,

arrepentida pero feliz, para que lo ponga todo por escrito en un informe confidencial para el cerebro central… Así, mejor que no juguemos. Tomémonos un café y luego un calvados. Después la llevaré a casa en mi brillante limusina y la dejaré inocentemente a la puerta.

—¡Es usted un desgraciado, Paul Desmond!

—No, se equivoca. Ése es mi hermano gemelo.

Sonrió una vez más, con una sonrisa incierta, y luego nos sentamos cogidos de la mano, mientras observábamos a los camareros circular alrededor de las mesas tratando de leer en las caras de los demás comensales antes de que se diesen cuenta, para, una vez más, volver a leer las nuestras. Nos trajeron el café y el calvados y, al tragar el fuerte licor, Valerie Hallstrom dijo:

—Paul, tengo que advertirte. Basil Yanko es un hombre muy peligroso.

—Es algo que ya sabía.

—Está obsesionado con George Arlequín.

—¿Por qué?

—Creo que por las mismas razones por las que tú le admiras. Nació con suerte, es muy civilizado, atrae a la gente. Yanko en cambio se ha hecho a sí mismo y ha salido de un suburbio de Chicago. Es un genio, un gran genio, pero es feo y maleducado. Es como un sapo con una corona de oro sobre la cabeza y lo sabe. Eso es lo que le hace más cruel y perverso. Solía sentir lástima por él. Incluso durante algún tiempo estuve enamorada de él. Muy romántico, ¿verdad?… Entonces ¡la bella princesa besó al sapo y ocurrió el milagro! Se convirtió en un atractivo joven.

—Sólo que no ocurrió así.

—No.

—¿Es ésa la razón por la que vas al bar de Gully Gordon cada noche? No puedes enamorarte porque el rey sapo siempre está ahí, riéndose, porque su vida siempre permanecerá ligada al registro del ordenador central.

—No es una broma, Paul.

—¿Acaso has visto que me estuviese riendo?

—Creo que deberíamos marcharnos.

Si esto fuera una historia de amor —que, Dios me ayude, ¡no lo es!— relataría cómo nos fuimos hasta su apartamento, cómo ella me invitó a pasar y cómo bailamos un lento e hicimos el amor hasta el canto del gallo al día siguiente y, cuando me fui, todos los secretos de Basil Yanko estaban en mis manos. De hecho, no fue ni mucho menos así. Una manzana antes de llegar a su apartamento pidió al conductor que se detuviese. Prefería ir a pie hasta su casa. Le ofrecí acompañarla, ofrecimiento que rechazó con una sonrisa y un único y críptico comentario:

—A veces a Dios le gusta saber cómo sus hijos pasan la noche. Muchas gracias por la cena. Buenas noches, Paul.

Me besó suavemente en la mejilla y salió del coche. Pedí a conductor que la siguiese a casa lentamente, con el fin de protegerla de maleantes y drogadictos. Cuando la puerta se cerró tras ella, regresé al bar de Gully Gordon, donde me senté tranquilamente mientras escuchaba la triste y dulce música del local, hasta la una de la madrugada.

A veces, en mis horas bajas, tenía un sueño. Veía una llanura circular, amplia, desnuda bajo la luz de la luna. En el centro de ese espacio aparecía una figura pequeña y solitaria, en cuclillas, que no sabía si era humana o animal. Lo único que sabía era que me sentía atraído hacia ella por un profundo deseo y que me mantenía lejos por una amenaza visible. En el exterior del círculo había una multitud de jinetes, algunos de los cuales aparecían negros a la luz de la luna, otros blancos como si fuesen fantasmas. Junto a cada jinete había un perro de caza, inmóvil. Estaban muy lejos y, a pesar de ello, los podía ver perfectamente, como si estuviesen a la misma distancia a la que alcanza mi brazo. Los jinetes no tenían cara, sólo una máscara blanca como la cáscara de un huevo. Trataba de distinguir las facciones de la figura que estaba en cuclillas, pero era como si me comprimiesen los globos oculares y no pudiese enfocar.

Entonces, los jinetes y los perros de caza empezaban a moverse, lentamente, como si fueran un séquito funerario, hasta converger en el lugar donde estaba la figura solitaria. Los jinetes permanecían en silencio. Los perros de caza mudos. No se oía nada, ni siquiera el ruido de un arnés o el de la herradura de un caballo. La figura se movía, se estiraba, se levantaba y se revelaba como una mujer desnuda que, lentamente, se volvía, girando como si fuese un maniquí sobre un pedestal, hasta que veía su cara. Era Valerie Hallstrom, sonriente, seductora, inconsciente del peligro que corría.

Sentía un gran deseo sexual. La llamaba, pero no oía su llanto. Intentaba llegar hasta ella, pero unas manos enormes me apartaban. Entonces la caballería se lanzaba al galope y los perros de caza corrían por sus flancos. Sentía, más que oía, las voces salvajes que se daban a los perros, los ladridos, la tierra temblar bajo los cascos de los caballos mientras cargaban para derribarla…

Intentaba a tientas despertar al nuevo día cuando llamó Saúl Wells. Estaba nervioso y tenía ganas de hablar. Casi podía ver el puro clavado en su boca. Podía oír como lo mordisqueaba. Su olor era como una especie de fantasma en mi habitación.

—¿Qué hay Saúl?

—Ella Deane.

—¿Quién?

—Ya sabe, la mujer del ordenador, la que dejó la empresa en enero por razones de salud.

—Ah, sí, Saúl. ¿Qué ocurre con ella?

—Es muy triste y muy malo para nosotros. Ha muerto.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas, en un accidente de coche. Chocaron contra ella y se dieron a la fuga.

—¿Qué dice la policía?

—Lo de siempre, que están investigando. Oportuno, ¿verdad?

—Como siempre. ¿Algo más?

—Cablegramas de confirmación. Nuestros operadores se trasladarán a las demás filiales mañana.

—Un trabajo muy rápido Saúl. Gracias.

—Otra cosa. Ella Deane ha muerto rica.

—¿Cómo de rica?

—Treinta mil. Lo tomas o lo dejas.

—¿De dónde los sacó? ¿Cuándo?

—Ahora estoy trabajando en eso. Lo imposible precisa un día más. Nos mantenemos en contacto. Por ahora, ¡*ciao*!

Un poco más tarde, mientras me limpiaba los restos de huevo del desayuno que se me habían quedado en la barbilla, llegó Aarón Bogdanovich, vestido como si fuese un repartidor de flores frescas con un eslogan de empresa:

—Las flores aportan perfume a su vida, señor Desmond.

—No creí que eso le importase, señor Bogdanovich.

—Cuénteme lo que ocurrió ayer por la noche. Era una pregunta inquisitiva, como si esperase alguna confesión peligrosa.

—No pasó nada. Cenamos. Hablamos. Me dijo que perdería su empleo si Yanko llegaba a enterarse de que nos habíamos visto en privado. Me contó que una vez estuvo enamorada de Yanko, pero que eso no acabó bien. Me advirtió de que era peligroso y de que estaba obsesionado con George Arlequín. Entonces me pidió que la llevase a casa. Insistió en ir a pie los últimos metros. La seguimos en la limusina. Luego me fui al bar de Gully Gordon para tomar una copa antes de acostarme.

—¿Cómo regresó a casa?

—En la limusina.

—¿A qué hora?

—A la una y cuarto de la madrugada.

—¿Puede probarlo?

—Sí. Firmé el *ticket* del conductor. Takeshi estaba levantado cuando llegué. Me di una ducha, me puse el pijama y me sirvió una taza de té antes de que me fuese a la cama. ¿Por qué me hace todas esas preguntas?

—Valerie Hallstrom ha muerto. La mataron justo después de que llegase a su casa.

—¡Por Dios!

—Espero que pueda parecer tan sorprendido como parece ahora cuando venga la policía a darle la misma noticia.

—¿La policía? No entiendo nada.

—Usted y yo, señor Desmond, fuimos las últimas personas que la vimos con vida… ¿Queda café?

—Sírvase usted mismo… Mire, tendrá que empezar por el principio, me he perdido…

—Sonrió con esa manera suya, fría y sepulcral, se sirvió un café, añadió leche y azúcar y entonces me dijo:

—Mientras ambos estaban cenando en el restaurante fui al apartamento de Valerie Hallstrom. Usted lo ha visto desde fuera. Es un edificio de piedra marrón, con planta baja y tres pisos. Era propietaria de todo el edificio y de lo que había en él. Todo eran objetos de valor. Hay un Matisse en su dormitorio y un Armodio en el salón. Hay porcelana de Dresde y, como lo llaman, sí, montones de joyas. Su armario está lleno de abrigos de piel y ropa de alta costura. Tiene dos teléfonos, uno de ellos con un número secreto. El normal está pinchado. El otro está escondido entre la ropa de su armario, donde también hay una caja de seguridad empotrada que pude abrir. Le diré en unos instantes lo que allí había. Ahora, esa pequeña inspección me mantuvo ocupado entre las ocho y media y las nueve y media. A las nueve y media sonó el teléfono normal. Esperé hasta que dejó de sonar y entonces me marché. Salí por la planta baja. Me senté en el coche y me quedé ahí, al otro lado de la calle. A las diez y media, más o menos, un hombre que llevaba un pequeño maletín entró en el edificio. Usó una llave. No salió. No encendió luz alguna. Esperé hasta que vi llegar a Valerie Hallstrom. Le vi pasar de largo en su limusina. Vi cómo se encendían las luces del salón y las del dormitorio, pero no pude ver lo que pasaba dentro porque las cortinas estaban echadas. Unos diez minutos después el mismo hombre salió de la casa, con su pequeño maletín. Se fue hacia el oeste, atravesando la ciudad. Le seguí. Paró un taxi y se saltó el semáforo en la siguiente intersección, así que le perdí, aunque tuve tiempo de anotar la matrícula del taxi. Me detuve en una cabina y marqué el número de Valerie Hallstrom. Nadie contestó al teléfono. Regresé a la casa. Las luces todavía estaban dadas. Entré y la vi en el suelo del salón. Le habían pegado un tiro en la cabeza… Lo que siguió fue sencillo. Regresé a la cabina y llamé a la policía. Todavía estaban trabajando cuando pasé por allí está mañana con el coche. Aún me pregunto qué hubiese ocurrido si la hubiese acompañado hasta su casa y hubiese subido a su apartamento.

—¿Quién era el tipo? ¿Pudo reconocerle?

—No, pero le reconocería si volviese a verle.

—¿Qué encontró en la caja fuerte?

—Dinero, unos veinticinco mil dólares. Una serie de archivos impresos. Un cuaderno de notas con una lista de empresas y sus correspondientes códigos informáticos. Todas las filiales de Arlequín & Cía aparecen listadas, cada una con sus propio código. Creo que el resto de empresas que aparecen son clientes de Creative Systems. Me llevé el libro y dejé allí todo lo demás.

—¿Que hizo qué?

—Ahora tenemos poder, señor Desmond. Nunca antes lo habíamos tenido. Ahora lo tenemos en un lugar muy seguro.

—Pero nada de todo esto tiene sentido.

—El hecho de que lo encontrásemos tiene mucho sentido, señor Desmond. Suponga que Valerie Hallstrom hubiese estado jugando su propio juego: ordeñando los ordenadores y vendiendo los resultados fuera. Suponga que Yanko lo hubiese descubierto. ¿Qué hubiera hecho?

—La hubiese hecho arrestar.

—¿Y llevar así ante un juzgado todo el asunto? Hubiese sido una conmoción demasiado fuerte para Creative Systems y para el propio Yanko. Le hubiese costado años recuperarse. No, señor Desmond, hay precedentes, demasiados precedentes. Algunas empresas incluso han llegado a sobornar a empleados ofendidos y han dado de ellos las mejores referencias antes que acusarlos y tener que aceptar pérdidas millonarias. Pero creo que Yanko no es de los que harían algo así, ¿no le parece?

—No.

—Así que se la ha quitado de encima de la manera más barata. La caja fuerte ha aparecido vacía. La policía trabaja con la hipótesis de que la señorita Hallstrom sorprendió a un intruso en su casa y que éste la mató. Es algo que ocurre todos los días con mujeres ricas que viven solas. El estilo de vida que llevaba la señorita Hallstrom refuerza esta hipótesis.

—Pero sabemos…

—Lo sé, señor Desmond —dijo casi con ternura—. Todo lo que le he contado es un cuento que olvidará tan pronto salga por la puerta. Ésa ha sido la información que nos da ventaja, ¿lo recordará? Más tarde, cuando haya descubierto al hombre que mató a la señorita Hallstrom volveremos a vernos.

—¿Cree que le encontrará?

—Puede estar seguro de ello, señor Desmond. Esta profesión es un mundo muy cerrado y los mejores son bien conocidos. Le encontraré.

Se marchó sonriente, pero dejando tras de sí un olor a azufre y como un toque de maldición. Poco a poco fui cayendo en el mismo dilema que George Arlequín. Éramos banqueros, blanqueábamos dinero como quien blanquea tejidos, pero nosotros mismos no podíamos escapar sin mácula del proceso. Entonces llamó George Arlequín, lleno de energía, con la mente puesta en los negocios, muy lejos de

su papel, tanto que no podía imaginarme cuál era el que había elegido para ese día.

—¿Paul? Me preguntaba si te importaría venir a el Salvador, en unos veinte minutos. Estoy almorzando con Herbert Bachmann. Me gustaría charlar contigo. Basil Yanko vendrá aquí a las tres. Quisiera que estuvieses aquí entonces. Mientras tanto, hay algunas personas deseosas de hablar contigo… ¿Estarás aquí en media hora? Bien, intenta que sea menos si puedes. Por cierto, otra cosa. ¿Querrías llevarte a Juliette a almorzar? Se aburre mucho conmigo y no la culpo. Gracias, Paul. *A bientôt*.

Las personas que querían verme eran dos jóvenes detectives del departamento de policía de Nueva York. Me explicaron, en versículos alternativos, que habían llamado al banco, que éste les había dirigido al señor Arlequín, quien amablemente consintió en llamarme y que esperaban, sinceramente, no haberme causado demasiadas molestias. Les aseguré que no lo habían hecho. Se preguntaban si al señor Arlequín le importaría dejarnos a solas por un rato.

A Arlequín le importaba. Le importaba mucho. Así lo expresó con gran diplomacia. Yo era un gran amigo suyo, un director en quien confiaba y el empleado de un banco internacional. Estábamos en un lugar propiedad de dicho banco. También estábamos hablando de su dignidad. Sólo en el caso de que yo mismo le pidiese que nos dejase, lo haría. No fue una larga discusión, pero me proporcionó el tiempo suficiente para no perder la cabeza y preparar una historia plausible que contar.

—Dejé mi apartamento a las ocho menos cuarto y me dirigí a pie a St. Regis. Tomé una copa en el bar King Cole. A las ocho y cuarto crucé la calle en dirección al Côte Basque, donde estuve cenando con una dama. Dejamos el restaurante hacia las once y media, en una limusina Colby. Acercamos a la dama a su casa y luego el conductor me llevó al bar de Gully Gordon, en la Primera avenida. Allí estuve hasta la una de la madrugada. El coche me llevó de nuevo a casa. Mi mayordomo puede confirmar la hora de mi llegada, hacia la una y cuarto. Estaba preparándose una cena tardía cuando llegué que compartí… Ahora, ¿puedo saber a qué se deben todas estas preguntas?

—Tenga paciencia con nosotros, señor Desmond, por favor… Usted cenó con una dama. ¿Cómo se llamaba?

—Señorita Valerie Hallstrom.

—¿La conocía de hacía mucho tiempo?

—De hacía tres días. La señorita Hallstrom trabaja para Creative Systems Incorporated, la empresa que nos proporciona servicios informáticos y de la que somos aseguradores y también en la que somos inversores. Había preparado un informe sobre nuestras operaciones informáticas. Nos vimos para hablar sobre él. Me ayudó mucho y arrojó mucha luz sobre el asunto, así que la invité a cenar.

—¿Pero usted no pasó por su casa para recogerla?

—No. Envié una limusina Colby.

—¿Tenía alguna razón para hacer eso?

—Era más sencillo y me apetecía estirar las piernas un poco. Había estado en casa durante todo el día.

—Dice que acompañó a la señorita Hallstrom a casa. ¿Le invitó a pasar?

—Al contrario. Me pidió que la dejase un poco antes de llegar a su casa.

—¿No le pareció extraño?

—Mucho pero, por otro lado…

—Sí, señor Desmond.

—La señorita Hallstrom es alguien a quien conozco por negocios. No sé cuál es su situación, su situación personal. Nueva York es una ciudad caprichosa. Prefiero aceptar sus caprichos como vienen y no hacer preguntas. Pedí al conductor que siguiese a la señorita Hallstrom hasta casa. Una vez la vimos llegar a la puerta, seguimos adelante. Si desean confirmar todos estos detalles estoy seguro de que podrán hacerlo con la empresa de alquiler de limusinas Colby y con el conductor del vehículo.

—¿Qué va a hacer en los próximos días, señor Desmond?

—Eso depende completamente de lo que diga el señor Arlequín, aquí presente.

—¿Señor Arlequín?

—La verdad es que ahora mismo no puedo saberlo, caballeros. En estos momentos estamos trabajando en unas negociaciones internacionales muy delicadas. Puede que nos quedemos aquí una semana, puede que envíe al señor Desmond a Europa o a Sudamérica si hay alguna noticia. ¿Por qué lo preguntan?

Uno de los detectives sacó un sobre, extrajo de él unas fotografías y nos las enseñó.

Aunque estaba preparado, sentí una gran conmoción y me quedé horrorizado. Valerie Hallstrom yacía sobre el suelo del salón de su casa como si fuera una muñeca de trapo. Tenía la cara completamente ensangrentada.

El policía me quitó las fotografías de las manos.

—Le dispararon, señor Desmond. Fue un arma de corto alcance y poca velocidad. Una pistola del 38.

—No… No lo entiendo… ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Estamos trabajando en ello. ¿Le importaría, señor Desmond, que fuésemos a su apartamento, hablásemos con su sirviente y echásemos un vistazo?

—Como gusten. No pensarán acaso que…

—Rutina, señor Desmond. También le ayudará a usted.

—Por supuesto.

—Antes de que se marchen, caballeros —George Arlequín se puso en pie, como

si fuese un atleta, dominándolo todo—. Soy testigo de este interrogatorio. El señor Desmond ha contestado libremente todas las preguntas que le han formulado. Les ha ofrecido, caballeros, que vayan a su apartamento. Les ha comentado hechos y maneras de comprobarlos. Mientras tanto, preciso de los servicios del señor Desmond. Quisiera que se quedase aquí para discutir asuntos de negocios relacionados con intereses urgentes de nuestros clientes internacionales. Así, con la deferencia de la autoridad policial, quisiera hacer una sugerencia: que el señor Desmond telefonee a su mayordomo y le avise de que ustedes van a ir allí. Él permanecerá aquí a su disposición, por si ustedes quieren hacerle alguna otra pregunta… Bien, ¿caballeros?

Eran novatos: precavidos, educados y racionales. Tras una breve charla, estuvieron de acuerdo. Llamé a Takeshi, les di las llaves de mi casa y les prometí que esperaría en el Salvador hasta que hubiesen regresado.

Cuando Arlequín y yo estuvimos a solas, me preguntó directamente:

—Te has dejado algo, Paul. ¿De qué se trata?

—No hay nada, George.

Se sintió herido, pero trató de no demostrarlo. Me dijo, tranquilamente:

—Sólo recuerda esto: no se te pide que te comprometas por mí.

—No me he comprometido, George. Olvídalo, ¿de acuerdo? Vas a ver a Yanko esta tarde. ¿Cómo vas a manejar la reunión?

—Voy a rechazar la oferta.

—Entonces, ¿qué?

—Consideraré la opción de comprar los paquetes de acciones minoritarios.

—No tienes suficiente dinero para hacerlo.

—Herbert Bachmann dice que me puede conseguir más fondos. Hemos estado hablando de eso durante el almuerzo.

—Aunque pueda hacerlo, te endeudarás por diez años y, teniendo en cuenta el precio actual del dinero, puede que sean más. Además, ¿qué ocurrirá si Yanko sube su oferta? Podría hacerlo, lo sabes, si negociara con acciones de Creative Systems en lugar de con efectivo. Incluso hay un límite con lo que Bachmann puede hacer en Wall Street sin asustar a los caballos.

—Entonces, Paul, veamos cuál es el límite y cuánto tiempo podemos comprar para el resto de nuestras operaciones. Creo que Bogdanovich puede sorprendernos.

—Lo dejó bien claro, George. No quiere que empieces una confrontación ahora mismo.

Arlequín estaba irritado. Su respuesta fue cortante y definitiva.

—Pagamos por información, consejo y asistencia. Soy yo quien decide cómo los usamos. No pienso dejarme manipular.

—No hay ninguna pega que poner, George; es tu dinero. Pero esto no es Europa y

el escenario norteamericano aparece en este momento un tanto turbio.

—Entonces debemos ser claros, Paul. El riesgo es mío y también es mía la decisión.

—¿De verdad me necesitas en la reunión con Yanko?

—Sí. Le he dicho que tú también estarías presente. Le he invitado a que él trajese asimismo a la persona de su equipo que quisiera. Me dijo que no necesitaba ayuda pero, por supuesto, entendió que yo todavía estaba convaleciente.

—¡Cabrón arrogante!

—Eso ayuda, Paul. Ahora no se la puedo devolver. Estoy comprometido; con todo lo que tengo y con todo lo que soy. Si hombres como Yanko controlan las máquinas, no hay esperanza para ninguno de nosotros.

—¿Cómo está Julie?

—Estamos más cerca el uno del otro. No obstante, a veces me pregunto si no hubiese sido más feliz casándose con un hombre sencillo…

Ése era un terreno peligroso en el que no quería entrar. Antes de que hiciese ningún comentario, sonó el teléfono. George Arlequín me pidió que contestara. Era Basil Yanko.

—Señor Arlequín.

—No, soy Paul Desmond.

—Oh, señor Desmond. Como sabrá teníamos una reunión esta tarde. Desafortunadamente estoy ocupado con un asunto un tanto trágico que afecta a alguien de mi plantilla. Quisiera pedirle que retrasáramos la reunión para mañana.

—Claro. Lo comentaré con el señor Arlequín. A la misma hora, en el Salvador, ¿correcto?

—Sí, gracias… —dudó un instante y luego siguió hablando—. Quizá, en estas circunstancias, debería decirle que el empleado en cuestión es la señorita Hallstrom. Ha sido asesinada anoche.

—Lo sé. Hemos hablado con la policía. He visto las fotografías.

—¿Usted, señor Desmond? —o era un gran actor o de verdad le sorprendió el comentario—. No lo entiendo.

—Cené con la señorita Hallstrom ayer y parece ser que fui la última persona que la vio con vida.

—¿Le dijo algo? ¿Vio…?

—Nada, señor Yanko. La policía dispone ahora de la poca información que pude darles. Estoy profundamente apenado. Me gustaría saber qué decir o qué hacer… Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana… —su voz se transformó en un leve murmullo—. Adiós, señor Desmond.

En cuanto colgué el teléfono, Arlequín me preguntó con suavidad:

—¿Ha sido eso conveniente, lo crees así?

—Era inevitable.

—¿Se ha molestado?

—Creo que sí. Así lo espero.

—Creo que deberías llamar a nuestro amigo Bogdanovich.

—Prefiero esperar hasta que la policía haya acabado de registrar mi apartamento.

Cincuenta minutos después, estaban de vuelta. Habían registrado el apartamento; habían hablado con el conductor de la limusina y luego con Gully Gordon. Me agradecieron mi cooperación. Todo lo que necesitaban era una breve declaración firmada. La escribí en papel del Salvador, la firmé y puse a George Arlequín como testigo. También me dieron las gracias por eso y me dijeron que no esperaban tener que volver a molestarme.

Sólo quedaba un pequeño detalle. Se preguntaban por qué no había mencionado mi encuentro con Valerie Hallstrom en el bar de Gully Gordon. Les conté una verdad a medias. Les dije que el encuentro había sido casual y que no me había parecido significativo. Lo vieron claro, por supuesto. Lo que yo no había entendido era que las chicas que frecuentan bares para solteros suelen encontrarse con extraños compañeros de cama. Asentí. Ojalá no estuviesen hablando de mí. Claro que no: pero incluso para el soltero más respetable es muy duro aceptar que ha pasado toda la noche en su cama…

George Arlequín bromeó sobre mi desconcierto. Incluso convenció a los oficiales de que ya estaban fuera de servicio y podían tomarse un cóctel antes del almuerzo. No me pareció divertido, pero conseguí mantener una feliz sonrisa de soltero y les conté una pequeña y escabrosa historia sobre mis días en Tokio. Quien nos hubiese oído reírnos nunca hubiese imaginado que en realidad era un asesinato lo que nos había reunido.

A la una en punto regresó Juliette, colorada y contenta tras pasar una mañana típicamente femenina en Nueva York. Había ido a la peluquería, tomado café con una amiga, comprado de todo y estaba encantada de que la llevasen a almorzar al Fleur de Lys. Julie, tan jovial, todavía conseguía levantar la admiración de los hombres mejor que la mayoría de mujeres por donde pasaba, incluso la mía. Paseamos por la Quinta avenida. La llevaba del brazo. Nos detuvimos en diversos escaparates: Bergdorf, Van Cleef y Harry Winston. Tocamos Recuerdas… y No sería maravilloso que… Tomamos unos largos Martinis y repasamos el menú como si ésa fuese a ser nuestra última comida sobre la tierra. Mientras comíamos, hicimos planes para ir al teatro por la noche y para salir al campo el domingo. Hablamos de organizar un cóctel para distraer a amigos y colegas y para ver qué mujeres de las que asistieran podrían ser un buen partido para mí. Fue un juego precioso y encantador y me gustó jugarlo si

con eso la dama se sentía feliz.

No sabía nada del drama de la mañana y yo no tenía ninguna intención de contárselo. George Arlequín quería tomar sus propias decisiones. Cuánto quería él que su mujer supiese al respecto era una de esas decisiones. Además, estaba cansando de mi papel de padrino, amigo de la familia y chico para todo. Mi dinero estaba comprometido; la policía estaba metiendo las narices en mi vida privada; recibía llamadas poco agradables y total, lo único que yo quería ser era un muchacho que pudiera escabullirse cuando la chica era demasiado fea o cuando se hubiesen acabado las copas. No era demasiado pedir, después de todo. Nunca había entendido a las mujeres demasiado bien. Cuando llegamos a la crepería Suzette, Juliette se había cansado de nuestra charla y decidió confesarme algo.

—… Soy feliz, Paul, mucho más de lo que lo fui durante mucho tiempo. George se va fortaleciendo día a día. Está disfrutando de esta batalla. Somos más sinceros el uno con el otro. Ahora, cuando se enfada, se controla. Hubo un tiempo en que era tan educado y tan paciente que a veces pensaba que ni un huracán conseguiría que se despeinase. Me gusta más como es ahora. Me resulta más fácil vivir con él…

¿Qué diría ahora quien estuviese en mi lugar? Estaría encantado. Ya se sabe cómo van estas cosas. El matrimonio no es siempre un camino de rosas. Todo eso y mucho más pero, naturalmente, no es suficiente. La confesión no había hecho sino empezar.

—Paul, quiero ser sincera contigo.

Cuando una mujer te dice que quiere ser sincera, lo mejor sería que mirases alrededor y escapases, pero no lo haces. Te sientas, te armas de paciencia y esperas. Le tomas la mano, le transmites en voz baja tu simpatía y escuchas el canto de la sirena que ya has oído cien veces.

—… Siento celos de George. Soy una persona insegura. Le amo profundamente, pero el solo hecho de estar casada con un hombre así me produce un miedo constante. Sabe demasiado. Lo ve todo con demasiada claridad. Siento como si me evaluase constantemente y que yo siempre quedase por debajo de sus expectativas. Esta crisis nos ha unido, aunque también se lo podría llevar mucho más lejos todavía, allí donde yo no pudiera seguirle. Si resulta vencido, estaré ahí para recogerle, sacudirle el polvo y amarle. En cambio, si gana, entonces estará de nuevo a años luz. ¿Lo entiendes?

Es una pregunta bastante estúpida. Para qué otra cosa estás ahí más que para comprender y nunca decir lo indecible: que Julie Gerard se había casado con un hombre bendecido por los cielos, pero, no contenta con eso, seguía rascando y escarbando para saber cómo se comportaría él si estuviera en el infierno, como los demás mortales. No obstante, eso es algo que no se puede decir en el Fleur de Lys. No se le puede decir que, de haber sido tú el que se hubiese casado con ella, sería dócil y feliz con un montón de chiquillos alrededor de las faldas, que no echaría de

menos el Cezanne del comedor ni El Bosco que tienen sobre el dintel de entrada del recibidor. Así que sonríes y asientes. Piensas en lo que pasaría si George Arlequín volviese un día a casa con las manos ensangrentadas y su boca de poeta llena de polvo.

En el exterior, el ambiente estaba pesado y tormentoso. Los neoyorquinos seguían con su ruidoso y resentido peregrinaje a ninguna parte. El resentimiento estaba escrito en sus cercanas y cautelosas caras. Su culpabilidad estaba más clara que si ellos mismos lo anunciasen: Manhattan era un jaleo. No podía mejorar. Al contrario, sólo podía empeorar. Era una ciudad de locura: sedienta de codicia, de hombres, de mujeres. Te refunfuñaba cada minuto de cada hora y, si tú no refunfuñabas a cambio, te engullía completamente, en cuerpo y alma. No obstante, había un cambio. Si conseguías vencerla, podías llegar más alto que en ninguna otra parte. Aunque, para conseguirlo, había que vencerla todo el día y cada día. Si no podías, te sentías debilitado o esperabas una sonrisa, mejor que te sentases a esperar, mirases hacia otro lado y te quedases allí.

No se necesitaba hacer un gran ejercicio de lógica para darse cuenta de que finalmente tenías que perder. La edad te iba consumiendo y los más jóvenes parecían ávidos de desangrarse a sí mismos. El dinero devenía un monstruo enloquecido que se comía su propia cola y, al final, se engullía a sí mismo totalmente. La propiedad era algo que se hipotecaba para conseguir comprar otra propiedad que hipotecar de nuevo para hacer una nueva compra, para al final capitalizarla y tener así un seguro por si llegaban tiempos peores. Todos estábamos en la misma rueda: un poco de vigilia, un poco de sueño, una catarsis de piedad y de terror, algo de amor, mucha soledad y un par de lavados al día para hacernos sentir limpios aunque no lo estuviéramos. Después de éstos llegaba el momento en que nos preguntábamos si no estábamos matando el tiempo antes de que éste acabara con nosotros.

El almuerzo de Arlequín con Herbert Bachmann le había proporcionado esperanzas muy modestas. Se podía conseguir dinero para cubrir el descubierto y comprar las acciones de los accionistas minoritarios pero, incluso con tipos de interés preferentes, el monto total de los intereses sería enorme y los beneficios del banco caerían a mínimos durante un largo período de tiempo. Mucho peor era el hecho de que se perdería una buena parte del negocio de suscripción de acciones, que siempre se había fundamentado en la promesa de que si la emisión no se podía vender en el mercado, el asegurador se quedaría con el resto. También se produciría un daño en la oferta. Los inversores tienden a no confiar en un banquero que se ve obligado a tomar prestado dinero en la calle para mantenerse a flote.

Basil Yanko lo había calculado todo con gran precisión. La prima era suficientemente alta para atraer al ávido vendedor y asustar al comprador prudente.

La cosa no apestaba lo suficiente como para que estallara el escándalo; sólo lo justo para que los compradores se fuesen a la tienda de la esquina. George Arlequín podía vender bien o luchar para obtener una victoria pírrica. Arlequín lo había visto así de claro y lo definió con mayor precisión que yo. No obstante, también vio una posibilidad, aunque fuese muy pequeña, de mejorar su posición.

—… Después de todo, hemos asumido lo peor: que cada accionista minoritario quiera vender. Fundamentamos nuestros cálculos en ese supuesto. Tengo opción de compra preferente, así que lo que propongo es que nos pongamos en contacto con cada accionista, le planteemos mi oferta y mi recomendación de no vender en ningún caso, a nadie. Quiero mantener reuniones cara a cara en lo posible, para no tener que poner demasiadas cosas por escrito. Ahora estoy trabajando en esto. Necesitaré tu ayuda, por supuesto. He llamado a Suzanne, de la oficina de Ginebra. Entre los tres debemos cubrir todo el territorio a tiempo. Tan pronto como disponga de los listados y los haya clasificado, pondremos en marcha un plan de funcionamiento.

—¿Todavía estás decidido a rechazar la oferta de Yanko?

—Sin duda. Me siento insultado por este individuo y por sus tácticas. ¿Por qué lo dudas, Paul?

—Porque hasta que la investigación se haya completado y Bogdanovich pueda proporcionarnos alguna información relevante, no tenemos ninguna carta con la que jugar. Yanko insiste en su oferta. Tú dices que no, que no y que no y ahí se acabó todo. Eso nos deja en una situación peor que la actual. Yanko es malicioso. Tú le quieres poner contra las cuerdas y él se las salta como una rata luchadora.

—Paul, debes confiar en mí.

—Así sea, pero tenía que decírtelo. Te llamaré por la mañana y nos veremos aquí a las tres.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me voy al Club para darme un baño de vapor. Luego llamaré a Mandy Ducaine, veré donde hay ambiente esta noche y allí me iré. Empiezo a estar muy espeso, George. Necesito una pausa.

—Hasta mañana entonces. Da recuerdos a Mandy de mi parte.

Estaba enfadado cuando me marché. Me sentía como si me hubiese dejado de lado, como si mis consejos ya no le importasen. Eché de menos su antigua urbanidad, su vieja sutilidad y el cómico sentido de la proporción. Ahora me resultaba seco e inflexible, otro buhonero más en una ciudad llena de buhoneros hoscos. Deseaba fervientemente poderme librar de las cargas que me imponía la amistad y volver a mi rutinaria y agradable, aunque sin sentido, vida de soltero.

Tras una sesión de ejercicios de una hora me sentí menos mareado y más dispuesto hacia la humanidad. Llamé a Mandy, una viuda encantadora que tiene un corazón tan grande como su fortuna y cuya única preocupación es tener un día en

blanco en su agenda social. Iba a ir a la ópera pero, si quería pasar por su casa a cenar, estaría allí Harold, Louise, Monty y se iba a cantar un nuevo solo brasileño y algunas docenas más de solos. Le dije que intentaría pasar pero que, si no podía, un beso, un abrazo y hasta la próxima. Esto me dio carta blanca para la cena y me dejó con el convencimiento de que ya me estaba haciendo demasiado viejo para bailar con las mariposas. Así la cosas, bajé a la sala de billares y le gané diez dólares a Jack Winters, alguien que lo más duro que ha hecho en la vida ha sido podar los rosales y evitar casarse. Me asustó. Siempre me asustaba. Me veía a mí mismo dentro de diez o quince años, siendo el primero en llegar y el último en marcharme, patéticamente entusiasmado con una partida de *bridge* o un chismorreo en el bar.

De camino a casa, entre la primera luz de neón y la última y los últimos pasos de las hormigas de la ciudad, me oprimía una terrible sensación de soledad, un miedo atroz a la violencia y al desastre. El campo legal en el que había pisado con tanta seguridad durante muchos años se estaba haciendo añicos bajo mis pies como el hielo que se agrieta en un estanque helado. Estaba implicado en un caso de robo, conspiración y asesinato. Había contratado a alguien que comerciaba con el terror, precisamente porque estaba atrapado en un aparato fuera del alcance de la ley, un aparato que corrompía la ley y la convertía en impotencia y subordinación.

La máquina decía «Alerta amarilla» y los grandes poderes se movilizaban para hacer la guerra. La máquina expulsaba un cálculo astronómico; una moneda quedaba devaluada. Incluso Dios te perdona los pecados, pero no la máquina, que te avergüenza con ellos hasta la muerte, cosa que también llega puntualmente… Así que la gran ilusión se fomenta: ese hombre no debería pedir responsabilidades porque él no podía ejercer ninguna; que debería ser sumiso porque su destino estaba ya determinado e impreso; y que sólo la máquina podría controlar las corrientes cósmicas. Lo que nadie decía, porque todo el mundo prefería obviarlo, es que las máquinas son programadas por humanos, tan malvados, tan buenos, tan inteligentes o tan estúpidos como nosotros y sólo multiplican sus errores como un matemático loco, alrededor del cual no hay apelación posible… de no ser que, por supuesto, se ataque a la máquina con bombas y cohetes y con un desprecio mortal; lo que es precisamente la razón del terror moderno, la naturaleza de la desesperación social que produce en la comunidad.

Observé mi reflejo en un escaparate. En él vi a un hombre de mediana edad, adusto y hostil, cerrado a cualquier contacto humano. Me di la vuelta y corrí entre la multitud en un intento vano de dejar atrás a mi doble.

Cuando llegué a casa, todas las miserias del día quedaron enmascaradas por los problemas domésticos. Takeshi tenía uno de esos días malos. Tengo que explicar que Takeshi cuando está de buen humor es un paradigma apreciado por encima del vino,

las mujeres y las esmeraldas. Cocina mejor que Escoffier. Plancha las camisas de tal manera que se adaptan a uno como una segunda piel. Limpia, encera y da brillo a todo como si estuviese custodiando el tesoro imperial. Pero por otro lado, cuando Takeshi está de mal genio es una molestia intolerable: arrastra los pies como si fuese un anciano de geriátrico, frunce el ceño como si fuese el demonio de un templo y se queja, gime y lloriquea ofreciendo toda una sinfonía de dolores. Cuando se digna a abrir la boca se sitúa entre un estúpido y un rebelde. Hasta ahora, la única solución que le he encontrado a todo esto es enviarle fuera de casa y dejar que se purgue a sí mismo con sake, póquer y la visita a las habitaciones de Mamá San, que lleva una casa de citas para caballeros japoneses en la Cincuenta y ocho Oeste.

Desde que puse el pie en el umbral me apercibí de los síntomas. Le eché en cinco minutos. Media hora después, bañado, afeitado y como mínimo parcialmente humano, me encogí en el diván, con una copa y escuchando la Patética dirigida por Von Karajan. Había llegado el paquete de Francis Xavier Mendoza, pero no lo abrí. Ya había estado trotando por ahí con el carro de ruedas de los magnates suficiente tiempo. Tenía derecho a un poco de tranquilidad.

Eché un vistazo a una revista de yates y me permití soñar con un largo crucero, en Europa o en el Caribe, a través del canal de Panamá hasta llegar a las islas Galápagos, luego a Papeete, Tonga y a las Fiyi. Podía hacerlo. Debía hacerlo en lugar de dedicarme a jugar en el mercado de valores. Podía tomarme un año de vacaciones, dos incluso. La tripulación no era un problema. Había mucha compañía agradable entre la que elegir. Jenny Latham estaba libre y deseándolo… Paulette, quizá… Pero ¿por qué atarme? ¿Por qué no empezar de nuevo tras cada atraque, fuera del alcance de las ondulaciones del océano y disfrutar de la calma en tierra…? Me despertó el insistente sonido del timbre de la puerta y me levanté, enfadado, para contestar.

George Arlequín estaba sobre la estera, con sonrisa de arrepentimiento.

—He estado dando un paseo durante una hora. Me he acercado a tu casa, a ver si te encontraba. Si no hubieses estado, te hubiese dejado una nota.

—¡Entra hombre! En esta ciudad no se sale a pasear por la noche.

—Lo sé, pero necesitaba pensar. Hoy hemos discutido, Paul. Es algo que no debiera haber ocurrido. Lo siento.

—Olvídalo, George. Ha sido un mal trago para ambos. ¿Quieres un café?

—Sí, gracias. ¿No has salido?

—Mandy está en la ópera. Me sugirió que cenase en su casa pero no me apetecía. Takeshi tenía uno de esos días malos. ¿Dónde está Julie?

—Esperando a Suzanne. Llegará en uno de los últimos vuelos del día.

—¿Has hablado con Julie de lo ocurrido?

—Sí —entonces me echó una de esas sonrisas de muchacho travieso—. Se preguntaba por qué no decías nada durante la comida, pero creo que ya te ha

perdonado.

—Así lo espero… Mira, hay un paquete en la sala. Es un dossier sobre Basil Yanko. Me lo ha enviado Mendoza desde California. ¿Por qué no lo abres y le echas un vistazo mientras yo preparo el café?

Durante unos diez minutos estuve trastabillando por la cocina, encantado de que hubiese venido, preocupado por no haberle contado nada acerca de mi conversación con Bogdanovich. No era en realidad miedo lo que me lo impedía, sino el resentimiento y los celos, el pequeño triunfo que suponía para mí el poseer una parte de la información que, de momento, le estaba vetada. No era fácil explicarlo pero, avergonzado por sus disculpas, sentí que debía hacerlo. Le sorprendieron mucho los detalles en relación con la muerte de Valerie Hallstrom, a pesar de lo cual no dejó que fuese modesto en modo alguno.

—¡No, Paul! He dejado que cargases con demasiado peso durante demasiado tiempo. Has sido tú el que se ha arriesgado mientras que yo he sido crítico y te he juzgado. A partir de ahora trabajaremos juntos. Ni secretos ni disputas. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—Esta tarde me han llegado algunas malas noticias. Larry Oliver ha venido a verme. Le han ofrecido otro empleo. Ha presentado su dimisión.

—¿Cuándo se va?

—A finales de mes. Tiene una excedencia de tres meses[11]. Eso cubre sobradamente el preaviso, que es de un mes.

—¡Demonios! Eso no nos conviene, George.

—He promocionado a Standish. Naturalmente, se ha puesto muy contento.

—Es un peso pluma, pero tendrá que aprender.

—Hay una cosa que me preocupa, Paul. En cuanto a la ley, estamos en una posición débil. Primero, aparentemente hay un caso abierto contra mí, como presidente. Al contratar a Lichtman Wells estamos comprando el tiempo necesario para que yo pueda responder. No obstante, cualquier cliente que se considerase ofendido podría exponer sus quejas en cualquier momento, en cualquiera de las jurisdicciones en que operamos. Oliver lo sabe y no quiere mancharse las manos con algo así. No puedo culparle en realidad. Entonces contratamos a Bogdanovich, alguien que trabaja fuera de la ley y que no es otra cosa que un agente al servicio de un poder extranjero. Tú, Paul, te encuentras ahora en la tesitura de tener que ocultar pruebas en la investigación de un asesinato. Y por si todo esto no fuera suficiente, me llama Basil Yanko. Dijo que tenía un problema, un problema de ética profesional…

—¡Qué barbaridad! ¡Ética profesional!

—Eso fue lo que dijo. Destacó el hecho de que Valerie Hallstrom tenía acceso a información clasificada relativa a la Seguridad Nacional. Por todo ello se ha visto

obligado a llamar al FBI Inevitablemente, podrán necesitar y nos pedirán acceso a cualquiera de nuestras bases de datos, incluidas las de Arlequín & Cía Dijo que esperaba que yo no interpretase todo esto como un movimiento hostil de su parte o como un intento de presión en nuestras negociaciones. El asunto estaba fuera de su alcance… Supongo que ahora entenderás por qué necesitaba salir a dar un paseo.

Vi más que eso: vi las cabeceras de los periódicos y un mercado que se estremecía, vi como la totalidad de los clientes de algunas de nuestras divisiones nos iban a dejar como si fuera una retirada total. Y allí, en primer plano, estaba George Arlequín, manteniendo firme su taza de café en la mano, plácidamente, como si de un maestro zen que ha propuesto un acertijo irresoluble se tratase.

Intenté, vacilante, buscar alguna respuesta.

—Hablemos primero de cuestiones legales. Tanto tú como yo somos extranjeros. No existe evidencia alguna de que hayas cometido ningún delito en Nueva York. De lo que sí la hay es que tu firma ha sido utilizada para recoger pruebas del delito en Suiza… Yo sólo dispongo de un testimonio de oídas en relación con un asesinato. Eso es algo que no sabe nadie excepto tú y Bogdanovich. Nadie sabe que hemos contratado a Bogdanovich excepto Saúl Wells, que coopera con él. Aunque se supiese, sería muy difícil que nos pudiesen imputar cargo alguno relativo a un asesinato. Nosotros podemos contratar a un basurero si nos apetece, con tal de que con ello no pretendamos cometer un delito. El FBI es un animal distinto. Tienen acceso a nuestras transacciones, sea la información legal o no, en esta jurisdicción, si consideran que se trata de un asunto de seguridad nacional. Inevitablemente nos harán una visita. ¿Qué vamos a decirles entonces?

—La verdad, Paul: que estamos investigando un fraude internacional y que yo estoy implicado aunque sea inocente. La que fuera una de nuestras empleadas, Ella Deane, ha fallecido en un accidente y ha dejado una cantidad de dinero muy sospechosa. Creo que podremos añadir que nos negamos a aceptar el informe que absuelve a Creative Systems con la sola razón de que sus empleados han sido investigados y vueltos a investigar.

—¿Crees que podemos poner esa cuestión sobre la mesa?

—Creo que sí. No estamos acusando a nadie. Simplemente estamos expresando una duda razonable. Incluso podemos llegar más lejos. Podemos apuntar al hecho de que la opa de Basil Yanko para controlar nuestro banco se haya puesto en marcha precisamente ahora.

—Eso nos da una cierta ventaja, George.

—Sea inocente o culpable, Yanko lo va a lamentar. También lo lamentará el FBI, pues Valerie Hallstrom tenía acceso a información secreta y murió violentamente.

—Una vez se abra la caja de los truenos, nuestras actividades se verán restringidas.

—¿Por qué Paul? Somos gente legal.

—Bogdanovich debería saberlo antes de que digamos nada.

—Estoy de acuerdo. ¿Por qué no le llamas ahora mismo?

—Debo hacerlo desde una cabina.

—Todavía es pronto. ¿Por qué no te vistes y me llevas al bar de Gully Gordon? Puedes llamar por el camino y, si Bogdanovich está libre, podríamos vernos esta noche.

—¿Y qué hay del informe de Mendoza?

—Me lo llevaré y lo estudiaré. Mientras no lo utilice lo guardaré en la caja fuerte. No es algo que deba estar dando vueltas por ahí y menos ahora…

No pude resistir una sonrisa burlona ni tampoco una ligera provocación.

—¡Aprendes muy deprisa, George!

Para mi sorpresa, se lo tomó en serio.

—No… Siempre lo he sabido Paul. Ha sido mi vanidad la que me ha permitido esquivar a pícaros y estafadores, protegerme contra la malicia gracias a la urbanidad, evitar la violencia con una muralla de dinero y privilegios. Lejos de todo ello, mientras caminaba hoy por las calles, me he dado cuenta de que era una ilusión. El diablo existe. Te acecha. Te tiende una emboscada. Invade tu casa. Tarde o temprano hay que enfrentarse a él, luchar cuerpo a cuerpo, mano a mano. Ahora ha llegado el momento de luchar para mí. Estoy encantado de que seamos amigos de nuevo…

Nos tomamos un par de copas y escuchamos música durante una media hora en Gully Gordon. Al salir, una limusina nos esperaba fuera. Aarón Bogdanovich estaba en el asiento trasero. Cruzamos la ciudad hasta Washington Square y volvimos de nuevo, lentamente, mientras Bogdanovich iba tomando nota de toda la información y nos daba su opinión al respecto.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Arlequín. Con el FBI no se juega. Lo mejor es que les dé toda la información que ellos mismos podrían extraer de sus bases de datos. No creo que les haga ningún mal el hecho de que oigan algo acerca de una cierta incomodidad por su parte en su relación con las operaciones de Creative Systems. Debo decirle que también el FBI resulta un tanto incómodo. Pero recuerden, ustedes son extranjeros; no entienden ni las actitudes ni los procedimientos americanos. Eso es algo que resulta de ayuda cuando se trata con agencias gubernamentales… Lo único que no deben mencionar es su relación conmigo. Por supuesto que me conocen. La política de la Administración norteamericana es favorable a Israel. Mientras no moleste con lo que hago y les dé una buena propina de vez en cuando, me dejan tranquilo. Pero en la práctica privada, no lo harían. Todavía no tengo muchas noticias que darles. Localizamos el taxi. El conductor admite que recogió a nuestro hombre. Llegó hasta la terminal de la TWA en el aeropuerto Kennedy. Después de eso, no hay nada más. Podría haber subido a un vuelo de la

TWA, haber regresado a la ciudad o haber cruzado hasta otra terminal. No hay forma de saberlo. De todos modos, estamos peinando el mercado… También estamos trabajando en la plantilla personal de Yanko —su chófer, su ama de llaves, su sirvienta y su secretaria personal—. La policía, por su parte, está investigando la vida privada de Valerie Hallstrom. Un amigo mío me conseguirá el informe en el momento oportuno. Hacer las cosas bien requiere su tiempo. Por cierto, otra cosa, señor Desmond. El tipo del Corvette verde, el que vigilaba su apartamento…

—Bernie Koonig. ¿Qué hay de él?

—Mis chicos se lo llevaron para charlar un rato. Dijo que un amigo le había contratado para que le siguiese a usted y le informase de cuáles eran sus movimientos.

—¿Quién era ese amigo?

—Alguien llamado Frank Lemnitz. Es el chófer de Yanko.

—Por fin tenemos ahí una prueba. ¿Podemos utilizarla?

—Lo he pensado. Es un riesgo, pero quizá valga la pena correrlo. ¿Por qué no mencionar su nombre, como si tal cosa, cuando vean a Yanko?

—Será un placer.

—Déjeme hacerlo —dijo George Arlequín entusiasmado—. Será más que una sorpresa. ¿No se dice en el teatro que lo mejor es que haya dos risas por cada chiste?

—Tres —dijo Bogdanovich—, pero deben asegurarse de que sean ustedes los que se rían los últimos.

Llegábamos tarde, aunque no mucho, a la cena en el Salvador. Suzanne estaba allí. La rodeé con los brazos y la mantuve así un poco más que de costumbre, pues Arlequín no lo iba a hacer y ella, igual que yo, estaba necesitada de algo más de cariño del que tenía. Su informe en relación con la situación en Ginebra no era muy alentador.

El Union Bank era muy celoso de sus derechos y muy preciso en cuanto a su posición legal. La cuenta de Arlequín había sido abierta correctamente; todas las transacciones realizadas con dicha cuenta habían sido formalmente correctas; el dinero se había pagado en efectivo contando siempre con una firma comprobada. La responsabilidad del banco acababa ahí. Mientras se reconociese esta posición, el banco estaría encantado de colaborar con su honorable colega siempre que fuese de una forma legal.

La policía suiza resultó algo más útil. Habían examinado la posible falsificación contrastando la firma con una real. Estaban admirados por la habilidad del falsificador. Destacaron el hecho de que resultaba difícil seguir el camino de un dinero que se había entregado en efectivo y que podría haber salido de Suiza de manera legal. La posición de Arlequín estaba clara y no era muy cómoda: se habían cubierto las pérdidas; sólo si un tercero presentaba una demanda formal, habría

cargos contra él.

Las noticias no auguraban nada bueno. En la ciudad de Calvino el trabajo era sagrado, el dinero era su fruto sagrado y cualquier cosa que deslustrase la santidad del dinero era un anatema. George Arlequín no había sido excomulgado todavía. Todavía no se le censuraba formalmente. No obstante, ya dentro de la Asociación Suiza de Banqueros se movían las cabezas y los murmuradores dudaban. Todavía no se habían perdido clientes; pero el flujo de dinero se había reducido considerablemente.

Suzanne me lo contó todo con ese estilo suyo, tranquilo y prosaico, como si estuviese haciendo un inventario en lugar de estar contándome una calamidad. Juliette estaba furiosa, tachando un nombre tras otro de su lista de invitados. Arlequín lo resumió en una corta despedida:

—Una cosa está clara. No podemos ganar y regresar a casa renqueando. Nos hacen falta pancartas y trompetas y que nuestros enemigos yazcan pisoteados sobre la arena. Es demasiado tarde para la buena retórica. A las diez de la mañana nos espera un consejo de guerra… Dormid bien, muchachos. ¡Felices sueños!

Era un deseo agradable; pero a mí no me aportaba bendición alguna. Pocos instantes después de que hubiese pagado al taxista que me dejó a la puerta de mi casa tres hombres emergieron de las sombras. Uno de ellos dijo:

—Tenemos un mensaje de Bernie para usted.

Otro me golpeó con una porra. Intenté defenderme, pero eran expertos en este juego. Me desperté en mi cama con las costillas vendadas, dolor en los riñones, un médico que me atendía y un par de policías que esperaban que les dijese algo.

Capítulo 4

El médico me animó. Tenía una costilla rota, muchas magulladuras y un buen golpe en la cabeza. El resto de mi cuerpo, según parecía, estaba intacto; pero si sentía náuseas o si me resultaba doloroso respirar, o si veía sangre en la orina, debía llamarle inmediatamente. Me dio algunas pastillas y me dejó su tarjeta así como una factura por la visita de emergencia que, naturalmente, subió más que una visita en su propia consulta. Me recomendó que hiciese reposo absoluto durante dos días y luego se marchó para continuar con el suyo.

Los policías me hicieron un escueto resumen de lo que había ocurrido durante las horas en que había estado sin sentido. Takeshi, al regresar de su salida nocturna, me había encontrado en la puerta de entrada, inconsciente. Había llamado a la policía y al médico y, entre ellos, me habían lavado y me habían metido en la cama. Ahora, si me encontraba suficientemente bien, me pedían que les diese algunos detalles. Lo cierto es que me sentía como si me hubiese atropellado un tanque, pero intenté complacerles.

Saltaron inmediatamente sobre el nombre de Bernie. ¿Conocía yo a alguien que se llamase así? No. ¿Debería? Bien, la noche antes, habían atrapado frente a mi apartamento a un hombre que así se llamaba. ¿Alguna relación? Ninguna. ¿Me habían confundido con alguien? Probablemente. Visitaba Nueva York a menudo pero no me movía en los círculos de la delincuencia, como docenas de mis respetables amigos podían atestiguar. ¿Reconocería a los que me asaltaron? Lo dudaba. Todo ocurrió tan deprisa. Sí, solía ser así. ¿Podía echar un vistazo a mi billetera? Lo hice. No faltaba nada. Bien, escribirían un informe. Si recordaba cualquier otra cosa, debía telefonear al despacho del sargento en el Precinct. Ahora, señor Desmond, descanse; ¡todo resultaba un tanto cenagoso!

Takeshi les mostró el camino de salida, me dio whisky para que me aliviase el dolor, me acercó el teléfono a la cama, dijo algunas palabras para que me sintiese bien y me dejó, como a Job en el estercolero, solo con mis miserias. Dormité hasta las siete de la mañana y entonces me las arreglé para salir de la cama y comprobar por mí mismo el daño que me habían causado. No era una visión agradable. Tenía la cara magullada e hinchada, un chichón en la cabeza del tamaño de un huevo, los nudillos en carne viva y el vendaje alrededor del torso me hacía parecer un paquete de carne de ternera. Me dolían todos los músculos pero, por lo menos, podía respirar, no tenía náuseas y no sangraba. Tras lavarme con una esponja y afeitarme, me convencí a mí mismo de que viviría, aunque dudaba de si valdría la pena. De todos modos, después de tomar una taza de café y una tostada, decidí intentarlo. Llamé a Aarón Bogdanovich y le conté la triste saga de una joya llamada Paul Desmond. Me dijo que vendría en veinte minutos y colgó. Cuando llegó ni trajo flores ni fue amable.

—¡Es un trabajo de matones! Mis muchachos se han estado informando sobre Bernie Koonig. Le culpó a usted y le devuelve el cumplido.

—¿Por qué me culpa?

—¿A quién si no? No nos anunciamos por ahí como gánsteres, señor Desmond.

—Creía que estábamos pagando por tener protección las veinticuatro horas.

—Sí. Uno de mis hombres estaba siguiendo a su taxi. Cuando vio que llegaba a la puerta de su casa, pasó de largo. Fue un error y se le castigará por ello. Lo siento.

—Pagamos medio millón de dólares, me dan una paliza y usted lo siente. ¡Genial!

—Sugiero que saque provecho del acuerdo, señor Desmond.

—¿Cómo?

—Ayer decidimos contarle a Yanko que conocíamos a Koonig y al hombre que le contrató. Ahora podemos demostrarlo. Usted ha sido víctima de un cruel ataque que está relacionado con Yanko.

—Pero ya le he dicho a la policía que no conocía a Bernie Koonig.

—Eso es algo que Yanko no sabe. Todo lo que sabe es que usted oculta información y que está preparado para utilizarla en el momento oportuno.

—Lo que podría colocarme en una situación todavía peor.

—Podría ser. No obstante, hará que se sepa que existe una declaración ante notario lista para ser enviada a la policía. Me gustaría estar ahí cuando se lo diga.

—Me parece que está usted orinando agua helada, señor Bogdanovich.

—Hubo un tiempo en que fue sangre, señor Desmond. Entonces sí que hay que asustarse. Quisiera saber cómo va la reunión. Llámeme esta noche. Me espera un día muy ocupado.

—La floristería, supongo.

—No, señor Desmond. Esta vez se trata de misiles SAM. Tres de ellos han caído en manos de los terroristas del Septiembre Negro. Dos están en Europa. El tercero creemos que puede estar en Nueva York. Si no lo encontramos, mucha gente podría volar por los aires.

Después de oír eso, obviamente, no había nada que decir. Me vestí. Me dolía todo. Leí los periódicos de la mañana y a las diez me presenté en el Salvador, sintiéndome como un payaso que hubiese perdido la caravana del circo. Juliette se había ido a pasar el día con sus amigas; así que me libré de tener que darle explicaciones un tanto embarazosas acerca de mi estado. Conté toda la historia a Arlequín y a Suzanne, así como la sugerencia de Bogdanovich acerca de cómo utilizarla.

Arlequín frunció el ceño en sentido de desaprobación durante unos instantes y luego asintió, bruscamente:

—¡Entonces que así sea! ¡Veamos cuánto aguantan los nervios de Yanko! Ahora vayamos al programa de esta mañana. Perdón, ahora son las tres en Europa.

Llamemos a todos los que figuran en nuestra lista. Hablaré con cada uno de ellos personalmente. Paul, tú y yo enviaremos un cablegrama a todos los accionistas y la carta que lo confirme. Entonces elaboremos dos declaraciones escritas: una para Yanko y la otra para la prensa. Lo esencial de cada una de ellas es que rechazamos la oferta y que aconsejamos no aceptarla a los demás accionistas, explicando entonces el porqué. Nuestros abogados estarán aquí a la una y media para revisar los borradores.

Era un trabajo lento y frustrante. Las líneas telefónicas en Europa estaban saturadas. De las quince personas que había en la lista de Suzanne, sólo pudimos hablar con cinco, de las cuales tres preferían vender y dos estaban dispuestas a aguantar si Arlequín les daba buenas razones para ello. Lo esencial del problema era que teníamos razones, sí, muchas, pero que no podíamos darlas a conocer sin infringir las leyes de la difamación. Podíamos objetar al control americano de una empresa tradicional europea. Podíamos debatir sobre si era conveniente poner un banco en manos de una empresa que diseñaba sistemas policiales y de control. Podíamos demostrar las tácticas de pulpo de Yanko pero, sin una defensa más fuerte de la verdad y del bien público, sin todo un contingente de pruebas en nuestro favor, no nos atrevíamos a ponerle en evidencia. Era el viejo dicho: el dinero hace al hombre; le hace más puro que los ángeles y, si se desea probar lo contrario, entonces hay que demostrar que se tiene por lo menos tanto dinero como él.

Llenamos la papelera de borradores inútiles pero, para cuando llegaron los abogados, estábamos ya seguros de haber creado una pequeña pieza maestra para el entendimiento. Los abogados quedaron horrorizados. Lo que era simplemente razonable en Ginebra en Nueva York era una horrible difamación. De ningún modo podían dejar que lo publicáramos y ni tan siquiera que lo enviásemos así por correo. ¡No caballeros, no! Se llevarían los borradores a su oficina y los reconstruirían.

Arlequín se contuvo a regañadientes y entonces les pidió un minuto.

—Caballeros, ¿han mirado ustedes al señor Desmond?

Me miraron. A coro me transmitieron su solidaridad. Me desabroché la camisa. El coro se silenció.

—El señor Desmond recibió una paliza anoche —continuó Arlequín—. Hemos podido relacionar los hechos con Yanko.

—¿Cómo, señor Arlequín?

—Porque fue el chofer de Yanko quien ordenó que se la dieran.

—¿Puede probarlo?

—Sí.

—¿Puede probar también que el chofer estuviera actuando a las órdenes de Yanko?

—Sabemos que fue así, aunque no podemos probarlo legalmente.

—Entonces no hay caso, señor Arlequín.

—Efectivamente. La ley es impotente en este caso. Lo que le han hecho al señor Desmond no tiene reparación posible, salvo el hecho de que él mismo se vaya recuperando. Así pues, necesitamos su asesoramiento, caballeros. ¿Cómo podemos remediar lo ocurrido, protegerle a él y también a mí, y evitar que la cosa vaya a más? … Tengo la respuesta. Ustedes no se pueden comprometer recomendando algo que sea ilegal. Ustedes deben ir más allá. Abogan por proteger la reputación de Yanko para que no me demande por difamación. Lo hago. Entonces él nos vuelve a atacar. Cuando la ley es impotente, caballeros, ¿cómo se puede hacer justicia? Piensen en ello, por favor. Espero tener los nuevos documentos listos antes de las seis de la tarde.

Se marcharon, dubitativos y tristes, impresionados por algo que parecía una pequeña diatriba sin importancia. Suzanne no escondió su disgusto.

—En nombre de Dios, George, ¿qué esperabas que te dijesen? No pueden cambiar las leyes. Son servidores de la ley. Lo sabes. Siempre lo has sabido.

Su respuesta fue rápida y vigorosa.

—¡No! Ésa no es la cuestión, Suzy. Hay que darle una respuesta a este asunto, pues se trata de un dilema universal. Los palestinos no pueden volver a sus casas porque en el lugar en donde estaban ahora hay un *kibutz*. Los hebreos no pueden rendirse porque acabarían asesinados en un sótano sirio. Los vietnamitas que están encarcelados no pueden hablar porque les dan orines para beber y cal viva para comer. Los muertos de hambre de los barrios periféricos acaban siendo proscritos porque no pueden encontrar trabajo ni alimentar a sus hijos; mientras sus defensores se dedican a dar las vueltas del loro en su palito en una cámara de tortura. ¡Esto no es nada! Ocurra lo que ocurra, viviré y moriré siendo rico y la cosa no vale un céntimo. Será así incluso en el caso de que la ley no tenga capacidad de defender un derecho tan básico como mi buen nombre. Ése es el meollo de la cuestión. En este punto me solidarizo con los proscritos y quizá yo mismo lo sea…

Nunca le había visto hablar de forma tan vehemente o hacer una declaración tan desbordante. Era como si la primavera hubiese estallado dentro de él y no pudiese controlarlo. Había cambiado no sólo ante nosotros, sus cohortes, sino también ante sí mismo. Entonces dijo algo extraño y a la vez inquietante:

—Ahora estoy mirando dentro del cañón de la pistola. Veo la bala en la recámara. Me pregunto cómo me sentiría cuando fuese yo quien pusiese el dedo en el gatillo.

Basil Yanko llegó cuando ya habían pasado veinticinco minutos de las tres de la tarde: demasiado tarde para sentir complacencia, pero lo suficiente como para desairarnos. Se disculpó, por supuesto, pero lo hizo de un modo tan displicente que no sirvió sino para subrayar la ofensa. Esperaba que pudiésemos concluir la reunión con un comunicado razonable, pues tenía una cita en Pleasantville a las seis y quería evitar el exceso de tráfico al cruzar la ciudad. Su coche estaba en el aparcamiento del

sótano. Quería que llamasen a su chofer justo antes del fin de la reunión. Todo estaba calculado para que nos pusiera los pelos de punta y que ya empezásemos la charla estando nerviosos. Yo estaba furioso pero Arlequín, en cambio, parecía sereno.

Fue sólo después de que nos sentásemos a la mesa de reuniones cuando Yanko mencionó mi aspecto.

—¿Qué le ha pasado en la cara, señor Desmond?

—Ha sido un accidente. También me he roto una costilla. El médico dice que sobreviviré.

—Espero que tenga un seguro.

—Sí, lo tengo.

—Bien, entonces, vayamos al grano. Presupongo que habrán tomado en consideración mi oferta. ¿Señor Arlequín?

—Sí, así es.

—Estará de acuerdo en que es muy generosa.

—Sí.

—Entonces, ¿la acepta?

—No, señor Yanko. La rechazo.

—¿Acaso espera que la mejore?

—Al contrario. Espero que la retire.

Por un momento, una sombra de sorpresa se reflejó en su cara. Entonces, movió sus finos labios nerviosamente para poder sonreír.

—Dígame, ¿por qué iba a hacer algo así, señor Arlequín?

—Porque creo que sería más prudente.

—No es una amenaza, ¿verdad, señor Arlequín?

—Es un consejo, señor Yanko. En este momento es un consejo de amigo.

Basil Yanko se apoyó en el respaldo de la silla, juntó las manos y las subió hasta tocar sus pálidos labios. Se le empañaron los ojos. Parecía sumido en la meditación. Entonces sonrió de nuevo y dijo, con suavidad:

—Señor Arlequín, sé lo que está pensando. Piensa que soy un hombre ordinario, taimado y codicioso, en lugar de un socio adecuado para un caballero educado a la europea como usted. Cree que conseguirá suficiente dinero para ejecutar su opción de compra y así adquirir la parte correspondiente a los accionistas minoritarios, incluso aunque ello le suponga quedar muy debilitado. Si usted hace algo así, tengo dos opciones: bien subir mi oferta hasta un punto en que le resulte imposible pujar, o bien golpearle a base de demandas, penales y civiles, en cada una de las jurisdicciones donde opera; ¡demandas por daños y perjuicios, por fraude, por malversación de fondos y por todas las palabras relacionadas que pueda encontrar en el diccionario! No tengo que ganar los pleitos, señor Arlequín. Le he hecho una relación de todas las reclamaciones actuales, está arruinado. El banco enfrenta una crisis de confianza. Lo

conseguiré de todos modos… Así que, ¿qué tal si somos sensatos?

Fue la demostración de poder más arrogante que jamás había visto. Me sentí avergonzado, humillado y suficientemente enfadado como para cometer un asesinato.

George Arlequín permanecía impasible. No le temblaban ni las manos ni la voz, nada que pudiera indicar pasión en su respuesta.

—Me sorprende, señor Yanko. Parece que yo siento más respeto por usted del que usted tiene por sí mismo. Es un hombre de una gran inteligencia. No puedo entender cómo ha podido utilizar una táctica tan rudimentaria, de no ser que se trate de la propia de la desesperación.

Basil Yanko se rió. Lo que oía no era algo agradable, sino una mofa fuerte y brutal.

—¡Desesperación, demonios! Arlequín, ¡usted se comporta como si estuviésemos cincuenta años atrás! ¡Esto son negocios! ¡Estamos a mediados de la década de 1970 y éste es el estilo estadounidense! No soy un pequeño nomo suizo que toca el violín en el Club de Banqueros. Le estoy haciendo la mejor oferta que encontrará en cualquier mercado del mundo. Si quiere que la discutamos, ¡perfecto! Le escucharé. Rechácela y entonces seré yo el que se lleve la caja de las galletas.

—Discúlpeme un momento, por favor —Arlequín se levantó y caminó hacia la puerta—. Necesito un vaso de agua.

Yanko se volvió hacia mí.

—¡Por Dios, señor Desmond! Usted es su amigo. Conoce cuál es el juego. Haga que entre en razón.

—¿Con qué, señor Yanko? Yo poseo una parte nominal de las acciones. Cuando me retire de mi cargo de director, pasarán al beneficiario. Es su pelota y usted es el que juega.

Poco después regresaba Arlequín, que se secaba los labios con un pañuelo. Se sentó, colocó las piernas bajo la mesa y retomó el hilo de la conversación.

—… ¡Ah, sí! Estábamos en el punto en que yo había rechazado su oferta y usted, según ha dicho, se llevaba la caja de galletas. Antes de que se la lleve, señor Yanko, antes de que actúe de manera precipitada, deje que le enumere algunos detalles. Primero: tengo en mi poder un informe sobre su vida y sus actividades financieras que se ha estado elaborando durante dos años. No dice mucho a su favor. En buena parte le describe como un socio comercial poco deseable. Segundo: como usted sabe, poseo una parte sustancial de las acciones de Creative Systems Incorporated y de sus filiales. Tengo derechos de voto y ciertos derechos de investigación legal en los asuntos de sus empresas. Tercero: Creative Systems depende tanto de la confianza pública como Arlequín & Cía De hecho, depende mucho más de la confianza política si quiere mantener y llevar a cabo importantes contratos gubernamentales. Cuarto: la confianza política con que cuenta se vería seriamente dañada si se demostrase que la

plantilla de Creative Systems o, incluso, usted mismo, señor Yanko, tuviesen algún tipo de conexión o de relación con actividades delictivas. Quinto: si creyese que tal prueba pudiera existir, sería mi deber como accionista y respetable hombre de negocios solicitar una investigación por parte de las agencias gubernamentales. Sexto: esa prueba existe, señor Yanko, y dispongo de ella.

Basil Yanko se encogió de hombros y movió las manos en un gesto de desprecio.

—Entonces, cumpla su deber, señor Arlequín. Úsela.

—Me temo que no me cree, señor Yanko.

—Francamente, no.

—Entonces permítame que le haga una demostración en un asunto sin importancia.

Su chofer le espera abajo. Mi secretaria le acaba de llamar, según nos pidió. Su nombre es Frank Lemnitz. Siguiendo sus instrucciones, contrató los servicios de un delincuente llamado Bernie Koonig para que vigilase el apartamento del señor Desmond. Así lo ha reconocido ante los investigadores que he contratado. Fue este mismo Bernie Koonig el que dio una paliza al señor Desmond anoche. Hemos levantado un acta notarial con todo esto que está lista para ser enviada a la policía… Ésa es sólo la punta del iceberg. Hay mucho más bajo el agua. ¿Ve ahora por qué le recomendaba prudencia, señor Yanko?

Puesto el diablo en su papel, se lo tomó mejor de lo que esperaba. Incluso consiguió esbozar una sonrisa de aprobación suave y helada. Sus primeras palabras fueron para mí:

—Siento mucho que resultara herido, señor Desmond. Eso no tiene nada que ver conmigo. También debo disculparme con usted, señor Arlequín, parece que le he infravalorado.

—Eso es siempre peligroso en un mercado incierto.

—No volverá a ocurrir, lo prometo. Usted aconsejaba que retirase mi oferta, ¿verdad? Suponga que retiro la amenaza y mantengo la oferta.

—Entonces estaremos manteniendo una relación de negocios normal, sin ningún tipo de restricción legal o fuera de la práctica común.

—¿Y por su parte, señor Arlequín?

—Estipularé que, ya que de hecho el FBI está investigando Creative Systems, y siempre que nuestra relación de negocios siga siendo normal, no se requiere acción oficial alguna de mi parte. En cuanto a la información de que dispongo, digamos que la mantendré como una especie de seguro.

—¿No le gustaría cobrar un valor de rescate?

—No.

—No lo esperaba. Bien, todo ha quedado claro. Yo le he hecho una oferta y usted la ha rechazado. Aconseje a sus accionistas que hagan lo mismo. Es una pena que

hayamos llegado a un punto muerto, pero pueden pasar muchas cosas en sesenta días… Buenas tardes, caballeros.

No quedaba tiempo para lamentarse. Había que enviar los cablegramas a los accionistas cuanto antes. Había que mecanografiar y enviar las cartas de confirmación. Los abogados llegaron, con una declaración tan débil y lamentable que Arlequín la desechó con desprecio; nos fuimos a la prensa con nuestro segundo borrador. Julie llegó a casa en medio del barullo y pidió que le informásemos de los acontecimientos del día. También quería saber por qué yo presentaba el aspecto de un herido de guerra, lo que llevó, de manera definitiva, al asunto de cuánto debía saber.

Arlequín pensaba que había que contárselo todo. Solicité tener ése privilegio ya que había sido yo quien había colocado la cabeza en el tajo y que Aarón Bogdanovich me la cortaría en cuanto se le indicara con un pañuelo. Julie argumentaba que resultaba difícil dormir con un hombre con el que no se podía hablar; que si había riesgos que debía compartir, necesitaba entenderlos; que si se podía confiar en una secretaria, ¿por qué no se podía hacer lo mismo con una esposa? Recurrí al argumento que a mí me resultaba más tranquilizador: que cuanto más sabías, más vulnerable eras; que yo tenía el cuerpo lleno de cicatrices que probaban que no estábamos jugando. Julie repuso, con una moderación poco habitual, que éramos un pequeño grupo de amigos en lucha contra un mundo hostil. Si no se podía compartir la confianza, el grupo no se mantendría unido. Entonces me rendí y Arlequín le contó toda la historia. Le sorprendió ver hasta qué punto estábamos metidos en el asunto y lo cerca que nos encontrábamos de los límites de la selva. Se avergonzó por su falta de consideración y se enfadó por que no le hubiésemos contado nada de la situación durante tanto tiempo. Pidió que, desde ése momento, no se la volviese a proteger ni a mimar.

Arlequín se puso más contento. A partir de ahora podría hablar abiertamente en su cónclave familiar. Podía admitir sus necesidades en lugar de esconderlas tras una máscara de sonrisas y educación. Incluso su aspecto cambió. Su conversación se hizo más vívida y sus gestos menos restringidos. En cierto modo era más sencillo, aunque también más singular, como un monje que de repente hubiese encontrado la clave de su corazón.

Cenamos en Bertolo’s, espaguetis regados con vino. Los espaguetis fueron idea de Juliette. Pensó, atención al dato, que resultaban más fáciles de masticar que un filete de ternera. Pedimos al músico que tocaba el acordeón que interpretase piezas antiguas y sentimentales. Nos cogimos de las manos y nos pusimos a cantar. Bebimos lo indecible, mientras Arlequín soltaba palabrotas en todos los idiomas que podía recordar, para que Basil Yanko no se librase de ellas. Éramos como un grupo de gente durante la peste, sentados alrededor de una hoguera con una botella, cantando para espantar al diablo. Pero el diablo estaba ahí y todos lo sabíamos: era una plaga de

violencia y terror. En el momento en que nos salíamos de ese círculo encantado, caíamos presas de él.

Según caminábamos de regreso al Salvador, con los brazos entrelazados, las tensiones del día acabaron por hacer mella en mí y, repentinamente, me sentí débil y con nauseas. Me apoyé por un instante sobre el traje de Arlequín y no conseguí mejorar. Suzanne anunció que me llevaría a casa en un taxi y que se quedaría en mi apartamento esa noche. Protesté, pero mi queja fue rechazada con firmeza. Media hora después, me metieron rápidamente en la cama y me administraron un sedante, mientras Suzanne y Takeshi preparaban el té en la cocina. No era posible; lo sabía pero no podía ser; me preguntaba, medio dormido, cómo sería tener siempre una mujer cerca.

Por la mañana, muy temprano, Aarón Bogdanovich me hizo una visita sorpresa. Takeshi le acomodó rápidamente en mi habitación, allí donde solía sentarse él, a los pies de la cama, con una taza de café en la mano. Entonces me preguntó:

—La noche pasada no me llamó. ¿Por qué?

—Estaba mareado. La secretaria de Arlequín me trajo a casa. Está en la habitación de invitados.

—Si le pido que llame, llame. Todo depende de recibir información de manera ordenada. ¿Qué pasó ayer?

Se lo conté, verso a verso.

Movió la cabeza en señal de aprobación.

—¡Bien! Me pregunto cómo debió ser la actuación de Arlequín. ¿Qué va a pasar ahora?

—Estamos a la espera de respuesta por parte de los accionistas. Hemos reunido fondos en Nueva York para comprar su parte de las acciones a los indecisos. ¿Qué noticias tiene usted?

—Sabemos quien mató a Valerie Hallstrom. Se llama Tony Tesoriero y está en Miami. Pronto hablaremos con él.

—¿Cómo le han encontrado?

—Esa es una pregunta poco adecuada, señor Desmond.

—Discúlpeme. No estoy muy despierto a estas horas.

—Saúl Wells y yo intercambiamos algunas palabras en relación con Ella Deane. Ésta hizo tres depósitos considerables en noviembre, diciembre y enero. Durante ese tiempo Ella fue amiga de Frank Lemnitz.

—Entonces ha llegado el momento de charlar con ese caballero, creo.

—Lo intentamos anoche, pero no regresó a su casa. Tampoco ha ido al trabajo esta mañana.

—Probablemente le despidieran tras la reunión que tuvimos ayer con Yanko.

—De hecho, salió hacia Londres en el vuelo especial de medianoche. Algunos amigos míos le estarán esperando allí.

—De no ser que se dedique a volar a ras de tierra por toda Europa.

—Tenía una reserva en la clase más económica, sólo ida, a Londres. Ahora, señor Desmond, ¿qué tal esos nervios?

—Crispados. ¿Por qué?

—Esta mañana encontrará en su buzón un sobre de papel de manila liso dirigido a usted. Contiene el cuaderno de notas de Valerie Hallstrom y una tira impresa en la que se puede leer «Recuerdos de Valerie Hallstrom». Llamará inmediatamente al señor Arlequín y a su investigador, Saúl Wells. El señor Wells llamará a la policía en su nombre. Usted les entregará el cuaderno. El señor Arlequín telefoneará al señor Yanko y le comunicará las noticias.

—Entonces se desencadenará todo el infierno. La policía y el FBI se me echarán encima.

—Correcto. Y usted les dirá la verdad: que encontró el cuaderno en el buzón de su casa. Ambos, inevitablemente, pensarán en su breve relación con la señorita Hallstrom. Durante ese tiempo, pero no antes, usted recordará la única cosa que olvidó contarle a la policía: el temor que sentía la señorita Hallstrom hacia Basil Yanko.

—¿Cómo voy a justificar mi mala memoria?

—Muy fácilmente —semejante afirmación hubiese causado sospechas en el hombre más inocente—. Mientras tanto, estaremos charlando con nuestro amigo, Tony Tesoriero, en Miami. Cualquier información que podamos conseguir la filtraremos al FBI Eso debería mantener a todo el mundo ocupado durante un tiempo.

—Detestaría tener que enfadarme con usted, señor Bogdanovich.

—Estoy seguro de que no tendrá que hacerlo, señor Desmond. Por cierto, esta secretaria…

—Es una antigua y querida amiga.

—¡Bien! No le haría ningún mal que le viese a usted abrir el correo. ¿Tal vez podría ser ella quien lo recogiese del buzón?

—Ésa es tarea de Takeshi.

—Aún mejor. Bien, buena suerte, señor Desmond… Por cierto, otra cosa. En nuestra próxima reunión quisiera cobrar cien mil.

—Los tendré preparados. ¿Cuándo debo llamarle?

—Esta vez seré yo quien le telefonee. Puede que esté fuera de la ciudad durante un par de días… ¡Buena suerte!

Había consentido en una locura y lo sabía; pero en un mundo de locos, éstos estaban más seguros que los cuerdos. Estaban acostumbrados al caos. Esperaban la monstruosidad: bombas en la saca del correo, veneno en el agua, niños decapitados

en la calle, asesinatos masivos a manos de generales. Sabían que se disparaba a la gente en los aeropuertos, que se podía golpear a alguien en un ascensor o hacer que lo torturase un profesional al que se pagaba con dinero público. Mentir era algo tan normal para presidentes como lo era cometer perjurio para los policías o apoyar revoluciones para las compañías de teléfonos.

En el contexto de la locura masiva, Aarón Bogdanovich parecía el más razonable de los hombres. La matemática fría con la que trabajaba era el único sistema viable en un mundo de moralidades en conflicto y leyes discutibles. Si Dios no existía, o si se ausentaba por un periodo de tiempo excesivamente largo, entonces Aarón Bogdanovich y los de su clase resultaban ser substitutos lógicos. Incluso en el infierno, había que mantener un orden, y el terror era el instrumento más refinado que se tenía a mano. No había que usarlo demasiado a menudo, sólo hacía falta exhibirlo con una amenaza constante y alguna demostración sangrienta de vez en cuando. El único recurso contra él era un terror todavía mayor. Al final, la humanidad debía rendirse para poder vivir con tranquilidad bajo la clara luz de un desierto helado. Era una lógica de pesadilla, pero una vez se habían aceptado las premisas, la conclusión no podía escapar.

Entonces Suzanne entró para verme y, por un instante como mínimo, la pesadilla se disipó. Estaba tranquila y se mostró cariñosa. Nos besamos y nos dimos la mano mientras recordábamos, sin asomo de culpa, un ayer apasionado.

Cuando le pregunté, con suavidad, si le gustaría revivir ese ayer, me sonrió y sacudió la cabeza.

—No, querido. Nuestros corazones no estarían en ello y ya no somos lo bastante jóvenes como para mentirnos el uno al otro. Ambos hemos perdido el tren. Nos hemos quedado en la estación, cogidos de la mano. Así es como lo he soñado anoche.

—Me ha encantado que estuvieses aquí. Gracias, Suzy.

—De nada. Ha sido un placer escapar del hotel. Me hace gracia veros en esas riñas de enamorados con Juliette. Olvido lo mucho que debo traicionarme a mí misma cada vez que George entra en la habitación. Bajo el mismo techo me resulta insoportable…

—Puedes venirte aquí si quieres.

—Gracias, Paul, pero no. Si necesitas compañía, vendré cuando quieras.

—¡Bendita seas, mujer! Ahora sal de aquí y deja que me vista. Nos espera un gran día. Te lo contaré mientras desayunamos.

Por fortuna para nosotros, Takeshi era un esclavo del ritual. Cuando ponía la mesa para desayunar, presentaba las tostadas envueltas como si de un regalo de bodas se tratara, la mantequilla en rollitos y el zumo entre hielo picado. Después del bacón y los huevos, traía el correo y el periódico matutino, así como una segunda taza de café. Takeshi abría los sobres y guardaba los sellos para su sobrino de San Francisco.

Recopilaba las facturas y se ocupaba de pagarlas con el dinero de la cuenta que se destinaba al mantenimiento doméstico. Me llevé el periódico y la correspondencia personal a la sala, donde Takeshi servía una tercera taza de café en una copa limpia. Después de hacerlo, volvió a sus quehaceres.

El sobre de papel manila estaba en el fondo del montón de cartas. Takeshi se dio cuenta enseguida de que no llevaba sello ni tampoco tenía impreso el tampón de correos. Aparenté sorprenderme. Lo sopesé en la mano, señalé que no había remitente y entonces lo abrí. Me aseguré de que leía la nota anexa y mostré mi sorpresa al recibir una carta de una mujer fallecida. Entonces le pedí que llamase a George Arlequín y que esperase. Le dije:

—George, ha ocurrido algo muy extraño. Hay que hacer algo con urgencia. Suzy y yo estaremos ahí en unos treinta minutos. No, mejor no hablar de ello por teléfono. Creo que es algo que concierne a la policía. Es necesario que Saúl Wells también esté ahí…

Saúl Wells hablaba a cien palabras por minuto, mientras daba vueltas, expulsaba bocanadas de humo y esparcía cenizas y pequeños consejos como si fuesen confeti.

—Ustedes son extranjeros. Me pagan para saber, así que, cuando llegue la poli, déjenme hablar a mí… Todo lo que pueden contar es que este cuaderno de notas apareció en su buzón como caído del cielo. Naturalmente, saben lo que contiene. También lo sé yo. He fotocopiado todas las páginas. Es normal. Soy un investigador de seguridad, registrado y con licencia. También soy un hombre de negocios que busca nuevas cuentas. Así que voy a ponerme en contacto con las compañías que aparecen en el cuaderno, al más alto nivel, de forma estrictamente confidencial y con su permiso, señor Arlequín. Les han pillado. También podrían pillar a los demás. Tienen suerte. Ellos también están asustados. En el mismo momento en que me vaya, llamarán a Basil Yanko. Se preocupará. Eso es exactamente lo que queremos que haga… Mientras tanto, la poli tendrá el cuaderno y el FBI también lo conseguirá. La poli investiga un asesinato. El FBI se ocupa de la seguridad nacional, de un fraude internacional y de un montón de compañías a las que siempre tienen encima. A usted, señor Desmond, le harán un par de preguntas embarazosas. Le preguntarán quién pudo haberle enviado el cuaderno y, en segundo lugar, por qué. Vestirán las preguntas de veinte maneras distintas y se las volverán a hacer. La respuesta debe ser siempre la misma: que usted no lo sabe.

—Eso sería mentir.

—¿Acaso ha visto usted cómo dejaban el cuaderno en su buzón?

—No.

—¿Puede usted leer la mente de otras personas?

—No.

—Entonces, ¿cómo podría usted estar mintiendo? No se sienta culpable, amigo.

Eso es lo peor. Usted no ha matado a nadie, no ha robado nada. Usted es un banquero extranjero que ha contratado ayuda local y que quiere seguir la ley de manera estricta… En cuanto a usted, señor Arlequín: usted le dijo a Yanko que tenía un dossier sobre él. Haga una copia. Si los federales le piden el original, tendrá que dárselo, eso si damos por supuesto que Yanko les haya contado que dicho informe existe.

—¿Sería tan tonto como para hacer algo así?

—No tonto, señor Arlequín. Más bien al contrario. Tiene buenos contactos. Le han protegido cientos de veces. Cuando se trabaja para el gobierno, no es necesario estar limpio mientras se responda con honestidad cuando a uno le preguntan. ¿Le sorprende? Mi querido amigo, si usted contrata los servicios de alguien para que diseñe un sistema de mísiles está comprando su talento y enterrando sus pecados. Mientras ambas cosas estén en sus archivos, ambos estarán a salvo. Ahora le van a hacer algunas preguntas incómodas. Por ejemplo: ¿Sospecha usted que Yanko es cómplice del fraude? ¿Ve alguna relación entre dicho fraude y la muerte de la señorita Hallstrom?

—Me preocupa la coincidencia con su oferta de compra.

—Bien. Ésa es la línea. El hecho de que haya llamado a la policía también ayuda.

—Hay algo más, señor Wells. Le dije a Yanko que mi investigación había dado como resultado el hallazgo de una relación entre Bernie Koonig y Frank Lemnitz. Las heridas del señor Desmond son todavía bastante evidentes. La pregunta surgirá.

—Ya hemos pensado en ello, señor Arlequín. Usted tiene un contrato escrito con Lichtman Wells. ¿Puede presentar algún otro con otro investigador?

—No.

—Entonces, tranquilo.

—Señor Wells, me siento como si viviese en otro planeta.

—No, señor Arlequín —dijo felizmente Saúl Wells—. Estamos sobre la misma Tierra de siempre. Simplemente, no ha resultado ser lo suficientemente redonda. Ahora, respire hondo. Voy a llamar a la poli. Luego contaremos hasta diez antes de que usted telefonee a Yanko. Estoy impaciente por ver la cara que pondrá cuando llegue.

De momento, tal placer le fue negado. El señor Basil Yanko no estaba. Había salido la noche anterior hacia Europa. Su secretaria no podía decirnos cuándo iba a volver. Los policías estaban agradecidos, pero fueron imprecisos. Escuchaban en silencio las prolijas explicaciones que daba Saúl Wells. Me pidieron a mí la confirmación. Tomaron notas, examinaron el sobre, se quedaron con el cuaderno y me dieron un justificante conforme se lo había entregado. Nos agradecieron la ayuda prestada y se fueron.

Saúl Wells estaba desconcertado y triste.

—Les damos dinamita y ellos la tiran como si de una lata de alubias se tratase. Yanko está hasta el cuello y por eso se ha ido a Europa. Algo me huele mal. No me gusta.

Arlequín no se inquietó.

—Es teatro, señor Wells. El silencio asusta más que un discurso. Si se espera que permanezcamos en una actitud dubitativa y temerosa, no debemos consentirlo. El testimonio que hemos dado a la policía puede comprobarse punto por punto. Por favor, mantengamos la calma.

Entonces sonó el teléfono y lo atendí. Era Karl Kruger desde Hamburgo.

—¡Hola, muchacho! ¿Cómo van las cosas?

—Estamos luchando, Karl. Nos estamos manteniendo.

—Ahí quizá. Aquí en cambio estáis bajando rápidamente. Por eso he llamado. Me han pedido que preparase un grupo de subscritores para una emisión de deuda municipal de la República Federal Alemana. No muy grande, pero importante, ¿lo entiendes? Puse el nombre de Arlequín en la lista y lo tacharon.

—¿Te han dado alguna razón?

—¿Quién da razones? Ya sabes cómo va esto, Paul. ¿Cómo se está comportando el muchacho?

—Muy bien.

—He oído que está aceptando opciones a cien dólares la acción. Eso es una tontería. ¿Dónde está?

—Está aquí. ¿Quieres hablar con él?

—Inmediatamente. Mañana habrá una reunión en Frankfurt que ha convocado Yanko. Algunos de vuestros accionistas asistirán.

—Son votos minoritarios y, además, Arlequín tiene opción de compra preferente. La segunda opción es la tuya. ¿Qué van a hacer?

—Pueden esparcir por ahí pescado podrido y volver loco al mercado, eso es lo que pueden hacer. Arlequín debería saberlo. Debería estar ahí. Díselo.

—Díselo tú mismo. Te lo paso… George, es Karl Kruger.

Me quitó el auricular de la mano e inició una animada y larga discusión en alemán, mientras Saúl Wells me llevó a la antesala y me hizo una lectura lastimera de la situación.

—… ¡Escúcheme, señor Desmond! Conozco esta ciudad. Conozco a la policía y al FBI y también sé cómo trabajan. En la prensa hemos tenido media columna, así que poca cosa. ¿Qué nos da la poli? Nos da las gracias por la información, nos hace preguntas rutinarias, ¡nada! A partir de ahora vigilen sus teléfonos y no hablen en presencia del personal de servicio. Pondré a diario un hombre que revise este apartamento y el suyo en busca de micrófonos ocultos. Si quiere tener intimidad, dé un paseo por el parque o vaya a una librería.

—Bien, Saúl, tendremos en cuenta sus consejos pero ¡demonios!, ¡no somos delincuentes!

—No, pero ahora mismo ustedes disponen de información muy potente. No conocen todas las empresas que aparecían listadas en ese cuaderno de notas. Yo sí. Es mi trabajo. Por lo menos cinco de ellas son empresas de alta seguridad que trabajan en proyectos de defensa. Aunque fueran hermanos de sangre del propio presidente de los Estados Unidos, podrían encontrarse con un micrófono oculto en el teléfono. Ambos son extranjeros; a nosotros nos asustan los extranjeros, señor Desmond. Preferimos proteger a una ramera de casa como Yanko antes que a un par de vírgenes extranjeras… No se imagina lo fácil que es difamar a alguien. ¿Alguna vez han hecho negocios más allá del Telón de Acero? ¿Han estado alguna vez en China? ¿Han tenido alguna vez relación con agentes de un poder extranjero? ¿Cómo van a conseguir extraer información del banco de datos de Yanko? No tiene que ser un hecho, lo saben. Una opinión basta; pero una vez esté escrito en una ficha, entonces será indiscutible. Discúlpeme, pero con sólo cambiar una palabra se puede convertir a la Virgen María en María Magdalena. Puede que el señor Arlequín no lo entienda y…

—Lo entiendo, señor Wells —George Arlequín apareció indignado en el umbral de la puerta—. Nos van a llevar hasta la rendición.

—No quería ofender, señor Arlequín. Ustedes me pagan para que les diga la verdad. Eso es precisamente lo que trato de hacer.

—Lo sé, señor Wells, y lo aprecio. No estoy enfadado con usted; todo este asunto me ofende: la reunión en Frankfurt, la subordinación de algunos colegas. Prefiero estar en el infierno que jugar a fantasmas con Basil Yanko. ¿Cuántas fotocopias tenemos del cuaderno de notas de Valerie Hallstrom?

—Ustedes tienen una y yo tengo tres.

—Deme una más.

—¿Qué va a hacer?

—Señor Wells, soy un ciudadano suizo respetable. Voy a llamar al embajador de mi país en Washington. Creo que todos vamos a ir, Paul. El cambio nos hará mucho bien. Tengo su número, señor Wells. Le haré saber cómo podrá ponerse en contacto conmigo.

—Sólo un pequeño detalle, señor Arlequín. Basil Yanko tiene muchos amigos en Washington.

—Lo sé, pero tenemos una lista de sus enemigos.

—Tantéelos antes de decirles qué hora es. Washington tiene un ambiente divertido. Mucha gente no lo lleva bien. Les deseo suerte.

Hacía poco más de diez minutos que se había ido cuando sonó el timbre: un caballero quería hablar con el señor Arlequín. Suzanne bajó para recibirle y preguntarle de qué se trataba. A los pocos minutos nos lo presentó en persona: el

señor Philip Lyndon, de la Oficina Federal de Investigación. Era un hombre joven, bronceado, de porte atlético y que, al principio, mostraba unas maneras impecables. Estaba encantado de encontrarme a mí también en el apartamento. Le ahorraría tiempo y así no tendría que repetir la visita. Primero, dejaba bien claro que la discusión que iba a tener lugar iba a ser estrictamente confidencial por ambas partes. Era relativa a Creative Systems Incorporated, empresa con la cual Arlequín & Cía tenía relación como asegurador, accionista, banquero y cliente. Estaba claro que Creative Systems estaba intentando hacerse con el control sobre Arlequín & Cía El señor Arlequín era el presidente y el accionista mayoritario, ¿verdad? Y el señor Desmond, aquí presente…

—Usted no es suizo, ¿no es así, señor Desmond?

—No, soy australiano. Tengo visado de negocios, así que puede consultar mis datos personales en sus bases de datos.

—Sí, lo haremos. ¿Cuál es su puesto en Arlequín & Cía?

—Soy director en activo.

—También es mi colega más estimado y un viejo amigo.

—Gracias, señor Arlequín. Ahora, para ahorrar tiempo: estamos al corriente de sus problemas, señor Arlequín; es decir, hemos visto el informe sobre sus operaciones informáticas. Sabemos que ha contratado a Lichtman Wells para investigar. Puede que estemos atentos o no, pero por otros motivos.

—Puede que no advierta, señor Lyndon, que la policía suiza ha sido informada al detalle de todo y de que estamos trabajando en el caso. La operadora que estaba implicada en Nueva York, la señorita Ella Deane, ha muerto. Nuestros asesores legales nos dicen que no debemos interponer recurso alguno más allá en esta jurisdicción, de no ser que alguna otra información salga a la luz tras el trabajo que están llevando a cabo nuestros investigadores.

—Eso es útil. El hecho de que los hayan contratado me hace pensar que no estaban satisfechos con el informe de Creative Systems ¿verdad?

—No he dicho eso, señor Lyndon. El informe es conforme al contrato, que estipulaba que había que revisar el sistema de seguridad y señalar cualquier irregularidad en el funcionamiento del programa.

—Más o menos, pero el fraude se ha cometido en todas sus filiales y hasta ahora sólo han identificado a un operador.

—Los investigadores están trabajando todavía en el resto de filiales.

—¿Cree que Creative Systems no tuvo nada que ver en el fraude?

—Es difícil contestar a esa pregunta sin dar una mala impresión. Hay que destacar dos aspectos. Primero, el informe exculpa a los empleados de Creative Systems, pero no da prueba alguna que apoye esa afirmación. En segundo lugar, se da una curiosa coincidencia con una opa por el control de nuestro banco que se hizo

pública justamente al mismo tiempo que se emitió el informe.

—Pudiera tratarse simplemente de oportunismo en los negocios, no muy ético pero tampoco se trata de un delito.

—Podría serlo.

—Debo considerar, señor Desmond, que usted ha actuado en todo momento en relación con este problema como representante del señor Arlequín.

—En la medida en que he actuado, sí.

—Debo entender entonces que así lo hizo, por ejemplo, cuando discutió el informe con la señorita Valerie Hallstrom ¿es así?

—Sí.

—¿Y también cuando volvió a verla en un par de ocasiones más?

—No. Una de las veces me la encontré por casualidad y la otra fue un encuentro social.

—Después del cual la asesinaron. Sobre eso, por supuesto, tenemos los informes de la policía. Señor Desmond, ¿pidió usted a la señorita Hallstrom que ampliase o comentase el informe de seguridad?

—Sí.

—¿Lo hizo?

—Me explicó su significado. Le pedí que extrajese conclusiones del mismo, pero se negó, argumentando que eso no era asunto suyo.

—¿La presionó?

—No.

—¿Le pidió o le indujo a que le proporcionase información sobre Creative Systems?

—No.

—¿Sugirió ella quizá que, bajo ciertas condiciones, podría ofrecer dicha información?

—No.

—¿Por qué quedó con ella más tarde?

—Soy soltero. Ella es, era, una mujer atractiva.

—Creo —dijo Arlequín con delicadeza— que si informásemos al señor Lyndon de lo ocurrido esta mañana, le ahorraríamos tiempo.

—Por favor, señor Arlequín.

—Bien, esta mañana el señor Desmond encontró en el buzón un sobre de papel manila, sin franquear y sin remitente. El sobre contenía un cuaderno de notas de color negro y una nota escrita que decía: «Recuerdos de Valerie Hallstrom». El cuaderno contiene el nombre de un determinado número de compañías, la nuestra entre ellas, y una lista de sus códigos informáticos. El señor Desmond me llamó. Nos reunimos aquí con el señor Wells y juntos entregamos el cuaderno a la policía. Suponemos que

ésta lo hará llegar al FBI Sus preguntas al señor Desmond indican que, por ahora, eso no ha ocurrido.

—No, señor Arlequín —el señor Philip Lyndon estaba visiblemente sorprendido —. Esto, esto es nuevo para mí. ¿Está seguro del contenido de ese cuaderno?

—Lo estoy. Si me disculpa un momento, le traeré el justificante que la policía nos ha dejado así como las fotocopias que hemos hecho. Le he sugerido al señor Wells que quizá debiera ponerse en contacto con las compañías cuyo nombre aparece en la lista por si su seguridad, también, se hubiese puesto en peligro…

—Creo que eso es muy poco ortodoxo.

—¡Poco ortodoxo! Arlequín paró en seco. ¿Cómo que poco ortodoxo, señor Lyndon?

—Los códigos de acceso informático son información confidencial.

—También lo pensé yo, señor Lyndon. Ése es un error que le ha costado a mis negocios bancarios quince millones de dólares… Aquí tiene el justificante y las fotocopias.

—Tendré que quedármelos.

—No, señor Lyndon. Legalmente son de mi propiedad. Usted debe pedirme educadamente si yo se los podría dejar.

—Discúlpeme. ¿Puedo llevármelos?

—Sí, señor Lyndon, puede hacerlo pero, por supuesto, deberá darme un justificante conforme así lo hace.

Echó un vistazo a las páginas mientras emitía unos ruidillos como de incomodidad; entonces, se volvió hacia mí.

—Señor Desmond, ¿puede contarme detalladamente cómo llegó el cuaderno a sus manos?

Quería detalles; los tuvo: mis hábitos matutinos, las costumbres de Takeshi, la colección de sellos de su sobrino y, para rematarlo, escuchó la misma versión de boca de Suzanne. Entonces hizo la pregunta del millón:

—¿Quién le ha enviado el cuaderno?

—No lo sé.

—¿Por qué se lo han enviado a usted?

—No lo sé.

—Pero ¿tiene que haber pensado en ello?

—¿Qué hora es, señor Lyndon?

—Las doce. ¿Por qué?

—El cuaderno de notas me llegó mientras desayunaba, hace cuatro horas. Desde entonces, hemos estado dándole vueltas al asunto con el señor Arlequín, con Saúl Wells, con la policía y con usted. No he tenido demasiado tiempo para pensar. Por favor, tenga en cuenta los hechos. ¿Qué podía hacer yo con el cuaderno? ¿Venderlo?

¿Comérmelo? Es una prueba material en un caso de asesinato. No me lo podía quitar de las manos tan rápidamente.

—¿No lo compraría?

—¿A quién, señor Lyndon?

—A la señorita Hallstrom, quizá.

—¿Acaso vendía secretos?

—Se está barajando esa posibilidad.

—¿Por qué iba a comprarlo?

—Quizá para desacreditar a Creative Systems. He leído su nota de prensa esta mañana, caballeros. Ustedes no quieren vender, creo, pero el precio es obviamente muy atractivo para algunos accionistas.

—¿Eso es una pregunta o una afirmación?

—Sólo una hipótesis, señor Desmond, para estimular la discusión.

—No habrá más discusión —las palabras de Arlequín fueron sombrías y definitivas. Se levantó, fue hasta el teléfono, llamó a la operadora del hotel y pidió una conferencia con la embajada suiza en Washington.

El señor Lyndon era un interrogador muy hábil, pero los nervios le fallaron en el último momento.

—¡Por favor, señor Arlequín! Lo que he dicho estaba fuera de lugar. Discúlpeme.

—Lo siento mucho, señor Lyndon —Arlequín se mostró inflexible—. La reunión ha terminado. Ha oído la verdad. Si no lo reconoce, no hay nada más en lo que podamos ayudarle. Su insinuación me ha parecido extremadamente ofensiva. Tengo razones para creer que se inspira en algo. Si tengo razón, eso le desacredita como servidor público…

¡Hola! ¡Eric! George Arlequín, desde Nueva York. Se trata de un asunto diplomático de cierta importancia. Lo mejor será que hablemos en nuestro dialecto —entonces se puso a hablar en el dialecto alemán de Suiza y luego colgó el teléfono—. Paul, nos vamos a Washington. Te sugiero que llames a tu embajada mientras estemos allí. Ahora, señor Lyndon, seamos claros. Estamos y estaremos encantados de poner cualquier información que esté a nuestra disposición sobre temas relativos a su investigación, que por lo que el señor Yanko me ha dicho tiene que ver con asuntos de seguridad. De otro lado, no nos someteremos a interrogatorios pensados para amedrentar y nos protegeremos contra ellos, si es necesario, con intervención diplomática.

—Está en su derecho, señor Arlequín —el señor Lyndon había recuperado sus buenas maneras iniciales y también algo de coraje—. A título personal, tengo que decirles que no les culpo. Ustedes han sacado a relucir la expresión, «insinuación inspirada». Seguramente, no le apetecerá ampliar dicha expresión, ¿verdad?

—Se la definiré, señor Lyndon. Es una forma de asesinato. Consiste en ahogar a

un hombre con telarañas. Buenos días.

Nunca había visto a Arlequín tan enfadado. Se había quedado blanco. Sus ojos resultaban duros como piedras. Daba vueltas por la habitación, haciendo chocar el puño contra la palma de la otra mano, diciendo un montón de palabrotas, mientras Julie y Suzanne permanecían, sorprendidas y en silencio, en el umbral de la puerta.

—… Estoy asqueado. Karl Kruger me dice que debería ir a Frankfurt… ¿para qué? Para rogar a hombres a los que yo he enriquecido… ¡probar ante ellos que no soy ni un villano ni un idiota!… Ahora resulta que un puñado de burócratas y agentes nos van a torear, nos van a asustar como si fuésemos niños que oyen susurros en la oscuridad… ¡No! ¡No! ¡No! Prefiero morirme antes en un foso… Julie, hagamos las maletas. Nos vamos a Washington. Suzanne, haz las reservas para todos. Iremos en tren. Prepara el alojamiento en…

—¡Para un momento, George! Yo haré las reservas. Así lo he acordado con Bogdanovich.

—Hazlo entonces, Paul. ¡Ahora! Localiza a Herbert Bachmann por teléfono. Cuando lo hayas hecho…

—¡George, por favor! —Julie se plantó frente a él y le puso las manos en los hombros—. Ahora eres tú el que está toreando. No va contigo. ¡Déjalo ya!

Fue un momento bastante largo hasta que consiguió controlarse. Resultaba doloroso ver el esfuerzo. Cuando, finalmente, habló, su voz resultó dura y forzada.

—No he querido comportarme de manera ofensiva, lo siento. Queríais que luchase. Os advertí de que quizá no os gustaría el hombre que hay bajo mi piel. Ahora tengo que convivir con él. Vosotros tenéis otras opciones.

Juliette permaneció frente a él, pálida y afligida; entonces se puso a llorar y se marchó de la habitación. Suzanne le echó una rápida mirada de reproche y se fue tras ella. Me sentí indignado:

—¡Por Dios, George! Decir eso ha sido muy cruel.

—¿De verdad? Al final lo tomará por amabilidad. Quizá tú también Paul.

—¡Vete al diablo!

La agencia de viajes Apex no era el tipo de lugar donde se esperaría hacer una reserva para un viaje en primera a cualquier parte, y menos para una de las suites de lujo en el Embassy Row. Era una especie de tenducha mohosa en el barrio de Greenwich Village, con pósters llenos de dedazos que colgaban de la pared, folletos arrugados y una recepcionista con cara de gitana que vestía con arpillera y abalorios. De todos modos, en cuando le dije cómo me llamaba y le comenté que estaba en el negocio de la floristería, el lugar volvió de repente a la vida. La gitana parecía diez años más joven. Su sonrisa era como una promesa de buena suerte. Washington era un desastre, pero ella estaba segura de poder organizar algo: me enviaría los billetes

de tren al hotel dentro de una hora y una limusina nos recogería en la estación a nuestra llegada.

El resto de preparativos necesitaron algo más de tiempo. Nuestro contacto en Washington sería un tal Kurt Saperstein, alguien que también estaba en el negocio de la floristería, cuya tienda se llamaba Bernard's Blooms. Por lo que parecía, tenía un gran negocio de cablegramas, así que la comunicación no iba a ser ningún problema. Tan pronto como nos hubiésemos alojado, debía comunicarle los números de nuestras habitaciones. Incluso puede que hubiese un contacto en el propio Embassy Row; pero Kurt ya me lo haría saber en su momento. Él sería el responsable de mantener informado a Aarón Bogdanovich. Había que tener una pequeña precaución: Washington era una ciudad muy sensible; había tantos agentes como dientes de león en la hierba; la vigilancia era muy estrecha; había que ser especialmente cuidadoso. Pagué a la gitana con mis tarjetas de crédito y regresé en coche a mi apartamento.

Takeshi estaba encantado de verme. El señor Lyndon también le había visitado y le había preguntado por todo el correo que yo había recibido. Se había enterado de lo del ataque y también quería saberlo todo al respecto pero, al parecer, lo que más le interesaba eran los nombres y la descripción de las últimas visitas que yo había recibido. Se había enfadado porque Takeshi no le había hecho pasar para así tener una charla tranquila, sino que le mantuvo todo el rato de pie, en la alfombra.

Ése, por supuesto, había sido un gran error. Takeshi estaba muy orgulloso de su nacionalidad estadounidense y tenía una sensibilidad muy japonesa sobre la cara o la dignidad. Cuando se ultraja su sensibilidad, empieza a tener dificultades para entender el inglés y muchas más para hablarlo de manera inteligible. Recordar nombres y caras de personas deviene tarea prácticamente imposible. Así que el señor Lyndon tuvo que marcharse menos contento y sabiendo poco más. Ya que yo me iba a ir de viaje, lo mejor era enviar a Takeshi de vacaciones a cargo de la empresa. Su sobrino debía echarle de menos. Takeshi estuvo de acuerdo. Preparó mi maleta y la suya y ambos dejamos el apartamento.

El viaje hasta Washington fue una especie de peregrinaje. George se sentó al final del vagón y allí le iba dictando cartas a Suzanne. Yo me senté en la otra punta, donde podía disfrutar de una copa de *bourbon* y jugar al *gin rummy*[12] con Julie. Estaba tranquila pero pálida y como lejana. Jugaba con concentración profesional, rechazando hasta el intento de conversación más trivial. Me confortaba el hecho de haber sido dispensado de lo que ahora era, a todas luces, unas crisis familiar. Todavía estaba enfadado con Arlequín. Me molestaba su atrevimiento al tratarme como una especie de criado en sus empresas y de caballero que estuviera ahí para aliviar a su esposa. Había comprometido una fortuna para ayudarle. Me había puesto en peligro personalmente. Ahora no me tocaba también ser el paño de lágrimas de todos.

Además, me había puesto en un aprieto con su repentina pérdida de control.

Estábamos trabajando en una estrategia complicada y peligrosa. Todavía nos encontrábamos en las escaramuzas iniciales y, si le fallaban los nervios tan pronto, entonces nos estábamos arriesgando tontamente. Incluso Suzanne, la tolerante, la juiciosa, estaba preocupada. La persona sonriente, con buen humor y galante de la cual había estado enamorada durante tanto tiempo, parecía ahora estirada y arrogante, como si no se diera cuenta del afecto que se le profesaba.

Juliette me dio la mano, una mano fría, en la mesa:

—Te toca, Paul.

—Lo siento, tenía la cabeza en otra cosa.

—¿Quieres dejarlo?

—Si no te importa, sí.

—Pareces muy serio.

—Chica, esto no es precisamente un *picnic* veraniego.

—Paul, por favor, no culpes a George.

La miré fijamente, mudo de asombro. Era otra Julie, seria como una monja, desapasionada, una extraña. Siguió hablando lentamente.

—Es difícil de entender, pero quiero que lo intentes. También lo es para mí, aunque me cueste aceptarlo. Siempre hemos juzgado a George por las apariencias. Es bueno en todo, nunca nos hemos preguntado qué era lo que le hacía así y yo la que menos. Oíste lo que dije en el hospital: todo era un regalo y nosotros no nos lo habíamos ganado. Bien, no es exactamente así… Cada vez que hace algo, tiene que ser perfecto, tan perfecto que parezca que no ha requerido esfuerzo y, por tanto, nosotros olvidemos que sí lo ha requerido. Montar a caballo, navegar, hablar idiomas, siempre ha sido así. He empezado a recordar algunas cosas. Mucho antes de que se fuese a China, se pasaba una noche tras otra practicando los ideogramas, preparando esos discursos musicales, como si fuese un cantante de ópera que practica las escalas. Le he visto en el lago, con una sola mano, mucho viento y agarrado a un trapecio, haciendo un circuito tras otro en un viejo cascarón. Cuando le ves galopar, se te olvida que se sabe el árbol genealógico de los caballos de memoria. Desde hace mucho tiempo, lo he dado todo siempre por seguro y, cuando me he quedado parada delante de él, he visto que nunca había advertido la profunda herida que le he causado… En estos momentos hace lo mismo y verlo es terrible, pero nos está lanzando una advertencia. Dijo: «Puedo ser el mayor pirata de todos y sonreír cuando limpie la sangre del filo». Lo está poniendo en práctica. Nos está apartando, porque el amor que sentimos por él es un handicap. Se está endureciendo para poder ser aquello que más temía. Nos dijo la verdad, pero estábamos tan ciegos que no nos dimos cuenta.

Era el discurso más largo que jamás le había oído pronunciar y, también, el que me resultó más triste escuchar. Era una confesión de sus propios errores y una

premonición del desastre mucho más grande que la pérdida del imperio monetario de un banquero. Expresaba la soledad que sentimos a nuestro alrededor: la soledad del exorcista que mientras intenta expulsar al demonio sabe que incluso él mismo puede llegar a ser poseído por éste.

—… Así que Paul, ya lo ves, no debes dejarle ir. Cualquier cosa que haga o diga, mantenlo siempre cerca de ti. Le quieres, pero todavía no le has perdido. Yo también le quiero, pero ahora mismo está muy lejos de mí y no sé si conseguiré que regrese alguna vez. Quizá nuestro pequeño nos ayude al final. No lo sé. Quizá incluso Suzanne… No, no lo niegues. Siempre he sabido que estaba enamorada de él. Lo que no entiendo es por qué él no se ha dado cuenta.

—Porque estaba enamorado de ti, Julie, y todavía lo está.

—Paul, ¡no lo entiendes! —estaba desesperada. Su mano me apretaba la muñeca —. Rechaza el amor. Está intentando separarlo de él mismo porque ahora ha entrado en este nuevo mundo donde el amor no existe, sólo existen la codicia, los celos y el terror. Tú eres otro tipo de hombre, Paul, querido. Tú llevas la vida como si de un viejo traje se tratase, con todas las manchas. George no puede hacer eso. Nunca lo ha hecho. Para él hay cielo y tierra, pero nada en el medio… Sé que me quieres, Paul. Te lo pido. Quédate junto a él.

Todavía estaba pensando qué decir cuando llegó el interventor para anunciar nuestra llegada inminente a la Union Station.

Capítulo 5

En Washington descubrí que la gitana me había tratado muy bien. Arlequín y Juliette se alojaban en una gran suite del quinto piso, donde cabía todo un regimiento si lo querían meter. Para Suzanne y para mí había reservado dos dormitorios con una sala compartida en el piso inmediatamente inferior. La geografía tenía su importancia. Nos aislaba de los roces domésticos. Suzanne tenía un lugar donde trabajar. Podíamos tener privacidad o compañía, según nuestro estado de ánimo nos pidiera. Había chocolatinas y fruta, enviadas de parte de la gerencia y, para mí, una exótica cita de parte de Bernard's Blooms. La nota decía: «Bienvenido a Washington. Recuerdos de Aarón.» Había acabado de deshacer la maleta cuando el teléfono sonó:

—¿Señor Desmond? Soy Arnold, el suplente del supervisor de botones. Le llamaba para comprobar si había recibido las flores y el mensaje.

—Sí, gracias.

—Eso es todo, señor. Trabajamos habitualmente con Bernard. Nos gusta que sus clientes estén contentos. Si necesita cualquier cosa, no dude en llamarme personalmente. Que disfrute de una feliz estancia entre nosotros.

Esperaba que así fuera, aunque lo dudaba. Poco después, Suzanne entró, roja e irritada. Estaba cansada después de todo un día en que Arlequín quería tener toda la correspondencia pasada a máquina y lista para firmar antes de ir a la Embajada a las diez de la mañana. A ella no le importaba el trabajo, pero no comprendía por qué tenía que mostrarse tan distante. Nunca antes se había comportado así ni tampoco había necesidad de ello ahora. Hice que se sentase, le serví una copa de whisky escocés y le mostré mi comprensión. Entonces, como quien no quiere la cosa, me contó que Arlequín se estaba preparando para inundar el mercado con las acciones que el banco poseía de Creative Systems y sus filiales. Lo único que le estaba haciendo echarse atrás eran los intereses de sus clientes y el hecho de que yo, también, poseía un paquete importante de dichas acciones.

Estaba furioso, porque no lo había discutido conmigo y porque una operación así era tan moralmente correcta como un asesinato y, a menudo, resultaba más brutal. El principio es el mismo, aunque hace falta mucho dinero y nervios de acero para consumar la muerte. Si se venden muchas acciones de una determinada empresa, su valor en el mercado se hunde. Si se sigue vendiendo, entonces se crea el pánico entre los accionistas, que corren a vender. El precio baja hasta alcanzar mínimos. Entonces vas, compras de nuevo y, si lo haces en un tiempo adecuado y tienes suficiente liquidez para atender esas compras, al final consigues, si no el control, por lo menos beneficios nada despreciables y probablemente un asiento en la junta directiva. Es algo que puede resultar muy beneficioso para uno mismo, pero ruinoso para muchos otros, menos afortunados, que verían cómo los ahorros de toda una vida se esfuman

en una noche, o cómo su límite de crédito desciende con un solo golpe de bolígrafo del gerente del banco.

Entendía el razonamiento que había hecho Arlequín. El banco poseía enormes paquetes de valores de Creative Systems. Muchos de sus clientes también. Algunos de estos clientes confiaban al banco sus inversiones, así que Arlequín no podía vender sin consultárselo. Si se liberaban de golpe todas esas acciones en el mercado, se produciría una estampida como la de los cerdos de Gadara[13]. El propio Basil Yanko perdería muchos millones y, para parar el golpe, tendría que comprar y comprar hasta que el mercado se estabilizase de nuevo. Si eso se añadía al resto de problemas que ya tenía (una investigación federal, una lista de clientes sospechosos y sus conocidos problemas en Washington) se daba así la vuelta a la amenaza que él había lanzado sobre Arlequín: el resultado sería una crisis de confianza a escala global.

Lo había visto hacer otras veces. Había oído las justificaciones, con un cinismo de tratante de blancas, que afirmaban que se trataba de una operación normal de mercado. También había visto algunas de sus consecuencias: un amigo que saltó desde la ventana de un décimo piso, otro que se hundió poco a poco en el delirio, y muchos cabrones notables que vivieron ricos como Midas hasta el fin de sus días. El hecho de que Arlequín siquiera contemplase la posibilidad de utilizar esa táctica me llenó de disgusto y desilusión. Estaba que echaba chispas, iba a desafiarle pero Suzy me retuvo.

—¡Por favor, Paul! Si se entera de que te lo he dicho no volverá a confiar nunca jamás en mí. Además, estoy segura de que nunca lo haría sin antes consultarlo contigo. Sé que ha hablado con Herbert Bachmann y le ha pedido que haga unos cálculos sobre cuáles serían los efectos que una operación así tendría en el mercado. Todavía no tiene los números y no ha emitido instrucción alguna a los directivos. Es una gran operación. Le gustaría prepararla.

—Si lo hace, Suzy, se acabó. ¡Para siempre! De verdad. No sé qué tiene en la cabeza.

Me lanzó una mirada introspectiva durante un rato y luego dijo lisa y llanamente:

—¿Acaso es distinto de lo que tú mismo estás haciendo, Paul, eso sí, teniendo en cuenta que tú has delegado la tarea en Aarón Bogdanovich? ¿Qué diferencia hay con lo que está haciendo Basil Yanko, con la excepción, por supuesto, de que él intenta que el mercado suba en lugar de hundirlo?

—No, Suzy, es distinto. El nuestro es un enfrentamiento privado. Yanko nos invade y nos enfrentamos a él con sus mismas armas. Pero si George organiza una venta masiva de acciones, un montón de inocentes resultarán muertos.

—Si juegan en el mercado, corren ese riesgo.

—Es piratería pura y dura. George lo sabe.

Al instante se encendió, llena de ira y superioridad moral.

—¿Por qué eres Simón el Puro mientras George se convierte de repente en un monstruo? ¡Voy a decirte por qué! ¡Porque quieres que esté ahí, subido a un pedestal, como el protector de los fieles! Te hace sentir que eres bueno, aunque no lo seas. Es alguien de quien sentirse orgulloso y, al mismo tiempo, de quien sentir celos. Eres como Julie. No quieres creer que es un hombre. Quieres asomarte a la ventana y verlo ahí, todos los días igual, nieve o haga sol, con las palomas que se le posan en la cabeza. Es como el jinete de bronce que hay en el Capitolio. Mientras esté ahí, Roma estará segura. Pero George no es ni de bronce ni de mármol. Es de carne y hueso y tiene más sangre caliente de la que creerías. Si quiere luchar, ¡que luche! No le ates las manos. ¡No quiero ver cómo se convierte en la burla de todos en ese hoyo lleno de bandidos que llamáis mercado! No me importa si tiene razón o no. Le amo, ¿es que no lo entiendes? Le amo…

¡Ay, ay, ay! De todos los idiotas del mundo, yo era el mayor. De todos los amantes del mundo, era seguramente el que estaba más ciego. Había tenido a esta mujer en mis brazos noche tras noche, mes tras mes, y jamás había sido capaz de encontrar el talismán que abriese la cámara del tesoro que era su amor. Bien, ahora lo tenía, pero con todo el bien que me hacía, tenía que arrojarlo al río Potomac. Preparé otra ronda de copas para los dos y una tostada rancia:

—Bien, ¡estamos aquí para delinquir!… Me pregunto hasta dónde será capaz de llegar.

—¿Hasta dónde llegarías tú, Paul?

—Creo que hasta que mis nervios aguantasen.

—O tu conciencia.

—¿Crees que la tengo?

—Una un tanto confusa, sí.

—¿Y eso qué significa?

—Va saliendo gradualmente, entre tú y George, entre tú y Julie… Ahora, ¡no te enfades, *chéri*! Estuvimos juntos durante mucho tiempo. Fue bueno, pero no fue lo mejor y ambos sabemos por qué. Ambos vemos lo que no funciona en ese matrimonio. Si se rompiese, probablemente tú te quedarías con Julie pero yo no me quedaría con George. Para él sólo soy un mueble de oficina del que él poco más ve y ya soy demasiado mayor como para jugar al juego de las citas. Prefiero verle contento que con el ánimo por los suelos.

—Yo prefiero que ambos estén contentos. Julie ha estado hablando conmigo en el tren. Sabe que ha hecho muchas tonterías. No sabe cómo deshacerlas. Creo que podrías ayudarla.

Me echó esa vieja y dura mirada que los más dulces te echan en el verano de su descontento. Movió la cabeza y dijo con frialdad:

—¡No, Paul! Soy la buena de Suzy, pero no tan buena como para hacer eso. Si tú quieres ser el caballero blanco de Julie, te aplaudiré y vitorearé y ensillaré tu caballo. Para el resto, ¡no, no y no! Seré una perra, pero por lo menos honrada, *chéri*. ¿Soportarías llevarme a cenar?

George Arlequín me llamó a las ocho de la mañana. Se iba a las nueve y media para hacer una llamada temprana al embajador de su país. Quería que nos viésemos a la hora del almuerzo. Esperaba que hubiese descansado. Lo había hecho. Me preguntó si tenía alguna noticia de Nueva York. Le dije que ninguna y que estaría fuera, por ahí, durante toda la mañana. Nos veríamos a las doce y media. Era una mañana preciosa, ¿verdad? Todavía no me había fijado, pero me encantó la idea de que fuese a haber sol en nuestras vidas. Hasta luego entonces… Quizá eso era todo lo que quería decirme, ¡al diablo con él!

En la puerta de al lado Suzanne mecanografiaba las cartas, con el ritmo acompasado de una buena máquina suiza. Asomé la cabeza por la puerta para desearle buenos días. Me saludó vagamente y siguió escribiendo a máquina. Me sentí como el último porta estandarte de un desfile, desaliñado y al que nadie quiere, así que bajé al vestíbulo con la esperanza de conocer a Arnold, el jefe de los botones. Me encontré en medio de un tumulto de huéspedes que se iban y querían liquidar sus cuentas, recoger sus equipajes y conseguir un taxi. Salí a la calle, al sol, y paré un taxi para que me llevase a Tidal Basin, para pasar el rato como cualquier turista de provincias, conocer la historia de Thomas Jefferson y ver su sepulcro entre los cerezos.

Lo que voy a contar es un secreto sentimental. Éste es el único lugar de Estados Unidos que amo de verdad. Éste es el único hombre de toda su turbulenta historia al que admiro y que, raras veces, me hace meditar. Pedacitos y fragmentos de su código de prudencia y tolerancia que resuenan en mi memoria mucho más que las estridentes voces actuales. Él odiaba «la morbosa cólera de la discusión.» Si no se pudiera ir al cielo más que en grupo, no iría allí de ninguna manera… Hay hombres que miran las constituciones con sacrosanta reverencia y las consideran como si fueran el arca de la alianza, demasiado sagradas como para que se puedan tocar… Supongo que, cuando era más joven y más abierto, había visto en George Arlequín aquello que había encontrado y perdido en Jefferson: amplitud de miras, inteligencia, humor y un alma hospitalaria en la que cabía la humanidad entera.

Incluso entonces, veía parejas y familias en los parques y los envidiaba. Tuve suerte de que no hubiese nadie visitando su tumba, pues me permitió pensar en la soledad del pasado, que es como la soledad del mar, limpia y reparadora. La lástima era que el pasado sólo pertenecía a aquellos que lo habían vivido. Jefferson también lo sabía …Conocía bien aquella época; pertenecía a ella y trabajé en ella. Merecía ser

bien tratada por su país. Yo, Paul Desmond, pertenecía a mi edad y me aprovechaba de ello, pero no merecía ser bien tratado por nadie. Iría desde este lugar a cualquier otra parte, donde se vendían flores y se enviaban recuerdos en un telegrama, donde se organizaba todo para que cuando los hombres abriesen la puerta para recoger el mensaje se les pegase un tiro. ¡Otros tiempos y otras maneras! Tom Jefferson tenía suerte de no haber vivido para verlos, pues de otro modo hubiese perdido buena parte de sus nobles ilusiones.

El señor Kurt Saperstein, de Bernard's Blooms no guardaba similitud alguna con cualquier Thomas Jefferson del condado de Albemarle. Era bajito, gordo y rechoncho. Tenía una calva rodeada por una mata de pelo negro. Llevaba un traje azul noche, una corbata de mariposas y gafas para miopes. Su mano era regordeta y estaba húmeda y tenía una sonrisa tan amplia como una rodaja de melón. Hablaba con un ritmo muy marcado, como si estuviésemos entonando un verso.

—¡Mi querido caballero…! ¡Bienvenido, bienvenido! Espero que le gustasen las flores. Nos esforzamos mucho en eso, si se me permite decirlo. Es lo que mejor hacemos. ¿Le llamó Arnold? Encantado. Un buen hombre, muy bueno. Ahora, caballero, me gustaría sugerir que diésemos un paseo. Hace un día maravilloso…

En el momento en que puso el pie en la calle, cambió completamente. Caminaba con paso enérgico, hablaba pausadamente y, a pesar de su extraña apariencia, pasaba tan desapercibido como una lagartija en una roca. Le habría adelantado sin echar un segundo vistazo. Su informe resultó enérgico y lacónico:

—Primero, las instrucciones, señor Desmond. No habrá más contacto entre usted y yo. Le he visto. Le conozco. Arnold me trae sus mensajes. Yo envío los míos con flores. La mayoría de lo que quiera hacer, podemos hacerlo: alquilar coches, buscar escoltas de confianza, un guardaespaldas, si lo necesita. Tenemos amigos en todas partes: en el Pentágono, en la Seguridad Nacional, en las embajadas. También somos muy buenos en asuntos de documentación aunque, recuerde, eso requiere su tiempo… Tengo noticias para usted. Es sobre el viaje de Aarón: en Miami, ha forzado a Tony Tesoriero para que hablase. No puede escupir sin dejar rastro. El FBI ha estado charlando con Saúl Wells. Está seguro de que le visitarán aquí. También ha hecho las llamadas que prometió y el gato está pasando su día de campo entre palomas. Pensó que el presidente de su banco podría recibir algunas llamadas de otros presidentes preocupados… Eso es todo lo que tenemos por ahora. ¿Necesita algo en concreto ahora mismo?

—¿Conoce a algún periodista bueno que pueda filtrar una historia y luego olvidar de dónde le ha venido?

—Por supuesto. Esta ciudad está llena de periodistas, buenos y malos. Déjeme pensarlo. ¿Cuándo quiere verle?

—A ser posible esta noche, pero en privado, lejos del hotel.

—Déjelo de mi cuenta. Arnold le dirá algo.

—Necesito a alguien que después no vaya hablando de ello por ahí.

La puntualización le ofendió. Tardó diez pasos en recuperarse. Entonces me reprobó de manera escueta:

—¿Ha estado alguna vez en Yad Vashem, señor Desmond?

—Ni siquiera sé lo que es.

—Está en Israel. Es un monumento dedicado a seis millones de muertos. No nos gustaría volver a construir otro.

—Lo siento.

—¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a saberlo alguien que no ha olido el humo del holocausto? Ahora debo regresar a mis bonitas flores y mis muy queridos clientes… ¡Gente extraña, señor Desmond! ¡Las vigas que sujetan el mundo crujen sobre sus cabezas y no oyen el ruido! *Shalom!*

Todavía tenía tiempo para matar, así que caminé hacia atrás en dirección al gentío de ociosos y turistas que circulan por los alrededores de la Casa Blanca, donde vive el presidente de Estados Unidos, asediado, entre las ruinas de su propia reputación y las esperanzas de la gente. No tenía derecho a juzgarlo; yo era un extranjero, un filibustero que venía de muy lejos, aunque no podía escapar al pensamiento de que, ese hombre, también había trabajado para construir un aparato del terror. Había reclutado un equipo de informadores poco honestos, espías, chantajistas, ladrones y mentirosos, y los había colocado bajo la capa protectora del poder, que sus propios ciudadanos habían depositado reverentemente sobre sus hombros el día de su toma de posesión en el cargo.

Al final, el aparato se había hundido, sus secuaces le habían abandonado pero, el terror continuaba en el extranjero. Si el presidente de Estados Unidos incumplía la ley, ¿qué mandato judicial se cumpliría y qué contrato tendría valor? Si la autoridad se desacreditaba, la anarquía reinaría en las calles. Si un hombre no podía vivir tranquilamente ni viajar por el extranjero con tranquilidad o morir tranquilo, cuando Dios lo dispusiera, entonces el rufián era rey y la carroña arrojaría basura sobre la tierra con total impunidad… Ya era casi mediodía. El sabor de la infamia había enmohecido en mi boca. Me di la vuelta y regresé con brío hacia el hotel.

Debía presentarme a Arnold pero, según me detuve para recoger la llave de mi habitación, me saludó el señor Philip Lyndon, que acababa de llegar de Nueva York. Por lo que parecía, ahora estaba a cargo de una nodriza, el señor Milo Frohm, que me pareció más banquero que la mayoría de nuestros colegas que de verdad lo eran y que hablaba como el querido médico que responde a la llamada de un paciente. El señor Frohm esperaba que pudiese atenderles un momento. Le dije que tenía tiempo hasta las doce y media, pues a esa hora había quedado para almorzar con el señor Arlequín. ¿Dónde les gustaría charlar? ¿En el bar? Ellos preferían un lugar más privado. ¿Mi

suite entonces? Sí, me lo agradecerían. Mientras subíamos en el ascensor, les hablé de mi visita matutina a Thomas Jefferson, para descubrir que el señor Frohm sentía la misma devoción que yo. Estaba encantado de haber encontrado un hermano del alma, alguien que lo sabía todo sobre la vida, la libertad y la persecución de la felicidad y los fundamentos morales de la clase política.

Suzy todavía estaba trabajando en la suite, pero estuvo de acuerdo en abandonarla por unos instantes en favor de la ley. Le pregunté, intencionadamente, si Arlequín había regresado de la reunión con el embajador. Lo pescó al vuelo y me dijo que no, que ya sabía que iba a ser una reunión larga. Por cierto, me había dejado una nota para que llamase a la embajada de mi propio país. Nos preguntó si queríamos tomar un café o preferíamos un cóctel previo al almuerzo. El señor Frohm y el señor Lyndon optaron por un zumo de tomate. Yo me decidí por el *bourbon* con agua. El señor Frohm admiró mi gusto por un buen triple sureño. El señor Lyndon sonrió y no dijo nada. Tras los brindis, el señor Frohm empezó a hablar.

—Primero, señor Desmond, déjeme que le diga que apreciamos la franqueza que demostró en la anterior reunión con el señor Lyndon. Lamentamos que la forma de alguna de nuestras preguntas le resultara ofensiva a usted y a su presidente. En nuestro trabajo tratamos con gente tan distinta que a veces cometemos errores de tacto que resultan inevitables. Esperamos que lo comprenda.

—Sí, lo entiendo, señor Frohm. Ni el señor Arlequín ni yo mismo guardamos ningún rencor al señor Lyndon, pero como extranjeros, a veces nos resultan sorprendentes los métodos estadounidenses. De todos modos… ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Me temo que tenemos más preguntas, señor Desmond.

—¿Puedo hacer una yo antes?

—Adelante.

—Señor Lyndon, ¿ha revisado usted las respuestas que le di en nuestra primera reunión?

—Sí, señor Desmond.

—¿Le han parecido precisas?

Esta vez fue el señor Frohm quien respondió por él:

—Sí, en todos los aspectos, señor Desmond. No obstante, quedan algunos espacios en blanco en la narración. Nos gustaría cubrirlos, si podemos. Volvamos a su cena con Valerie Hallstrom. ¿Fue exclusivamente una salida social?

—Sí.

—¿Puede decirnos sobre qué hablaron?

—De lo de siempre. Le conté la historia de mi vida. Ella no me contó la suya, salvo el hecho de que su padre se dedicaba a criar caballos en Virginia y de que ahora se preguntaba si setecientos cincuenta a la semana pagaban la vida ajetreada y

desastrosa que llevaba en Nueva York.

—Entonces, ¿ella habló de dinero?

—Dijo que setecientos cincuenta a la semana y, lo olvidaba, beneficios adicionales. Esas fueron sus palabras.

—¿Le explicó exactamente en qué consistía esa vida desastrosa y ajetreada?

—Creo que, de alguna manera, lo hizo.

—¿De qué manera, señor Desmond?

—Bien… Primero dijo que si su jefe supiese que estaba cenando conmigo, perdería su empleo y no encontraría otro.

—¿No le pareció eso extraño?

—Mucho. Le dije que eso era chantaje, tiranía y esclavitud.

—¿Por qué chantaje, señor Desmond?

—Me contó que hace tiempo estuvo enamorada de su jefe y que no había funcionado. Ella le llamó, déjeme ver…, sapo con una corona de oro sobre la cabeza. Me advirtió que podía ser un hombre peligroso.

—¿Nada más?

—Sólo una cosa. Cuando bajó del coche para caminar hasta su casa, me dijo: «A Dios le gusta saber cómo pasan la noche sus hijos.»

—Son frases sorprendentes.

—Lo son.

—Entonces, ¿por qué no se las dijo a la policía primero y al señor Lyndon, aquí presente, después?

—Le diré por qué, señor Frohm. La policía estaba investigando un asesinato. Esas frases eran sólo rumores que resultarían inadmisibles como pruebas y que, no obstante, podrían arrojar la sombra de la sospecha sobre un hombre inocente. Cuando habló de Dios pensé que se trataba de Basil Yanko, que la esperaba en su apartamento. No me gusta cómo se comporta en el mundo de los negocios, pero no tengo ningún derecho a insinuar que pueda ser un asesino. Me pregunta por qué no se lo mencioné al señor Lyndon. Es fácil. Su última pregunta, la que acabó con nuestra conversación, implicaba el hecho de que nosotros hubiésemos podido comprar el cuaderno de notas para desacreditar a un rival de negocios…

Al señor Frohm le llevó un rato evaluar el gusto y la textura de esta respuesta pero, finalmente, pareció aceptarla.

—Ya ha dicho lo que tenía que decir, señor Desmond. Ahora hablemos del cuaderno. Aceptamos su historia de cómo llegó a sus manos. A falta de pruebas en contrario, tenemos que aceptar que usted no sabe quién lo envió ni por qué. De todos modos… —se detuvo durante unos instantes— de todos modos, es un hecho que usted, o los investigadores por usted contratados, están haciendo un uso muy destacado de él en estos momentos.

—Destacado ¿en qué sentido, señor Frohm?

—El señor Saúl Wells está esparciendo su contenido entre todas las partes interesadas. Esta misma mañana cinco grandes corporaciones nos han llamado para informarnos de una brecha en sus sistemas de seguridad. Estoy seguro de que habrá más. En el contexto de sus relaciones con Creative Systems y con el propio Basil Yanko, ¿no les sugiere todo esto un intento de asegurarse una ventaja táctica?

—Se trata de un intento, desinteresado y no solicitado, de salvar otros negocios respetables del problema que nos ha afectado a nosotros.

—¿No hubiera sido más correcto dejar que el propio Basil Yanko lo hubiera hecho o, en su caso, haber solicitado nuestra colaboración para hacerlo?

—Tenemos nuestras reservas acerca de la ética profesional del señor Yanko.

—¿Le importaría especificar un poco más?

—Ahora mismo, no.

—Entonces vayamos a la segunda pregunta, señor Desmond: ¿por qué no llamarnos a nosotros?

—Soy un visitante en su país, señor Frohm. Prefiero no molestar.

—No puede, señor Desmond. Sea tan franco como desee.

—Lo diré entonces de la mejor manera posible: usted representa a una agencia norteamericana que se ocupa de muchos asuntos, políticos y penales. Nosotros representamos a una entidad europea, cuyos intereses pueden entrar en conflicto en algunos puntos con los suyos. Más que pedir su ayuda, pensamos que sería mejor hacer uso del derecho de comunicación libre. Ésa es la opinión de mi superior y la mía también.

—En otras palabras, usted no confía en nosotros, señor Desmond.

—Por lo que parece entre sus propios Comités y sus propias Cortes, señor Frohm, son ustedes quienes no confían los unos en los otros.

Para mi sorpresa, sonrió y asintió a regañadientes.

—Le he preguntado por eso, ¿verdad? Es usted un buen observador, señor Desmond.

—Tengo mucha experiencia. El Kenpeitai[14] me dio una buena paliza durante un mes en Singapur.

—Espero que nosotros le resultemos más civilizados que ellos.

—Sí.

—Gracias. Ahora vayamos a por otra incongruencia en su historia: le asaltaron en la puerta de su apartamento. Usted dijo a la policía que no podía identificar a las personas que le atacaron. ¿Es así?

—En ese momento sí. Con posterioridad he sido informado de que esas personas fueron contratadas por alguien llamado Bernie Koonig que, a su vez, había sido contratado por un tal Frank Lemnitz.

—¿Quién le informó, señor Desmond?

—Nuestros investigadores. Supongo que ya habrá hablado de este asunto con el señor Saúl Wells.

—Sí, así es.

—Entonces usted sabrá tanto como yo, si no más.

—¿Qué sabe usted, señor Desmond?

—Sólo de oídas, sé que Frank Lemnitz, que es el chófer del señor Yanko, contrató a Bernie Koonig para que me vigilase, que nuestros investigadores reconvinieron a Koonig y que fue entonces, para vengarse, cuando hizo que me dieran una paliza.

—¿Le ha comentado todo esto al señor Yanko?

—Salió en la charla que tuvimos con él en el Salvador.

—¿Y qué dijo?

—Que lamentaba que me hubiesen herido y que él no tenía nada que ver con eso.

—Pero ¿admitió que le estuviesen vigilando?

—Digamos que pasó de largo por ese punto.

—¿Por qué no insistió?

—Porque no hacía falta. Le informé de que me reservaba el derecho de poner una denuncia contra las personas implicadas.

—Pero no lo ha hecho. ¿Por qué?

—Prefiero no exponer mis razones.

—Señor Desmond, ¿por qué le estaba vigilando Basil Yanko?

—No lo sé. Quizá sospechase algún tipo de relación con la señorita Valerie Hallstrom.

—¿Y por qué iba a sospechar algo así?

—El señor Lyndon me dio una idea: admitió que Valerie Hallstrom quizá había estado difundiendo información del banco de datos. ¿No es así, señor Lyndon?

El señor Lyndon se sintió un poco incómodo, pero se lo tomó como si fuese un buen cadete.

—Puede que usted interpretase mis palabras en ese sentido.

El señor Frohm sonrió y entonces se volvió hacia mí.

—Entonces hay que pensar que el señor Basil Yanko pudo pensar que usted era un posible comprador.

—Es posible.

—Pero no lo era…

—Figuro en la lista, señor Frohm. No se hizo ninguna oferta ni nadie solicitó tal cosa.

—Lo que nos lleva al gran agujero en la pared, señor Desmond. ¿Quién le envió el cuaderno y por qué lo hizo? Ahora figura usted también en la lista por eso. Dígame qué le parece esto: Valerie Hallstrom le dice que tiene miedo de Basil Yanko. Actúa

como si hubiese alguien esperándola en su apartamento. Entonces le da a usted el cuaderno para que se lo guarde. Usted sabe que es algo importante. Entonces pone en marcha la comedia de enviárselo por correo a sí mismo, para así poder usar la información que contiene de forma legal… ¿Qué tal, señor Desmond?

—Sólo tengo una respuesta para eso, señor Frohm. ¡No tiene sentido! Y ya que hablamos de agujeros en la pared, usted ha pasado por alto el más grande de todos ellos. ¿Quién mató a Valerie Hallstrom y por qué?

—Estamos trabajando en eso. El agujero se va haciendo más pequeño. Sabemos que dos hombres entraron en su apartamento esa noche. Uno de ellos fue, obviamente, el asesino. El otro fue el que llamó a la policía. Quizá fuese él quien le envió a usted el cuaderno… Por favor, si tiene alguna idea, díganoslo.

—Lo haré, señor Frohm. ¿Quiere otro zumo de tomate?

—No, gracias. Tenemos que marcharnos. Nos ha ayudado mucho, señor Desmond… Por cierto, tiene unas flores muy bonitas. ¿Dónde las ha comprado?

—Eso es algo que incluso usted, señor Frohm, no debería preguntar.

—¡Vaya! Generalmente es el hombre quien tiene que comprarlas. Quizá el movimiento de liberación femenina sirva para algo después de todo. Vamos, joven Lyndon. Estamos fuera de servicio a partir de ahora. Voy a invitarle a tomar una bebida y una hamburguesa.

Si eso era una insinuación, no la entendí. Cerré la puerta tras ellos y me quede ahí, apoyado sobre ella, sudando por todos y cada uno de los poros del cuerpo. Milo Frohm no era un novato; era un interrogador experimentado, astuto como un zorro y brillante, que no perdía la compostura. No necesitaba consultar con una bola de cristal para saber que volvería a tener noticias suyas. No estaba demasiado preocupado al respecto. Me pareció un personaje atrayente. Los dos usábamos el mismo diccionario y el mismo libro de texto de lógica elemental. El problema estaba en que la lógica ya no funcionaba. No sabía decir cómo ni por qué: pero sentía en mi interior que nuestra mayor premisa estaba llena de agujeros y la menor se hundía sin dejar rastro. Esto no era lógico en absoluto, sino simplemente instinto animal en estado puro.

Arlequín llegó tarde a la comida. A la una menos cuarto invité a las chicas a una copa y las envié al comedor. A la una y cuarto, Arlequín llamó y me pidió que tomase un taxi y que nos encontrásemos en la *trattoria* de Foggy Bottom. Cuando le pregunté por qué, me contestó que le apetecían mucho unos espaguetis a la carbonara y *cervelli* con mantequilla. Eso me hizo pensar que el cerebro se le había llenado a él también de mantequilla. A las dos menos veinte nos sentamos en un rincón reservado de lo que debía ser el restaurante más oscuro y menos frecuentado del distrito de Columbia. Los espaguetis estaban recocidos, el vino era puro vinagre, pero no

importaba. Desde el momento en que Arlequín empezó a hablar, todo lo que pude degustar me supo a polvo y cenizas.

—… Antes de que dejásemos Nueva York, llamé a Herbert Bachmann y le pregunté qué creía que pasaría si poníamos a la venta nuestro paquete de acciones de Creative Systems. Esta mañana, a las siete, me ha llamado. Cada corredor de bolsa de la ciudad tiene una lista de órdenes de compra tan larga como tu brazo, órdenes importantes, Paul. Según las cuentas de Herbert, superiores a los diez millones de dólares.

No pude resistirme. Le dije, sin tapujos, lo que pensaba sobre las operaciones de venta masiva de acciones y sobre él por siquiera pensar en algo así. Me escuchó en silencio y entonces prosiguió, sin achantarse:

—… Ése cúmulo de órdenes resulta significativo. Te diré por qué dentro de unos instantes. Esta mañana me he pasado tres horas en la embajada. Erich Reiman es un viejo amigo. Se mostró comprensivo pero, al principio, no me ayudó gran cosa. Sólo cuando le enseñé las fotocopias que sacamos del cuaderno cambió de actitud, completamente, Paul, *volte-face!* Quería saberlo todo al respecto…

—¡Espero que no se lo contases!

—No todo, aunque más de lo que tú aprobarías.

—¡Por Dios!

—Tuve que negociar con él, Paul, tuve que hacerlo, punto por punto.

—Estás negociando con mi vida, George.

—Lo sabía. Ahora Erich lo sabe.

—Y, como buen diplomático, lo olvidará en el momento en que eso sirva a sus propósitos. Ni siquiera soy suizo. Soy un don nadie de quien se puede prescindir, un antípoda… Ahora, cuéntame de qué va eso de las treinta monedas de plata.

Por lo menos en eso, di en el blanco. El pie de la copa que sostenía en la mano chasqueó bajo sus dejos y el licor se desparramó como si fuera sangre sobre el mantel blanco. Poco después, me empezó a machacar con palabras duras y restallantes:

—… ¡Escúchame primero, Paul, y luego júzgame! Entonces, si quieres marcharte, podrás hacerlo. Lo que he oído esta mañana hace que todo nuestro razonamiento no tenga sentido. Somos peones en un juego global que yo, por lo menos, ni siquiera entendía. Esta mañana un amigo me lo ha explicado. Aunque no sea un amigo tan cercano como tú, es un amigo. Le creo, porque es alguien a quien se paga por saber y está aquí, donde, de todos los sitios que hay en el mundo, el saber es posible… ¡Camarero! —chascó los dedos impetuosamente y el camarero se acercó con rapidez—. Por favor, limpie todo esto y tráigame otra copa.

Esperaba que el camarero le escupiese en un ojo, cosa que no me hubiese disgustado ver, pero en lugar de hacer eso, el hombre corrió en busca de servilletas limpias y las puso sobre la mesa, una encima de otra, hasta que se tapó la mancha.

Trajo otra copa y una jarra de vino, que vertió con más reverencia de lo que merecía. Debía ser alguien recién llegado del campo, porque se inclinó y se disculpó antes de marcharse. Arlequín se bebió el vino de un trago y luego se secó los labios. Estaba más calmado, pero no hablaba con menos urgencia:

—Este año hemos visto, aunque muchos de nosotros no lo creamos, el fin del milenio. Acabó donde empezó, en el Mediterráneo… ¡Vaya, no! No se trata de una clase de política. Es un hecho. Los príncipes del desierto han descubierto que pueden hacer que el mundo se detenga con sólo cerrar el grifo del petróleo. Los parias del Creciente Fértil se han dado cuenta de que podían aterrorizar al mundo con pistolas, granadas y explosivos plásticos. ¡Es así! ¡Lo sabes! Cada aeropuerto del mundo es un campo armado. ¡Te cachean antes de que puedas volar para visitar a tu abuela moribunda!… la otra cosa es esa bestia fabulosa que se ha dado en llamar «crisis energética». ¿Qué significa? Pues significa que si los mineros británicos dejan de trabajar, el país se congela hasta los huesos. Significa que de no ser que Japón rinda vasallaje a los emiratos, su industria caería y el horror invadiría cientos de calles de un centenar de ciudades. En África y en Sudamérica, el progreso, lento y doloroso como ha sido, cesaría durante una década o más. ¿Entonces qué iba a pasar? Aquellos que han aprendido las lecciones del terror están ahora preparados para expandir el pánico y la confusión. Aquellos que tienen poder, intentarán meter de nuevo el viento en la caja. Eso será otra clase de terror. Ejércitos de investigadores privados se convertirán en los líderes del distrito y en las forces de frappe[15] del mañana… ¿Sabes cómo han bautizado al año que viene en el calendario de los servicios de inteligencia? ¡El año de los asesinos! Así que ahora, Paul, amigo mío, ¿dónde nos colocamos, tú, yo y Arlequín & Cía Banca Comercial?

No lo sabía, así que no podía decírselo. Su elocuencia había silenciado mi vulgar lengua. Había echado abajo mis defensas con pasión y convicción. No podía hacer otra cosa que encogerme de hombros y decir:

—Dímelo, te escucho.

—El precio del petróleo se ha doblado y triplicado. ¿Qué ocurre con el dinero? Los príncipes del desierto no son tontos. Saben que el dinero es el sueño de un loco, una pesadilla de papel. ¿Qué querrán cuando tengan los arsenales llenos, las autopistas militares ya construidas y los campos de aviación repletos de bombarderos? ¿Una industria propia? ¿Tecnología propia? Algunos, sí. Pero la industria alimenta al proletariado y atrae una fuerza de trabajadores inmigrantes, que aprenderán rápidamente las técnicas del terror. Así que los príncipes lo que quieren es seguridad: intereses en Europa, intereses en Estados Unidos. ¡No quieren sólo acciones y bonos, que tan sólo son más papel, sino control! ¿Pruebas? Los saudíes han cortado el suministro de petróleo a los holandeses. Ahora están negociando la construcción de una refinería en suelo holandés. Lo que se está discutiendo en secreto

tiene todavía un significado más amplio. Los italianos han ofrecido una cuarta parte de su empresa estatal de petróleo a cambio de garantizarse el suministro de crudo. Se pueden dictar todas las leyes que se quiera para evitar el control extranjero de una empresa nacional, pero las leyes no son más que dragones de papel que hombres venales e invisibles hacen bailar por las calles. Y esto nos deja a un paso de Basil Yanko… ¡Él lo sabe, Paul! ¡Lo ve! Tiene el mundo bajo llave en sus bases de datos. Comprará nuestras acciones con una prima y las venderá a los árabes al doble, usando su dinero. También venderá parte de las suyas. Herbert Bachmann ha identificado algunas de esas órdenes de compra. Vienen de Oriente Medio. Yanko va más lejos. Puede moverse entre los asesinos y los príncipes, porque hay pujas de Libia, también, en todos los mercados… Mi amigo, Erich, me ha explicado cómo funciona: los detalles se escriben por sí mismos. Karl Kruger, por ejemplo. ¿Por qué tiene tan buena relación con los israelíes? Sus negocios bancarios no suponen ni la mitad de todo ello; el sentimiento es una pequeña parte. Hamburgo vive de los barcos. Los barcos viven de las mercancías. Una Europa en recesión significa un Hamburgo moribundo. Los israelíes son el último punto de Europa en el levante. No esconden su intención de contrarrestar el terror con el terror. ¿Por qué Aarón Bogdanovich se ha mostrado tan dispuesto a ayudarnos? ¿Por amistad? ¡No! Nuestro dinero le financia. Desea trabajar con nosotros pero, al mismo tiempo, nosotros estamos trabajando para él. —Una sombra de sonrisa hizo temblar los ángulos de su boca—. Es un mundo sórdido, Paul; la única moneda estable es la mentira política. Si eso hace que te sientas como un tonto, recuerda que no eres el único. Yo me siento igual, porque el FBI se ha puesto en contacto con Erich Reiman mucho antes de que yo lo hiciera. Se preguntaban cuánto sabía yo. Él les convenció de que era poco, pero incluso él se ha sorprendido de lo poco que sabía. ¿Sabes lo que me dijo?: «George, estás en el escenario equivocado. Esto no es una *commedia dell'arte*. Es drama. No tienes mucho tiempo para aprenderte el guión.»

—¿Por qué leer lo que escriben otros? ¡Escribamos nosotros un libro nuevo!

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos, Paul?

—Dejemos que la prensa lo escriba por nosotros.

Me costó discutir media hora para convencerle, pero al final consintió. Puede que estuviésemos cavando nuestras propias tumbas, pero al menos tendríamos un funeral alegre.

De vuelta en el hotel, tuve mi primera reunión con Arnold, el jefe de los botones. Era alto, melancólico y tenía cara de caballo, como la de los cómicos impasibles de las películas mudas. Tenía dos mensajes para mí. El primero era una invitación para un cóctel a las siete en una dirección de Arlington. Lo firmaba un tal L. Klein. No conocía a ningún Klein y Arnold tampoco, pero la invitación había llegado a través

de Bernard's Blooms, así que parecía oportuno aceptarla. El segundo mensaje era una hoja de télex. Estaba fechada UPI London, jueves. El texto era breve pero informativo:

> Un turista norteamericano, identificado como Frank Lemnitz, de Nueva York, ha sido hallado muerto de un disparo en la suite de un hotel del West End. La policía londinense está intentando entrevistarse con una joven que acompañó a Lemnitz a dos casinos muy conocidos y que, probablemente, regresó con él al hotel. Sigue más…

Por esta vez, Aarón Bogdanovich había dicho la verdad. Rasgué el papel en mil pedazos y lo tiré por el váter. Me sentía como un escolar solitario jugando a los espías en la enfermería. Entonces, entró Juliette. Arlequín estaba dictando una carta. Ella necesitaba compañía. ¿Por qué no? También yo la necesitaba. Se quitó los zapatos y se echó, enroscada, sobre el sofá. Sintonicé una emisora con canciones antiguas y me acomodé en un sillón, con los pies levantados, para relajarme un poco. Era una música agradable: sin lágrimas, sin pasión, sin profundidad; simplemente un paseo por la memoria con algún tañido ocasional de las cuerdas del corazón. Juliette tenía hoy mejor aspecto, un toque algo más plácido y menos perplejo. Me sentí más mayor y debí de parecerlo, porque en un momento frunció el ceño y me dijo:

—Pareces cansado, Paul. ¿Algo va mal?

No, nada. A veces me dolían las costillas. Todavía no podía masticar un filete de ternera pero, como decía mi abuelo, me encontraba lo suficientemente bien como para casarme con la viuda McGonigle. Me pareció que también George tenía buen aspecto. Se hacía difícil creer que sólo dos semanas antes…

—¡Paul!

—¿Qué, querida?

—Creo que debería irme pronto a casa.

—¿Qué opina George?

—Lo ha dejado a mi criterio. Preferiría que no lo hubiera hecho.

—Un consejo del tío Paul: quédate por aquí un tiempo.

—¿Alguna razón especial?

—Varias. La predicción del tiempo para hoy es fatal.

—No lo sabía. Tan pronto como George entró, llamó a Suzanne y empezó a dictarle cartas. Cuando le pregunté qué había ocurrido en la Embajada, me dijo que ya me lo contaría más tarde. Me hirió, aunque no quise que se notase. Por eso he venido aquí.

—Estás aprendiendo, ¿verdad, cariño?

—No cambies de asunto, Paul, por favor.

—No lo estoy haciendo, lo prometo. George te contará lo ocurrido, pero es una larga historia y necesitará tiempo para hacerlo.

—Pero a ti ya te lo ha contado.

—Sí… Y le dije que me había vendido como Judas.

—¡Oh, no, Paul!

—Estaba equivocado, pero lo dije, así que no le culpes si hoy no está de buen humor y no te vayas corriendo a casa.

—Paul, tengo que pensar en el niño y…

—El pequeño Paul tiene todavía mucha vida por delante y un padrino con mucho mundo que le ayudará. Escucha, ¡cariño! Si estás bajo la lluvia y no hay nadie que te lleve a casa, yo lo haré. Pero si Colombina ama a Arlequín, lo mejor es que se vista y se arregle para la función. Si no lo hace…

—Saldrá la sustituta, ¿verdad?

—Efectivamente, Julie; y hay montones de chicas encantadoras que se mueren de ganas por tener una oportunidad en el mundo del espectáculo. Ahora, ¿por qué no subes, pides un café para dos y le dices a George que necesito a Suzanne durante media hora? No debería monopolizar su tiempo, aunque sea al presidente del banco.

No subió inmediatamente. Se acercó a mí, se sentó en el brazo del sillón, me sujetó la cabeza con las dos manos y me besó en la frente. Me dijo cuán dulce, gentil y amable era, el mejor de los amigos. Con tres palabras más y podría haber caído en el juego prohibido sobre la alfombra. No soy un santo, ¡Dios me libre! Pero ¡no, gracias cariño! Le agradecí el beso y el cumplido. La acompañé hasta la puerta y la envié arriba. Traté de sentirme virtuoso, pero no pude. Me sentía como un sacerdote mentiroso que diese vueltas a medianoche, mascullando, junto a la valla del convento.

Debía llevarlo escrito en la cara porque, cuando Suzanne bajó, se quedó de pie, con los brazos en jarras, mirándome como si fuese una forma de vida extraña y muy lenta. Entonces me echó esa mirada suya, suave, lenta y consciente, y me dijo con dulzura:

—¿Es duro, verdad *chéri*?

—Si lo sabes, no lo preguntes.

—Lo sé, querido. Lo sé. Cuanto antes nos vayamos a casa, mejor.

—Puede que no sea antes de sesenta días.

—¿Aguantarás tanto?

—Lo dudo. ¿Y tú?

—No… Dime algo dulce, Paul.

—Suzy, querida, ¿por qué no nos enamoramos?

—Lo intentaré si tú lo intentas.

—¿Por dónde empezamos?

—Bésame.

Después, las normas se flexibilizaron y, aunque a ambos nos faltaba práctica, resultó ser un juego agradable para una tarde cálida en Washington, DC. Si quieres sonreír a dos personas, cuando la juventud ya ha pasado hace tiempo, jugando al

amor en el Embassy Row, entonces disfruta de la comedia por todos los medios e intenta ver cómo representarla mejor cuando la soledad te atrape.

A las siete, exactamente, estaba llamando al timbre de una vieja casa, modesta pero bastante bonita, en Arlington. Una mujerona pálida, que llevaba unas gafas cuya montura de asta hacía que pareciese una lechuza hostil, abrió la puerta. Le dije cómo me llamaba y que tenía una cita con el señor Klein. Me dijo que la cita era con la señora Leah Klein, que era ella misma. Me hizo pasar a una pequeña habitación, atestada de libros, revistas y recortes de revistas desordenados. En una esquina había un escritorio lleno de papeles, en otra un mueble bar. Había dos sillas. En una de ellas había un enorme gato barcino. No había ninguna escoba a la vista, a pesar de que la señora Leah Klein tenía todo el aspecto de ser una bruja, gorda y ondulante, con unos dedos rechonchos, llenos de alquitrán, y una voz profunda y grave. Los cócteles que preparó fueron, medio vaso de whisky para mí y, para ella, ron con Coca Cola. Tras el primer trago, se metió directamente en el asunto que nos ocupaba:

—Kurt Saperstein me ha dicho que quiere contarme una historia. ¿Es así?

—Sí.

—¿Un hecho o un rumor?

—En parte hecho y en parte deducción. Quiero empezar, si es posible, desde Londres.

—¿Por qué?

—Por la situación política.

—¿Puede dictármelo?

—A groso modo, sí.

—Perfecto, así es suficiente.

Se sentó a la máquina, puso papel, encendió un cigarrillo, se lo puso a un lado de la boca y dijo:

—Sin comentarios, sólo hechos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo… UPI London ha enviado hoy un cable sobre Frank Lemnitz, un turista estadounidense que ha sido hallado muerto, de un tiro, en un hotel del West End. La policía busca a una joven que había sido vista con él en dos casinos. Ése es el final de su historia. Aquí está el mío. Frank Lemnitz era el chófer de Basil Yanko, presidente de Creative Systems Incorporated. Se le conoce por tener contactos con el hampa, especialmente con Bernie Koonig. Basil Yanko está en Frankfurt asistiendo a una conferencia internacional de banqueros. ¿Me sigue?

—Voy por delante. Siga hablando.

—Una empleada de Creative Systems, la señorita Valerie Hallstrom, fue asesinada en su apartamento hace tres días. Esta noticia ha aparecido ya en los medios. Los siguientes datos no lo han hecho todavía: el FBI está investigando

posibles filtraciones de las bases de datos de Creative Systems. Hay varias grandes agencias estadounidenses afectadas. Los nombres de dichas agencias son…

—Deletréelos, por favor.

Los fui deletreando, uno a uno, incluyendo el nuestro. Golpeaba las teclas de la máquina como si fuese un enemigo mortal.

—… Arlequín & Cía ha sufrido un fraude de mucho dinero producido por un uso indebido de sus servicios informáticos, controlados por Creative Systems y sus filiales en otros países. Se conoce el nombre del culpable de dicho fraude en la filial neoyorquina. Se trata de Ella Deane, que murió atropellada por un automóvil que se dio posteriormente a la fuga. Dejó una importante suma de dinero, que había ingresado precisamente en los últimos tres meses de trabajo. Uno de sus novios era Frank Lemnitz. Al mismo tiempo, Basil Yanko está lanzando una opa para hacerse con el control de Arlequín & Cía La oferta ya se ha hecho pública. El mayor accionista del banco se niega a vender. Los accionistas minoritarios todavía no han tomado una decisión. Hasta aquí hay constancia de todo, puede comprobarlo. Lo que sigue es, en parte, un hecho y, en parte deducción.

—¿Cuál es el hecho?

—Todos y cada uno de los mayores corredores de bolsa de Nueva York cuentan en estos momentos con órdenes de compra de acciones de Creative Systems. Algunas de las más importantes vienen de clientes de Oriente Medio…

—¡Petrodólares!

—¡Compruébelo! Una parte de ellos vienen de Libia.

—Ahora, la deducción.

—Los árabes buscan tener posiciones en banca y en la industria, en Estados Unidos y en Europa. Eso es de dominio público. Tienen el dinero y la fuerza necesarios para hacerlo. Creemos que Basil Yanko les está ayudando. El proyecto es legal: los medios no lo son tanto y, en nuestro caso, no lo son. Le he traído una copia del informe que tenemos sobre su pasado. Debe tenerlo también en sus archivos… Final de la historia.

—Ahora, dígame por qué lo quiere contar.

—Queremos aligerar la presión que ahora mismo cae sobre nosotros e incrementar la que soporta Yanko. Queremos desacreditarle.

—Muchos quieren hacer lo mismo.

—¿Es todo esto suficiente para conseguirlo?

—No, pero seguramente removerá el avispero. ¿Puede decirme algo más de Valerie Hallstrom?

—Puedo, pero no voy a hacerlo. Si quiere saber por qué, pregúntele a Kurt Saperstein.

Dio la vuelta a la silla para mirarme. Dio una profunda calada a su cigarrillo. La

ceniza le cayó sobre el regazo y ella se la sacudió, ausente. Me preguntó:

—¿Es usted judío?

—No. Soy un *goy*[16] entre los *goyim*.

—Señor Desmond, esta es una historia muy peligrosa. Podría volverse incluso más peligrosa, para usted.

—Lo sé. ¿Cuándo se publicará?

—Hoy es viernes. Con un poco de suerte saldrá en los dominicales ingleses. Ellos la difundirán. La recibiremos de vuelta en las ondas en nuestras ediciones del lunes. Lo mismo que en Europa. Entonces la basura dará contra el ventilador. Lo mejor sería que para entonces usted se hubiese ido a pasar un largo fin de semana.

—Gracias por el dato. Lo pensaré.

—¿Otra copa?

—No, gracias. Me acabaré ésta y luego seguiré mi camino. ¿Le importaría decirme algo?

—¿Qué?

—Parece que usted se fía mucho. ¿Por qué?

Echó la cabeza hacia atrás y se rió, con una gran sonrisa masculina, burlona y sin gracia.

—¿Que me fío mucho? Actualmente no me fiaría ni de mi propia hermana… ¡Si antes de venir aquí no le hubiesen controlado, no habría llegado ni a diez manzanas de distancia de este lugar! Antes de que enviemos la historia a los medios, será revisada por expertos. Si no concuerda con los hechos, usted estará acabado. Si no encaja con la política, no se publicará.

—Entonces la llevaré a alguna otra parte.

—Allí donde la lleve, necesitará de alguien que escriba bien y que quiera publicarla. Conmigo tiene usted a ambos. No tiente su suerte.

—Tampoco me gusta que me tienten a mí.

—Si no le gustan las judías, no abra la lata… *Lacheim!*

Tenía un mensaje en el buzón del hotel: Saúl Wells acababa de llegar en el puente aéreo de Nueva York y me esperaba en el bar. Subido al taburete, encorvado sobre su vaso, parecía más que nunca un hurón, arisco e inquieto. Se iluminó cuando me vio y nos sentamos en un rincón tranquilo, fuera del alcance de los oídos de los últimos clientes. Sacó un puro, le quitó el celofán, se lo puso a un lado de la boca, lo encendió y empezó a contarme las novedades entre nubes de humo.

Primero los informes de sus filiales. Es la misma operación, con variaciones locales. Allí donde hay alguna restricción para la exportación de divisas, las cuentas en el extranjero han sido las únicas afectadas. En tres casos: Ciudad de México, por ejemplo, sus operadores informáticos dejaron la empresa en el momento oportuno, pero todavía no hemos podido seguir su rastro. En dos casos, estas personas todavía

están empleadas en el banco, lo que puede significar que sea discutible que el fraude se creó dentro de los propios sistemas. En Inglaterra hemos tenido suerte. El operador informático allí era una mujer llamada Beverly Manners. Ésta dejó su puesto para casarse: en la oficina le dieron una gran fiesta y recibió una compensación de la dirección. Está viva y se encuentra bien. Vive en una urbanización de golf, en Surrey. Según los informes de que dispongo, está embarazada de cinco meses.

—¿Tiene eso alguna importancia, Saúl?

—Creo que sí. No podemos hostigar a una mujer embarazada. Pero lo más importante es que su marido trabaja para Creative Systems, UK Limited.

—Eso es interesante.

—Se pone más interesante todavía. La dama y su marido son vecinos cercanos y juegan al golf con su gerente de Londres. ¡Las transacciones fraudulentas han sido justificadas con un télex enviado desde Ginebra y firmado por George Arlequín!

—¿Ha revisado nuestros télex desde Ginebra?

—Lo hemos hecho. No hay rastro de éste télex. Fue enviado desde otra terminal.

—Es una conspiración.

—Si quiere que salga a la luz, llame a la policía británica.

—Todavía no. Vaya tan lejos como pueda sin su intervención. No podemos permitirnos la pérdida de más personal ni tampoco darle más publicidad al asunto. ¿Cómo le fue con el FBI?

—Me hicieron dar bastantes tumbos. ¿Y a usted?

—Lo mismo.

—¿Alguna novedad?

Le hablé de mi charla con Leah Klein. Mordió el puro con fuerza y empezó a hablarme asombrado, sin asomo de disimulo.

—¡Hermano! Ha conseguido un buen aliado. En Washington la llaman la excavadora de tumbas, pues ha enterrado a grandes nombres y ha redactado algunos obituarios con mucho estilo. Si está de su parte, tiene suerte. Si no, ahora es el momento de marcharse de la ciudad.

—Quiere que nos vayamos de todos modos, Saúl.

Se puso alerta y mortalmente serio en un instante.

—Si le ha dicho tal cosa, señor Desmond, vaya sacando los billetes. Cuando Leah empieza a disparar desde la altura de la cadera, incluso los empleados de la Casa Blanca se ponen a cubierto. Sólo da una advertencia, la última.

—Se lo comentaré a Arlequín.

—Un consejo, señor Desmond: hay buenas conexiones con Ciudad de México. Tengo los datos de esa filial aquí. Es una excusa, si es que necesita una.

—La usaré si hace falta. Si no tiene nada más que contarme, nos vemos durante el desayuno en mi habitación. Podremos revisar los informes conjuntamente.

—Veámonos en el comedor para desayunar.

—¿Por alguna razón en especial?

—La mejor. Su señorita Suzanne me dejará echar un vistazo a sus habitaciones. Están tan calientes como el interior de un reactor. La de Arlequín está limpia, lo que resulta extraño.

—No tan extraño. Ha estado ocupado todo el día.

Saúl sonreía mientras hacía cómicos movimientos con el puro que se estaba fumando.

—En el caso de que hayan estado jugando a jueguecitos ahí arriba, todo habrá quedado grabado y las pantallas pueden ofrecer un poquito de entretenimiento tipo *dandy*.

—¿Qué pantallas, Saúl?

—Tiene dos opciones, señor Desmond: bien el FBI o bien la gente de Basil Yanko.

—Elija un nombre, Saúl.

—Si tuviera que apostar algo, Yanko. La razón, el FBI sabía que Arlequín había ido a ver al embajador y se suponía que usted estaba con el suyo. Así que creo que van a jugar legalmente.

—El FBI me ha entrevistado en mi habitación esta mañana.

—Si vuelven, cosa que probablemente harán, hábleles de los micrófonos ocultos. Hay uno en el teléfono y otro en la mesita que está al lado del sofá.

—¿Y por qué no los quitamos?

—Porque le hacen parecer inocente, señor Desmond… incluso aunque no lo sea. Sea lo que sea que esté tratando con Aarón Bogdanovich y con Leah Klein, es un juego de alto voltaje. Ésa es otra de las razones por las que me gustaría verles hacer ese viaje a México.

Con tan consoladora observación nos separamos. Saúl iba a pasar una noche de Sabbat con amigos y yo iba a rendir cuentas de mis servicios a George Arlequín y a convencerle de que en Ciudad de México el clima era más benigno que en Washington DC. No fue fácil. Una vez hubo aceptado mi plan, se mostró reacio a dejar que Leah Klein o cualquier otra persona lo alterase. Además, necesitaba mantenerse en contacto con el mercado en Nueva York. Podría necesitar hablar alguna vez más con Herbert Bachmann. Odiaba dar la impresión a Yanko de que estábamos huyendo. Le dije que teníamos que visitar México de todos modos, así que, ¿por qué no hacerlo en fin de semana, cuando todo estaba cerrado durante un par de días? Estábamos pagando por un asesoramiento experto. ¿Por qué no aceptarlo? A lo que Julie añadió tranquilamente la sugerencia de que ella volase a Acapulco para visitar a Lola Frank. De ese modo, si teníamos que volver de repente a Nueva York, no tendríamos que preocuparnos por ella. Finalmente, Arlequín estuvo de acuerdo y

bajó abajo para hacer las reservas con Arnold. Cuando se lo dije, un ligero soplo de vida apareció en su larga y dura tez:

—¿Cómo se ha enterado, señor Desmond?

—¿De qué? Es un viaje de negocios. Tenemos una oficina en Ciudad de México.

—¡Vaya!

—¿Algún problema, Arnold?

—Ninguno. Simple coincidencia, supongo. Había oído que un amigo suyo estaba allí y que quería que se pusiesen en contacto con él. Aquí tengo su número.

Me dio la tarjeta y empezó a mirar los vuelos, mientras hablaba en un tono monótono todo el rato.

—… Supongo que querrán alojarse en el Camino Real. Tiene la misma categoría que este hotel. ¿Le parece bien? Llamaré entonces tan pronto como tenga la confirmación del vuelo. ¡Aquí está! Braniff sale a las quince horas, hace escala en Dallas y San Antonio y llega a las veintiuna treinta. ¿Primera clase y limusina en el aeropuerto? No, creo que su propia gente vendrá a recogerles. ¿Cuánto tiempo se van a quedar? ¿Cuatro, cinco días? Mejor que sea una semana. Siempre pueden cancelar la reserva. ¿Dirección de correspondencia? Su banco, ¿de acuerdo? Haré que su amigo esté informado de todo. Ha sido divertido cómo ha ocurrido, ¿no le parece?

Cuanto más pensaba en ello, más divertido me parecía: el humor de cementerio que te pone los nervios de punta y que hace que el pelo del cuello te pique. Estábamos de vuelta en lo que George llamaba juegos de fantasmas: susurros en la oscuridad, crujidos en la pared, toda una cábala de signos y símbolos para confundir al jugador novato. Según caminaba de regreso al ascensor, volvió a mi memoria una voz familiar. Me di la vuelta y vi al señor Milo Frohm dos puestos más atrás. Me dio la mano para saludarme. Yo también se la di, ausente.

—Iba a subir a ver al señor Arlequín —dijo.

—Yo también.

—Espero que no sea demasiado tarde.

—Suficientemente tarde, mañana nos vamos a Ciudad de México.

—Eso está bastante al sur, ¿verdad?

—No tanto.

El ascensor llegó. Hicimos gestos como para indicar con respeto quién entraba primero. El señor Frohm era muy cortés: se guardó el resto de preguntas para George Arlequín, que mientras le agasajaba con whisky y brandy, le respondía con esa franqueza suya que desarmaba.

—… No hay ningún secreto en ello, señor Frohm. El señor Wells nos acaba de entregar este informe sobre nuestra filial de Ciudad de México. Tenemos que hablar con el gerente y con los accionistas locales. Mientras estemos trabajando, mi mujer aprovechará para visitar a unos amigos de Acapulco. ¿Hay algún problema que me

afecte?

—Ninguno, señor Arlequín. Sólo preocupación.

—Me complace oír eso. Tras mi conversación con el embajador esta mañana, sentí que estábamos, en cierto modo, en territorio enemigo. Su Departamento de Estado no está muy contento con nosotros, los europeos, justamente ahora… ¡Vaya, Julie! Éste es el señor Frohm, del la Oficina Federal de Investigación. Señor Frohm, mi esposa.

—Encantado de conocerla, señora. Siento molestarles tan tarde.

—¿Qué ocurre, George? Abrió los ojos, mostrando su sorpresa.

—Nada, querida. Acompáñanos. Por favor, continúe, señor Frohm.

—Bien, señor Arlequín, digamos que su embajador le dio información sobre el marco político.

—Sí.

—Hizo referencia, sin duda, a ciertos elementos violentos en la situación.

—Sí.

—Señor Arlequín… —tosió, inseguro, tomándose su tiempo para encontrar las palabras exactas—. Yo… en fin, nosotros… tenemos ciertas opiniones… puede incluso llamarlas posturas…, que no soy libre de divulgar. En cualquier caso, usted no está, para dejarlo claro, en territorio enemigo. Puede que sienta, con bastante razón, que tiene un enemigo personal en Basil Yanko. Puede que a nosotros nos parezca, aunque no puedo confirmar que así sea, que estas tácticas de negocio son un tanto bruscas, incluso reprensibles pero, hasta que se haya probado que sean ilegales, no podemos intervenir. Tenemos ante nosotros dos asesinatos y una situación política muy cargada, tanto en nuestro país como en el extranjero. La violencia es endémica en nuestra sociedad y puede convertirse en epidemia. Incluso a usted podrían asustarle con eso. Tenemos que advertirle de que no siempre podremos protegerle. La señora Arlequín también tiene que entenderlo.

Arlequín se sentó en silencio por unos instantes, mirándose las manos, largas y delicadas.

—¿No es eso muy genérico, señor Frohm? ¿Quién va a asustarnos? —dijo entonces con gravedad.

—Pregúnteselo usted mismo, señor Arlequín. ¿Quién resultaría más beneficiado con su muerte? Entonces, piense en esto: si usted o su plantilla se identifican con un grupo de partisanos, doblarán el riesgo personal que corren. ¿Sabe que Frank Lemnitz ha sido asesinado en Londres?

—Lo hemos oído decir. ¿Quién ha sido?

—Usted, señor Arlequín. Usted le ha matado con una palabra a destiempo —frunció el ceño y abrió las manos en signo de desaprobación—. Eso es lo que intento decirle. Es un extraño en la ciudad. No entiende su forma de hablar. Es suizo. Viene

de un país pequeño y organizado, donde hace falta tener un permiso incluso para toser (aunque sea tan bien educado que ni siquiera lo utilice…). ¿Puedo preguntarle si ha previsto algún tipo de protección para su hijo?

—He solicitado vigilancia policial. Me han asegurado que es adecuada.

—Así lo espero. Perdóneme, señor Arlequín, pero esto es Estados Unidos y estamos en el último episodio del sueño americano, que se ha vuelto una pesadilla en tecnicolor. No me complace en absoluto sentarme aquí y tener que disculparme en nombre de mi país, ¡ni siquiera en mi nombre!, pero estoy preparado para hacerlo, para hacerle ver la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, señor Frohm?

—Las leyes no son las adecuadas. Las fuerzas de la ley todavía son más inadecuadas. Algunas de ellas están corruptas, pero no todas. La corrupción se extiende y la confianza decae. Le estoy pidiendo que confíe en mí, señor Arlequín. A usted también, señor Desmond.

Ahora había llegado mi turno. No iba a dejarlo pasar:

—¿Señor Frohm?

—Dígame, señor Desmond.

—Creo, porque quiero creerlo, que usted es un hombre honesto. ¿Contestaría a un par de preguntas?

—Si puedo, sí.

—¿Tiene usted alguna orden para pinchar mi teléfono y llenar de micrófonos ocultos mi habitación?

—No, no la tengo.

—¿Ha hecho usted, o alguno de sus agentes, algo así?

—Hasta donde yo sé, no.

—Pues alguien lo ha hecho, señor Frohm. Saúl Wells lo ha comprobado esta tarde.

—¿Ha revisado también esta habitación?

—Sí, está limpia.

Movió la cabeza, lentamente. Me miró, miró a George Arlequín y a Julie. Se levantó, se acercó al teléfono e hizo una llamada, lenta y salvajemente:

—¿Cal?… Milo Frohm. Sabes donde estoy. Mándame aquí a Pete con su caja de herramientas, ¡rápido!

Se sentó. George Arlequín le sirvió un whisky en un vaso chato y se lo acercó. Se lo bebió a sorbos, lentamente, y lo depositó con cuidado sobre la mesa.

—¿Entiende cuál es el problema señor Frohm? —dijo Arlequín con gentileza—. Seguro que ahora lo entiende.

Milo Frohm asintió y volvió a asentir con la cabeza, como si fuera uno de esos budas de porcelana que los marineros traen de Shanghai.

—Sí… sí… sí… Ahora lo entiendo, señor Arlequín. En este momento no estoy muy seguro de qué hacer al respecto. De una cosa sí estoy seguro: cuando se vayan a Ciudad de México, todos ustedes deben tener mucho, mucho cuidado.

Nuestra salida de Washington fue bastante menos que gloriosa. Llovía y el cielo estaba bajo y plomizo. El éxodo del fin de semana había empezado y no éramos más que cuatro ovejas más a las que había que desinfectar primero y enviar fuera lo más rápido que se pudiera. Registraron nuestro equipaje de mano. Tuvimos que pasar a través de un arco detector. Nos cachearon, nos revisaron, nos mantuvieron esperando mientras el personal de seguridad comprobaba que en el avión no hubiese algún artefacto letal. Siendo como éramos ovejas buenas, todos aprobamos las precauciones que se tomaban para mantener a salvo nuestras vidas. Lamentábamos la violencia que hacía necesarias tales precauciones, entregándonos con una fe absoluta al cuidado de nuestros mentores anónimos y de nuestros pastores armados. Mi fe se había vuelto más débil con los años, así que, cuando ya estábamos volando, pedí una ración de cócteles y me metí de lleno en el informe que Mendoza me había proporcionado sobre la fabulosa carrera de Yanko.

La primera parte no contaba nada nuevo: era hijo de inmigrantes procedentes de Bohemia, había vendido periódicos y trabajado como chico de los recados en un colmado para pagarse los estudios. A fuerza de agallas y de cerebro, se había establecido por su cuenta y había conseguido hacerse un sitio en el mundo de la informática. Su carrera en las grandes compañías había sido rápida e intachable. Le pagaban bien. Ahorraba. La parsimonia era el único rasgo a destacar de su vida privada. No se le conocía filiación política alguna y, por lo que parecía, necesitaba pocas amistades. Se sometía, sin queja, a la disciplina de la sociedad corporativa. No pedía favores para él. No daba cuartel a sus subordinados. Rechazaba cualquier intriga en la compañía. La única declaración de la que había pruebas era la de una sucinta discusión de ejecutivos: Fabricamos cerebros y enseñamos a la gente a utilizarlos. ¡Por una vez, usemos el nuestro!

Tenía treinta y dos años cuando dejó de trabajar para grandes corporaciones y se estableció por su cuenta. En ese momento, su valor neto era de un cuarto de millón de dólares, con los que compró una tercera parte de las acciones de una pequeña empresa de proceso de datos de Nueva York. Ese mismo año se casó con la hija de su socio sénior. Al siguiente, su esposa se fue a Nevada y pidió el divorcio. Ella también aparecía en el informe ofreciendo una imagen un tanto histérica de él: No era cruel. No era amable. Simplemente no estaba. Me casé con él con los ojos llenos de estrellas. Lo único que veía eran destellos de luz y cintas que giraban… Cuando le llegué a alcanzar, lo que toqué era tan sólo esmalte. No era un hombre. Era un monstruo mecánico.

Seis meses antes del divorcio, Basil Yanko había fundado una pequeña compañía llamada Creative Systems Incorporated. No hacía nada salvo existir. Seis meses después del divorcio, su socio sénior murió de una sobredosis de barbitúricos. Corrieron rumores de escándalo: fraude en las cuentas, espionaje industrial, venta de datos a sus clientes competidores. El fallecido había abdicado su defensa. Basil Yanko lo defendió con la resolución suficiente como para ganarse una reputación de amigo honesto y leal, con lo que consiguió retener a sus mejores clientes. Entonces Creative Systems Incorporated compró la empresa a precio de saldo. Basil Yanko lo tenía todo. No solamente podía ofrecer el servicio de un genio, libre de servitud a espíritus inferiores. Los gigantes empezaron a contratarle. Creció, lentamente, pero con una suerte de fría certeza, comprando talento, vendiendo ideas, dando siempre más de lo que estipulaba el contrato.

Su forma de vida también cambió. Vivía con más riqueza, se divertía con más prodigalidad pero, al mismo tiempo, se rodeaba a sí mismo de un aura de misterio, como en Fausto. Era una actitud que movía a críticas porque hacía pensar en un saltimbanqui, pero que se demostró muy útil pues se vio, lejos de toda duda, que era un hechicero. Compañías muy poderosas financiaron sus investigaciones. Hombres destacados le pedían consejo y él, a cambio, les entregaba instrumentos de poder.

Se casó con la hija de uno de ellos, una treintañera sin nada especial de quien se rumoreaba que le gustaban las jovencitas, pero lo suficientemente rica como para poder permitirse tal excentricidad. Se mató al presionar el estárter de su lancha motora en el lago Tahoe y estallar el combustible que había en los depósitos. Basil Yanko estaba en Nueva York cuando sucedió. Volvió en avión para llorar junto a su tumba, cobrar el dinero del seguro y legalizar un testamento redactado tres meses atrás que le otorgaba ocho millones de dólares.

Entonces, empezó a crecer, devorando a sus competidores más pequeños, adueñándose de sus haberes, reteniendo a sus mejores empleados y dejando al resto en manos de la competencia. En sus días triunfales, a mediados de los sesenta, cuando cualquier reyezuelo pagaba una fortuna por hacerse invisible, Basil Yanko salió a la luz e hizo otra fortuna. Compró hardware. Invadió Europa, comprando acciones y propiedades inmobiliarias, estableciendo alianzas y estableciendo afiliados. Corrían rumores maliciosos acerca de que también vendía información a cambio de participaciones en el capital de empresas europeas. El informe de Mendoza citaba varios ejemplos, pero todos ellos estaban faltos de pruebas que los apoyasen. En un caso siniestro, una empresa química europea fue acusada de robar secretos: tres días después de saltar a la luz la noticia, un analista sénior de Creative Systems moría en un accidente de coche en los Dolomitas.

En un sentido, todo era viejo, un *déjà vu*: una reescritura de la historia de los barones del tabaco, de los emperadores del petróleo y de los traficantes de armas. Se

sabía que ocurría, pero costaría una fortuna y tres vidas el probarlo. Si lo hacías, nadie te daría una medalla, incluso aunque llegases a estar vivo para recogerla… Lo que estaba bien, mientras le hubiese ocurrido a otro. En realidad, estaba ocurriendo hoy, a nosotros. Los chicos del mercado lo sabían; pero mientras sus bolsillos no resultasen golpeados, poco les importaba. Si ganábamos, incluso se sentirían incómodos. Si perdíamos, seguirían yendo a cenar con Basil Yanko al Club de Banqueros, dejándonos de lado con el siguiente epitafio: los negocios son los negocios.

Se encendieron las luces que recordaban a los pasajeros que había que abrocharse los cinturones. La azafata nos dijo que estábamos acercándonos a Dallas, el lugar en que asesinaron a Kennedy, enterraron la verdad junto a su asesino y todos vivieron felices para siempre.

Capítulo 6

Cuando cruzamos el Río Grande, yo estaba dormido y soñando. Me desperté para ver el monte Popocatepetl, nevado y sereno, contra un cielo estrellado. Abajo había riscos menores y lagunas de oscuridad, punteadas por las luces minúsculas de las aldeas. Más adelante y muy lejos estaba Ciudad de México, un resplandor dorado que se veía a través de una mezcla de humo y niebla que cubría la ciudad y que se elevaba hacia el cielo estrellado. Sentí una extraña sensación de libertad y de alivio, como si saliese de un largo túnel a un desierto, vasto pero amistoso. A mi lado, Suzanne resplandecía con el mismo asombro y entusiasmo. Me cogió de la mano y me habló como si fuera una niña, llena de fantasías y de historias que recordaba a medias: la serpiente emplumada, la ciudad dorada del lago, la gente para la cual el tiempo era un misterio sagrado, Cortés, que fue recibido como un dios y fue demasiado humano para reconocerlo.

George Arlequín vino a compartir el momento con nosotros. Le obsesionaban las pequeñas luces en los grandes valles: diminutos tesoros de la memoria racial que nunca serían recogidos, porque aquellos que los guardaban no podían leer ni escribir y su idioma moriría con ellos. Habló de la extraña amnesia que afectaba a la raza humana: cómo lo que se había ganado en sabiduría en una edad, se perdía al viento en una sola generación. Colgados entre el cielo y la tierra, vimos fragmentos de visiones. Por unos instantes tocamos el polvo de estrellas con nuestras manos.

Cuando aterrizamos, las visiones se disolvieron en una nube ácida de niebla y contaminación. El polvo de estrellas se convirtió en polvo de tierra, áspero en los dedos y seco en la boca. Pasamos como una hilera de presos por el punto de control de pasaportes. Esperamos como pacientes peones para recoger el equipaje y pasar por la aduana. Estábamos atrapados en un bullicioso mar de hombres, mujeres, niños y ganado de diversos tipos. Justo cuando estábamos a punto de estallar en gritos de desesperación, el mar se abrió y José Luis Miramón de Velasco nos dio la bienvenida a la tierra de los aztecas.

Según nuestros ficheros, tenía treinta y cinco años, estaba soltero y se había graduado en la Universidad Autónoma Nacional y en la Harvard School of Business Administration. Pertenecía a una vieja familia de gachupines: es decir, que sus antepasados calzaban zapatos y hablaban castellano, mientras que el resto del país iba descalzo y hablaba *náhuatl* o un español adulterado. Esto significaba también que era rico por derecho propio, atractivo y tan orgulloso como Lucifer, y que podía caminar con los ojos cerrados por la laberíntica administración mexicana.

Su bienvenida fue cortés. Nos presentó en el hotel con regia pompa. Nos ofreció su casa y se puso él mismo a nuestro servicio. Advertí que las mujeres palidecían al contemplar con sorpresa cómo un hombre tan atractivo y masculino se había

mantenido soltero durante tanto tiempo. Me ahorré el comentario de que un gachupín rico que llevaba un banco de inversiones en Ciudad de México necesitaba tan poco casarse como que le sirvieran pulque y tamales para cenar.

Antes de marcharse, solicitó el favor de poder hablar en privado con Arlequín y conmigo. Estaba ofendido por lo que había pasado en el banco: no podría dormir tranquilo hasta que desapareciese esa mancha de su reputación. Conociendo su feroz orgullo, me temí que estuviésemos condenados a una reedición de Larry Oliver en castellano. En cambio, su preocupación principal fue George Arlequín.

—… Ha estado enfermo, amigo. Es terrible que tenga que enfrentarse con esto tan pronto, con esta ¡sofisteria!, pero así es como se hacen los negocios al estilo yanqui. Si uno no vende al precio que le marcan, entonces le sitian, le asustan con leyes y espías que se meten en tu vida privada. Bien, aquí, como mínimo, nos las podemos arreglar para mantenerlos alejados. Nos han hecho daño. Debe saberlo antes que nada. Se argumenta que un buen banquero debe oler el fraude antes de que ocurra. Se dice también que hemos vendido acciones en Creative Systems y que, si ahora no tenemos buenas relaciones con ellos la culpa es nuestra y no suya… Mañana, usted y la señora Arlequín están invitados a un almuerzo con Pedro Gálvez y dos personas más de entre nuestros accionistas mexicanos. Gálvez es el hombre fuerte. Si le convence, entonces las sombras se alejarán y estaremos de nuevo en el negocio. Está buscando fondos para nuevas minas y carreteras de acceso; le gustaría más encontrarlos en Europa o en Japón que por encima de la frontera del norte. Por aquí circula un discurso hostil, un discurso difícil de entender, difícil de interpretar. Nuestras raíces están en Europa y en la vieja cultura indígena de este país. Somos leales a nosotros mismos. Nuestros amigos se retiran a El Álamo. El propio Hernán Cortés todavía no ha sido absuelto. Perdone si no me explico muy bien. Hay algo más, algo que resulta embarazoso decir pero que es necesario… —interrumpió su discurso, pidiendo disculpas porque lo que iba a decir le daba vergüenza. Al final, lo dijo—. George, amigo, he sido un estúpido.

—Es una queja habitual, José, —dijo Arlequín con una sonrisa—. A todos nos pasa.

—Esta vez, George, eres tú el que sufre. He estado trabajando durante los dos últimos días con nuestros investigadores, en el banco. Hemos descubierto que la operadora informática que codificó las instrucciones falsas fue una chica llamada María Guzmán, que se marchó de la empresa en enero. Les dije a los investigadores que había desparecido de la circulación y que sería muy difícil encontrarla… Era mentira.

—Estoy seguro de que tuviste una buena razón para decirlo, José.

—Lo dejo a su criterio. Esa tal María era, y es, una mujer muy atractiva. Por un tiempo, ejem…, la distraje. Entonces, cuando empezó a ponerse seria, la dejé. A todo

esto, en fin, llegó septiembre, octubre, el año pasado. Naturalmente se quedó con nosotros. Era muy buena en su trabajo. Estaba bien pagada. Entonces, en enero, me dijo que quería dejar la empresa. Le habían ofrecido un puesto mejor en Petróleos Mexicanos. Le di una buena recomendación y dejé que se marchase. Para mí, el asunto había concluido de la mejor forma posible. No es lo mejor encontrarse cada mañana con alguien que despierta en ti una vieja llama, y María no me lo ponía fácil.

—Eres un idiota —dijo George Arlequín con suavidad.

—Lo sé. Puedo servirte mi cabeza en bandeja si así lo deseas.

—Preferiría ceñirme a los hechos, José.

—Los tengo, George. Antes de que te los pase, quisiera pedirte un favor: no tengo derecho a pedírtelo, pero lo hago. La chica es culpable, no hay duda de eso. Te pido que no la lleves ante los tribunales. Si hubieses visto alguna vez el interior de una prisión mexicana, entenderías por qué te lo pido. Me comprometo con lo que poseo a cubrir tus pérdidas. Pero te lo ruego…

—¿Todavía estás enamorado de ella, José?

—¡Por Dios, no! Creo que es una zorra estúpida, pero yo fui más estúpido que ella.

—¡Muy bien! No habrá cargos. Y lo último que quiero es tu dinero, José. Ahora, ¿qué tienes?

—Una confesión en español, una traducción al inglés, dos fotografías, todo pasado por la notaría.

—¿Cómo los conseguiste?

—Yo no haría esa pregunta, George. No estoy orgulloso de eso. Simplemente, lee el documento.

George Arlequín lo leyó lentamente y luego me lo pasó. El asunto estaba tan claro como el agua:

—… Me enamoré de un hombre que no estaba enamorado de mí. Cuando me dijo que todo había terminado, me sentí como una tonta, herida y enfadada, pero seguí en mi puesto porque sabía que así le avergonzaría, aunque eso no me hacía sentir mejor. Un día, un hombre joven visitó el banco para comprobar el funcionamiento de nuestros sistemas informáticos. Se llamaba Peter Firmin. Me dijo que se quedaría en México durante un mes, visitando a diversos clientes. Me invitó a cenar. Después de eso, nos vimos muy a menudo. Le abrí mi corazón. Nos hicimos amantes. Me dijo que quería casarse conmigo pero que, primero, tenía que divorciarse de su esposa y que eso le costaría una fortuna. No tengo nada. No le podía ayudar. Entonces me dijo que, si yo introducía ciertas instrucciones en nuestro ordenador, recibiríamos un dinero: diez mil dólares. Me dijo que no era ningún delito. Yo no estaba robando nada. Cuando lo descubrieran, sería una jugarreta que iría en contra de José Luis, pues sería él quien debiera responder por ello. Estuve de acuerdo, pero el dinero no

era para mí. Se lo di a Peter para que pagase su divorcio. Se marchó. Nunca volví a verle. Le escribí a su empresa muchas veces y también a la dirección que él me había dado de California. Me devolvieron todas las cartas: remitente desconocido. Nadie cuestionó las instrucciones del ordenador pero, en enero, decidí que debía marcharme. Todo lo que me queda de Peter Firmin es alguna fotografía de las que le hice un domingo en el parque de Chapultepec. Afirmo y declaro que ésta es la verdad y que lo he dicho todo libremente en presencia de…

Una de las fotografías mostraba a un hombre joven, vestido de manera informal y veraniega, junto a un vendedor de globos. En la otra, sujetaba sobre su regazo a una niña indígena que le ofrecía una flor. Parecía alegre y sencillo, un simple ejecutivo joven que había salido con su chica una tarde de verano. Había visto docenas de ellos en docenas de ciudades y todavía… y todavía…

—¿Le conoces, Paul?

—No creo, pero tiene algo que me resulta familiar.

—Le conozco, —dijo José Luis Miramón de Velasco. Nos miró y sonrió avergonzado. Se encogió de hombros en señal de disculpa—. He investigado un poco por mi cuenta. Firmó un contrato de alquiler de un mes por un apartamento, uno de esos que se alquilan amueblados a turistas y ejecutivos. Para hacerlo, tuvo que enseñar un pasaporte y dar una referencia de dónde trabajaba. Su verdadero nombre es Alexander Duggan y trabaja para Creative Systems en Los Ángeles, California… Le dije que la chica había sido estúpida. Es algo de lo que debería haberse dado cuenta por sí misma.

Entonces me acordé: se trataba del joven ingenuo que estaba en el bar del hotel Bel Air, el ingenioso muchacho que pensó que el sol lucía fuera de la espalda de Basil Yanko y que las gratificaciones y las acciones llovían del cielo. Empecé, nervioso, a balbucear, pero George Arlequín me cortó a media frase:

—Útil, Paul, muy útil, pero está lejos de resultar concluyente. Investiguemos sobre ello… José, te estoy agradecido. Julie y yo almorzaremos con Gálvez mañana y nos veremos en el banco el lunes por la mañana. Ni una palabra de todo esto a nadie más. ¿Entendido?

Lo entendió. Estaba escarmentado, pero no había olvidado su dignidad. Hizo un breve y soberbio discurso para dar las gracias y entonces se marchó como si simplemente fuese un correo que ha entregado su mensaje y cuyo jefe le ha dado permiso para marcharse.

George Arlequín permanecía sentado, apoyado en el respaldo de la silla, suspirando con desaliento:

—Vaya, si no es por la gracia de Dios… ¿eh, Paul? Va a cargar con esto como si fuera un cilicio, durante mucho tiempo.

—No importa en absoluto cómo lo lleve, George. Lo que importa es que acaba de

darnos la primera prueba sólida contra Basil Yanko.

—Una observación. Lo que tenemos es una declaración sin base alguna de una mujer desairada.

—¡Vamos, George! Sienta a Alexander Duggan en el banquillo y enfréntalo a ese documento, ¡causarás sensación!

—¿Y cómo vamos a sentarle en el banquillo, Paul?

—Haz que lo arresten acusándole de conspiración para defraudar.

—La conspiración tuvo lugar en Ciudad de México. No podemos extraditarle sin pruebas que le impliquen en un delito. No podemos acusarle sin acusar a María Guzmán al mismo tiempo, y eso es algo que hemos prometido no hacer. No, Paul. Nuestro amigo, José Luis, es un tipo muy elegante. Aleja cualquier sombra de duda de sí mismo pero incrimina a una muchacha asegurándose antes de que no será llamada a testificar y luego nos da el nombre de un tipo al que no podemos acusar. ¿Qué te dice todo esto?

—Lo que me dice es que voy a llamar a Saúl Wells y a enviarle una copia del documento y de las fotografías, para que empiece a trabajar sobre la pista de Alexander Duggan.

—¿Eso es todo?

—Es lo mejor que se me ocurre a medianoche, después de un día muy largo.

—Entonces te daré algo más para que pienses en ello cuando te vayas a dormir, Paul. Un hombre no entra en un banco como si fuese un empleado de la compañía de teléfonos y dice que ha venido a revisar los sistemas informáticos. Primero llama para concertar una cita. Luego se presenta al director. Se comprueban sus credenciales y sus datos personales…

—Así que María Guzmán ha mentido…

—No. Según lo veo yo, José Luis no tuvo cuidado. Recibió la llamada telefónica del señor Peter Firmin de Creative Systems, concertó una reunión y, al mejor estilo latino, no comprobó nada y aceptó al visitante porque sí.

—También podría formar parte de la conspiración él mismo.

—No, Paul, es demasiado rico como para necesitarlo.

—En ese caso, es demasiado rico para nosotros, George. Prescinde de él.

—Todavía no, Paul. Dejemos que salve su honor. Ahora mismo le necesitamos tanto como él a nosotros. Éste es otro país. No todo en la vida son negocios. ¡También la elegancia tiene su importancia!

Probablemente, tenía razón. Estaba demasiado cansado para discutírselo. Todo lo que podía decir era que con quince millones de dólares se podía comprar mucha elegancia y que un director que no podía mantener las distancias con sus empleados no era en absoluto mi estilo. Pero todo esto era hipócrita porque, lo cierto es que cuando regresé a la suite, ahí estaba Suzanne, vestida para matar esperando a que la

llevase a conocer Ciudad de México un sábado por la tarde.

Me desperté, muerto y condenado, con la boca llena de carbones ardiendo. También estaba ciego, lo que probablemente era una bendición. No estaba sordo, porque el teléfono me atormentaba los oídos. Por fin lo encontré y conseguí emitir una especie de graznido infrahumano. Quien me llamaba era un viejo morador de otro mundo:

—¡Buenos días, señor Desmond! Soy Aarón.

—Vaya…

—Anoche estuve esperando su llamada.

—Se me hizo tarde.

—Y estuvo jugando hasta más tarde. Es una mujer muy atractiva.

—Se lo diré a ella.

—Quiero verle hoy.

—Dónde y cuándo.

—¿Conoce la plaza de las Tres Culturas?

—La encontraré.

—Venga solo, señor Desmond.

—Como usted quiera. ¿Conoce algún buen remedio para la resaca?

—El mejor. No beba y, especialmente, no beba tequila. ¡Hasta luego, amigo!

No había remedio para la vida, excepto la muerte, así que estaba obligado a sufrirla. Me afeité tembloroso, me di un baño lentamente y me vestí como si todo me doliera, tratando de ignorar a los diablillos que parloteaban en mi cabeza. Cuando, por fin, llegué hasta el vestíbulo, me encontré con Suzanne, milagrosamente fresca, vestida de calle, levantando la tapa de la bandeja del desayuno. Emitió unos ruiditos compasivos, se disculpó por haberme hecho salir hasta tan tarde y se mantuvo en pie frente a mí, como una Gorgona, mientras me tomaba lo que ella estaba encantada de llamar un desayuno civilizado. Poco después, justo en el momento en que empezaba a sentir que volvía a la vida, dijo que necesitaba salir para tomar un poco de aire fresco y hacer algo de ejercicio. Protesté en vano diciendo que el único aire fresco que había allí era el del hotel y que a dos mil metros sobre el nivel del mar, eso era demasiado poco para estar cómodo. Me las arreglé para evitar salir una media hora más, mientras llamaba Saúl Wells y le daba el informe sobre Alexander Duggan. Gané diez minutos más al hacer una breve visita a Arlequín y a Julie. Después, a pesar de mis protestas, salí arrastrado al esplendor del domingo.

Los mexicanos dicen que su capital es una ciudad infestada, infestada de gente rica, gente pobre, monumentos, iglesias, historia, enfermedad, animales, niños, color, ruido, leyendas, policía, fantasmas, turistas y cientos de idiomas distintos. Si se intenta absorber todo a la vez uno se queda mareado y sin aliento. Si se hace lentamente, poco a poco, llevando del brazo a una mujer, entonces el mosaico

empieza a tener sentido. Los aztecas todavía están aquí, caminando por el asfalto que cubre la antigua Tecnochtlitlan. Los conquistadores todavía están aquí, conduciendo Mercedes y Fiats, viviendo como si fuesen los amos de la creación, a tiro de piedra de los suburbios más pobres. La Virgen de Guadalupe todavía alza la vista sobre ésta, la más católica de las ciudades y el dios serpiente vive aún en el fondo de la memoria popular. Si uno entra en un patio sombreado y se sienta en un banco de piedra, se siente como si estuviese en la vieja Sevilla. Si asoma la cabeza por la puerta de una bodega, se ve a un montón de víctimas, más desesperanzadas de lo que pudieran estar si estuviesen haciendo cola en la pirámide sagrada para que les arrancasen el corazón. Si se está al tanto de las conversaciones de los estudiantes, se siente el grito de una revolución más fuerte que la que proclamó el párroco de Dolores en el campo. Si se está en las salas de juntas de los industriales, te dirán que hay más riqueza bajo el suelo de la que Moctezuma pudiera soñar.

Cómprate un globo y echa una moneda a los mariachis, que con su música te harán creer que nunca hubo y nunca habrá mejor lugar para pasar el domingo.

Llegó el momento en que incluso Suzanne se dio por vencida. Nos sentamos a tomar una cerveza helada en una terraza, viendo como pasaba la gente y sintiéndonos felizmente alejados de todo.

De repente, sin saber por qué, Suzanne dijo:

—Paul, tengo el presentimiento de que alguien nos está mirando.

—Pues claro. Somos extranjeros, rostros pálidos…

—Te lo digo en serio, Paul. No mires ahora, pero hay un hombre cerca de un coche rojo, al otro lado de la calle. Esta mañana le he visto por lo menos cuatro veces en distintos lugares.

—¿Qué aspecto tiene?

—Juvenil, lleva unos pantalones azules y una camisa blanca, con el cuello abierto… Viene un camión. Cuando haya pasado, te aviso y miras… ¡Ahora!

Me di la vuelta en la silla para mirar al otro lado de la calle. Cuando hubo pasado el camión, le vi apoyado contra un poste, fumándose un cigarrillo. Podría haber sido un dominguero ocioso que se entretenía mirando a las chicas que pasaban si no hubiera sido porque las chicas paseaban por la acera, detrás de él. Hice una señal al camarero para que viniera, pagué la cuenta y Suzanne y yo nos alejamos con rapidez calle abajo, en dirección al paseo de la Reforma. El tipo tiró el cigarrillo y cruzó la calle con premura, hacia el café. Tras haber caminado unos cincuenta metros, paramos un taxi. Todavía estaba detrás de nosotros. Cuando nos alejamos en él, pude ver con claridad como buscaba otro taxi. Suzanne estaba alterada. Traté de quitarle importancia al asunto.

—Aarón Bogdanovich está en la ciudad. Le voy a ver hoy. Ése es probablemente uno de los suyos.

—¿Y si no lo fuera?

—Entonces alguien habría contratado a un espía muy torpe.

—Paul, ¿qué nos ha pasado? Ya no conozco a nadie, ni siquiera a mí misma. Somos como los personajes de una novela de Kafka, que viven en un mundo de insinuaciones y alusiones y de miedos sin nombre. No tenemos que someternos a esto, ninguno de nosotros, y mucho menos George. ¿Por qué, Paul? ¿Por qué?

Era una pregunta de difícil respuesta en un taxi que se sacudía e iba a una velocidad endiablada paseo abajo. Esperé a que llegásemos al hotel, cuando estuviésemos con los pies en alto y relajados en nuestro pequeño refugio provisional.

—… Suzy, no puedo decirte que tenga la respuesta correcta. Ni siquiera puedo decir que tenga una. Lo mejor que puedo hacer es razonarlo contigo como estoy tratando de hacerlo conmigo mismo, de la misma manera que también George está tratando de hacerlo. Pregúntame si Arlequín & Cía o incluso si medio acre de calabazas vale la vida de un hombre. Te diré que no. Pregúntame si tenemos derecho a estar aquí sentados en el Camino Real mientras, ahí fuera, doce chiquillos se amontonan en una bodega y su padre no tiene un trabajo con el que poder mantenerlos: pues claro que no. Estamos equivocados. El sistema está mal y se desmorona bajo nuestros pies. Es como esta ciudad, que flota sobre un mar de aguas fecales. Si las bombas se estropeasen ahora mismo, las calles se llenarían de una porquería que nos llegaría hasta la altura de la rodilla… Así que tratamos de hacer lo que no se puede. Mantenemos el miedo a raya mientras conseguimos una vida mejor para todos. Ahí están los que dicen que eso no es posible; lo mejor según ellos es hacer que todo esto vuele por los aires y empezar de nuevo. Ésa es una ilusión mayor que Utopía porque, tras la explosión, los saqueadores volverían, y con ellos los explotadores y los traficantes de esclavos. Ésa es la terrible paradoja: los mansos deberían heredar la tierra, pero los tiranos y los asesinos la gobiernan. En un sentido, se necesitan los unos a los otros. La acción provoca reacción. Cuando ya has empezado a luchar, alguien o algo muere. Otra muerte genera venganza. Y la mayoría está demasiado confundida para ver lo que está ocurriendo delante de sus propias narices. Déjame que te diga algo que nunca le he dicho a nadie. Yo estuve en la guerra del Pacífico. Estábamos defendiendo nuestra posición en una ladera de la montaña, en Nueva Guinea. Los japoneses nos habían estado bombardeando durante tres días. Al cuarto nos iban a arrasar. Recibimos órdenes de que nos retirásemos con los heridos. Pudimos sacar de ahí a la mayoría de ellos, pero dos estaban tan graves que no se les podía mover. Les quedaban pocas horas. Si nos los llevábamos, sufrirían una agonía intolerable para nada; si los dejábamos, en el primer ataque harían con ellos una carnicería. Nos rogaban que les matásemos. Lo hice yo, ¡a dos amigos! ¿Hice bien o hice mal Suzy? Nunca lo he sabido. No había nadie allí que me lo pudiera decir, no lo hubo entonces y no lo habría más tarde. A veces te llega un

momento en que la razón te falla y lo único que te queda son los impulsos del corazón… Lo siento chica, es lo mejor que puedo decirte.

No dijo nada. Se acercó, se inclinó y me besó en los labios. Luego se fue a su habitación. Eché un vistazo a mi reloj de pulsera. Eran las dos y media; el momento de refrescarme y salir para encontrarme con el hombre que tenía todas las respuestas, puesto que dormía en una tumba.

La plaza de las Tres Culturas tiene un nombre digno de sí. Se alza entre límites del antiguo Tlatlelolco, donde tuvo lugar la última matanza cruel de los aztecas. Una placa de mármol conmemora el hecho y sus irónicas consecuencias:

> El 13 de agosto de 1521, Tlatlelolco… cayó ante el poder de Hernán Cortés. No fue ni un triunfo ni una derrota, sino el nacimiento sangriento de una nueva raza mestiza que es la que conforma el México de hoy.

Al México de hoy se le rinde homenaje con un bloque tras otro de cristal y hormigón; cuadrados, anónimos e impersonales. La memoria de los aztecas se conserva en una gran pirámide sagrada, truncada, de piedra tallada. Entre ambas, más alta que la pirámide y más baja que los edificios de hormigón, está la iglesia de Santiago, con sus torres desiguales y sus muros almenados, que le dan un cierto aire de fortaleza.

Cuando llegué, la plaza estaba tranquila. Aquellos que podían pagarse una comida, todavía estaban sentados en sus mesas. Los que no, estaban echándose una siesta o echados por ahí, somnolientos, sobre el césped del parque de Chapultepec, esperando que llegase la hora de ir a los toros. Aarón Bogdanovich estaba sentado, tranquilo y saturnino, en los escalones de la iglesia, mordiendo un palo de caña de azúcar. Limpié un poco el espacio adyacente y me senté a su lado.

Me saludó sin formalidad alguna y empezó enseguida a hablar de negocios.

—He oído decir que estaba ocupado. Dígame en qué.

Se lo conté todo con detalle, día a día, hora por hora. De vez en cuando, me interrumpía y me pedía que le repitiese una frase o que interpretase el ambiente. La mayor parte del tiempo, permanecía sentado, masticando el palo dulce y fibroso y mirando, sin verla, la pirámide que había más abajo. Cuando acabé, tiró el palo, escupió la pulpa en el polvo y dijo, sin interés:

—He enviado la historia de Leah Klein. Ha ocupado media página en la prensa londinense de hoy. Ha habido reacciones airadas. Mañana saldrá en Nueva York.

—¿Está satisfecho?

—Es útil para ustedes, es para lo que me pagan.

—¿Cómo reaccionará Yanko?

—Ya ha reaccionado. En estos momentos está regresando a Nueva York.

—El FBI nos advirtió de que habría problemas en Ciudad de México.

—Tenían razón.

—¿Cuánto saben?

—¿Sobre qué, señor Desmond?

—Sobre Frank Lemnitz, por ejemplo, y sobre Valerie Hallstrom.

—Menos de lo que yo sé y más de lo que sabe usted.

—Eso quiere decir que… ¡al diablo!

—No se enfade, señor Desmond, se le niebla el juicio. Me ha contado que esta mañana les han seguido a usted y a su amiga. Descríbame al tipo de nuevo.

Se lo describí. Bogdanovich frunció el ceño y movió la cabeza.

—Es nuevo. El hombre que puse para protegerles tampoco le ha reconocido.

—No vi a su hombre.

—Si le hubiese visto, él no trabajaría para mí. De todos modos, mejor que se lo diga ahora: sus problemas empezarán cuando Yanko esté de vuelta en Nueva York. A partir de mañana, Arlequín y usted llevarán guardaespaldas, día y noche. Si las mujeres salen, juntas o por separado, también deberán ir acompañadas.

—Si usted lo dice. ¿Qué novedades hay de Tony Tesoriero?

—Le tenemos aquí, en México. Quiero que Arlequín y usted le visiten mañana. Debería estar listo para entonces.

Para lo que yo pude entender, era como si me hubiese estado hablando en el idioma de los monos. Le miré de manera estúpida. Por primera vez, me regaló una helada sonrisa otoñal:

—El contacto para asesinar a Valerie Hallstrom fue contratado en Ciudad de México. Son muchos los negocios de ese tipo que se hacen aquí. Así que, por medio de unos amigos, hicimos saber a Tony Tesoriero que existía la posibilidad de contratar con él otro trabajo. Le pagamos el viaje, le dimos dinero para gastos y fuimos a recogerle al aeropuerto. Desde entonces le hemos tenido descansando en una hacienda del campo.

—¿Por qué nos necesita?

—Es parte de la estrategia. Además, me deben dinero. Mañana quisiera recoger un cuarto de millón de dólares.

—Usted había dicho que cien mil.

—Ha habido muchos gastos.

—Necesitaremos veinticuatro horas para reunir esa cantidad.

—De acuerdo. Que sea pasado mañana. Le enviaré una limusina al hotel a las nueve de la mañana. Es un viaje de ochenta kilómetros. Recibirán instrucciones cuando lleguen allí.

—Quisiera hablar de Álex Duggan. He puesto a Saúl Wells a trabajar en eso. Me pregunto si será suficiente.

—¿Por qué no debería serlo?

—Digamos que Saúl es un investigador convencional.

—¿Acaso nosotros utilizamos métodos distintos?

—Algo así.

—¿Podría describir alguno que usted crea que pudiera resultar útil?

—Pues… no.

—¡Bien! Lo ve, señor Desmond. Lleva tiempo entrenar a gente para hacer el trabajo que nosotros hacemos. Los capaces de hacerlo son pocos. Estaba pensando en Frank Lemnitz, ¿verdad? Le dije que mi gente le encontraría en Londres. Le encontraron. La chica a la que ahora busca la policía trabaja para nosotros. También la estamos buscando en estos momentos. Creemos que ha muerto. Cuando regresaron al hotel tras visitar diversos clubes, había alguien esperando en su habitación. Ese alguien fue quien disparó a Lemnitz y se llevó a nuestra chica del hotel, amenazándola a punta de pistola.

—¿Por qué no matarla también?

—Por la forma en que se hizo, parece mejor todavía. Puede que intentasen hacerla hablar. Nada es tan simple como suena. Ustedes compran petróleo libio para que los aviones vuelen. Los libios conceden pasaportes y asilo a aquellos que vuelan sus aviones. Nosotros entrenamos soldados para el Sha de Persia y los japoneses fanáticos atacan el aeropuerto de Lod… En Israel hay judíos que espían para los sirios. Los británicos no nos enviarán piezas de recambio para nuestros tanques, mientras sus propios soldados caen asesinados en el Ulster a manos de guerrillas que han sido entrenadas por árabes. Basil Yanko se mueve como un don de la mafia y el Tío Sam le hace rico a base de contratos de defensa. No me hable de negocios, señor Desmond. ¡Todavía estoy aprendiendo! En cuanto a Saúl Wells, deje que haga su trabajo a su manera. Ya le llamaré y le diré qué hacer en relación con Álex Duggan, que no es otra cosa que asegurarse de que está vivo —por un instante, se calmó y vi, o creí ver, un rayo de humanidad en sus ojos, al tiempo que añadía un último pensamiento sardónico—: ¡Afróntelo, señor Desmond! La guerra sigue a pesar de que las armas estén en silencio. Usted quiere un veinte por ciento de su dinero y no para dárselo a un orfanato; ustedes lo invierten en hombres que fabrican las armas que mantienen el orfanato lleno. El martes por la mañana, a las nueve en punto. ¡Traiga el dinero en efectivo!

Después se marchó y yo me quedé mirándole mientras descendía a grandes zancadas por la rampa de hormigón y pasaba de largo de la pirámide azteca en dirección al otro lado de la plaza. Movido por un impulso repentino, me metí en la iglesia. Hacía fresco en el interior, lleno de imágenes y adornos barrocos, pero tranquilo, como si la pasión que lo había creado se hubiese consumido por completo y sólo quedase el misterio, todavía presente y por siempre insoluble. No podía rezar. No había nada por qué rezar en el mundo, aparte de por mí mismo. No había nada

que pedir. Tenía todo lo que el dinero podía comprar y no era suficiente. Si Aarón Bogdanovich tenía razón, no había esperanza, sólo una prórroga para el desastre final. Sí había fe: algunos hombres morían por ella y otros eran asesinados también por ella. ¿Amor?… Bien, sí, había amor: extraño, complicado, desinteresado, noble o perverso, pero estaba ahí, lo último a lo que asirse antes de caer en el caos. Me arrodillé, escondí la cara entre las manos y me encerré en un lugar de ensueño con el poco amor que me quedaba.

Al caer la tarde nos reunimos en la suite de Arlequín para tomar unas copas. Durante veinte minutos, Juliette centró la atención de todos con su relato del almuerzo al que había asistido con los hidalgos de la Nueva España.

—… ¡Por Dios, Suzy! ¡Ojalá caigas en las manos de Dios y no en las de las matronas mexicanas! Me preguntaban que cuántos hijos tenía, que si esperaba tener más; que si mi marido me era fiel y que cómo funcionaba en Ginebra el asunto de tener una amante. ¡Y las hijas! Tengo que dar gracias a Dios cada día por no haber tenido una hija. Los hijos son distintos, verás. Un buen padre como Pedro, que entiende esas cosas, lo arregla todo sin riesgo… y así es mejor para el muchacho. ¡Para empezar, lo mejor es hacerlo con una mujer mayor! Que si ya tenía un amante. Que con un marido que viaja tanto debía considerarlo. ¡Ay de mí! ¡Estas norteamericanas con su liberación de la mujer! Si lo que hacen no es más que esclavizarse con el trabajo. ¡Y nuestro Pedro ahora!… ¡Vamos, George! ¡Háblales ahora de nuestro Pedro!…

George Arlequín iba a hacer su propio papel cómico: los sirvientes revoloteando alrededor, las órdenes imperiosas, la etiqueta de cumplidos y disculpas, la lenta y tortuosa aproximación al asunto en cuestión.

—… Que es más complejo de lo que parece, Paul. Nuestro amigo José Luis no está a favor de las viejas familias, que llevan diez años intentando casarlo con alguna de sus hijas. Dice que les sigue el juego: eso es nuevo para mí y son malas noticias, si es verdad. Pedro Gálvez es un personaje sacado directamente de una obra de Calderón. Maldeciría al Papa al mismo tiempo que se arrodillaría en su lecho de muerte para pedir la extremaunción. Desprecia al Yanko advenedizo y trampista, pero me despreciaría más a mí si no supiese hacerle trampas mejor que él. Odia los ordenadores y le encantaría prescindir de ellos si pudiese encontrar gente honesta para llevar las cuentas. Cuando le dije que estaba jugándomelo todo a comprar mis acciones, me llamó romántico decimonónico, pero brindó por mi éxito. Cuando le hablé de violencia, se encogió de hombros y dijo que si no se mataba a la bestia, no habría carne para la cena. Lo que promete es bueno. Mantendrá sus acciones hasta el último momento e intentará que sus colegas hagan lo mismo. Si ganamos, pondrá el negocio en nuestras manos. Si no, mandará decir una misa por nuestras desdichadas

almas. Éstas son las novedades que tengo que contar, Paul. ¿Qué puedes contarnos tú?

—La historia ya ha salido a la luz pública en Londres. Mañana llegará a Estados Unidos. Basil Yanko ya ha emprendido el camino de vuelta a Nueva York. A partir de mañana tendremos que llevar guardaespaldas y el martes tendremos que pagar un cuarto de millón de dólares en efectivo.

—¡Nada de guardaespaldas! —Arlequín fue categórico—. Soy un hombre civilizado. ¡No viajaré con un séquito de matones!

—Bogdanovich insiste en ello y estoy de acuerdo con él. Esta mañana a Suzanne y a mí nos han estado siguiendo mientras paseábamos. Podrían habernos disparado en cualquier momento. Nos lo debes y se lo debes a tu propio hijo.

—La policía está protegiendo al niño… ¡Está bien, llevaremos guardaespaldas! ¿Qué más?

—Reserva el martes. Tenemos una cita en el campo.

—¿Para qué?

—Para conocer al hombre que mató a Valerie Hallstrom.

—¿Qué significa eso, Paul?

—No lo sé. Bogdanovich no me lo diría.

—¿Qué somos entonces, marionetas?

—Somos extranjeros, George —le dijo Juliette con firmeza—. Extranjeros en una ciudad exótica. Tú mismo lo dijiste cuando volvíamos a casa, y me gustaría recordarte ahora, querido esposo, que ¡lo que he visto hasta ahora es muy poco!

—Entonces, esta noche, cariño, saldremos a bailar. ¿Y tú, Paul?… ¿Suzanne? Bien, así lo haremos. Paul, ¿por qué no llamas a José Luis y le invitas a que venga con nosotros y se traiga a la belleza con quien esté saliendo ahora?

José Luis me dio mil excusas, pero esta noche no le iba a ser posible. Era una cuestión de familia y amigos de la familia, una reunión prevista desde hace tiempo. Quizá más tarde, sólo durante una hora. Le dije que estaríamos en el San Ángel Inn. Dijo que era una excelente elección: buena música y comida exquisita. Se disculpó de nuevo y nos deseó que lo pasásemos bien. En silencio rogué poder resistir de pie para disfrutarlo.

Después de eso, las mujeres nos dejaron y Arlequín me hizo volver a temas más privados. Gálvez le había dado una copia de la carta que Yanko había enviado a los accionistas minoritarios, un documento que tenía más implicaciones de las que parecía:

… El crecimiento de Arlequín & Cía se ha visto limitado últimamente por y para las aspiraciones de la familia fundadora. La sucesión corresponde a un niño pequeño. El propio señor Arlequín ha demostrado ser un presidente capaz e incluso intrépido, pero ha descuidado el preparar a un vicepresidente que pudiese llevar las riendas en caso de su incapacidad o su propio fallecimiento. Su socio más cercano es el señor Paul Desmond, que ha amasado una gran fortuna personal gracias a la especulación, pero que no sería alguien recomendable para ocupar el asiento más importante en una junta directiva…

Arlequín & Cía tiene una base segura para el crecimiento pero, en su estado actual, no cuenta con el ímpetu necesario, ni tampoco con las fuentes de financiación que Creative Systems Incorporated podría proporcionar…

Sus sistemas de información y cobro están anticuados y, como ha quedado demostrado por sucesos recientes, no ofrecen seguridad contra maniobras fraudulentas. En la nueva estructura de la empresa, pondríamos inmediatamente al día todos estos sistemas, con el fin de operar de manera más segura y más lucrativa…

La reputación de Arlequín & Cía ha resultado dañada por recientes operaciones fraudulentas llevadas a cabo por miembros de su propia plantilla, personas a las que todavía se está investigando. El precio de compra se ha establecido con una prima que pretende reparar este daño, restablecer la confianza del mercado y permitir a los nuevos gestores operar en una atmósfera de confianza, armonía y desarrollo agresivo…

La nota seguía, en el mismo tono. El verdugo no podía haber hecho un trabajo más limpio: sin sangre, sin rencor, un simple asesinato profesional y limpio que incluso contenía un toque de piedad.

Doblé la carta y se la devolví a Arlequín.

—Eso lo explica todo, ¿no es así? Los rumores, las dudas, la baja en los negocios. Todo lo que necesitamos ahora es un cascabel colgado del cuello.

—¿Crees que el trabajo de Leah Klein servirá para darle respuesta?

—Mañana lo sabremos, George… ¡No, espera! ¡Dame el listín telefónico!

—¿Para qué, Paul?

—Veamos cuáles son las agencias de noticias que operan en la ciudad… La historia debe aparecer en los teletipos…

—¿Te los van a dar?

—Podemos intentarlo. En el peor de los casos, podemos echarles un pequeño cebo: amenazas contra la vida de George Arlequín y de los suyos. Lo sabemos por el FBI.

Echamos el cebo y conseguimos la historia de manos de un oficinista ansioso que tomó nota para el mundo de que el señor George Arlequín, que actualmente estaba en Ciudad de México, había sido advertido por el FBI, antes de dejar Washington, de que podría estar en peligro. De hecho, había contratado guardaespaldas, pero declinaba hacer cualquier comentario respecto de la fuente de donde venían las amenazas o de la relación que éstas tuvieran con la noticia. El oficinista se fue. Nos dedicamos entonces a estudiar los procedimientos quirúrgicos de Leah Klein. Para ser una mujer tan burda y ronca, utilizaba el escalpelo con precisión.

La policía londinense está investigando el asesinato de Frank Lemnitz, que ha sido asesinado de un disparo en la suite del hotel donde se alojaba la semana pasada… Frank Lemnitz era un delincuente, socio de otros delincuentes. Fue condenado por asalto a mano armada en Chicago en 1960, por lo que tuvo que cumplir una condena de dos años de prisión, y por un asalto a mano armada en Miami, en 1965. Esta condena fue suspendida tras presentarse un recurso contra la forma del procedimiento. En el momento de su muerte, Frank Lemnitz trabajaba

como chófer y guardaespaldas para el señor Basil Yanko, presidente de Creative Systems Incorporated, una multinacional de la informática que gestiona contratos de alta seguridad para diversos gobiernos, entre los que figura el norteamericano, así como para corporaciones internacionales.

Dos días antes de la muerte de Frank Lemnitz, otro empleado del señor Basil Yanko, fue asesinado en Nueva York. Se trataba de Valerie Hallstrom, una analista de sistemas de treinta años, bien pagada, que había sido amiga del señor Yanko y que resultó muerta de un disparo en su propia casa. Actualmente, la policía de Nueva York y el FBI están investigando las circunstancias de su fallecimiento.

Tras su muerte, apareció un cuaderno, propiedad de la fallecida, que contenía los códigos secretos de acceso de clientes. El cuaderno le fue enviado a uno de esos clientes, que lo entregó inmediatamente a la policía. Las empresas que figuraban en dicho cuaderno están muy preocupadas por este fallo de seguridad. El gobierno de los Estados Unidos está todavía más preocupado por el asunto, debido a la naturaleza de los contratos que ha firmado con Creative Systems.

Inevitablemente, hay que preguntarse por los negocios altamente rentables de Basil Yanko con gobiernos extranjeros y por su relación con los políticos del petróleo de Oriente Medio y considerar si su papel es compatible con el de custodio de secretos y diseñador de sistemas esenciales para la defensa de Estados Unidos…

El señor Yanko ha lanzado recientemente una espectacular oferta de compra sobre las acciones de Arlequín & Cía, una antigua institución financiera europea. La oferta se ha hecho en firme y ha sido rechazada por el presidente, el señor George Arlequín, pero con dos asesinatos por resolver en casa, el señor Basil Yanko sigue pasando el tiempo en Frankfurt, cortejando a los accionistas minoritarios…

La oferta de compra lanzada tiene ciertas características desconcertantes: Creative Systems ofrece servicios informáticos a Arlequín & Cía Un informe de seguridad firmado por Valerie Hallstrom revelaba que el sistema había sido manipulado fraudulentamente y que, como resultado, Arlequín & Cía había perdido quince millones de dólares. El día en que dicho informe fue emitido fue el mismo en el que el señor Basil Yanko hizo su primera oferta para comprar el banco. Es una táctica que resulta de interés para todos aquellos que hayan estudiado la carrera de este brillante y original personaje. Aparentemente, también resulta de interés para el FBI Esta periodista le ha preguntado al FBI qué opinaba de todas estas coincidencias, a lo que su portavoz contestó, muy adecuadamente, que si las cosas coinciden pueden tener una relación: estamos investigando todas las posibilidades, comentó. La carrera de Basil Yanko, conocido como…

El resto eran recortes de su biografía sin mayor interés y detalles extraídos del informe de Mendoza. Arlequín sonrió sin ganas.

—Si no fuera por todas esas órdenes de compra, empezaría a vender en cuanto

abriese la Bolsa por la mañana.

En el primer impulso de euforia, estuve de acuerdo con él pero, al pensarlo una segunda vez, no estaba ya ni la mitad de seguro.

—Analicemos lo que ocurre en la realidad, George. Este informe nos ayuda con nuestros accionistas. Para qué nos servirá en el mercado es todavía una pregunta abierta. Recuerda que todavía no es un escándalo. Sólo huele a escándalo. Pasados dos años del Watergate, la gente se ha vuelto muy cínica. Los políticos y los hombres de negocios se han vuelto como los actores; se espera que sean competentes, no continentes. El único pecado de verdad es la estupidez y Basil Yanko no es un estúpido.

—No, en absoluto —dijo George Arlequín, pensativo—, pero no entiende a los payasos…

Cuando llegas al San Ángel Inn lo haces como si fueras un peregrino que llegase al cielo, a pie, atravesando calles tortuosas y estrechas y antiguas plazas llenas de sombras. Al llegar, te dan la bienvenida en un jardín lleno de música. Te conducen por una serie de patios, con parras y enredaderas floridas, que te transportan ceremoniosamente hasta un pasado imperial. No hay nada nuevo aquí excepto la comida, la gente y la música de los mariachis. El resto es venerable, con edad: las vigas talladas, el hierro forjado, la plata, los cuadros, las pesadas mesas y las grandes sillas de cuero hechas para los traseros de los nobles.

Las luces suaves y las estancias cavernosas que amortiguan el ruido te permiten comer tranquilamente y hablar de tus secretos, de tantos como quieras. Si quieres oír música, los mariachis tocan para ti. Si quieres bailar, les sigues hasta el patio, donde la más vigilante de las dueñas se sentirá incapaz de regañar al más impulsivo de los amantes. Después de las fatigosas idas y venidas de la ciudad, es un oasis celestial de cortesía y reposo.

Aquí, por primera vez en muchos meses, vi a George Arlequín completamente relajado. Conocía a todo el mundo por su nombre, desde el ayudante hasta el director de los músicos. Mantuvo una larga charla con el chef y bromeó con el camarero. A medianoche, cuando los músicos hicieron una pausa, tomó prestada una guitarra y tocó unas aceptables sevillanas durante diez minutos, lo que hizo que se ganase el aplauso del público y una ronda de bebidas a cuenta de la casa.

Juliette estaba encantada y, mientras bailábamos, me confesó:

—Había olvidado lo que era simplemente reírse así y hacer el tonto juntos. Es como si me hubiese hecho pedazos y no pudiese juntarlos de nuevo. Casi me da lástima tener que irme a Acapulco…

Suzanne tenía un punto de vista más escéptico.

—Está actuando, Paul. Cada momento está calculado. Julie se va. Quiere que esté

contenta y feliz. Es el mismo error que siempre ha cometido. Asumirá los riesgos y ella recogerá los primeros frutos. Ella no le dará las gracias, porque le ha robado la oportunidad de ser su mujer. ¡Por Dios! ¿Cómo la gente inteligente puede estar tan ciega?

A la una en punto, José Luis todavía no había aparecido, así que dejamos un coro de gracias y bendiciones y volvimos a pie, lentamente, hasta la carretera principal donde la limusina nos esperaba. Fue un paseo agradable y apacible. Las plazuelas estaban desiertas: los postigos cerrados, las luces pocas y pálidas, se veían a través de las persianas. Las calles estaban tranquilas. Nuestras pisadas resonaban sobre los guijarros y las paredes blancas nos devolvían el eco de nuestras voces. Suzanne y yo íbamos delante, cogidos del brazo, mientras que Arlequín y Juliette nos seguían a pocos pasos de distancia.

A la entrada de la última calle, nos detuvimos bajo una farola colgante para admirar su extraña y antigua perspectiva: la forja de los balcones, con sus volutas y sus plantas trepadoras, las lámparas que se mecían en los soportes enmohecidos, los charcos de luz dorada entre los guijarros, las tallas de piedra sobre las arcadas, todo convergía hacia el fondo en el pilar de luz fluorescente que marcaba la entrada de la calle principal.

La calle estaba vacía y, de repente, apareció un hombre, negro al contraluz, que llevaba una pistola en la cadera. Grité y me abalancé sobre las mujeres, tratando de que cayeran al suelo junto a mí. Oí la ráfaga de un arma automática, el choque y el silbido de las balas, la maldición de un hombre y el grito de una mujer, pasos que corrían, silencio. Cuando Arlequín y yo conseguimos ponernos de nuevo en pie, la calle estaba desierta, pero Suzanne estaba de rodillas junto a Julie, que yacía entre los guijarros, gimiendo, con el vestido manchado de sangre.

A las seis de la mañana en el Hospital de Jesús Nazareno el cirujano nos dio su veredicto:

—Recibió dos balazos, señor Arlequín, uno en el muslo y el otro en la parte baja del abdomen. Afortunadamente, no hay daños en la columna vertebral, pero por dentro todo está hecho un desastre: el útero, el intestino, el tejido peritoneal. Hemos hecho lo que hemos podido por ahora. Si no se producen complicaciones, pondremos orden en todo lo demás más tarde. Me temo, no obstante, que no podrá tener más hijos… ¿Peligro? Sí, señor Arlequín, hay un peligro: el choque ha sido muy fuerte, hay un traumatismo generalizado y una hemorragia. Deberá quedar en observación durante los próximos días. Puede pasar a verla unos minutos, pero no le reconocerá…

Entró solo con Suzanne y yo me quedé esperando en el pasillo con un policía, un detective y un par de periodistas. Cuando salió, parecía petrificado, gris, hosco, despiadado. Cuando los periodistas le pidieron que hiciera una declaración, recitó con

voz monótona:

—Ustedes saben que se ha lanzado una opa por el control de mi banco. Saben que un hombre en Londres y una mujer en Nueva York han sido asesinados y que ambos estaban relacionados con Creative Systems Incorporated. Ahora les digo que este atentado contra nuestras vidas tiene relación con esos hechos… Pueden decir que no descansaré hasta que el hombre que ha ordenado todo esto sea llevado ante los tribunales. No tengo más comentarios que hacer en este momento.

El detective oyó las palabras y las pescó al vuelo, como un terrier. Arlequín le cortó en seco, con frialdad.

—¡Teniente! Hemos estado tres horas hablando con usted. Le hemos derivado a la policía suiza y a la Oficina Federal de Investigación. Aquí lo que tiene que buscar es un asesino a sueldo. El verdadero culpable no está a su alcance. No voy a decir su nombre porque no puedo probar nada. Traiga las declaraciones al hotel y las firmaremos. Le estoy agradecido por su ayuda pero, por Dios, ¡ahora déjennos en paz!

De vuelta en el hotel, nos hizo tomar el desayuno y nos pidió que estuviésemos listos para hablar con él dentro de una hora. Me quejé y Suzanne insistió en que él debía descansar un poco. Se negó. No nos dejaría descansar hasta que hiciésemos algunas cosas de suma importancia. Si necesitábamos estimulantes para tenernos en pie, buscaría un médico para que nos los suministrase. Era como un hombre al que hubiese poseído un demonio de invierno, frío y obstinado, sin compasión. Cuando regresamos a su habitación, ya estaba trabajando. Lo que nos pedía, lo que ya había empezado a hacer, me horrorizó.

—… Suzanne, este cablegrama, urgente, con mi clave personal, a todas las filiales. Cite textualmente. Mi esposa en estado crítico tras un intento de asesinato en Ciudad de México. Punto. Este intento tiene relación con las recientes actividades de Creative Systems Incorporated. Punto. Tienen orden de vender todas, repito, todas las acciones de Creative Systems y sus filiales que tengamos y las de nuestras cuentas discrecionales[17]. Punto. Continúen vendiendo sean cuales sean las pérdidas que se produzcan. Punto. Informarán de ello a todos nuestros clientes que no tienen cuentas discrecionales. Punto. El no cumplimiento de esta orden por cualquier motivo implicará el despido inmediato. Firmado George Arlequín. Presidente.

No podía contenerme. Exploté en protestas.

—George, ¡eso es una locura! ¡No puedes hacerlo!

—Ya lo he hecho, Paul. He enviado órdenes verbales a Londres, Ginebra, París y Nueva York. También se lo he dicho a Herbert Bachmann y a Karl Kruger, para que así tengan la oportunidad de protegerse a sí mismos. En cuanto a tus acciones, he dado orden a Ginebra de que venda. Te cubriré, personalmente, contra las posibles pérdidas.

—¡Por Dios, vas a arruinarte!

—Quizá… En este momento, Paul, no me importa. ¡Entiéndelo! ¡No me importa! Suzanne, otro cable para todos los accionistas minoritarios: las dos primeras frases, idénticas al anterior: «Mi esposa etc., etc…». Después, continúa, y cita textualmente: Yo les pido rechazar de plano la oferta de compra de Yanko o, como mínimo, retrasar su aceptación hasta que tengamos los resultados de las investigaciones policiales. Punto. No se puede descartar en este momento que el comprador esté implicado en actividades delictivas. Firmado George Arlequín.

—George, si envías ese cable, que hay que enviarlo, Yanko podrá denunciarte por libelo.

—¡Que me denuncie, Paul! Así que llama a Leah Klein y cuéntale exactamente lo que ha sucedido, exactamente lo que vamos a hacer. Cuando lo hayas hecho, llama a José Luis. Todavía no sabe nada o, de lo contrario, habría llamado ya. Dile que prepare el dinero y que venga aquí a verme a mediodía. ¡Después organiza una reunión con Aarón Bogdanovich tan pronto como te sea posible!

Era como ver a un hombre prepararse para el *sepuku*, yaciendo sobre un colchón rojo, colocando la navaja sobre la mesa, preparándose con deliberación ritual para clavársela en el vientre. Yo iba a ser el Kaishaku, el amigo que le cortase la cabeza cuando se clavase la navaja. No pensaba hacerlo. Hice un último y desesperado intento de razonar con él:

—¡George, te suplico que me escuches! Te debo mucho, pero tú también me debes algo. Te pido que me compenses. Quiero que me escuches con atención…

—Por favor, Suzanne, mecanografía esos cables. También nos podría ahorrar tiempo el que tú llamases a José Luis y a Pedro Gálvez. Cuéntale lo sucedido y pídele si podría ser tan amable de venir ahora —cuando Suzanne dejó la habitación, él se sumió en un rápido y tembloroso monólogo—. Paul, ¡es que no vas a decir nada! Lo sé. Podemos estar discutiendo hasta el día del juicio final. No cambiaré una palabra, ni un acto de lo que he propuesto. Crees que estoy desesperado, fuera de mí y lleno de ira. No lo estoy. Si Julie muere, yo mismo estaré muerto. La he amado de una manera que ni siquiera ella ha llegado a entender completamente. Si vive, seré como Lázaro, que vuelve de la muerte para ver como el mundo ha cambiado por completo y para siempre, a pesar de que ni una sola ramita, ni una piedra sean distintas. Ahora mismo no puedo hacer nada por Julie. ¡Nada! Ni siquiera sabe que la quiero. Los médicos la sondarán, las enfermeras la cuidarán. Después, si hay suerte, la podré coger de la mano y traerle flores… ¡Mientras Basil Yanko permanece sentado en Nueva York resolviendo una ecuación financiera a partir de todo esto! No dejaré que lo haga. No pienso dejar que crea ni un solo minuto más que puede hacerlo. Su mejor arma es el secreto y el miedo que el secreto engendra. ¡Se acabó! Voy a hacerle salir a la intemperie. Eso hará que mi ventaja se reduzca, sí, pero también me proporcionará

otra: yo puedo salir a la luz y él no. ¡En el mercado dirán que soy un tonto, un payaso! ¡Que lo digan! Sería aún más estúpido si no pudiera deshacerme de las cadenas con las que quieren atarme: posesión, prestigio y todo lo demás. Algo más, Paul, sólo una cosa más: quiero hacerte una advertencia. Si Julie muere, mataré a Basil Yanko. No quiero tenerte cerca si eso llega a ocurrir…

Después de eso, no me quedaba dónde sujetarme ni donde caerme, no había nada que valiera la pena decir. Suzanne volvió con los telegramas. Volví a mi habitación para llamar a Leah Klein y a Aarón Bogdanovich.

El desastre era la comida y la bebida de Leah Klein. Lamentaba, aunque tuvo el detalle de no decirlo, que no hubiese un cadáver. En cualquier caso, los datos médicos serían muy útiles. La operación de venta masiva de acciones daría para un buen artículo. Una amiga suya tenía algunas acciones y le agradecería la información para así tener la oportunidad de vender antes de que el pánico estallara. Haría lo que pudiera para disuadir a los compradores y hacer que el temor a Dios llegase a los corredores de bolsa. Cuando cité la frase de Arlequín sobre «actividades delictivas», de su garganta surgió una carcajada enorme.

—¿Se ha vuelto loco? —dijo—. Dígale que tiene compañía en Washington. También que he recibido la visita de uno de sus amigos, el señor Milo Frohm. Quería saber de dónde había sacado la información cosa que, por supuesto, no le dije. Nos mantenemos en contacto, señor Desmond. Lo está haciendo muy bien. Y recuerde: con una de mis exclusivas conseguirá más espacio en la prensa que los chicos de los cablegramas. Si la mujer fallece, quiero ser la primera en saberlo, ¿de acuerdo?

Aarón Bogdanovich ya se había enterado de todo. Mostró su pesar pero ningún sentimiento.

—Hice que uno de mis hombres les siguiera hasta el restaurante anoche. Mientras cenaban, hizo el camino dos veces. Dice que en ambos casos estaba limpio. Cuando salieron, les siguió de nuevo. Estaba muy cerca cuando ocurrió. No se dio a conocer porque, de haberlo hecho, le habrían interrogado. Sinceramente, no esperaba que tuviésemos problemas tan pronto.

Cuando le dije lo que Arlequín estaba haciendo, se interesó escasamente. Su principal preocupación era la seguridad de su propia operación. Se negó a cambiar la reunión que teníamos prevista: el horario era demasiado importante. Estaba enfadado e hice que lo supiera. Me recordó, con frialdad, que era yo quien había establecido las prioridades del contrato y que Arlequín las había aprobado. El coche nos recogería en el hotel a la nueve en punto, de no ser que la señora Arlequín falleciera en el transcurso de ese tiempo. Para tranquilizarme, tan sólo me dio un escueto aforismo:

—Puedo abrirle las puertas, señor Desmond, pero no puedo prometerle qué será lo que encontrará al otro lado. Estoy seguro de que el señor Arlequín lo entenderá.

Entonces o, más tarde, sería lo más cercano a una excusa que jamás hubiera

pronunciado.

Cuando regresé a la habitación de Arlequín, le encontré encerrado con un tipo al que no había visto nunca. Era más alto que yo y grueso como un árbol. Tenía una mata de pelo blanco, cejas muy pobladas y la tez del color de la madera envejecida, gastada por el tiempo. Llevaba un traje pasado de moda pero confeccionado por el mejor sastre. Llevaba una aguja con una esmeralda en la corbata y, en un dedo, un gran sello de jade azteca. Cualquiera que se lo encontrase moribundo y con un peto hubiera creído que se trataba de uno de los lugartenientes del propio Cortés. Arlequín me lo presentó como Pedro Gálvez. Nos sentamos y Gálvez continuó con lo que estaba diciendo:

—… Como decía: olvídense de la policía y de ese pistolero a sueldo. Puede que lo encuentren o no, lo más probable será que no. En una ciudad de las dimensiones de ésta con tantos inmigrantes, tantos ociosos, la mitad de la población masculina vive fuera de la ley. Cuando hablábamos ayer a la hora de comer, confieso que no tenía confianza en usted. Siempre me ha parecido demasiado blando, ¡demasiado civilizado! No digo que eso esté mal, sólo que aquí, en el Nuevo Mundo, no es suficiente. No se convierte a un rufián en un hombre honesto simplemente dándole una camisa y una corbata. Así que, cuando me dice que va a luchar y cómo va a hacerlo, ¡lo apruebo! Le apoyaré, aquí, como mínimo, donde el nombre de Gálvez significa algo. Ahora dígame qué necesita. Yo le diré lo que creo que necesita.

—Quiero traer a un hombre desde Los Ángeles a Ciudad de México.

—¿Quiere secuestrarlo?

—Lo que quiero es atraerle hasta Tijuana, hacer que cruce la frontera y traerlo hasta Ciudad de México. Si es necesario, estoy preparado para que sea arrestado en el momento en que ponga el pie en suelo mexicano, acusado de conspirar con intención de fraude. Preferiría, no obstante, hablar con él antes de que la policía le atrapase.

—Déjeme pensarlo. Todo es posible. ¿Qué más?

—Nuestro amigo José Luis. Me ha dicho que ha estado apostando.

—Bien… eso, quizá, se trate de un malentendido. Juega, sí. Apuesta a los caballos y a las cartas, a veces hace apuestas elevadas, pero no tiene problemas. Su padre le dejó rico. Todavía es rico, pero lleva una vida poco propia de un hombre que debe cuidar del dinero de los demás. Tiene extrañas amistades. Recuerda a los tipos que tenemos aquí: promotores, especuladores, operadores del dinero fácil. Los trata como a príncipes y los introduce donde no debería. A veces utiliza el nombre del banco para hacerlo. Usted no es ese tipo de persona ni yo tampoco. No lo apruebo. Puedo recomendarle como mínimo a tres personas que trabajarían mucho mejor para usted.

—Le necesito —dijo George Arlequín con firmeza—. Necesito que se mantenga leal y contento hasta que pueda ponerlo frente a Álex Duggan y consiga una

declaración firmada ante notario sin necesidad de presionarlo.

—¿Por qué no llevarlo a California y hacer que se enfrente a él allí?

—Porque allí no podemos recurrir contra Duggan y no hay forma de obligarle a que nos cuente lo que sabe.

—Creo, amigo —dijo Pedro Gálvez con perspicacia—, que tiene tantas dudas sobre José Luis como yo.

—Dudas, pero no certezas.

—Entonces déjeme ver si puedo averiguar algo. Mientras tanto, estoy de acuerdo: hay que mantenerle contento y confiado. En cuanto a lo de este Álex Duggan… —en su envejecido rostro se dibujó una sonrisa de malicioso divertimento—. …Una vez hubo un yanqui que me estafó veinte mil dólares y luego se fue a Florida para disfrutarlos. Le enviamos cien gramos de heroína por correo. Cuando tuvo que abrir el paquete en la aduana para que fuese inspeccionado… ¡ahí cayó! ¡El conejo puede cocinarse de muchas formas, no sólo estofado con pimientos rojos! —se volvió hacia mí, con genial y ligera condescendencia—. No dice nada, señor Desmond. ¿Acaso todo esto le molesta?

—Sí, me molesta, señor Gálvez.

—¿Por qué?

—Ayer, José Luis era un jugador. Hoy tiene una compañía vulgar. Es un cambio, si no una contradicción.

—Es una frase hecha —dijo George Arlequín con aspereza—, lo entiendo.

—Entonces ésa es la respuesta. Perdóneme, señor Gálvez.

—No hay nada que perdonar, señor Desmond. Cada uno de nosotros es víctima de su propia historia —se levantó, alisó las arrugas de su traje y su abrigo, y se dirigió a George Arlequín—. Bien, tengo que ponerme manos a la obra. Le ruego, querido amigo, que descanse un poco. He telefoneado al cardenal para encargar que se diga una novena de misas por la recuperación de su esposa. Ya sabe lo que dicen: «Dios cura y el médico pasa la factura». Pronto tendrá noticias mías.

Nada más salir de la habitación, llamó José Luis desde el vestíbulo. Arlequín se estaba balanceando sobre sus pies y, por esa razón, yo también. Suzy entró, pálida pero serena. Había llamado al hospital. Julie estaba todavía en la sala de recuperación postoperatoria; dada la naturaleza del problema, se encontraba relativamente bien. Acordamos que una vez hubiésemos despachado a José Luis, todos deberíamos dormir un poco.

Entró como un penitente, quejándose y auto flagelándose. Si por lo menos hubiese estado con nosotros anoche; si hubiese sabido la malicia que había en todo este asunto; si… Arlequín no estaba de humor para lamentaciones.

—¿Ha traído el dinero, José?

—Esta tarde lo entregarán del Banco Central.

—Tenemos que recogerlo a las nueve y media. He dado mi palabra: la policía no sabe nada de María Guzmán. De todos modos, tengo que conocer el resto de la historia. Este hombre que se hace llamar Peter Firmin, el que vino a revisar los ordenadores, ¿te entrevistaste personalmente con él?

—No. Esa semana estaba enfermo, con gripe. Cristóbal Enriques estaba a cargo de todo.

—¿Cómo admitió a un hombre con un nombre falso y documentos falsificados?

—Los documentos eran correctos. Está en el diario. Cristóbal llamó a la oficina de Creative Systems, que le dio la confirmación del nombre y del número de documento. Las fotografías coincidían. Tenemos una copia de la carta de presentación en los archivos.

—¿Le pidió Cristóbal el pasaporte?

—Las instrucciones de seguridad no especifican que haya que solicitarlo: la tarjeta de la empresa con fotografía y un número, además de la carta de presentación.

—Gracias, José. ¿Me proporcionará dos declaraciones ante notario, la suya y la de Cristóbal Enriques, que expliquen esos hechos? ¿Solicitará también a Creative Systems cómo es posible que un hombre que ellos identifican como Peter Firmin pueda convertirse en Álex Duggan cuando regresa a California?

Llegados a este punto, le interrumpí.

—Sugiero, George, que nos mantengamos lejos de Creative Systems.

Dudó un instante y luego asintió.

—Paul tiene razón, José. Consígame sólo las dos declaraciones ante notario.

—Será un placer. Estarán listas por la mañana. Por favor, ¿qué puedo hacer por usted?, ¿qué puedo hacer por su desgraciada esposa…?

—Rezar, quizás.

—¡Ay! ¡Si se pudiera creer en las plegarias!

—José, respóndame con sinceridad: ¿quién puede haber hecho algo así?

—No lo sé, George. Por dinero, por joyas… ¡Sí! Cuando un hombre está lo suficientemente hambriento o es lo suficientemente ambicioso, un asesinato es algo sencillo. Por venganza, por una afrenta a él mismo o a su esposa, ¡sí de nuevo! Pero esto… ¡No, no, no! Esto lo ha hecho un gánster. Creo que debe buscar fuera de México. ¿Qué ha dicho la policía?

—Están buscando a un hombre con una pistola.

—¡Es como buscar una aguja en un pajar! No le encontrarán.

—¿Tiene algún amigo que nos pudiera ayudar?

Por un momento pareció confundido. Después, como cayendo en la cuenta, sonrió apesadumbrado.

—¡Ah, mis malas compañías! Siento un cierto gusto por las malas compañías. Si hubiese vivido en mi familia quizá lo compartiría. Juego con ellos. Sorprendo a mis

amigos con ellos. A veces, como son listos y osados, también gano dinero con ellos. Pero no son gánsteres, George, amigo… ¡Claro que no! Ahora es usted el que ha de ser honesto conmigo. ¿Quiere que dimita? Puedo hacerlo hoy o mañana, cuando le vaya bien.

—Eso es muy generoso de su parte, José, pero le necesito, ahora más que nunca.

—Es un cumplido. Algún día se lo devolveré. ¿Cómo ha ido con Pedro Gálvez?

—Mejor de lo que esperaba. Nos queda tiempo para respirar.

—Es un poco raro: un buen amigo y un mal enemigo. Si me necesita, estaré en el banco y, por la tarde, en casa —hizo un mohín—, esta vez, solo. Empiezo a pensar que me he curado de la juventud. Ahora deben descansar. ¡Por favor!

Cuando salió de la habitación, Suzanne estaba al mando. No habría más charla, ni más visitas hasta las seis. Si llamaban del hospital, ella atendería el teléfono. Traía calmantes de la farmacia. Arlequín debía tomarse uno y dormir hasta que le llamasen. Asintió, cansado, y se fue a la cama. Miré el reloj. Eran las doce y media. Todos nosotros nos habíamos mantenido despiertos durante treinta horas.

Según bajábamos a nuestra planta, Suzanne empezó a temblar violentamente. La metí a toda prisa en el apartamento, hice que se sentase y le di una copa de licor. Al primer trago le dieron arcadas. Después corrió hacia su habitación y cerró la puerta de golpe. Yo me fui a la mía, me puse el pijama y la bata de estar en casa, me serví una copa bien cargada y volví para ver cómo estaba Suzanne. La encontré echada sobre la cama, despeinada, con la cara hundida y llorosa. Sabía cómo se sentía. Todo era un desastre, un montón de mentiras crueles y sangrientas, brutalidad y esperanzas perdidas. No podíamos ayudar a Julie; Arlequín había rechazado nuestra ayuda y se había retirado a la soledad del fanático. Con todo el amor del mundo nadie le podía alcanzar. No había nada que pudiese decir a Suzy, tan sólo las sencillas palabras que se le canturrean a un niño. No había nada que pudiera hacer excepto ser dulce con ella hasta que el dolor y el pánico hubieran pasado. Entonces regresé a mi habitación, donde dormí a rachas hasta que se puso el sol.

Por la tarde, Arlequín se fue solo a ver a Julie. Telefoneó para decir que ya estaba consciente, aunque muy débil, y que todo le dolía mucho a pesar de los fuertes calmantes que le suministraban. En la clínica le habían ofrecido una cama para pasar la noche, con el fin de que pudiera permanecer cerca de ella. Me pidió que le enviase un pijama, algunos artículos de higiene personal y una muda limpia. Por la mañana, debía sacar el dinero del banco y pasar a recogerle por el hospital, para así llegar a tiempo a nuestra cita con Bogdanovich. Suzanne se quedaría de vigía hasta que volviésemos. Si Julie empeoraba, yo debería acudir solo a la cita.

Algo más tarde, Saúl Wells llamó desde Los Ángeles. Había localizado a nuestro amigo, Álex Duggan, que vivía con cierta elegancia en un bloque de apartamentos en Olympic, con una bonita esposa y un hijo. Había un apartamento vacío en ese mismo

bloque; Saúl lo alquilaría para establecer su propia base. Cuidaría de que a Álex Duggan no le pasara nada. También tenía otras novedades. La prensa de la tarde y la televisión habían publicado la historia de Ciudad de México. Los periódicos de la mañana le darían una gran cobertura. La historia de Leah Klein se titulaba Fusiones y asesinatos. En Washington, en el Congreso, había surgido una pregunta acerca de la seguridad de los bancos de datos. Basil Yanko había declinado hacer comentario alguno. En Wall Street, el mercado estaba cayendo y los corredores de bolsa se movían con cautela. Esperaban a ver qué sucedía el martes… Todo bien. Se podían oír los truenos, pero todavía no había empezado a llover.

Después de eso, la noche era nuestra y deseábamos pasarla de manera segura. Nos sentamos en el bar para tomar unas margaritas y escuchar las conversaciones de los turistas. Cenamos en un rincón alejado y hablamos seriamente de George y Juliette, y del dudoso futuro que se presentaba frente a nosotros.

Suzy lo resumió, con melancolía.

—Todo ha cambiado, Paul. Ninguno de nosotros volverá a ser el mismo.

—Si Julie se recupera, cariño todos nos sentiremos mejor más rápidamente.

—¿Y si muere?

—Estaría perdido si supiera cómo manejar a George. ¿Sabrías hacerlo tú?

—Hubo un tiempo en que soñé que podría —las palabras surgían lentamente, extraídas de un pozo de tristeza—. Ahora sé que es imposible. Nunca antes había visto su lado oscuro. Julie sí. Quizá era eso lo que amaba de él y lo que más quería… Resulta gracioso pensar que siempre estuve tan segura de que no era mujer para George. Ahora sé que estaba equivocada y que todavía le quiero. Horrible, ¿verdad? Cuando todo esto acabe, creo que haré un cambio, antes de que sea demasiado tarde. ¿Me darías una buena recomendación, Paul?

—Te daré un trabajo si quieres venirte conmigo. Uno mucho mejor que el que tienes ahora.

—¿No estarás pensando también en dejarlo?

—No hay nada que dejar, cariño: no necesito una acción ni un empleador atractivo. Estoy cansado de este negocio y de los desgraciados que lo infestan, yo incluido; pero no puedo dejarlo hasta que George no haya pasado este momento difícil y esté de nuevo en el prado…

—Eso si puedes llevarle hasta allí.

—¿Confías en mí, Suzy?

—Sabes que sí. Nunca me has herido, Paul. Podrías haberlo hecho, pero no lo hiciste. ¿Por qué me lo preguntas?

—Algún día, y si llega, será pronto, tendré que pedirte que me apoyes en contra de George, no por mí, por él. ¿Lo harías?

—Primero tendría que saber por qué.

—Puede que intente asesinar a Basil Yanko.

No pareció sorprenderse. Se quedó en silencio durante un rato y luego dijo, tranquilamente:

—Eso era lo que quería decir, que ninguno de nosotros sería el mismo… Sí, Paul, haré lo que me pidas. Ahora, por favor, invítame a un brandy y cambiemos de tema.

El resto del tiempo hablamos de asuntos sin importancia: generalidades y tópicos. Estuvimos sentados hasta tarde y bebimos demasiado, y al final estábamos completamente ebrios. Cuando subimos arriba y la sujeté para darle un beso de buenas noches, me dijo, simplemente:

—Por favor, Paul, quédate conmigo. Esta noche no podría soportar quedarme sola.

Lo triste era que yo quería estar a solas y me daba vergüenza decírselo. Nuestro amor fue cálido: ella no veía los fantasmas que nos acechaban en los rincones oscuros de la habitación. Después, se quedó dormida con la cabeza apoyada en mi hombro: la arropé y permanecimos juntos, toda la noche: dos solitarios, acurrucados como bebés en un bosque oscuro.

Capítulo 7

A las nueve de la mañana, puntual como la muerte, la limusina llegó al hotel. Suzanne y yo nos fuimos al banco, y recogimos la saca de lona que contenía el cuarto de millón de dólares. A las nueve y media llegamos al hospital. George Arlequín nos esperaba en la puerta. Sus noticias no eran ni buenas ni malas. Julie iba aguantando. Había algo de infección postoperatoria. Los médicos confiaban en mantenerla controlada. El cirujano no estaba descontento. Había una habitación donde Suzanne podría descansar y leer. Si Julie se despertaba, podría verla durante unos instantes. Salimos del complejo hospitalario abriéndonos camino entre el ruido de los coches y dirigiéndonos hacia el norte por la avenida de los Insurgentes.

Nuestro chofer era un hombre de edad, taciturno, con la tez oscura típica de un indio. De todos modos, consintió en informarnos de que nuestro destino estaba a unos dieciséis kilómetros alrededor de Tula y que, en el camino, veríamos algunos de los monumentos más antiguos; las serpientes emplumadas de Tenayuca, la pirámide de Santa Cecilia y la procesión de los Jaguares. En otro tiempo, Arlequín hubiera insistido en verlos al detalle, pero ahora permanecía sentado, ciego y mudo, en un extremo del asiento, sin pedir nada excepto un viaje rápido y un despacho de nuestros asuntos lo más breve posible. Traté de que se interesase por lo que veíamos, pero no me hizo caso. Cuando le hablé de mi conversación con Saúl Wells, gruñó su aprobación y se quedó de nuevo en silencio. Sólo cuando le pregunté acerca de Juliette mostró algún interés.

—… Parecía tan pálida y tan pequeña, como si fuera una muñeca de cera. Casi no me atrevía a tocarla. La están alimentando artificialmente, pero se queja de que tiene la boca seca… Ha preguntado por ti, Paul. Le dije que vendrías cuando estuviese más fuerte. También está preocupada por el niño. Me preguntaba si deberíamos hacer que la niñera que lo cuida lo trajese. El médico lo desaconseja… El personal es muy amable. Vienen cada media hora. He estado sentado a su lado casi toda la noche. Me sentía bastante inútil, pero así, cuando se despertase, podría tocar mi mano… Ha venido un cura, uno muy joven. Quería darle una bendición. Le dije que éramos calvinistas. Me respondió que eran los hombres los que hacían listas y distinciones… Le dejé que pusiera las manos sobre ella… Todo muy primitivo pero, al final, pareció como si la aliviase un poco… ¡Por Dios! ¡Por qué la vida tiene que ser una blasfemia!

Me hubiese gustado podérselo decir, pero me faltaban la inteligencia y las palabras para hacerlo. Su cara se endureció de nuevo y se sumergió, pensativo, en su silencio.

Después de Tula subimos hacia el noroeste, por el flanco de una sierra escarpada y a través de un desfiladero que se abría en una amplia llanura circular, el cráter de un volcán apagado. En el centro de la llanura había un lago, rodeado por una pantanosa

franja de juncos, a partir de la cual la tierra subía hasta los pastos verdes y las terrazas donde se sembraban maíz y verduras. Contra el borde más alejado del cráter se situaba la hacienda, un edificio bajo y alargado de piedra tallada, con jardines de flores y parterres de césped en la parte delantera. A cada lado se situaban las dependencias y las viviendas de los campesinos, así como los establos y los corrales para las ovejas y demás animales. Tenía un aspecto de riqueza y privacidad, un aspecto feudal, como un antiguo ducado que hubiese sobrevivido a las revoluciones y que continuase ignorando a los demócratas.

Aarón Bogdanovich nos estaba esperando en la entrada de la casa. Nos saludó y preguntó, solícito, por Julie. Después nos acompañó hasta una sala más grande, con el suelo embaldosado y una chimenea de piedra, alfombras de colores y pesado mobiliario de estilo colonial español. Destacó de la decoración algunas piezas muy especiales de los toltecas y ordenó a un sirviente que nos trajese un café. Explicó vagamente que el lugar pertenecía a unos amigos de unos amigos diplomáticos. Me di cuenta, igual que me la había dado en Nueva York, de que se dirigía a Arlequín con deferencia y respeto. Cuando llegó el café, se situó junto a la chimenea y explicó cuál era la misión del día.

—… Van a conocer a un hombre que, en muchos aspectos, se me parece. Es decir, que tiene el asesinato como profesión. La diferencia entre ambos no es grande. Yo he recibido una educación mejor. Él es un pícaro inteligente. Yo soy un patriota. Él no es más que un mercenario. Ahora, cuando le vean, creerán que está perfectamente lúcido, pero en realidad está muy desorientado debido a la fuerte sedación que le ha sido suministrada, a la privación sensorial y a procedimientos sugestivos. Todavía no puede distinguir entre lo que es real y lo que no. Usted, señor Arlequín, confirmará la ilusión. Debe hacer como que viene a contratar sus servicios para matar a un hombre en Nueva York. Está dispuesto a doblar el precio que le pida, pero primero debe conocer cuáles son sus credenciales. Yo moderaré la discusión. Cuando le haga una señal, usted le preguntará. Usted, señor Desmond, permanecerá en silencio a no ser que yo le indique lo contrario. ¿Alguna pregunta, señor Arlequín?

—¿Vamos a vernos cara a cara?

—Sí.

—¿No es peligroso?

—Debe aceptar mi palabra de que no lo es.

—Ha hablado de «privación sensorial.» ¿Sabe lo que le ha ocurrido?

—Sólo en parte… Deje que le explique. Le recogimos en el aeropuerto, como si fuésemos amigos, y le trajimos aquí para tener esta reunión. Lo aceptó. Le drogamos durante la comida. Cuando se despertó, estaba suspendido en el aire, aislado, en un sótano y con una caperuza negra en la cabeza. No se oía nada, no había cambios de temperatura. En cuanto se movía, giraba en el vacío. El resultado es la desorientación

rápida. Se le sedó de nuevo y se le alimentó con suero. Al despertar, estaba de nuevo suspendido en la oscuridad, pero esta vez podía oír sonidos cacofónicos y notas de alta frecuencia, entremezclados con palabras y frases. El resultado es la alucinación profunda. Esta mañana se ha despertado en su habitación, atendido por una bonita enfermera, que le ha explicado que había sufrido una fiebre endémica muy virulenta. Cree que ha estado delirando pero que, con la ayuda de estimulantes, está lo suficientemente bien para poder recibir a unos clientes… Ése es, en resumen, aunque no en detalle, el refinamiento en que consiste la tortura moderna. Se puede entrenar a alguien para que la resista durante un período de tiempo muy limitado. Tony Tesoriero nunca ha recibido ese tipo de entrenamiento. Creemos que está suficientemente preparado para acudir a esta reunión. Si no lo está, entonces tengo otras medidas a las que recurrir. Si siente escrúpulos, recuerde cómo se gana la vida y, por cierto, se la gana muy bien como podrán comprobar. Por favor, caballeros, esperen aquí un momento.

Estuvo ausente durante unos diez minutos. George Arlequín se sentó, plácido y con expresión impasible, mirando la leña que se amontonaba en la chimenea. Me dirigí a la puerta y me quedé mirando hacia fuera para ver cómo la pradera verde descendía hasta el otro borde de la cuenca, oscura contra el pálido sol del mediodía.

Detrás de mí, Arlequín dijo:

—No tienes que quedarte, Paul. Nada de todo esto me impresiona.

Yo sí que estaba impresionado, pero era lo suficientemente cobarde como para guardarme para mí lo que sentía. Le había metido en este camino hacia el infierno y, como mínimo, tenía que hacerle compañía y tratar de sacarle de aquí siendo todavía un ser humano. El miedo que de verdad sentía entonces era que estuviéramos, por consentimiento mutuo y tras hacer una deliberación inteligente, empeñados en la destrucción y fragmentación de otro ser humano. Por más degradado que estuviera, por más brutal que fuera, era un hombre, nacido de una mujer, que había mamado de su pecho y que un día había sido presentado ante la tribu como promesa de continuidad.

Cuanto Tony Tesoriero entró del brazo de su enfermera, con Aarón Bogdanovich, su anfitrión y patrón, no me pareció en absoluto brutal. Debía tener unos treinta y cinco años, delgado, de huesos pequeños, con esa especie de oscura gracia aquilina que se ve en los albaneses de Puglia y Sicilia. Tenía los ojos hinchados y abotargados, se movía con torpeza y su voz resultaba imprecisa, como si la lengua fuese demasiado grande y no le cupiese en la boca. Tenía acento de Brooklyn y Little Italy. Se sentó pesadamente. La enfermera se situó detrás de él. Aarón Bogdanovich se apoyó contra la repisa de piedra de la chimenea, jugueteando con una figurilla tolteca que representaba un jaguar. Bien podría haber sido el presidente de una institución caritativa hablando sobre lo que se organizaba para la feria del domingo:

—… Tony, estos caballeros son los que quieren contratarte. Señores, éste es Tony Tesoriero. Ha estado enfermo en los últimos días… alguna picadura. Hemos encontrado los pinchazos en sus brazos que prueban que le ha picado algún insecto. En cualquier caso, en un par de días, se habrá recuperado completamente. Ahora, Tony, para empezar, aquí está el dinero…

—¿Cuánto?

—Muéstrenle el dinero, por favor.

Arlequín abrió la saca de lona y tiró los fajos de billetes sobre el suelo embaldosado.

—Ahora, señor Tesoriero, tengo algunas preguntas —dijo.

—Llámeme Tony. Todo el mundo lo hace. ¿Qué preguntas quiere hacerme?

—Quiero eliminar a un hombre en Nueva York. ¿Puede hacerlo?

Tony hizo un gesto como de tolerancia y diversión.

—Usted paga y yo cumplo. Ése es el acuerdo.

—¿Puede garantizarme el resultado?

—Es mi trabajo. Hasta ahora he dado veintitrés golpes, todos limpios.

—¿Cuál es el precio?

—Entre veinte y cincuenta de los grandes, más gastos. También debe pagar el seguro.

—¿Qué significa eso?

—Si me pillan, usted pagará a los abogados y trescientos a la semana a mi chica mientras esté dentro, si tengo que quedarme ahí.

—¿Y cómo puedo saber que no dirá nada?

—Si hablase, usted haría que me matasen, así que no hablaré. Si no lo supiera no me habría buscado, ¿verdad? —se le trabaron las últimas palabras y una mirada de perplejidad asomó en sus ojos inciertos—. Eso es… Eso es lo que quiero saber. ¿Quién le puso en contacto conmigo?

Aarón Bogdanovich sonrió pacientemente.

—Ya te lo dije Tony… El trabajo de la Hallstrom, la mujer de Nueva York.

—Ah, sí… sí. Bonita rubia. Todo se organizó en Ciudad de México… ¿Cuál era el nombre del tipo?

—Basil Yanko.

—¡No… No! No era ése… Mexicano… Dime, ¿cómo le conoces si no sabes cuál es su nombre?

—Nosotros sí lo sabemos, Tony —Bogdanovich era la amabilidad personificada —. Te lo acabamos de decir. Estamos tratando de averiguar si estás tan lúcido como dices.

Tony parecía confundido y hostil, como un boxeador aturdido.

—¿Qué ha querido decir con eso de «lúcido»? He aceptado el contrato. Cobré

treinta de los grandes. Hice el trabajo. ¿Acaso eso me convierte en un idiota o qué?

—Acabas de dar prueba de ello Tony. El precio por ese contrato era de cincuenta. Lo sé porque Basil Yanko me lo dijo. Me parece que te han estafado en veinte… A Yanko tampoco le va a hacer gracia…

—*Porca madonna!* ¡Después de todos estos años y estafan a Tony Tesoriero! Está bien, en cuanto salga de aquí, tengo un asunto personal que atender.

—No si quieres este trabajo, Tony —Bogdanovich parecía un maestro de escuela con un alumno nervioso—. Mis amigos quieren un golpe limpio, sin riesgos, y tú te llevarás sesenta de los grandes.

—¡Pero que me estafen en veinte mil! ¡No hay derecho!

—Por eso nos preguntamos en qué fallaste, Tony —Aarón Bogdanovich lo explicó pacientemente—. Se entregaron cincuenta de los grandes, llegados desde Nueva York, a un tipo en Ciudad de México. Le conocemos. Es un estrecho colaborador. Pero, quizá, el contrato haya pasado a otro y ese otro se lo haya quedado… Eso es lo que tratamos de averiguar.

Resultaba doloroso observarle tratando de buscar en su memoria, entre impresiones, todo mezclado en su cerebro. Empezó a razonar, lentamente, contando con los dedos de la mano.

—De acuerdo, empecemos de nuevo. Un tipo en Miami me dijo que tenía un amigo en Ciudad de México que quería hablar de negocios, igual que ustedes. Acudí a la cita. Nos vimos. Acepté el trabajo. Me pagó y no necesité reunirme con dos tipos. Sólo vi a uno. Es mayor y parece un don de la mafia: tiene el pelo blanco y lleva un anillo verde y, ¡ah, sí!, recuerdo que llevaba una aguja de corbata con una esmeralda tan grande como una nuez. El nombre de ese tipo es Pedro Gálvez, el mismo nombre que el de Miami. ¿Es ése del que están hablando?

—El mismo —no parecía haber ni un solo toque de sentimiento en lo que Arlequín decía—, Pedro Gálvez.

—¿Es amigo suyo?

—Ya no, Tony…

—Entonces, ¿cómo voy a recuperar mi dinero?

—Acepte mi oferta —dijo George Arlequín— y yo haré que lo recupere.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Sesenta mil más gastos y el seguro. Ya hablaremos de los detalles mañana, cuando esté más lúcido y mejor. Aquí está el dinero —se inclinó para contar los fajos y los empujó con los pies por el suelo—. Cuando regrese mañana, le traeré sus veinte, pero necesito que me haga un recibo.

—¿Qué clase de recibo?

—Verá, algo muy simple… Para Pedro Gálvez. Basil Yanko le dio cincuenta mil dólares para que me pagase por el trabajo de Valerie Hallstrom. Todavía me debe

veinte mil. Déselos al hombre que le lleva esta carta. Si no lo hace, los cobraré yo mismo… Luego, lo firma. ¿Cómo le suena?

—Genial, simplemente genial.

Aarón Bogdanovich le ayudó a levantarse de la silla, le acercó al escritorio y se quedó de pie, junto a él, mientras escribía el mensaje lenta y laboriosamente, como si la suya fuera la mano de un niño.

Entonces Bogdanovich lo metió en un sobre y lo cerró, para luego entregárselo a George Arlequín.

—¿Satisfecho, Tony? —preguntó.

—Del todo.

—¿No hay nada más que quieras saber?

—Nada.

—Tony, ahora deberías descansar. Éste es un trabajo importante y mañana tienes que estar bien. Además, es la hora de la siguiente inyección, ¿verdad?

—¡Por Dios! Debo parecer un alfiletero.

—Ésta será la última, Tony —le dijo amablemente la enfermera.

—¡De acuerdo! Hasta mañana entonces.

Se agachó para recoger los fajos de billetes y se los metió por dentro de la camisa, al tiempo que bromeaba con torpeza sobre lo que hacían mejorar su figura. Después, cloqueando y mascullando, salió del brazo de la enfermera arrastrando los pies. Arlequín se volvió hacia Aarón Bogdanovich.

—¿Qué le va a pasar ahora? —preguntó.

—Lo que ha oído, amigo. Le van a poner la última inyección: una burbuja de aire en vena. Cuando le llegue al corazón, morirá.

No pude evitar un grito de horror. Bogdanovich se volvió en redondo para mirarme a la cara.

—¿Escandalizado, señor Desmond? Le ha oído decir que ha matado a veintitrés personas. ¿Cree que podría denunciarle sólo con lo que ha oído en esta habitación? ¡Nunca!… Además, hay algo que usted no sabe. Valerie Hallstrom era una de mis agentes. Yo la entrené. Yo la situé. Tony Tesoriero la asesinó. Una vida por otra. Esa es la ley. Ya lo sabía cuando empezó —se volvió hacia George Arlequín—. ¿Quién es ese Pedro Gálvez?

—Un amigo. Uno de mis accionistas.

—¿Cuánto sabe de su negocio?

—Demasiado. Le hablé de Álex Duggan.

—¡Vaya! Son malas noticias.

—Mi esposa es también una de sus víctimas.

—Podemos eliminarlo, pero perderíamos un nexo de unión en la cadena de pruebas. Déjeme pensar sobre ello.

—Quisiera enviarle un regalo.

—¿Qué clase de regalo, señor Arlequín?

—El cuerpo de Tony Tesoriero. ¿Cree que podría hacerlo?

—Podría, pero no lo haré —repuso Bogdanovich con énfasis—. Cuénteme algo más sobre Pedro Gálvez…

—Vieja familia, dinero de la minería, arrogante y poderoso…

—¿Pero no es un loco ni un estúpido?

—No.

—Entonces, ¿por qué contrata asesinos a sueldo, y no para él, sino para Basil Yanko?

—Necesita millones para fondos de desarrollo: dinero para operaciones de alto riesgo y dinero a largo plazo; ambos difíciles de conseguir y, a los tipos de interés actual, caros. Supongo que Yanko debió prometerle fondos del petróleo una vez hubiese conseguido controlar nuestro negocio…

—Lo que todavía no explica, señor Arlequín, por qué un viejo aristócrata como Pedro Gálvez se sentaría en la misma sala que Tony Tesoriero.

—Oh, eso es muy fácil —la cara de Arlequín se contrajo en una mueca, burlándose de sí mismo—. Le resultaría tan atractivo como a mí. Hay algo de exótico en tener un verdugo particular… Es un privilegio de reyes —removió la pila de fajos de billetes con la punta del zapato—. Un montón de papel compra la muerte de un hombre.

—Lo que no puede comprar a nadie —dijo Aarón Bogdanovich— es la postergación de la propia.

George Arlequín digirió lentamente la idea. No daba señal alguna que permitiera decir si le parecía amarga o dulce.

—Si ha sido Gálvez, ¿por qué daría su verdadero nombre? —preguntó.

Bogdanovich sonrió levemente.

—Olvida, señor Arlequín, que se trata de una relación profesional, lo que implica asegurarse. Hay que saber si va a haber dinero para pagar la póliza.

—¿Hay algún teléfono en la casa? —preguntó George Arlequín—. Me gustaría llamar al hospital.

—Allí en el rincón. No es una línea muy buena. Debe tener paciencia.

Mientras llamaba por teléfono, Bogdanovich y yo salimos y empezamos a pasear por el patio.

—Gálvez ha sido una sorpresa desagradable —dijo Bogdanovich—. También es una amenaza para Álex Duggan, que ahora resulta ser muy importante. Tenemos que decidir qué vamos a hacer con él.

—No creo que Arlequín esté para decidir nada.

—No estoy de acuerdo, señor Desmond. Si hablamos de moral, por supuesto, está

trabajando en un sistema de valores completamente nuevo para él. Si hablamos de su capacidad para planear y ejecutar una estrategia, creo que es bastante mayor, porque no se haya limitada por consideraciones morales. Naturalmente, eso es algo que a usted le perturba. Su problema, señor Desmond, es que usted es un hombre confundido, atontado, que cree a medias y que a medias niega, el eterno indeciso. Su amigo, Arlequín, no se le parece en nada. Se agarra a la vida o a la muerte con las dos manos. No obstante, comprendo sus dudas. Acepto estar condenado a la futilidad. Arlequín se condenará por un objetivo. Cuando lo haya cumplido y vea la futilidad… ¿entonces qué? Eso es lo que usted se pregunta, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—No tengo la respuesta, señor Desmond. Ni tampoco necesito tener una. Igual que Tony, acepto el contrato, lo ejecuto y me preparo para el siguiente… Ah, ¿señor Arlequín? ¿Ha conseguido llamar?

George Arlequín estaba en el umbral de la puerta, pálido, con los ojos en blanco.

—Sí, lo he conseguido. Julie ha muerto hace quince minutos. Dicen que ha sido una embolia.

Aarón Bogdanovich me puso su férrea mano sobre el brazo y masculló:

—Llléveselo de vuelta a la ciudad. Le llamaré. ¡No puedo manejar a un marido en duelo!

Tengo que confesar ahora que yo era el que estaba de duelo. Al lado de la cama, lloré sin sentir vergüenza. Me arrodillé y besé sus fríos labios. Le dije adiós y murmuré una plegaria. Arlequín se mantuvo en pie, rígido, distante y sin derramar una sola lágrima, esperando hasta que yo pudiese marcharme. Lo que pasase entre ellos después, tanto si desvarió como si lloró, no lo sé y, por un instante, tampoco me importaba. Era muy extraño. La suya era la gran muerte. La que yo sentía era otra más pequeña, la separación, lo tremendo del nunca jamás, de lo nunca disfrutado, la esperanza por siempre incumplida y, aún así —los muertos tienen la suerte de que nunca se enteran— también el alivio al saber que no iba a sufrir más. Me había librado de una esclavitud que había durado demasiado, de una tentación que cada vez me resultaba más difícil contener según pasaban los años. Por fin era libre, aunque fuera en un desierto frío y estéril, era libre.

Mientras esperábamos a Arlequín, Suzy y yo nos sentamos juntos, charlando de cosas vacías, de lo que siempre se habla cuando muere alguien.

—… Espero que la entierre aquí. De lo contrario, va a ser largo y engorroso. Vamos a necesitar una empresa funeraria, Paul. ¿Podrás encargarte tú? He pedido calmantes al doctor. George los va a necesitar esta noche. Te quedarás en su habitación, ¿verdad, Paul? Lo haría yo, de corazón, pero no estaría bien… Quizá esté preparado para acabar con esto de una vez; poner fin a todo este sórdido asunto y

volver a casa. Pronto llegará el verano. Podrías llevártelo en tu barco… Tengo que empaquetar su ropa. Sería terrible para él tener que hacerlo… ¡Vaya, Paul, me da tanta pena por él…!

Yo no podía sentir pena de él. Le odiaba. Me sentía tentado de decirle que ahora tenía otro cadáver que dejar a la puerta de la casa de Gálvez. ¿Por qué no? Una muerte se parece a otra. Las flores crecerían de la boca de Tony Tesoriero igual que la matriz de Juliette Gerard. Me odiaba todo el tiempo por ser el bravo guerrero con trompeta de latón que convocaba a los héroes a la lucha y que luego toca sobre los cadáveres de los vencidos para alejar a los buitres de sus restos.

Suzanne me cogió la mano derecha y la sujetó entre las suyas.

—¡Por favor… Paul! No te culpes. Tampoco culpes a George. Sólo podemos hacer el camino que vemos a nuestros pies. ¡Por favor, *chéri*…!

Mucho tiempo después George Arlequín vino donde estábamos nosotros. Ahora estaba tranquilo, llano y vacío como un lago bajo la luna. Nos dio las gracias a ambos, de su parte y de la de Juliette. Había tomado las decisiones más inmediatas.

—La enterraremos aquí, Paul. ¿Por favor, te encargarás de que todo se haga de la mejor manera posible? Debería celebrarse un servicio religioso. Tenemos que informar al embajador de Suiza, a José Luis, a Pedro Gálvez y su familia, y a los empleados del banco. Suzy, por favor, envía un cablegrama a todas nuestras oficinas para que cierren un día, y pide a los directores de cada una de ellas que pongan una esquela en los periódicos. Ya he hablado con sus padres. Después…

—Déjalo ahora, George.

—Lo que tú digas, Paul.

—Llamaré a un taxi —dijo Suzanne.

—Yo volveré a pie.

—Caminaremos contigo.

—No, gracias, Paul. Prefiero estar solo.

—George, ¿de verdad quieres que Gálvez venga al funeral?

—¡Claro que sí! Es un amigo. Pidió al cardenal que dijera varias misas por la recuperación de Julie.

Si se puede elegir, cosa bastante difícil en años de asesinos, por favor, hay que evitar morir violentamente en una ciudad latinoamericana. El papeleo que hay que hacer para demostrar que existes es descomunal y, mientras, estarás en el limbo hasta que se hayan rellenado todos y cada uno de los formularios requeridos. Me vi forzado a abdicar de la labor de gestión del óbito de Julie y dejárselo a José Luis Miramón de Velasco, que lo aceptó como una obligación sagrada y como lo mínimo que podía hacer para enmendarse por sus pequeñas fechorías. Lo único que necesitaba eran las firmas de Arlequín. Por lo demás, se aseguraría de que la señora tuviera una ceremonia digna y un lugar de descanso tranquilo, cerca del de su propia familia…

Entonces el mundo volvió a invadirnos. Había un montón de cablegramas y una lista de llamadas de casi un metro de largo. Los directores de las distintas filiales de nuestro banco estaban horrorizados. El mercado estaba conmocionado. La prensa pedía comentarios y aclaraciones. Todo el mundo quería saber si George Arlequín era un genio de las finanzas o simplemente un loco sin madre. Mientras Suzanne se ocupaba de los cablegramas, yo batallaba con los operadores y marcaba números, teniendo en cuenta las diferencias horarias, para devolver las llamadas más importantes. En Nueva York la tarde dejaba paso a la noche. En Londres era la hora de la cena. En Europa era el momento de tomar un café o un brandy y ver las noticias del día en la televisión, mientras subía el coste de la vida y las probabilidades de sobrevivir decentemente se reducían más y más. Acababa de colgar el teléfono por décima vez cuando Suzanne vino con un cablegrama: Creo que me necesitan… Milo Frohm.

Llamé a Aarón Bogdanovich y se lo leí. Su comentario fue tan seco como un montón de hojas marchitas:

—Si le necesita, llámele. La cuestión es cuánto le va a contar.

—¿Eso es todo?

—Mañana salgo para Nueva York.

—Aquí queda algo por hacer.

—Lo haremos en Nueva York. Llámeme cuando esté allí.

Lo que dejaba sin respuesta la cuestión de Milo Frohm. En un primer momento pensé en retrasarlo hasta que Arlequín pudiese contestar, pero luego pensé en llamar a Washington y ver con qué reglas básicas estaba pensando jugar Milo Frohm. Si eran flexibles, podríamos cooperar. Si quería ser el amable policía del vecindario, no había nada que hacer. No tenía nada en contra de los policías, y menos en contra de los que eran amables; el único problema estaba en que ellos pretendían poca cosa: ley, orden y dormir tranquilos por la noche, lo que dejaba muchas causas en disputa y todo un pozo negro lleno de injusticia que apestaba bajo el sol.

Milo Frohm estaba encantado de tener noticias mías. Le di las gracias por su cable pero le indiqué que era difícil hablar por teléfono de nuestros asuntos. Después de lo que había leído en la prensa, pensó que exageraba. Todo el asunto no habría sido más público si lo hubiésemos tratado frente a las cámaras de televisión. Un rumor bien fundado decía que estábamos a punto de que nos pusieran una denuncia hasta por la camisa. Le dije que lo esperábamos y, es más, que lo deseábamos. Entonces le conté lo de la muerte de Julie.

Durante un buen rato reinó el silencio en la línea, hasta que dijo:

—¿Cómo se lo está tomando el señor Arlequín?

—Bíblicamente.

—¿Según el Antiguo o el Nuevo Testamento?

—Según el Antiguo…

—¿Y usted cómo se siente, señor Desmond?

—Me gustaría jugar según las reglas pero, me temo que, si lo hacemos, los cuervos nos devorarán.

—Suponga que pudiésemos cambiar un poco las reglas…

—Tiene que ser más que suponer…

—Entonces las cambiamos.

—¿Está grabando la conversación?

—Desde el principio…

—Entonces ahí va. Valerie Hallstrom fue asesinada por un pistolero llamado Tony Tesoriero, ahora muerto. Le contrató un hombre llamado Pedro Gálvez, un nombre importante en Ciudad de México, que está relacionado con nuestra empresa y con Basil Yanko. Como prueba, tenemos una carta firmada por Tony Tesoriero. No valdría nada para un tribunal pero sí para usted. Sabemos, aunque no tenemos pruebas, que Gálvez fue también responsable del asesinato de la señora Arlequín. Lo siguiente, los fraudes en nuestro banco, en la filial de Ciudad de México, los cometió una mujer, María Guzmán, pagada por un tal Alexander Duggan que trabaja para Creative Systems en Los Ángeles, California. Sobre esto último tenemos una declaración firmada ante notario y algunas fotografías que lo identifican, también pasadas por el notario. Gálvez fue informado de que conocíamos a Duggan. Saúl Wells le está vigilando en estos momentos. Su dirección es la siguiente…

Cuando acabé, Milo Frohm me preguntó:

—¿Han contado algo de todo esto a las autoridades mexicanas?

—No.

—¿Por qué?

—Ofrecimos inmunidad a María Guzmán. Duggan está fuera de esta jurisdicción y el resto es un testimonio de oídas de un hombre muerto.

—Gracias, señor Desmond. ¿Cuándo va a regresar a los Estados Unidos?

—Eso depende de Arlequín. Seguramente poco después del funeral…

—Me gustaría conocer su plan de viaje en cuanto lo tenga todo listo. Estar con ustedes es peligroso. Tenemos que proteger a los que viajen con ustedes.

Me pareció que bromeaba e hice un comentario fuera de lugar. Entonces me di cuenta de que estaba hablando en serio:

—La política y el dinero son una mezcla explosiva, señor Desmond. Si los mezcla con el petróleo, entonces conseguirá una gran hoguera. Por favor, haga lo que le digo.

Como mínimo fue honesto. Podía cambiar las reglas, pero no los hechos fundamentales de la vida en este año de dudosa gracia: no había fortaleza que resistiera el dinero, que medio kilo de explosivo plástico podía hacer volar por los aires un avión en pleno vuelo, que unos pocos desesperados podían poner en jaque a

toda una nación. Todo esto nos llevaba de vuelta rápidamente a tiempos pasados más oscuros, en que reinaban la justicia sumaria y la ley del talión, al privilegio regio del verdugo propio…

Como si me hubiera leído el pensamiento, Suzanne vino y me puso los brazos alrededor del cuello, dejando caer su mejilla junto a la mía.

—Ya es suficiente, Paul… También necesitas un tiempo para el duelo.

—¡Menuda gracia! No sé cómo sentir el duelo. Simplemente hay un espacio vacío, como si alguien se hubiese llevado un cuadro de la pared… ¿Ha vuelto George?

—Sí, acaba de llegar. Le he llamado a su habitación. Está descansando. Todavía no quiere ver a nadie. He desconectado su teléfono y he pedido que me pasen sus llamadas.

—Estallará pronto, Suzy.

—No, Paul —movió la cabeza con énfasis—. Recuerdo algo que mi padre solía decirme: *Der größte Hass ist still*… El odio más grande es silencioso. Ahora mismo, George odia a alguien. Lo hemos perdido, está muy lejos.

—Tranquilízate, amor. La gente se cansa de odiar.

—Es algo que dura más que el amor, Paul.

—¿Crees que un whisky podría ser de ayuda?

—Puede. ¡Vaya, *chéri*! Abrázame. Tengo mucho miedo.

Mientras preparaba las copas, algo me golpeó como un martillazo. Una vez, en un lejano ayer, nuestra preocupación se centraba en un poderoso hechicero, Basil Yanko; ahora en cambio nos asustaba más George Arlequín, que había sucumbido a sus hechizos y yacía en una habitación a oscuras, con una astilla de hielo clavada en el corazón. Como no podía afrontar la verdad, me refugié en lugares comunes. Estábamos metidos a medias en uno de esos diálogos absurdos y consoladores, relativos al amor y a la piedad, y como, si se entendía todo, casi todo se podía perdonar, cuando sonó el teléfono y desde la recepción anunciaron que el señor Pedro Gálvez quería ver al señor George Arlequín. Suzanne —¡Dios bendiga sus sobrias maneras suizas!— le pidió que esperase un poco mientras yo hablaba con Arlequín por el teléfono de la habitación. Me esperaba un arranque de cólera o una sombría desesperación, pero en lugar de eso, me pidió que se diese la bienvenida a nuestro huésped con cortesía, se le ofreciese una bebida y se le rogase que esperase unos minutos mientras Arlequín se vestía para recibirle como es debido. Suzanne bajó al vestíbulo. Yo puse orden en la mesa de escritorio, saqué un par de vasos limpios y me pregunté de qué demonios se hablaba con un asesino cuando su víctima todavía estaba caliente. No debería haberme preocupado.

George Arlequín estaba listo y esperando cuando Suzanne hizo pasar a Pedro Gálvez a la habitación. Su bienvenida fue cálida y emocionada.

—¡Querido Pedro! ¡Has sido muy amable al venir! No era necesario, pero me ha conmovido profundamente.

—George, amigo, ¿qué puedo decir? ¿Qué puedo hacer?

—¡Nada, Pedro! Tu presencia lo dice todo. ¿Quieres un licor, un café? No te parece extraño como volvemos a los viejos tiempos… Preparamos la carne y el vino para los que están de luto. Por favor, por favor, siéntate… ¡Suzanne! ¡Un café para el señor Gálvez!

Pedro Gálvez se sentó en una silla, un peñasco de consuelo en un océano de dolor.

—¡Mi querido George! Creía que esto no llegaría a pasar.

—Todos lo creíamos, Pedro.

—¿Los preparativos? Quizá pueda…

—Todo está listo, gracias. Será enterrada aquí, en tu bella ciudad. Siempre le gustó mucho.

—George, esto es un asesinato. Hay que hacer algo.

—¿Qué, Pedro? No puedo ir por las calles pidiendo a gritos sangre y venganza. Prefiero que ella descanse en paz.

—Lo comprendo, pero no es suficiente.

—Primero deja que la entierre.

—¡Claro! ¡Claro! Pero debería haber una ceremonia. No es solamente lo más adecuado. Tienes aquí amigos y clientes. Querrán presentarle sus respetos. ¿Puedo pedirles que vengan?

—Si así lo desean, sí.

—¿Te quedarás después?

—No mucho tiempo, creo. Tengo otros compromisos. Hay gente que depende de mí. Todavía me están atacando. Tengo que seguir luchando. Ahora, incluso la lucha significa algo.

—¿Tienes alguna idea, George, aunque sólo sea una ligera sospecha, de quién podría haber hecho algo tan terrible? Si la tienes, dímelo. Te prometo por mi alma inmortal, que le encontraré.

—Pedro, aprecio lo que dices, pero ya sé quién ha sido.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—No.

—¡Debes hacerlo! Es fundamental que lo sepan.

—Primero quería decírtelo a ti, Pedro.

—¿Por qué a mí?

—Tú tienes amigos entre las autoridades y no dejarías que algo así quedase enterrado en los archivos.

—Nunca.

—Pedro, debes saber cómo es esto. Tú quieres a tu esposa, a tu hijo, a tus hijas…

—Sí.

—Algún día tendré que contarle a mi hijo que su madre murió, que le disparó un asesino, en Ciudad de México. Ahora es sólo un niño, pero algún día tendrá que saberlo. Entonces me preguntará qué le hice al hombre que la mató. ¿Qué le diré entonces?

—Todavía no has hecho nada.

—Todavía —Arlequín se metió la mano en el bolsillo superior de la chaqueta y sacó el sobre que contenía la carta de Tony Tesoriero y se lo dio a Pedro Gálvez—. Léelo, amigo mío, y dime qué tengo que hacer.

—Está cerrado, George.

—Un error. Ábrelo, por favor.

Pedro Gálvez metió su grueso dedo bajo la solapa del sobre y lo abrió. Desdobló la nota y la leyó. No apareció ni una sola señal de emoción en su curtido rostro. Dobló cuidadosamente el papel, lo volvió a meter en el sobre y se lo dio a George Arlequín. Se levantó, se estiró el chaleco y se abrochó los botones de la chaqueta. Entonces, sin temblar siquiera, se despidió:

—Señor Desmond, señorita, tengan la bondad de excusarme. George, entiendo tu pena. Yo mismo la he sentido. Te perdono esta broma de mal gusto.

—¡Antes de que se vaya! —George Arlequín se quedó en el umbral de la puerta, con una mano en el picaporte mientras levantaba la otra para detenerlo—. La broma no se ha acabado todavía. No importa donde vayas, siempre habrá alguien vigilándote. Allí donde vayan tu esposa, tu hijo o tus hijas, habrá también unos ojos que les observen. Un día, alguno será asesinado y otro día otro, pero tú nunca, Pedro Gálvez, tú nunca. Eres intocable. Sabes que puedo hacerlo porque tú mismo lo has hecho y porque, hoy, he asistido a la muerte de Tony Tesoriero. Sabes que lo haré porque tú mismo me has enseñado a hacerlo: si no se mata a la bestia, no hay carne para la cena… Cuando llames a Basil Yanko, dile lo que te he dicho. ¡Adiós, amigo!

Pedro Gálvez se mantenía de pie, derecho y recio, como un viejo roble bajo la tormenta. Entonces dijo con aire sombrío:

—Puedo ofrecerte algo mejor, George.

—Ya lo sé —dijo Arlequín—. Suzanne, siéntate y escribe. Suzanne, llama al conserje y pídele que nos busque un notario.

Es algo de dominio público que Pedro Gálvez murió en su cama en algún momento entre la medianoche y la madrugada del día siguiente. También era sabido, y así lo testimonió su médico, que hacía mucho tiempo que padecía del corazón y que su dolencia se vio agravada por las tensiones de una vida activa y fecunda. Fue enterrado, con mucha más pompa, en el mismo cementerio y el mismo día que Juliette Arlequín.

La nuestra fue una ceremonia reducida y triste, en una lengua extranjera, oficiada por un joven pastor nervioso de la iglesia luterana, la fe más próxima a la nuestra que pudimos encontrar en la ciudad de la Virgen de Guadalupe. Había poca gente y todos, excepto nosotros mismos, estaban ahí por compromiso, incómodos durante el servicio religioso, sintiéndose algo culpables por entregar una mujer a un dios protestante. El elogio fue misericordiosamente breve: tan sólo una migaja de consuelo para aquellos que la habíamos amado, un pálido panegírico para aquellos que nunca la habían conocido.

Arlequín se quedó a un lado de la tumba, con José Luis; Suzanne y yo nos quedamos al otro lado. Arlequín estaba pálido pero mantenía la compostura. Llevaba unas gafas de sol oscuras tras las que escondía sus ojos. Suzanne lloraba en silencio. Cuando bajaron el féretro a la fosa, cerré los ojos y traté de evitar las lágrimas. Oí el ruido de los primeros terrones caer sobre la tapa del ataúd, los pasos de la gente al alejarse, el chirrido del metal cuando los sepultureros rellenaron el hoyo.

Entonces, mano a mano con Suzanne, me volví. Arlequín ya se había ido. Estaba de pie al lado de la limusina, dando la mano a la gente que había venido y dando las gracias al pastor. Del cementerio nos fuimos directamente al aeropuerto, donde un *jet* privado nos esperaba para llevarnos a Los Ángeles. Milo Frohm se había salido con la suya y Arlequín lo había aceptado sin rechistar. Ya no éramos gente normal; la marca de la muerte estaba grabada en la palma de nuestras manos.

Durante todo el viaje, Arlequín estuvo trabajando solo, asiduamente, llenando una página tras otra de notas manuscritas. Se había alejado completamente de nosotros, misterioso y lacónico. Ya no discutía; dirigía. Recibía la información y se negaba a comentarla o a decir cómo pensaba usarla. Un día antes del funeral, le había acusado de su falta de cortesía hacia mí, como colega, y hacia Suzanne, como empleada fiel. Me había contestado con frialdad, que lamentaba la falta de cortesía pero que no podía implicarnos por más tiempo en acciones de las que él y sólo él era el responsable. Yo ya podía ser acusado de conspiración por obstrucción a la justicia y de ser un cómplice necesario en el asesinato de Tony Tesoriero. No dejaría que me arriesgase más. Para el futuro, si es que me interesaba anticiparlo, debía dedicarme exclusivamente a los asuntos relativos a las transacciones normales de la compañía.

Argumenté que yo era el mediador entre Aarón Bogdanovich, Saúl Wells y Milo Frohm. Me ordenó que, en el futuro, dejase que fuese él en persona quien tratase con Bogdanovich. Saúl Wells trabajaba abiertamente con nosotros; Milo Frohm era un agente del gobierno: podría trabajar con ellos bajo su dirección… ¡Muy bien! Si lo quería así… Lo haría así. ¡Palabra de Dios! ¡Amén! Empecé a soñar, con nostalgia, con aguas azules y velas blancas que se hinchan mientras emprendemos un viaje sin retorno.

Para Suzanne era más fácil tratar con él que para mí. Ella no tenía nada que

discutir. Se refugió en las formalidades europeas y rehusó incluso al privilegio, adquirido desde hacía mucho tiempo, de llamarle por su nombre de pila. Arlequín no hizo comentario alguno respecto al cambio, aunque me di cuenta de que resultaba algo menos perentorio y más considerado con ella. Relegados a nuestra mutua compañía, nos fuimos acercando cada vez más, y también fuimos temiendo más, la fría desesperación que consumía al que un día había sido nuestro amigo.

Era de noche cuando aterrizamos en Los Ángeles. En la pista salieron a nuestro encuentro dos oficiales del departamento de Inmigración y Aduanas que nos dieron la entrada al país con una ceremonia mínima y que nos dejaron en manos de Milo Frohm. Éste nos llevó en su propio coche al hotel Bel Air y nos dejó allí, en dos bungalows, seguros y libres de micrófonos ocultos.

Estaba agradecido porque hubiésemos decidido colaborar con él. Sería tan franco con nosotros como lo permitieran las actuales circunstancias. Si no teníamos ninguna objeción, cenaría con nosotros. Sugirió que sería políticamente correcto retrasar nuestra reunión con Saúl Wells. Quizá, mientras nos refrescábamos un poco, él podría estudiar algunos de los documentos que habíamos traído de México. Primero frunció el ceño y luego hizo una mueca cuando George Arlequín le dio unas fotocopias y le dijo que prefería quedarse con los originales. Pensó que sería más prudente que Suzanne no estuviese presente durante nuestras discusiones. Más tarde, con unos bocadillos y un café, nos leyó una pequeña homilía:

—… En nuestra primera reunión, caballeros, hablamos de un conflicto de intereses: la nuestra es una agencia estatal y la suya es una corporación extranjera. Creo que ambos nos hemos dado cuenta de que nuestros intereses convergen, incluso aunque no sean idénticos. ¿Correcto?

Estuvimos de acuerdo en que era así. Arlequín dejó ver que no estaba tan convencido como yo. Milo Frohm se dio cuenta y siguió:

—… Nuestro Departamento de Estado no está a buenas con los europeos porque están negociando por su cuenta acuerdos comerciales sobre el petróleo con los árabes. Los israelíes están resentidos con los europeos porque tanto los franceses como los noruegos han creado su propia red de espionaje y su propio sistema de prevención contra el terrorismo. Están resentidos con nosotros, también, porque imaginan que hemos cedido demasiado en las negociaciones de alto el fuego. Tiene que ver su situación en relación con Basil Yanko en función de este escenario. Políticamente nos ha resultado útil. Nos ha proporcionado accesos en Europa. Ha conseguido atraer el dinero árabe y su buena voluntad a este país en lugar de a Europa. Eso es alta política y negocio a lo grande, lo que significa que habrá que esconder parte de la basura bajo la alfombra. Lo sabemos y lamentablemente lo aceptamos si funciona y, si no, ponemos el grito en el cielo. Políticamente, estaríamos encantados de que Yanko consiguiera controlar su banco, pero teniendo en cuenta los hechos, nos fastidia que

esté jugando tan duro y que usted se esté mostrando tan hábil, con lo que cada día sale un nuevo trapo sucio a la luz. En resumen, señor Arlequín, usted ha creado un escándalo de primera en un momento en que lo necesitamos tanto como un agujero en la cabeza…

—¿Me está diciendo, señor Frohm, que quiere echar tierra encima?

—Nos gustaría, pero sabemos que no puede ser. Basil Yanko tiene dos opciones: luchar contra usted hasta el final o cortarse el cuello. A fecha de hoy, sus acciones están cayendo un veintiocho por ciento. Caerán todavía más. Les llevará a juicio por más de veinte millones en daños y perjuicios, además de las sanciones económicas que a eso se puedan añadir. Usted acudirá a la justicia y a sus accionistas con estos documentos que ha traído de México y cualquier otra cosa que haya encontrado y no me haya dicho… Entonces a la Administración le caerá el huevo en toda la cara antes de que siquiera se haya limpiado el escándalo del Watergate, y eso es algo que nos gustaría evitar.

—Pueden hacerlo —dijo George Arlequín.

—¿Cómo? —Milo se mostró muy interesado.

—Devuélvanme a mi esposa.

—Ojalá pudiera, señor Arlequín. Dios sabe que lo haría si pudiera.

—Entonces, señor Frohm, como no puede hacer lo imposible, arreste a Basil Yanko por conspiración para el asesinato y póngalo entre rejas.

—¿Justificándolo con la confesión de Pedro Gálvez? No se puede.

—Es un documento auténtico.

—Quien lo escribió está muerto. Era su amigo, un accionista de su banco. Se podría argumentar que él conspiró junto a usted para ofrecer esa confesión como última prueba de amistad. Igualmente se podría argumentar que confesó bajo amenaza o presión, que es lo que yo creo, señor Arlequín, aunque no tenga ni medios ni ganas de demostrarlo. Pero usted tiene una nota ológrafa de Tony Tesoriero, que también está muerto. Nos satisface habernos deshecho de él, así que no estamos preguntando en realidad quién lo mató. De todos modos, sabíamos hacía tiempo que Valerie Hallstrom era una agente israelí que trabajaba para una red de espionaje que toleramos porque nos interesa para nuestros objetivos… Lo que me recuerda, señor Desmond, que usted envió a su sirviente de vacaciones a San Francisco. Enviamos a un hombre para que hablase con él. Dice que a usted le gustan las flores y que habitualmente se las traen de una tienda en la Tercera avenida… —suspiró y levantó las manos con momentánea desesperación—. Como dicen mis colegas ingleses, es un verdadero lío real pero, de alguna manera, y con rapidez, tenemos que hacer limpieza.

—Hay una manera segura, señor Frohm, y usted puede hacerlo. No hay duda respecto de los documentos que relacionan a Álex Duggan con los fraudes cometidos en México. Sólo necesita una cosa más, que éste confiese que actuó a instancias o a

las órdenes de Basil Yanko.

—Ahí también hay un problema, me temo. Álex Duggan salió de su casa el martes por la mañana para visitar a un cliente en San Diego. No llegó a su destino y no se le ha visto más. La empresa para la que trabajaba y su esposa han hecho que lo incluyeran en los listados de desaparecidos.

—¡Paul! Me dijiste que Saúl Wells le estaba vigilando…

—Lo hizo.

—¿Entonces cómo demonios ha podido suceder esto?

—Muy fácil —dijo Milo Frohm, cansado—. Ha habido un accidente en cadena en la carretera y Saúl Wells quedó atrapado en él. Mala suerte, me temo. ¡Pobre Saúl! ¡Su orgullo debe haber quedado más abollado que el parachoques de su coche!

Me hubiera gustado dejarlo ahí en ese instante: dar por finalizado todo el asunto y marcharme a casa, pero Arlequín era más tozudo que una mula en un camino de montaña.

—Señor Frohm, nos envió un cable que leo textualmente: Creo que me necesitan. Por eso consentí, a instancias de usted y del señor Desmond, en que hablásemos y en seguir sus consejos, si resultaban adecuados. ¿Qué me recomienda ahora? ¿Olvidar el asesinato de mi esposa? No lo haré. ¿Dejar que Basil Yanko me compre, atado de pies y manos, y que venda a los jeques del petróleo? ¡No! ¿Dejar de hostigarle con la prensa por miedo al daño que pueda hacerme? Si no puedo hacer que estos documentos valgan ante un juez, haré que sea la opinión pública quien los valore. No he cometido delito alguno y mi moralidad es cosa mía —dio un puñetazo en la mesa—. ¡No voy a quitarme de en medio, señor Frohm! Si usted o su gobierno quieren procesar a Basil Yanko, les ayudaré a hacerlo. Si quieren protegerle, lucharé contra ustedes y moriré si hace falta. Ahora, por Dios, presente su caso… ¡o márchese!

—Mi caso empieza con un dilema, señor Arlequín. Nuestro gobierno contrata a Yanko porque es un genio y ofrece el mejor servicio del mercado. Nuestra agencia cree que Basil Yanko es culpable de conspiración para el fraude, para asesinar y gansterismo a gran escala. Hay una locura en nuestro sistema que agrava los vicios del hombre. No podemos probar su culpabilidad porque no podemos romper todas las reglas y, si rompemos la ley, vamos en contra de nuestros propios fines. Queremos información que usted puede proporcionarnos, sin preguntarle de dónde o cómo la ha obtenido. No le impediremos el acceso a fuentes que no podamos tocar. No es asunto nuestro lo que usted haga fuera de nuestra jurisdicción. Si quebranta la ley de los Estados Unidos, lo hará por su cuenta y riesgo. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

—Hasta ahora, sí.

—También hay otros riesgos, señor Arlequín.

—Me gustaría conocerlos.

—Le advertí que sería peligroso aliarse con intereses de guerrilleros. Usted decidió no hacer caso de esa advertencia y se asoció con Aarón Bogdanovich, un agente israelí, y Leah Klein, una conocida, aunque no de gran notoriedad, periodista que simpatiza con el sionismo. Ahora usted está en la lista, junto con el señor Desmond, de posibles objetivos de un ataque terrorista. No abra el correo que le resulte sospechoso, no admita a ningún desconocido que venga a visitarle y no salga a pasear solo por la noche.

—Una pregunta, señor Frohm.

—¿Cuál?

—¿Cómo hemos llegado a esa lista?

—Aparecen en las bases de datos, señor Arlequín, como simpatizantes del sionismo. Ésa es la clase de información que el señor Yanko proporciona a un precio muy elevado para suscriptores restringidos. Resulta maravilloso lo que se puede llegar a hacer con los bancos de datos, ¿verdad? Incluso se puede programar un genocidio… ¿Podemos cooperar ahora?

—Podemos. Discutamos los detalles…

Media hora después, cuando se hubo marchado, George Arlequín me leyó el que era su propio informe sobre la situación:

—… Milo Frohm es como tú, Paul. Quiere una solución, pero que sea segura. Tolerará el crimen, pero no será él quien lo cometa. Olvidará, si le perdono. Un Yanko victorioso es un Yanko inocente. No puede devolverme a mi esposa y quiere que le proporcione un remedio dulce y conveniente para el fastidio que representa la opinión pública. Ha encontrado huecos en documentos comprometedores pero se niega a presentarlos ante los tribunales. ¿Qué te dice todo esto?

—Lo que otro diría mejor, George: que es prudentemente versátil.

—¡Al diablo con la versatilidad!

—¡Perfecto!

—¿Qué me respondes?

—Nada, George. Ya has decidido lo que quieres hacer. Hazlo.

—Quiero a Yanko muerto.

—Mátalo entonces o contrata a alguien para que lo haga. Ahora ya sabes cómo se hace.

—Lo haré yo mismo, Paul.

En ese momento podría haberlo asesinado: era más grande que él, más fuerte y estaba más furioso de lo que nunca había estado en mi vida. Le di la vuelta y le acorralé contra la pared, poniéndole los dedos en la garganta. Le insulté con todas las palabras malsonantes que conocía…

—… ¡Ahora me vas a escuchar, desgraciado! Quería a Julie tanto como tú y podría haberla hecho más feliz que tú. Tu hijo podría ser mío… ¡pero por lo menos

soy responsable de él en este mundo asqueroso! Su madre ha muerto. ¿Quieres que tenga por padre a un asesino? ¿Lo quieres? ¡Estás podrido, George! ¡No eres un hombre! Eres un saltimbanqui. ¡Si te quitas la máscara, no queda nada! No tienes ni cara, ni corazón, sólo odio y eso es menos que…

No pude recordar qué era menos que. Se produjo un intervalo de oscuridad. Luego me desperté en la cama con una bolsa de hielo en la cabeza, Suzanne frotándome las manos y George Arlequín de pie, a los pies de la cama, como si fuera Mefisto que viniese a reclamar el pago de una cuenta pendiente. Había perdido la voz y, cuando la recuperé, tan sólo era un susurro.

—¡Vete de aquí! —le dije.

No se fue. Quizá no me había oído. Se acercó y se sentó a un lado de la cama.

—Lo siento, Paul. Fue una jugarreta sucia, pero podrías haberme matado.

Ojalá lo hubiese hecho, e intenté decírselo, pero me faltó la voz, que se me quedó atravesada en la garganta como una espina. Tosí, me ahogué y escupí un poco de sangre. Suzanne se quedó pálida. Arlequín sacudió la cabeza.

—Sobrevivirá, Suzy. Todavía le quedan una o dos peleas.

—Siento haber desperdiciado ésta en un desgraciado como tú, George.

Inclinó la cabeza hacia un lado, me miró como si fuese un ejemplar de algo en una vitrina y dijo con humor amargo:

—Saúl Wells vendrá a las nueve de la mañana. Debes estar bien para entonces. Se amable con él, Suzy. Todavía está muy débil…

Conociendo a Saúl Wells, no esperaba una larga sesión en el Muro de las Lamentaciones. Tenía todo un surtido de proverbios para cualquier ocasión de muerte o desastre. La señora Arlequín había muerto, lo lamentaba pero era algo que no le marcaría para siempre. Álex Duggan había desaparecido, pero ya aparecería cuando necesitara pasta o tiempo. Mientras tanto, Saúl Wells, el súper sabueso, seguía investigando incansablemente.

—… Así que aquí están las sumas y las restas. Álex Duggan podría estar muerto, claro, pero yo digo que no lo está porque Yanko no se puede permitir otro cadáver en su establo… Así que está vivo pero ¿dónde? Cuando le perdí se dirigía a San Diego, ¿verdad? En México no quieren volverlo a ver. ¿Quizá se haya dirigido a las praderas? ¡Ni hablar! Nuestro pequeño Álex es un chico de ciudad, le encantan las comodidades caseras y beber un poco con chicas antes de regresar a casa con mamá, la cual, por cierto, tengo que decírselo, es ella misma toda una artesanía. Así que supongo que se ha escondido en algún lugar de la costa con alguna conejita de playa. De todos modos, tiene que dormir, comer y comprar gasolina, e incluso quizá alquilar otro coche, porque tenemos la matrícula del que conduce habitualmente… Así que disponemos de fotografías, una descripción y una relación de sus tarjetas de crédito

de empresa. Todo lo que nos hace falta ahora es suerte…

—Me gustaría hablar con su mujer —dijo George Arlequín.

—¿Usted, señor Arlequín?

—¿Por qué no? ¿Tiene su número de teléfono?

—Lo sé todo sobre ella, señor Arlequín, excepto qué se pone para dormir.

—¿Y dónde está su marido? —dijo George Arlequín secamente—. Deme su número. La llamaré ahora mismo.

—¿Por qué no nos acercamos hasta su casa?

—¡Por favor, señor Wells! ¡Sé lo que estoy haciendo!… ¿Señora Duggan? Me llamo George Arlequín. Usted no me conoce, pero mi empresa utiliza los servicios de Creative Systems. Su marido hizo algunos trabajos para nosotros en Ciudad de México. En su oficina me han dicho que lleva dos días desaparecido. Tengo información que creo que podría resultarle de ayuda… Si lo prefiere, podría enviársela a la empresa o a la policía… Estoy en el Bel Air. Puedo enviar un coche para que la recoja. ¿Puede? Perfecto. Digamos que dentro de media hora…

Saúl Wells dudaba todavía. Así lo dijo, con franqueza:

—Dice usted que sabe lo que está haciendo, señor Arlequín. Espero que así sea. Si falla ahora, puede perder a Álex Duggan para siempre.

—Me arriesgaré a ello, señor Wells.

—Él es su testigo. ¿Quiere que me quede mientras habla con ella?

—Creo que será mejor que no lo haga. Su trabajo es encontrar a Álex Duggan y encontrarle pronto.

Saúl Wells salió mientras masticaba su puro, descontento. Arlequín hojeó su agenda y marcó un número de teléfono. Después de unos minutos, le oí decir:

—Soy George Arlequín. Me gustaría hablar con el señor Basil Yanko. Está aquí, en la Costa.

—¿Qué vas a decirle?

—Voy a invitarle a una reunión.

—Me parece que estás loco.

—Cuando llame, coge el teléfono supletorio y escucha.

Como de costumbre, costó un buen rato llegar a hablar con el gran hombre. Fue como una especie de golpe oír de nuevo su tono seco y áspero, apenas teñido de desprecio:

—¡Bien, señor Arlequín! Esto es una sorpresa. Por favor, acepte mis condolencias por la prematura muerte de su esposa.

—Gracias. Estoy en el Bel Air con el señor Desmond. Llegamos anoche. Creo que sería apropiado que nos viésemos.

—Al contrario, señor Arlequín. Creo que sería de lo más inapropiado, a no ser que fuese en presencia de mis abogados.

—No tendría ningún reparo en que así fuera. Si desean entregarme documentos, como creo que harán, quizá les viniese bien hacerlo ahora. En cualquier caso, si prefiere que no tengamos la reunión, no pasa nada.

—¿Puedo disponer de tiempo para pensarlo?

—Por supuesto. Estaré en Los Ángeles hasta mañana por la tarde. Puede encontrarme en el hotel en cualquier momento. Si hubiese salido, mi secretaria estará al tanto para concertar la cita, que creo que debiera tener lugar aquí, en territorio neutral.

—Preferiría, señor Arlequín, que fuera en mi despacho.

—Aquí hay más seguridad. Mi bungalow ha sido revisado por el FBI Me han asegurado que no hay ningún tipo de micrófono. Después de los de Washington, tenemos que tomar precauciones. Lo dejo entonces a su criterio, señor Yanko.

—Le diré algo. Gracias por llamar.

Fue un pequeño diálogo estéril y sin sentido. Me parecía asimismo peligroso el hecho de tener una confrontación con sus abogados antes de haber ido a juicio. Arlequín descartó la objeción con un dicho sibilino:

—Si no esperamos justicia, los abogados no pueden ni ayudarnos ni herirnos.

—Éste es un país de litigios, George. El perjuicio es un arma legal. Por Dios, ya tienes bastantes problemas, no te busques más.

—No me los estoy buscando, Paul. Los estoy creando… Llámame cuando llegue la señora Duggan. Voy a dar un paseo por el jardín.

Fue entonces cuando saqué a colación con Suzanne la idea de que probablemente debería retirarme de mi puesto de director tan pronto como llegásemos a Nueva York. No todo era vanidad y resentimiento. Si no podía enterrar sus muertos, yo sí quería enterrar a los míos y dejar que las margaritas creciesen sobre sus tumbas. Si quería salirse con la suya, estaba en su derecho. Yo estaba ya demasiado viejo para puñetazos y demasiado desgastado para batallas verbales. Suzanne me dijo que ella también estaba muy cerca de tomar una decisión similar. No pedía ser amada, pero no podía trabajar para el extraño que ahora se calzaba los zapatos de Arlequín. No se quedaría solo. Toda la plantilla estaba a su disposición. Quizá era eso lo que necesitaba, nuevas caras sin las marcas del pasado. Acordamos que sería yo quien discutiera el asunto con él, quien le dijese cómo nos sentíamos y le dejase todo el tiempo necesario para que pudiese reorganizarse. Al final, la cirugía quizá fuese un remedio más suave que este constante cortarse y sangrar.

La señora Duggan tenía el aspecto de cualquier muchacha sacada de un anuncio de cocinas: bronceada, entusiasta y enamorada de un bonito mundo que, sin razón alguna, se había vuelto del revés. Incluso su angustia tenía un matiz de asombro, con los ojos muy abiertos, como la Cenicienta que pasada la medianoche espera que

vuelva el hada madrina. Arlequín fue gentil con ella, pero los documentos, los hechos y las fotografías resultaron ser una revelación brutal para ella. Se deshizo en lágrimas e inútiles gritos de desconcierto y Suzanne tuvo que llevársela a su habitación para que se calmase. Desde el momento en que regresó, todo fue una inquisición, fría y despiadada, de Arlequín en el papel de Torquemada.

—Señora Duggan, mi esposa ha muerto, asesinada. Cuatro personas más relacionadas con los hechos están muertas. Su marido será la próxima víctima a no ser que le encontremos pronto.

—¡Pero no sé dónde está! Tiene que creerme.

—Señora Duggan, deje que le explique algo. Este fraude se cometió en México. Aquí no se le puede denunciar por ello. No presentaré cargos contra él en México si él firma una declaración donde diga quién le pidió organizar todo esto. ¿Está claro?

—Sí.

—¿Me cree?

—Quiero hacerlo.

—Si no me cree, no puedo hacer nada. La visita que tenía que hacer a ese cliente de San Diego, ¿era rutinaria o algo especial?

—Rutinaria. Tiene un listado mensual. San Diego era uno de los puntos donde recalaba cada mes.

—Bien. Estaba haciendo algo normal. Ahora, antes de que se marchase: ¿ocurrió algo poco habitual? ¿Estaba enfadado? ¿Sacó dinero del banco…? ¿No pasó nada de nada?

—No.

—¿Añadió a su maleta más ropa de la habitual?

—Ni siquiera preparó una maleta. Es un viaje de un día. Lo único que se llevó fue un bañador y una toalla. Le gustaba darse un baño al regresar.

—¿Dónde solía ir a bañarse?

—A La Jolla. Hay un motel allí, el Blue Dolphin. Tiene una piscina y una playa para practicar el *surf*. La policía lo comprobó: no ha estado allí.

—¿Y qué hay del dinero?

—Le pedí algo de dinero antes de que se marchase. Llevaba unos ciento cincuenta dólares. Me dio ochenta y se quedó el resto.

—¿Y su cuenta corriente?

—Sólo figuran las retiradas de dinero habituales. Ya se lo he dicho a la policía.

—¿Y qué puede decirme de otras mujeres, señora Duggan?

—Vaya, eso… —consiguió sonreír débilmente, entre lágrimas—. No tenía que marcharse para jugar. Somos gente liberal.

—¿Escaparía si estuviese asustado?

—Sí, lo haría.

—¿Estaba asustado, señora Duggan?

—Si lo estaba, no me di cuenta.

—¿Ha visto usted sus papeles?

—Nunca los dejaba en casa. Era como una obsesión. Decía que el hogar era un lugar para jugar. Si tenía que trabajar en casa, le disgustaba.

—¿Qué hay de cartas, tarjetas postales, facturas… ese tipo de cosas?

—Las leíamos, las contestábamos y las destruíamos. Las facturas las guardo en una carpeta, en la cocina.

—¿Y documentos: títulos, acciones y bonos?

—Los teníamos en una caja de seguridad, en el banco.

—¿Quién tiene acceso a ella?

—Ambos.

—¿Quién tiene la llave?

—Yo tengo una y Álex llevaba otra en su llavero.

—¿Llevaba el llavero cuando se fue de casa?

—Por supuesto. Lo lleva en una cadena de oro que le regalé para su cumpleaños.

—Señora Duggan, ¿cómo le iban a Álex los negocios?

—Maravillosamente bien. El próximo mes iba a ser superintendente de área. La promoción llegó en un memorando del propio Yanko…

—¿Tiene problemas económicos?

—Ninguno. Vivimos bien, tenemos dinero en el banco y no tenemos deudas.

—Así que no tienen problemas de dinero, ni problemas matrimoniales, todo va bien en la oficina, pero su marido comete un delito en México. ¿Por qué haría una cosa así?

—Alguien debe haberle pedido que lo haga.

—¿Qué significa eso?

—Bien, alguien de la empresa.

—¿Quién?

—No lo sé. Ésa era otra de las obsesiones de Álex. Decía que hablar de negocios en casa producía úlceras y problemas coronarios.

—¿Qué pasó con los diez mil dólares que recibió de María Guzmán?

—Nunca supe que los tuviese.

—¿Empezó a gastar más desde que volvió de México?

—No.

—¿Cuánto hace que no abre su caja de seguridad, señora Duggan?

—¿Yo? Unos doce meses, o quizá más. Cuando necesitamos algo, Álex va y lo coge.

—Señora Duggan, no tengo derecho a pedirle esto. Puede negarse, pero me gustaría saber si le importaría abrir esa caja conmigo.

—¿Qué espera encontrar?

—No lo sé, señora Duggan. Me lo pregunto igual que usted, pero ambos estamos pensando en lo mismo: en si su marido está vivo o muerto.

—No sé. Supongo que está bien…

—Es su caja de seguridad. Usted tiene acceso legal. Si cree que puede necesitar protección, puedo pedir a un agente del FBI que nos acompañe.

—¡No! No será necesario. Iremos al banco ahora mismo.

—Gracias, señora Duggan… Suzanne, si llama Yanko, acepta el día y la hora que te proponga, con tal de que la reunión tenga lugar aquí. Paul, localiza a Milo Frohm y pídele que almuerce conmigo en Verita's, Santa Mónica. Dile que es muy importante.

Llamé a Milo Frohm, que se mostró encantado de almorzar. Basil Yanko telefoneó para decir que estaría en el hotel con sus abogados a las seis de la tarde. Era una pena desperdiciar la hora del cóctel, pero tuvimos que aceptar. Luego Suzy y yo nos ausentamos. Nos quedamos en la piscina, descansando, nadando, tomando *bloody marys* y comiendo bocadillos del club, a la sombra de las flores rojas de una buganvilla. Antes de que nos diésemos cuenta, se habían hecho las cuatro de la tarde. George Arlequín todavía no había regresado cuando nos apresuramos a entrar en el hotel para cambiarnos. A las cinco llamó para decir que había vuelto. A las cinco y media, llamó a Suzy para preparar la reunión: traer bolígrafos y papel, encargar canapés y bebidas. A las seis y cinco, afeitado, sobrio y con una sensatez razonable, me presenté en la reunión con Basil Yanko y sus abogados.

Componían un curioso trío: Basil Yanko, un erudito de pelo blanco con traje de seda, y un abogado más joven, con melena, cara alargada y aire de traviesa malicia. Suzanne se sentaba aparte, con el lápiz preparado sobre su libreta y una carpeta de papel de manila en el suelo, a su lado. George Arlequín, con su camisa de seda y sus pantalones deportivos, presidía la escena como si fuera el director de una casa de modas muy elegante. Basil Yanko empezó a hablar con una pregunta irritante:

—Bien, señor Arlequín, ¿cuál es el orden del día?

—Primero, señor Yanko, ¿quiere entregarme documentos?

—Ahora no. Preferimos hacerlo en Nueva York, si le parece bien.

—Perfecto… Si no estoy allí, el señor Desmond tiene poderes legales para aceptar la entrega. ¿Todavía son válidos, verdad, Paul?

—Durante dos meses más, George.

—Bien. ¿Satisfechos, caballeros?

Pelo gris y el jovencito asintieron. George Arlequín preguntó, vacilante:

—¿Indemnizaciones por costes? Supongo que se hará cargo de los mismos, señor Yanko.

—No pero, si hay que hacerlo, lo haremos, señor Arlequín. Dígame, ¿cuál es el propósito de esta reunión?

—¿Supongo que querrán que se redacte un acta de la misma?

—Sí, claro.

—Suzanne lo taquigrafiará todo y luego lo pasará a máquina antes de que se vayan. Entonces, si estamos todos de acuerdo, podremos firmarla. ¿Le parece aceptable?

A Basil Yanko se lo pareció, así que sus secuaces tuvieron que aceptarlo también.

George Arlequín se apoyó sobre el respaldo de su silla, estiró las piernas, hizo una pirámide con las manos y sonrió por encima de ella.

—Señor Yanko, declaro ante testigos y suscribo por escrito lo siguiente: que usted conspiró para defraudar a mi compañía en quince millones de dólares y que lo hizo así para desacreditarme y asegurarse el control de la misma; que conspiró para asesinar a Frank Lemnitz en Londres, a Valerie Hallstrom en Nueva York y a mi esposa en Ciudad de México. Le propongo que en los próximos días se hagan públicos estos cargos y que vayamos a juicio. Entiendo que, si no puedo probar los cargos, habré cometido el más grande de los libelos y estoy preparado para aceptar todas las penalidades y los daños que puedan producirse. Aquí acaba mi declaración. Me gustaría oír sus comentarios, consten o no en acta.

—Que conste en acta —dijo fríamente Basil Yanko—, me parece que es usted un delincuente lunático.

—Que también conste en acta —el abogado más mayor sopesó cuidadosamente sus palabras—. ¿Podría decirnos por qué ha elegido hacer esta declaración extraordinaria en este momento y de esta manera?

—Hoy me han informado de la Oficina Federal de Investigación que el señor Desmond y yo podríamos ser objetivos de un ataque terrorista por ser simpatizantes del sionismo. Nuestro nombre aparece en un documento que ha producido el servicio de datos del señor Yanko. Mi hijo, todavía un niño, ha sido puesto bajo protección policial en Ginebra. Quiero que el señor Yanko sepa que, de ocurrirnos algo, no resultará inmune frente a la ley, porque ya he recogido pruebas en apoyo de dichos cargos.

El abogado más joven cambió de posición y dijo:

—Obviamente, las pruebas serán insuficientes o, de lo contrario, el señor Yanko ya habría sido arrestado como puede que usted lo sea pronto, señor Arlequín. Con deferencia hacia mi colega más mayor, sugiero que, a raíz de las informaciones que recientemente se han filtrado a la prensa, lo que estamos presenciando aquí es un intento de chantaje y coerción bastante claro.

—Estoy de acuerdo con lo de la coerción —dijo George Arlequín, impasible—. Estoy tratando de evitar el asesinato de Álex Duggan. He visto a su esposa esta mañana. Me ha ayudado mucho… Ahora no serviría de nada matarlo, señor Yanko.

—Lo repito. Usted está loco. Vayámonos, caballeros. —Yanko hizo un gesto de

despedida.

—Con su permiso, señor Yanko —dudó el abogado más mayor—. ¿Por qué no esperar hasta que la declaración esté mecanografiada y firmada? El hecho de que un hombre nos ofrezca la cuerda con que ahorcarle no sucede a menudo.

—Quédese usted esperándola —dijo Basil Yanko—. Yo tengo trabajo que hacer.

Se fue, dejando a dos abogados en una situación incómoda, para que esperasen los diez minutos que faltaban para que Suzanne mecanografiase sus notas taquigráficas.

—Por favor, caballeros, permítanme que les ofrezca algo de beber —Arlequín sonrió—. Ha sido una lástima que su cliente tuviese tanta prisa. Tengo un documento que quiero enseñarles… sólo para demostrar que no soy tan tonto como parezco.

Abrió su carpeta y entregó a cada uno de ellos una copia de la declaración de Pedro Gálvez. La leyeron llenos de asombro.

—¿Podemos quedárnosla? —preguntó finalmente el más mayor.

—Me temo que no.

De mala gana, le devolvieron las copias. De repente parecían más ansiosos por las bebidas, y singularmente por lo que ellos llamaban «un tranquilo intercambio de puntos de vista». Se encontraban ante un profundo dilema y lo sabían. Tenían que insistir en la inocencia total de su cliente, pero había un problema con el ahora siniestro aspecto de la desaparición de Álex Duggan, sobre el cual habían recibido un aviso como testigos. Empezaron a hacer cábalas sobre una «mediación y un acuerdo amistoso para solventar las diferencias».

Arlequín dejó que hablasen y entonces hizo la pregunta incontestable:

—¿Cómo mediar ante el asesinato, caballeros? ¿Cómo devolver la vida a los muertos?

Se marcharon a las siete, ambos muy confundidos, cada uno con una copia firmada y una idea muy confusa acerca de qué hacer con ella. Tan pronto como se fueron, Arlequín pidió a Suzanne que hiciera las maletas. Milo Frohm vendría a buscarle a las ocho y media. Iban a volar juntos a Londres. Era una noticia sorprendente y George lo explicó con una elaborada simplicidad:

—… Frohm tenía razón, Paul. Basil Yanko ha levantado tantas vallas a su alrededor que cualquier investigación se ve frenada a medias: Gálvez, Tony Tesoriero, Álex Duggan y quien quiera que matase a Frank Lemnitz en Londres. Así es como Yanko ha trabajado siempre. Delega el poder y asume la responsabilidad cuando le conviene para sus planes… De todos modos, Álex Duggan no tenía nada que ver con el asesinato, sólo con su carrera. Le enviaron a cometer el fraude en Ciudad de México, pero fue lo suficientemente listo como para hacerse un seguro. Dejó una declaración firmada de todo el asunto en su caja de seguridad, para

demostrar que él estaba trabajando a las órdenes de Creative Systems. Es algo que no le ayudaría legalmente, pero que protegería su carrera dentro de la compañía. En la caja de seguridad guardaba también una considerable suma en efectivo, probablemente el dinero que le pagaron por hacer el trabajo y el que consiguió de María Guzmán. Los registros del banco demuestran que poco antes de su desaparición, abrió la caja de seguridad, con el fin de proveerse de fondos que no le delatasen. Lo que creemos es que, después de que Gálvez llamase a Yanko, se aconsejó a Duggan que se escondiese. Así lo hizo, sabiendo que la carta garantizaría su seguridad. Su mujer no podría entregarla porque desconocía su existencia, y ahora tampoco puede porque la tenemos nosotros. Hemos puesto un guardaespaldas para la señora Duggan y su hijo, y Yanko ha recibido la advertencia que acabas de oír. Saúl Wells todavía está buscando a Duggan. Milo Frohm y yo nos vamos a Londres a hablar con el hombre que está entre Duggan y Yanko. Si habla, el caso está resuelto.

—El caso por fraude, no el de asesinato, lo que quiere decir que tú acabas de firmar el libelo del siglo. Estoy de acuerdo con Yanko. Estás loco. En cualquier caso, ¿quién es ese tipo de Londres?

—El que está casado con Beverley Manners, nuestra antigua operadora informática. Ella está embarazada, ¿lo recuerdas?, y él juega al golf en Surrey con nuestro director en Londres.

—Esperemos que no haya decidido irse de vacaciones antes de que llegues.

—No puede. Frohm se ha puesto en contacto con Scotland Yard y lo han llamado para interrogarle acerca del asesinato de Frank Lemnitz. Eso le mantendrá ocupado hasta que lleguemos allí.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Id a Nueva York y tomaos unos dos o tres días para viajar, si queréis. Quedaos allí hasta que yo vuelva.

—¿Nada más?

—Nada más, Paul. Diviértete. Dale vacaciones a Suzanne. Hasta que yo esté de vuelta no cambiará nada. Lo mejor es que no prestes atención a habladurías.

Parecía sencillo, pero yo sabía que no lo era. Era una solución demasiado fácil para lo que él había arriesgado. No había renunciado a matar a Basil Yanko. Simplemente, estaba preparando el escenario para la ejecución.

Capítulo 8

Era fácil dispensarnos de la amistad y el deber, pero los acontecimientos recientes no se podían borrar de la memoria ni tampoco el miedo constante al desastre que se avecinaba. Era un insulto blandir una varita mágica y decir: ¡Magia! El mundo se ha transformado. ¡Id a retozar entre las flores! ¿Qué podíamos hacer? ¿Comer, beber, visitar galerías de arte, asistir a espectáculos, subirnos al bus turístico para ver dónde vivían las estrellas?

Habíamos visto el revés de la alfombra, con toda la basura del mundo colgando de sus nudos. Ahora se nos pedía que contemplásemos la belleza de su diseño, que nos arrodillásemos en ella para rezar y que nos echásemos sobre ella para hacer el amor. Estaba tan furioso con George Arlequín que casi no podía soportar la despedida. Suzanne estaba pensativa y triste por él, lo que me ponía si cabe más furioso todavía y daba al traste con lo que podría haber sido una cena perfecta para nosotros dos. Al final, estaba decidida a no pisar Nueva York. Prefería volver a Ginebra, poner orden en su mesa, dejar su puesto y pasar el verano descalza en Cerdeña.

Después, cuando nos sentamos, tristes y de mal humor, me acordé de Francis Xavier Mendoza, y, antes de que la idea se me fuera de la cabeza, le llamé. Había leído la información aparecida en la prensa. Todo el asunto apestaba. Como siempre, su corazón y su casa estaban abiertos. Por la mañana, se iba en avión a los viñedos. ¿Por qué no íbamos y pasábamos el día y la noche en el estado, bebiendo buen vino y hablando de cosas sin importancia? Le bendije por todo y le dije que aceptaríamos encantados. Suzanne estaba tan contenta como si la hubiesen invitado a ir a un duelo. Mis amigos eran míos y su vida era asunto suyo. Ella preferiría pasar el resto de la velada sola. No lo dijo de manera rencorosa, sino educada y resuelta. Me dio un beso distraído en la frente y me dejó en el bar con el resto de varones solitarios.

En algún momento, cercano a la medianoche, Saúl Wells vino a buscarme. Dijo que estaba totalmente destrozado y lo parecía. Se subió a un taburete del bar, pidió un vodka largo con hielo y se bebió la mitad de un solo trago. Entonces me comentó las noticias. Había encontrado a Álex Duggan.

—¿Dónde, por Dios?

—No lo creería, en el hospital, en una elegante clínica de San Diego.

—¿Qué le ha pasado?

—Nada.

—No lo entiendo.

—Se hizo internar porque dijo que necesitaba un chequeo médico completo y dos semanas de descanso después de un largo y agotador viaje de negocios. Está sentado en una habitación privada, rodeado de ediciones de bolsillo y enfermeras que le

admiran.

—¿Cómo lo averiguó?

—Rutina y un poco de suerte. Habitualmente sólo llamamos a hospitales que atienden a personas que han sufrido un accidente, pero entonces me acordé de un caso, el año pasado, en que un tipo desapareció durante seis meses a base de moverse de una clínica a otra. Tienen camas si puedes pagarlas. Te hacen primeras, segundas y terceras revisiones, estudios del colon, dietas especiales, pruebas de esterilidad, cualquier cosa que se pueda pagar. Conozco a una escritora de novelas que se hace ingresar en un hospital para escribir sus libros. Dice que es estupendo, que no hay que encargarse de las labores de la casa ni lidiar con el personal doméstico, que puede ponerse todas sus galas y que, cuando su novio viene a verla, cuelga en la puerta el cartel de «no molestar». En cualquier caso, para resumirlo, empecé a llamar a diversas clínicas y le encontré a la cuarta llamada.

—¿Ha hablado con él?

—No. Espero sus instrucciones para hacerlo. Su señor Arlequín me ha echado una bronca esta mañana. A partir de ahora seguiré las normas. Tengo a tres personas vigilando el lugar las veinticuatro horas… Supongo que se dará cuenta de lo que les va a costar a ustedes todo esto.

Cuando le conté todo lo que había sucedido durante su ausencia, silbó por lo bajo de pura alegría.

—¡Demonios! Ese muchacho pica más que la salsa de chile y no lo sabe. Ahora, sigamos las reglas. No podemos llevárnoslo, eso sería secuestro. Si se va, podemos seguirle y también podemos perderlo de nuevo. Sólo queda una cosa que se puede hacer: llamar al FBI, descubrir quién está reemplazando a Milo Frohm y pasarle el caso. Pídame otro vodka y llamaré ahora mismo. ¡Vaya, hermano! ¡Si Duggan se escapa esta vez, haré que me ingresen en un psiquiátrico!

Regresó frotándose las manos y con una sonrisa que iba de lado a lado de su pequeña y afilada cara.

—¡Muy bien, muy bien, muy bien! Prioridad número uno. Han aceptado toda la responsabilidad. Van a avisar a Milo Frohm en vuelo. Sus agentes tomarán el control y relevarán a nuestros hombres en cuanto San Diego pueda reunir las tropas… Así que ahora, señor Desmond, usted y yo podemos seguir bebiendo tranquilamente.

—¿Y qué hay de la mujer de Duggan?

—¿Qué pasa con ella?

—¿No habría que decirle algo?

—Habría que hacerlo. Creo que, al final, alguien se lo dirá, pero no seremos nosotros, ¡no señor! Lo que ella no sabe podría hacerle daño y también podría hacérnoslo a nosotros… Le diré algo, no obstante: en California, no tengo trabajo y en México el asunto se ha cerrado…

—No obstante, todavía quedan preguntas por responder en el caso de Ella Deane en Nueva York.

—Esta pista se ha enfriado, señor Desmond. Con Lemnitz muerto, dudo que la pista se reabra.

—¿Ha pensado en Bernie Koonig?

—¿Qué está pensando?

—Todavía me duelen las costillas. Dicen «Lemnitz-Koonig, Koonig-Lemnitz.» ¿Qué tiene que perder, excepto nuestro dinero?

—Como bien dice, ¿qué tengo que perder? Quizás estemos ahora en racha ganadora, ¿verdad? Beba, señor Desmond, que le llevo una.

Me fui tarde a dormir y por la mañana temprano, Suzanne se deslizó en la cama junto a mí para decirme que el sol había salido, que los pájaros cantaban y que no había nada en el mundo que deseara más que pasar un día entre bodegueros. Bien, casi nada…

Francis Xavier Mendoza me echó un vistazo y me declaró no apto para tener compañía humana. Se preguntaba cómo cualquier mujer en su sano juicio podía soportar que la viesen con un error genético como yo, que llevaba grabados sobre la cara todos los males del mundo. Me hacía falta tomar el sol, respirar aire puro y una amplia y general absolución antes de que me permitiese acercarme a menos de kilómetro y medio de sus preciosos viñedos. A Suzanne le dio la bienvenida con una alfombra roja y pétalos de hibisco. A mí… ¡Ay! De no ser porque albergaba una ligera esperanza de salvarme, me hubiese abandonado, sin redención, a la oscuridad exterior.

Me hacía mucho bien estar con él. Sacaba lo bueno de ti, igual que sabía extraer el aroma del suelo y el *bouquet* del vino, con amor y mucha paciencia. Los viñedos estaban en todo su esplendor: aparecían las primeras uvas, lentamente, según caminábamos por las terrazas y las bodegas. En los laboratorios, resplandecientes y asépticos, nos habló del ritual que llevaba al momento sagrado en que el mosto se convierte en vino.

Recitaba sus nombres como una letanía: *cabernet y chardonnay, chemin blanc, sauvignon, smillon, zinfandel* (el tipo de uva que el coronel Agoston Haraszty trajo desde Hungría en 1857 y que todavía es única de California). Habló de Robert Louis Stevenson, que bebía *souverain y schamsberg*, que creó uno de estos tipos para avergonzar a los esnobs europeos. Para reprobarme, citó a Tom Jefferson: No es nación de borrachos aquélla donde el vino es barato, ni lo es de hombres sobrios aquélla en la que la escasez de vino hace que éste sea sustituido por licores. Consiguió que Suzanne se riese cuando recitó el brindis del viejo Matías Claudius: *Wer liebt nicht Weiben, Wein und Gesang*… «A quien no le gusten ni las mujeres, ni

el vino, ni cantar, será un tonto toda su vida.»

Antes de que hubiese llegado el mediodía, ya había hechizado a Suzanne y me había quitado la depresión que me había acompañado durante demasiado tiempo, como una niebla densa. Después del almuerzo, dejamos a Suzanne dormitando en el patio y él me llevó hasta un claustro de árboles para pasear, arriba y abajo, al final del cual había una pequeña y alegre escultura de Poverello que les hablaba a un par de palomas que se habían posado en su mano extendida. Le conté a Mendoza todo lo que había sucedido en Nueva York y en México. Nada de todo esto le sorprendió, sólo le entristeció.

—… Paul, amigo, somos como los campesinos que viven en un campo de batalla. La muerte nos rodea y nos endurece. Ni siquiera la ignoramos: hacemos de ella nuestra principal diversión… Consideramos que los romanos eran unos brutos porque jugaban con la muerte en los anfiteatros. Ahora los emulamos para que nuestros hijos los vean en la televisión y en el cine… Millones de personas hacen cola para ver a una niña masturbarse con un crucifijo… ¿Qué una gran empresa manda asesinar gente? Claro que lo hace… Me creeré todo lo que me cuentes. Lo único que me sorprende es que no haya habido más violencia…

—Puede que la haya. George Arlequín ha jurado matar a Basil Yanko.

—Y eso, después de todo lo ocurrido, todavía te sorprende, Paul. No debería… El asesinato, al igual que una plaga, se contagia. Las restricciones legales son más débiles que nunca. ¿Cómo podría ser de otro modo? Después de cada revolución, de izquierdas o de derechas, los asesinos hacen las leyes y los torturadores las imponen. Lo único que todavía se mantiene son las restricciones morales: el carácter sagrado de la vida y del hombre. Abrógalo, abandónalo en la desesperación, como ha hecho Arlequín, y entonces el asesinato deviene el recurso natural… Pero tú no debes permitir que eso ocurra, Paul.

—No puedo detenerle. Se ha apartado de mí. No quiero participar en eso, así que le voy a dejar, y lo mismo va a hacer Suzanne.

Francis Xavier Mendoza se detuvo de golpe. Me puso las manos sobre los hombros e hizo que me diese la vuelta para mirarle de frente. Parecía hosco como el viejo Moisés al romper las tablas de la ley.

—Paul, casi no conozco a ese hombre. Es tu amigo, no el mío, pero te juro que si le abandonas ahora, si no te quedas con él hasta el final y tratas de evitarlo, no volverás a poner un pie en mi casa nunca más… ¡Nunca! ¡Tienes un deber! ¡Es una persona a la que quieres! Si estuviera muriéndose de hambre, ¿le negarías un mendrugo de pan? Está desesperado. ¿Vas a darte la vuelta y a dejar que se hunda, delirante, en esta locura? ¡No puedes hacerlo y no lo harás!

—¿Qué puedo hacer, Francis? ¿Qué voy a decir?

—¡Cualquier cosa, todo, nada, pero debes estar ahí! No dejes que te aparte.

Trágate los insultos y quédate con él. Si eso me ocurriese alguna vez a mí, y sé que es algo que podría suceder, pues soy un hombre apasionado y mi abuelo mató a otros hombres en estas montañas, tendría la esperanza de que algún amigo me detuviese e impidiese el terrible final —me cogió del brazo y empezó a pasear de nuevo conmigo —. Háblame de Suzanne. Me gusta mucho.

—No hay mucho que contar. Una vez fuimos amantes y siempre hemos sido amigos. Ahora, debido a todo lo que está ocurriendo, estamos otra vez juntos. Lo que va a durar, no lo sé.

—¿Por qué no iba a durar?

—Ya es tarde para nosotros, Francis, viejo amigo.

—Razón de más para cuidar de las cosas buenas. Enamorarse, eso es cosa de chiquillos, pero amar, eso es como el mejor vino… hay que decantarlo lentamente y sujetarlo con gentileza, saborearlo y beberlo. No se puede cultivar un buen viñedo, se crea… Veo cómo te mira y veo cómo te apoyas en ella. Podríais formar un buen matrimonio.

—Del primero hice un desastre. No podría afrontar otro fracaso.

—¿Por qué habría de ser un fracaso? Ambos habéis tenido tiempo para aprender. No importa lo que dijeran los viejos teólogos, un sacramento no se cumple diciendo solamente unas palabras, sino con compromiso y amor. Eres mi amigo. Detesto verte solo en los mejores años. Sopésalo… No pienses en Arlequín. ¿De acuerdo?

—Si tú lo dices, amigo.

—¡Bien! Ahora digamos adiós a Poverello. Voy a servirte un vino que, si pudiera convencerle de que lo probase, bajaría de su pedestal.

Por la noche, cuando el frío del desierto lo invadía todo, cenamos a la luz de las velas, mirando hacia el valle, los picos oscuros y la luna llena subiendo por encima de ellos. Escuchamos a Segovia y a Casals y después Mendoza nos leyó una de sus traducciones. Fue una noche de tranquilo encanto. Suzanne dijo aquello que ambos estábamos pensando.

—Es una pena que George no esté aquí. Se lo habría pasado muy bien.

—Está aquí —dijo Mendoza con gravedad—. Está en vuestros corazones y ahora en el mío. Lo que estamos haciendo es un acto de amor del que nadie está excluido. Antes de que te vayas Suzanne, tengo que darte un vino que aprecio especialmente. Sólo quedan seis botellas. Una será para ti, pero no te la beberás hasta que los tres estéis juntos otra vez y lo podáis compartir. Paul me ha prometido que se quedará con Arlequín. Creo que tú también deberías quedarte con él y, cuando esta plaga haya pasado, creo que Paul y tú deberíais casaros.

—Ya sé que te preocupas —dijo Suzanne con gentileza—, pero ¿por qué lo haces, por George, por mí, si sólo somos unos extraños para ti?

—Te lo diré —dijo Francis Xavier Mendoza—. Soy el más afortunado de los

hombres. Dios hizo vino. Yo hago vino. Vosotros os lo bebéis y cambia en vosotros. Es una verdad muy bella. Cuando lo contemplo en todo su significado, me hace tan feliz que se me saltan las lágrimas… Esta comunión es lo que nos mantiene cuerdos y humanos. Si la rechazamos nos quedamos solos y nos sentimos acosados. Derrama el vino de la vida y nos acusarán para siempre como a Caín en el desierto… Me estoy volviendo hablador. ¡Es suficiente! Que durmáis bien, amigos míos. Aunque no debería aprobarlo, lo apruebo. Espero que os améis con alegría bajo mi techo…

Al día siguiente estábamos en otro mundo. En el aeropuerto de San Francisco había una amenaza de bomba y todos los vuelos se habían retrasado una hora. Nos cachearon, nos aislaron y nos pidieron que identificásemos nuestro equipaje antes de amontonarlo en la bodega del avión. Había tensión y hostilidad en el aire. Las voces se elevaban mientras funcionarios con prisas trataban de contentar con los pasajeros, que tenían los nervios de punta.

Cuando finalmente despegamos, Suzanne se enterró en una revista de modas mientras yo trataba de ponerme al día de las noticias. Ninguna era buena: crisis en Inglaterra, con una huelga de mineros y elecciones generales a la vista; los japoneses estaban negociando con terroristas para salvar la vida de los empleados de su embajada en Kuwait; los italianos habían colocado tanques alrededor del Quirinal y los vietnamitas reclamaban un dominio petrolero en las islas Paracel, de las que nunca nadie había oído hablar hasta que los chinos habían sacado de allí una lancha hinchable. El presidente de Estados Unidos estaba cinco pasos más cerca de su destitución. El mercado bursátil había caído. Creative Systems estaba un treinta por ciento por debajo de su nivel máximo. No se mencionaba en absoluto ninguno de nuestros asuntos. El miedo a una denuncia por difamación masiva había hecho a los editores más cautelosos. Además, con tal exceso de desastres, el público estaba hastiado y necesitaba estímulos nuevos cada día. Ahora había un juego nuevo en San Francisco. Consistía en darle los buenos días a un extraño, pegarle un tiro en el corazón y marcharse silbando.

Ojeé las páginas financieras para descubrir cuánto me había empobrecido cuando vi un párrafo. El señor Karl Kruger, de Kruger & Cía AG estaba en Nueva York, alojado en el Regency. Le enseñé el texto a Suzanne, que estuvo de acuerdo conmigo en que teníamos que invitarle a cenar. Le gustaba el viejo oso y también podía tolerar a Hilde, de no ser que, por supuesto, Karl hubiese decidido mostrar sus habilidades en Nueva York. Esperaba que no fuese fanfarroneando por Broadway y que se metiese en los mismos problemas que su célebre compatriota.

Takeshi estaba en casa y de buen humor, aunque un poco decaído por el hecho de que había hablado demasiado en San Francisco. De todos modos, cuando se hubo asegurado de que tanto mi cara como mi estatus legal no habían sufrido daños,

pareció casi animado y empezó a revolotear alrededor de nuestra cena como si fuera un espíritu guardián.

Suzanne se desperezó, lujuriosamente, en el diván y me dedicó una suave y lenta sonrisa.

—En realidad, no podías abandonar, ¿verdad? —dijo.

—¿Abandonar qué?

—¡Todo esto y también la libertad!

—¿Me estás haciendo una proposición?

—No, *chéri*, es una pregunta académica.

—¿Te apetece debatirla?

—Esta noche no. Estoy demasiado cómoda.

—¿Me contestarías a una pregunta?

—Si no es demasiado difícil.

—¿Te casarías conmigo Suzy?

Su sonrisa desapareció. Se sentó muy quieta mirando lejos de mí, hacia las sombras.

—No vas a hacer negocio, Paul —dijo entonces.

—Lo sé.

—Siempre, desde que era una muchacha, he estado enamorada de George Arlequín.

—También lo sé.

—Así que no te estarías llevando precisamente una ganga.

—¿Acaso la he pedido?

—No… pero ¿por qué, Paul? ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora? Estoy aquí, encantada de estar aquí. No tienes rivales, aunque me gustaría que los tuvieras… No, por favor, ¡quédate donde estás! Me derretiría en tus brazos y diría «sí» y lo lamentaría a la mañana siguiente… ¿Dime por qué, Paul?

—Por veinte razones, Suzy, aunque sólo hay una buena para mí: no existe nada ni nadie a quien yo ame más en este mundo que a ti… Quizá no sea suficiente, cómo decirlo. He vivido mucho tiempo y he aprendido muy poco. De todos modos, como se dice en el mercado de valores, es una oferta en firme.

—¿Y no suelen añadir: tómala o déjala?

—Sí, pero yo no. Cuando todo esto haya pasado, Suzy, cariño, diré adiós al mercado con una despedida de marinero. No hay prisa. Piensa en ello.

—He pensado en ello, Paul. Lo he pensado cuando estaba a solas y cuando me tenías entre tus brazos y estaba feliz de estar así. Sólo sé una cosa: te quiero demasiado como para ofrecerte un corazón dividido. Quiero esperar hasta que todo haya pasado, no para ganarme a George, porque ya sé que no lo voy a conseguir, sino para saber que me he recuperado de mi amor por él, que se me han pasado los sueños

de jovencita y que estoy preparada para ser una mujer completa junto a un hombre completo. Eres un hombre más grande de lo que crees, Paul. Quiero que estés orgulloso de la mujer que se case contigo. Por favor, deja que pase algún tiempo —sonrió, con una alegría un tanto forzada, y me tendió los brazos—. Quien sabe, quizá te canses de mí mucho antes.

Bien, no había conseguido la Luna pero, por lo menos, tenía una moneda de seis peniques en el bolsillo. Estaba aprendiendo a estar agradecido por las pequeñas cosas y quizá, me sentía aliviado por el hecho de que ella hubiese aplazado su decisión. Así no había fantasmas con los que enfrentarse, sino sólo un hombre al que dirigía un oscuro demonio, frío, sin amor e implacable.

Por la mañana, nos fuimos a comprar flores a la Tercera avenida. Esta vez fuimos bienvenidos: encargamos flores frescas y un pequeño jardín en un cuenco, para que los entregasen a domicilio. No vimos a Aarón Bogdanovich, que se había tomado la mañana libre. Algunas veces —la vendedora sonreía por encima de las gafas de montura dorada que llevaba puestas— le gustaba sentarse en los jardines del museo de Arte Moderno y contemplar la escultura, ya sabe, sólo pensar. Si no le encontrábamos allí, ella le dejaría no obstante nuestro mensaje.

No estaba allí, así que atravesamos las galerías y cruzamos la Quinta avenida hacia Buccellati's, donde, para mi gusto, todavía se pueden comprar las mejores joyas del mundo —un trabajo de artesanía hecho a la manera en que los viejos maestros trabajaron el Ponte Vecchio y las cuevas de Aladino en el Lung Arno—. Una hora después, accedí a las protestas de Suzanne y me marché con las manos vacías, pero habiendo reservado, y así quedaban en la caja fuerte, un anillo, unos pendientes y una pulsera. Según salíamos, Aarón Bogdanovich vino a nuestro encuentro y dijo:

—Suite 67 en el St. Regis. Se les espera para almorzar. Su anfitrión es la señora Larkin. Llamen desde el vestíbulo.

Poco después, desapareció entre la multitud. Seguimos caminando, pasamos por la entrada, y continuamos hasta Madison. Entonces nos dimos la vuelta y entramos en el St. Regis. Cuando dije el número 67, la voz de una mujer respondió:

—La suite de la señora Larkin.

—Somos el señor Weizman y una amiga. Estamos invitados al almuerzo.

—Suban, por favor.

En la puerta nos esperaba una matrona de cabello gris, que nos acompañó a un vestidor, donde estaba sentado Aarón Bogdanovich, serio y alerta, en un sillón. Mientras le presentaba a Suzanne me cortó en seco:

—Ya sé quien es. La señora Larkin la llevará a almorzar al restaurante —le dedicó una sonrisa fantasmal—. No se ofenda, mademoiselle. Es preciso. Además, yo invito a este almuerzo. Disfrútelo. El señor Desmond la recogerá abajo cuando hayamos terminado.

Nuestro almuerzo consistió en café y unos bocadillos, y la conversación fue estrictamente de negocios.

—Una pregunta, señor Desmond. ¿Cuánto le dijo a Milo Frohm sobre mí?

—Nada. Fue él quien me lo dijo.

—¿Qué exactamente?

—Que yo compraba flores en la Tercera avenida.

—¿Cómo lo sabía?

—Porque envió a un hombre a San Francisco para que hablase con Takeshi.

—¿Algo más?

—Que nosotros, Arlequín y yo, nos habíamos aliado con un agente israelí y con Leah Klein; que sabía que Valerie Hallstrom era una agente israelí; que Arlequín y yo éramos objetivos terroristas.

—¿Y qué dijo usted?

—Ni sí ni no, nada.

—¿Y lo aceptó?

—Ése era el acuerdo. Su agencia quiere derrotar a Yanko. Si le pasamos nuestra información, no hará preguntas sobre cómo o dónde la hemos conseguido. Está de camino a Londres en estos momentos, con George Arlequín. El FBI ha detenido a Álex Duggan en San Diego.

—Sí, lo sé.

—También sabía todo lo demás.

—Quería oírlo de su boca. Con un poco de suerte, pillarán a Yanko por conspiración.

—Para defraudar, pero no para asesinar.

—No sea ansioso, señor Desmond.

—No lo soy. George Arlequín quiere matarle.

—Para hacerlo tiene que estar vivo él. Ambos están marcados. No sabemos a quién golpearán primero.

—¿Quiénes son «ellos»?

—Una combinación formidable, señor Desmond: el Frente Popular para la Liberación de Palestina y el Ejército Rojo de Japón. Conocen al primero. El segundo seguramente no le resulte tan familiar. Se llama Rengo Sekigun. Han asesinado a veintisiete personas en el aeropuerto de Lod, si lo recuerda. Secuestraron un avión que volaba de Tokio a Corea del Norte. Torturaron y asesinaron a doce de sus propios disidentes en Japón. Se dedican por completo al nihilismo y a la violencia… Usted tiene un sirviente japonés, señor Desmond…

—¿Takeshi? ¡Vamos, por favor…!

—Le dije que le íbamos a investigar y lo hicimos. También lo hizo el FBI, que no estaba en realidad interesado por dónde compraba usted las flores. Takeshi tiene un

sobrino que ha vuelto hace poco a Japón, donde ha estado en contacto con conocidos miembros de Rengo Sekigun… ¿Le sugiere algo, señor Desmond?

—¿Que corra a esconderme bajo los árboles?

—Ahora hay una mujer viviendo con usted, alguien muy cercano a usted y George Arlequín.

—¡Demonios! ¡Espere un momento! Cuénteme cuál es la lógica de todo esto.

—Muy bien. Yanko tiene relaciones con los jeques del petróleo en Libia. Libia financia el terror. Usted ataca a Yanko y está muy cerca de hundirle. De repente aparece un una lista de posibles objetivos terroristas. Ésa es la lógica, señor Desmond, créame.

—Entonces, ¿qué hacemos al respecto?

—Sírvase otro café. Vamos a tardar un poco… El terror es una forma de cirugía social en la que se utilizan toda una serie de técnicas. En este caso, se pueden tener en cuenta dos: que a usted le asesinen para crear miedo y pánico o que le secuestren. No creo que vayan a asesinarle ahora mismo. Ustedes no son judíos y, por tanto, no resultan muy útiles para su propaganda. En cualquier caso, son ricos y prominentes, sujetos muy deseables para un intento de secuestro: sus vidas a cambio de mucho dinero y de la liberación de presos políticos, en este o en otros países. Si no se paga el precio del rescate, entonces, claro está, les asesinan.

—Claro.

—Ahora… ¿qué hacer? Permítame que le hable con claridad. Estoy en el juego y juego bien, muy bien. No hay sistema en el mundo que no pueda ser derrotado por un grupo de determinados hombres y mujeres, a los que no les importe vivir o morir. Puedo hacer que les vigilen, las veinticuatro horas, como hasta ahora, o puedo aislarlos. Puedo darle una pistola y un lápiz de bolsillo lleno de gas letal. Puedo entrenarle en judo y karate, es útil, pero aún así no me atrevería a hacerles un seguro de vida. Yo soy un riesgo menor que usted, porque no tengo códigos que me aten. He sido entrenado para matar y sobrevivir. Reacciono de una manera totalmente distinta. Aún así, nunca estoy seguro. Su mejor protección es reconocer el riesgo, aceptarlo con calma y tomar ciertas precauciones muy sencillas… Si le secuestran, no se resista, manténgase tranquilo y espere que las negociaciones prosperen. No intente escapar, eso sería un suicidio… No me cabe duda de que Milo Frohm habrá dado las mismas instrucciones a George Arlequín.

—¿Y qué hay de Suzanne?

—Sólo una pregunta, señor Desmond. Si la secuestrasen, ¿pagaría el señor Arlequín o usted mismo un rescate por ella?

—Por supuesto.

—Ésa es su respuesta. Corre el mismo peligro que ustedes. Deje que decida ella. Puede que se sienta más cómoda en Ginebra o en Elba, por ese motivo, pero no estará

más segura.

—Hablemos de Takeshi.

—No hay nada que hablar. Es un buen sirviente. Viva con él. El que nos preocupa es su sobrino. Todavía estamos al tanto de eso —me echó una de esas sonrisas frígidas y sin gracia—. Aún nos debe otro cuarto de millón. Estamos trabajando lo mejor que sabemos para ganarlo… Por cierto, ¿han pensado en lo que hará Yanko mientras ustedes se preparan para procesarle con Álex Duggan y su cómplice londinense?

—He pensado en eso. Resulta difícil saber qué puede hacer, excepto deshacerse de los testigos, lo que dejaría más cadáveres por ahí, y todavía tendríamos los documentos.

—¿Qué haría usted si estuviera en su lugar?

—Bien, déjeme pensar. Primero, liquidaría todos los fondos que pudiera en el menor tiempo posible y los colocaría en un banco suizo. Luego me buscaría un bonito refugio lejos de la costa, un lugar sin tratados de extradición, invertiría parte del dinero en las autoridades locales y le sacaría la lengua al Tío Sam… En los últimos años se han dado casos muy conocidos en que lo han hecho así.

—No está mal, pero de algún modo no puedo imaginarme a Basil Yanko como un fugitivo de frontera. No es su estilo. Además, la ley es un animal oportunista y él sabe mejor que nadie cómo manejarlo. Lo que yo sospecho es que querrá librarse del problema pagando.

—¿A quién puede comprar?

—Si George Arlequín retira los cargos, la Administración y el mercado estarían encantados de enterrar el asunto. Yanko sabe demasiado.

—¡Señor! Entonces sabrá que Arlequín quiere verle muerto, sean cuales sean las consecuencias.

—Debe pensar que puede llegar a un acuerdo. Sabe que Arlequín está llegando al límite y sabe también que usted tiene documentos peligrosos. Por eso ha pedido a Karl Kruger que venga a Nueva York, para que medie en un posible acuerdo.

—¡Está loco!

—¡No! Ha calculado los riesgos y el resultado que obtiene está a su favor. Si a usted le ocurre algo, o a Arlequín, o a esa bonita mujer que trabaja con ustedes, la oferta mejoraría aún más… En ese sentido, Arlequín tiene razón: si no se quiere negociar, la única alternativa es matar a Basil Yanko. Piénselo, señor Desmond. Hable con Karl Kruger y también con Arlequín, si vuelve sano y salvo…

Karl Kruger iba a dar una fiesta. Era una gran fiesta, una fiesta importante. Empezaría a las siete y duraría hasta las diez o las once. Después de que todos estuviesen borrachos bajo la mesa, nosotros podríamos hablar en su habitación. Sí, claro, tendría

que llevar a Suzanne. ¿Qué clase de fiesta me imaginaba yo? No, Hilde no estaría allí: no estaba hecha para esto. Tenía alguien nuevo a quien presentarnos: esta vez era una inglesa, muy chic, recientemente divorciada de un lord muy rico, pero que no podía pagar sus deudas maritales. Siguió, bum, bum, bum, retumbando, hasta que me dejó agotado. Entonces, gruñó con su estilo osuno:

—No es suficiente para ser cierto, Paul. En el mercado hay que ser popular, cosa que no ocurre con Arlequín ahora mismo, así que ponte tus mejores galas y sonríe, ¡eh!… Por cierto, y si viene Basil Yanko, no le escupas en un ojo, ¡por favor! Y no te cierres en banda a nada hasta que hayamos hablado…

Sonaba ominoso pero, como mi abuelo me advirtió una vez; si vas a comer gallo, asegúrate de que lo guisen con una buena salsa de vino. Así que llamé a Buccellati para que me trajesen las joyas que había adquirido y ordené a Suzanne bajo amenaza de desaparecer que se comprase el mejor vestido que fuese a juego con las joyas, además de ir yo mismo al barbero. El tratamiento me costó veinte dólares y estaba garantizado, eso me dijeron, que me haría parecer diez años más joven. Me mintieron, cosa que no me sorprendió, pero hicieron que me sintiera más preparado para la compañía de mis pares y un poco menos conspirador de tercera categoría, con un hacha sobre el cuello. Pedí una limusina Colby para que pasara a recogernos a las siete y entonces telefoneé a George Arlequín a Londres. Era medianoche y se estaba preparando para irse a la cama. Le hice un cauto resumen de mi conversación con Bogdanovich y le hablé de la fiesta de Karl Kruger. Para mi sorpresa, me dijo:

—Mantén todas las puertas abiertas, Paul. Pueden hacernos falta.

—¿Algún problema, George?

—Sí, nuestro chico es un cliente muy inteligente. Nos hemos enfrentado a él con los documentos, pero está muy bien asesorado y no va a admitir nada. No tenemos nada que le relacione con los fraudes cometidos en Londres, excepto su esposa, que está cubierta por un informe falso. La declaración de Álex Duggan sólo le relaciona con una conspiración en California para cometer fraude en México y, por supuesto, no hay queja alguna de la policía mexicana. La londinense está cooperando y estudiando la situación con Milo Frohm. Nuestros abogados de Londres nos advierten de que puede costar mucho tiempo conseguir una orden de extradición… El FBI ha arrestado a Álex Duggan y está bajo su custodia a petición propia. Incluso puede que crea que se trata de una protección dudosa. Todo es muy peligroso. Tenemos tanto y, aún así, los aspectos técnicos pueden vencernos en cuanto a lo que se refiere a Yanko. Mañana volveré a hablar con Frohm, con los abogados y con la policía y, al día siguiente, me iré a Ginebra para ver a mi hijo, hablar con la policía y con los comisionados bancarios. Te llamaré desde allí. Un abrazo para Suzanne. *Au revoir!*

Eran noticias desalentadoras, otra muestra de la fragilidad de la ley frente al poder de aquellos que tienen suficiente dinero e información para manipularla a favor de

sus propios fines. Habían muerto cinco personas. Existían documentos que relacionaban a Basil Yanko con cada una de las muertes, pero eran pruebas insuficientes ante la ley. Así que Yanko iría a la fiesta en el Regency: los hombres le darían la mano, las mujeres lo adularían hasta que él se marchara, despreciándolos a todos.

Por otro lado, se encontraba algo de consuelo en todo ello. Si George Arlequín pactase y renunciase a su amenaza, todos podríamos volver a vivir en paz… quizá. Ahora existían otras amenazas y, según caminábamos por la calle y nos metíamos en la limusina, me vi a mí mismo alerta y olfateando como si fuese un zorro que percibe el peligro y lo busca en el viento.

Cuando llegamos, la fiesta estaba en pleno apogeo y Karl Kruger la dominaba como un viejo capitán. Su bienvenida fue cálida y vociferante. Echó un vistazo a Suzanne, después dejó escapar un gruñido de aprobación y la paseó entre la gente como si fuese un nuevo trofeo. Me serví una copa y empecé a circular lenta y cautelosamente entre los allí reunidos. Me encontré primero con Herbert Bachmann, que me dio la mano con calidez y con unas palabras de sincera simpatía.

—… Pobre George. Me sorprendió tanto. Dile que me acordé de él. Tú mismo debes estarlo pasando muy mal.

—Bastante mal, Herbert.

—Ahora es peor, no mejor. La venta masiva de acciones ha hecho daño a mucha gente. El dinero es como las gardenias, no hay que dejar que sus pétalos se marchiten. En cualquier caso, nosotros hemos mantenido unido nuestro grupo. Los fondos estarán ahí cuando George los precise. Dime… —me arrastró hasta un espacio alejado del gentío—. Este periódico habla de asesinato. ¿Qué hay de cierto en ello?

—Todo es verdad, Herbert. Tenemos documentos…

—Entonces, ¿qué hace Yanko en la lista de invitados?

—Todavía no tenemos pruebas suficientes, Herbert.

—Así que la cosa se va a poner más sucia.

—Pudiera ser. Kruger está aquí para mediar, a propuesta de Yanko. Es un secreto.

—Gracias por contármelo. Estaría bien, aunque no sea lo mejor que se puede hacer, pero es necesario.

—¿Ha llegado ya Yanko?

—No le he visto. Bien, Paul, cuando llegue, tómatelo con calma, ¿de acuerdo?

—Por supuesto… Hablaré contigo más tarde.

No todos los saludos fueron tan agradables como éste; algunos se mostraron tan fríos como los Martinis que los imponían.

—… ¡Por Dios, Paul! Podrías habernos avisado, incluso haber comentado algún rumor… Mira, viejo, una guerra privada está bien, ¡pero ésta!… ¿Sabes cuánto perdimos el miércoles?… Las páginas financieras, sí… ése es nuestro foro, ¿de

acuerdo? Pero las columnas de sucesos, todo ese asunto de la mafia… Francamente, viejo, estamos muy contentos con George y Yanko no nos gusta mucho, pero…

De alguna manera me las arreglé para sortearlo, escabullirme, vadearlo, hasta que Suzanne vino a rescatarme con suaves palabras y un saludo para todo el mundo. Después, justo cuando la charla subía de volumen y cuando el licor fluía libremente, llegó Basil Yanko, sin ceremonia, solo. Le dio la mano a Karl Kruger, habló con él unos instantes y luego se sumergió entre la multitud, silencioso, como un gato. Lentamente, Suzanne y yo nos fuimos abriendo camino entre el gentío hasta llegar a él, que hablaba en ese momento, en voz baja, con Herbert Bachmann.

Herbert nos vio primero y nos hizo señas para que nos acercásemos.

—Señor Yanko, creo que conoce a estos encantadores invitados.

—Así es… mademoiselle, señor Desmond —se inclinó, pero sin dar la mano—. ¿No está aquí el señor Arlequín?

Fue Suzanne quien contestó, tiesa como cotonía.

—No, está en Londres, señor Yanko —puso una mano sobre el brazo de Herbert—. ¿Podría conseguirme una bebida fresca, señor Bachmann?

—Será un placer. Discúlpenme, caballeros.

Le disculpamos.

Basil Yanko levantó su copa.

—Bonita mujer, señor Desmond. Le felicito.

—De nada, señor Yanko.

—Una fiesta muy animada.

—Karl es muy buen anfitrión.

—Y también un banquero excelente.

—Sí.

—Señor Desmond, una palabra a tiempo. Cuando se hacen negocios se espera ganar algo y perder un poco menos. En este momento, estamos perdiendo demasiado. Ha llegado el momento en que tenemos que hacer que las pérdidas se conviertan en beneficios.

—Beneficio es siempre una buena palabra.

—Le estaría agradecido de que se lo hiciera saber a George Arlequín.

—Así lo haré.

—Otra palabra es compromiso.

—También se lo diré.

—La vida es infinitamente variada. Cualquier cosa se puede reponer, excepto uno mismo.

—Todo excepto uno mismo… Me gusta.

—A veces hay choques de personalidades y también de ambiciones. Un mediador resulta útil. Respeto a Karl Kruger.

—Nosotros también le respetamos.

—Entonces, dejémoslo así, ¿le parece?… Con su permiso, señor Desmond —y se alejó, como siempre, sin gracia.

Suzanne regresó con Herbert Bachmann. Herbert me echó una mirada larga e inquisitiva.

—Espero que le hayas tratado con cortesía, Paul —dijo.

—Con mucha más de la que el deber me exigía. Tendrían que darme una medalla.

—En lugar de eso, te daré un beso —dijo Suzanne—. Ahora, ¿puedo decirte algo? Creo que ya estoy harta de esta fiesta.

—Pero Karl decía…

—He cambiado las cosas. Te reunirás con él mañana, a las once de la mañana. Vayámonos, *chéri*.

—Ella es la más inteligente de todos nosotros —dijo Herbert Bachmann—. Haz lo que te dice.

Karl Kruger, a las once de la mañana, tenía los ojos rojos, le dolía la cabeza y se mostraba autocrático. Eructaba, gruñía y caminaba de un lado a otro de la habitación, ladrándome como si fuera el Canciller de Hierro.

—… ¡Realidades, Paul! De eso es de lo que estamos hablando, ¡de realidades! En la guerra perdí a mi esposa durante los bombardeos y a mi hijo en el frente ruso. Ahora hago negocios con aquellos que los mataron. ¡Realidad! Si no nos comprometemos y cooperamos el mundo acaba siendo una exhibición de fuegos artificiales. Sube a cada asesino al patíbulo y no hallarás suficientes sogas en el mundo para colgarlos a todos. ¡Otra vez la realidad! Arlequín tiene que darse cuenta. Debes ayudarle para que se la dé…

—¡Karl! ¡El cadáver de su mujer todavía no se ha enfriado en su tumba!

—Así ni puede razonar ni querrá hacerlo, ¡pero tú sí puedes!

—Puedo razonar hasta ponerme morado, pero eso no va a cambiar las cosas.

—Entonces actúa.

—No te sigo, Karl.

—¡Escucha, *dumkopft*! ¡Por Dios, escúchame!… Si tú, Paul Desmond, pudieses tomar el control de la situación ahora, ¿qué harías? Tómate tu tiempo, ¡piénsalo! Has oído voces en la fiesta de anoche. No dan un duro por cuestiones morales, sólo piensan en el dinero. Ahí había mucho poder reunido… Hablaste con Yanko. Le habéis dañado y aún podéis hacerle más daño, pero no podréis arruinarle y en estos momentos él está dispuesto a llegar a un acuerdo. Ahora dime: ¿a qué pacto llegarías, si pudieras?

—Si pudiera… Punto uno, que retire la opa lanzada por el control de nuestro banco. Punto dos, que devuelva los quince millones de dólares más los gastos que se

han derivado de eso. Punto tres, que pague el coste de instalar un nuevo sistema de ordenadores y la formación de nuevos operadores informáticos, sin que firmemos el contrato con él. Punto cuatro; nosotros no formularemos cargos contra sus empleados y enterraremos los documentos de que disponemos, en el momento, y no antes, en que todo se haya hecho. Eso es lo mínimo. Si me das algo más de tiempo, todavía podría añadir algunos adornos más.

—Ahora empiezas a hablar con sentido, amigo mío.

—No lo tiene sin el consentimiento de Arlequín.

—¡No es cierto! Los poderes que te concedió todavía están vigentes. Yanko lo sabe y yo también. Me has dicho que Arlequín quiere mantener todas las vías abiertas. Ésta es la mejor manera de hacerlo. Si las cerramos, lo que obtendremos será un lío mortal, que se volverá más sangriento para todos.

—¡Lo sé, Karl! Dame un argumento que pueda convencer a un hombre cuya esposa ha sido asesinada.

—Me dijiste que tú también la querías.

—Sí…

—¿Entonces qué? Un escultor mexicano está tallando la lápida y tú estás en la cama con Suzanne, que es la mejor elección que has hecho en tu vida. No bromeo. Estoy encantado. Arlequín consentirá, mejor pronto que tarde. Bien, ¿qué me dices?

—Eres un viejo bribón, Karl… pero lo intentaré.

—¡Bien! Por fin te oigo decir algo sensato. Te llamaré tan pronto como haya sondeado a Yanko sobre los términos… ¡Dios del cielo! ¡Tengo la cabeza como un bombo!

A las tres de la tarde, me llamó. Yanko estaba dispuesto a negociar. Me había invitado a cenar en su casa. También estaba listo para negociar, pero no veía razón alguna para comer el pan y la sal con ese desgraciado.

—¡Si trabajas en una mina de carbón, te caerá polvo en la fiambrera! —gruñó, Karl Kruger, furioso—. ¿Qué más te da? Por cierto, es una cena de etiqueta.

En ese momento, Suzanne me quitó el teléfono de la mano.

—Irá, Karl. Haré que vaya —dijo tranquilamente.

Cuando colgó, se volvió hacia mí.

—Paul, *chéri*, si no vas y las cosas se ponen peor, no te lo perdonarás… por favor.

Así que, a las ocho en punto, con el orgullo metido en el bolsillo y habiendo reducido mi cólera a rescoldos, me fui a cenar con Basil Yanko.

No sabía muy bien lo que me iba a encontrar: profusión, certeza, el aire de grandiosidad que caracterizaba su despacho, un montón de chismes quizá, seguramente habría mucho de todo. Confieso que me llevé la sorpresa de mi vida. El apartamento era bonito, pero bonito con amplitud, como una especie de perfección matemática que al mismo tiempo era austera y relajante. Basil Yanko no era

coleccionista. Elegía objetos y los colocaba para que hablasen por sí mismos: un catálogo no diría nada excepto que había dinero en las paredes y ni rastro de sangre. No podía entender cómo un hombre que nunca descansaba y que era tan siniestro se las arreglaba para conseguir un ambiente que transmitía tanta serenidad.

Una sirvienta de color me hizo pasar. Un mayordomo filipino me sirvió una copa y me dejó. Pocos minutos después, entró Basil Yanko. La chaqueta que se había puesto para la cena le hacía parecer más angular y más cadavérico que nunca, pero me estrechó la mano con más firmeza y su sonrisa no parecía implicar ningún esfuerzo aparente. Le hice un cumplido acerca de su casa y lo aceptó con una pizca de ironía.

—¿Sorprendido, señor Desmond?

—Fascinado, señor Yanko.

—El coleccionismo puede llegar a ser una manía. El verdadero placer del arte está en la selección… lo que, por supuesto, implica un proceso de prueba y error, y de rechazo, hasta que uno llega a un equilibrio. ¿Le interesa la pintura, señor Desmond?

Me interesaba todo aquello que pudiese llevarme a pasar la obertura y llegar a la ópera, así que le hablé de mi gusto por la artesanía, la joyería y la mística de las piedras de colores. Era un buen oyente, más cortés de lo que nunca hubiese creído que fuera, aunque, cuando se captaba su atención, sus preguntas tenían siempre un tono crispado y perentorio. Durante la cena, comió frugalmente y sólo tomó una copa de vino. Estaba orgulloso de su cocinero y era muy meticuloso en relación con el servicio. Empezó entonces a hablar de política:

—… Hay un sueño en el extranjero, señor Desmond, de que podemos volver al cascanueces y a la bomba de agua: ser pequeñas comunidades autosuficientes. Una bella ilusión que en la actualidad no puede convertirse en realidad. Estamos obligados a ser un solo mundo, mutuamente dependiente de un complejo entramado comercial y de distribución de unos recursos que disminuyen. Así que tenemos que racionalizar y controlar multitud de variables. Los ordenadores pueden hacerlo; el hombre, sin ayuda, no…

Todo esto nos llevó, pasando por matices y sutilezas, hasta el café y al asunto que nos ocupaba, que él enunció de manera muy sencilla:

—… He cometido un error, señor Desmond. Me equivoqué de blanco. Apliqué herramientas inadecuadas. El *input* fue erróneo y los errores se fueron multiplicando, así que podemos hacer tabla rasa de todo ello y empezar de nuevo, que es la intención de esta discusión… ¿Más café?

—No, gracias.

—¿Una copa?

—No…

—Bien, entonces… Karl Kruger ha sugerido un marco dentro del cual podríamos

negociar. Déjeme que le diga, con franqueza, que no voy a pelearme por detalles financieros sin importancia. Hacer una cuenta de pérdidas y ganancias es fácil. La clave de la cuestión para mí es que ustedes me concedan inmunidad para el futuro. ¿Diría que ésta es una formulación correcta de nuestra posición?

—Creo que requiere una ampliación, señor Yanko. ¿Contra qué pide usted inmunidad?

—Contra una demanda judicial.

—¿Por qué?

—Por fraude y conspiración para asesinar. Ése es el caso que ustedes están tratando de fundamentar ahora, aunque entiendo que se están encontrando con ciertas dificultades.

El descaro total de aquel hombre me dejó, durante unos instantes, sin palabras.

Movió la cabeza, apesadumbrado.

—Señor Desmond, estamos solos, sin testigos, sin vigilancia. Aquí puedo admitirlo todo y lo haré. Le sorprende, por supuesto. ¿Cómo un hombre de negocios respetable como yo, conspira y consiente el asesinato? Señor Desmond, los contribuyentes de este país financiaron un holocausto enorme e innecesario en Vietman. Algunos protestaron, pero muchos lo aprobaron, lo aprueban y lo seguirán aprobando. Calley fue a la cárcel. Los generales todavía están libres. No siento respeto por la gente, señor Desmond. Viven y mueren. A veces, para hacer que la ecuación social funcione, hay que eliminarlos. Usted y yo podríamos estar aquí discutiendo sobre este asunto hasta el fin de los días y no me convencería, igual que tampoco yo le convencería a usted. Así que acordamos que diferimos y volvemos al tema que nos ocupa. ¿Qué puede ofrecerme?

—Podemos llegar a un acuerdo para no denunciarle ante la justicia, ni a usted ni a sus empleados, por conspiración para defraudar. En cuanto al asesinato, no hay negociación posible. El asunto está fuera de nuestro alcance. El FBI ya tiene los documentos.

—Que me están haciendo daño pero que no son concluyentes.

—Pero el caso sigue abierto, ya que no hay estatuto de limitación para el asesinato.

—De acuerdo, pero pongamos las cosas en orden. Valerie Hallstrom, bien, ésa es una patata caliente que está en el ámbito político y con la que nadie querrá enfrentarse.

—¿Ella Deane?

—Cerrado, no hay problema.

—¿Y Frank Lemnitz?

—Es un asunto que compete a las autoridades británicas y dudo que llegue muy lejos… Como ve, queda solamente el caso de la señora Arlequín, que murió en

México. Examinémoslo ahora y veamos en qué puntos podemos llegar a un acuerdo. Mis abogados han visto, aunque yo no, una confesión de Pedro Gálvez que me inculpa. Con ese documento podrían llevarme a los tribunales, pero no conseguir una condena. Sangraría pero me recuperaría. El señor Arlequín no estaría en mejor posición de la que está ahora, con una elevada carga financiera y un mercado que no confía en él. En el caso alternativo, si ustedes no presentan ninguna denuncia, suspenden la publicación de cualquier información y no siguen ninguna investigación ulterior, conseguirían todo lo que piden sin discusión de ningún tipo… ¿Puede usted ofrecerme eso, señor Desmond?

—Arlequín podría, yo no.

—¿Por qué no?

—Porque puede revocar el poder que me ha dado de un plumazo.

—¿Entonces…?

—Puedo persuadirle y trataré de hacerlo. De todos modos, incluso el consentimiento de Arlequín no le proporcionará inmunidad frente a la policía y el FBI.

—¡Señor Desmond! —se mostró paciente y amable frente a mi ignorancia—. Si hay algo que puedo entender es lo que a la prensa le gusta llamar «la conciencia de Norteamérica». Con eso puedo contar sin duda alguna.

—Lo que me lleva a otro punto del paquete, señor Yanko.

Eso hizo que le quitara parte del barniz. Su sonrisa desapareció y levantó la cabeza como un lagarto asustado.

—Creo que ya hemos hablado de todos los puntos que Karl Kruger mencionó.

—Sí, así es, pero pensé que, sobre éste, preferiría hablar en privado. En un documento que ha salido de su banco de datos, George Arlequín y yo aparecemos listados como posibles objetivos de un ataque terrorista.

—El documento en cuestión, señor Desmond, es un resumen secreto de inteligencia preparado por expertos y que circula entre suscriptores restringidos.

—Pero como cualquier documento de esa naturaleza, contiene conjeturas destinadas a provocar acciones lo que, cuando sucede, usted proclama haber pronosticado. En palabras sencillas, señor Yanko, usted está diciendo que los objetivos terroristas más recientes son Paul Desmond y George Arlequín. El Frente Popular para la Liberación de Palestina y el Rengo Sekigun nunca han oído hablar de nosotros. Entonces dicen, ¿quiénes son ésos? Y ahí estamos nosotros, empaquetados y listos para la entrega… Como ve, señor Yanko, también necesitamos una cláusula de inmunidad en el contrato. ¿Puede ofrecerla?

—Podría transmitir una petición al comité ejecutivo del Frente, a través de amigos, naturalmente.

—¿Y recibiría una respuesta?

—Normalmente sí.

—¿Cuánto tiempo tardaría?

—Unos tres días.

—Entonces dejemos la respuesta definitiva para dentro de tres días.

—¡Excelente! Y si, mientras tanto, hay algún otro punto que clarificar, por favor, llámeme a mi oficina o a este número. Si estoy en casa, yo mismo contestaré al teléfono.

Fue hacia su escritorio, escribió un número en una tarjeta y me la dio. Me puse en pie para despedirme.

—Señor Yanko, muchas gracias por su excelente cena y por una velada instructiva.

—Ha sido un placer, señor Desmond. Mi chofer le llevará a casa. No se ofenda si no le habla. El pobre chico es mudo. Cooperamos con algunos programas de inserción laboral de discapacitados. Buenas noches, señor Desmond.

… Y ahí estaba: una bonita y fresca rama de olivo, envuelta con papel de celofán, con un lazo rosa, entregada por palomas arrulladoras. Si no la aceptábamos, nos atravesarían con ella y nos enterrarían dos metros bajo el asfalto de Wall Street. ¡Que Dios os bendiga, amados caballeros, y vele por vosotros durante las horas oscuras!

No me fui a casa. El chofer me dejó en el Regency, donde Suzanne estaba cenando con Karl Kruger. Su rosa inglesa había probado ser tan espinosa que se había marchado de vuelta a Londres con una pulsera de diamantes y ahora estaba suspirando otra vez por Hilde. Se alegró de que el acuerdo fuera posible, pero se entristeció mucho cuando le conté, por primera vez, cómo nos habían incluido en las listas de posibles objetivos terroristas. Se había prestado a llevar a cabo una misión diplomática personal, pero no a meterse en un embrollo político que afectaba a su país tan profundamente. También él consideró adecuada la decisión de Arlequín de eliminar a Yanko. Sugirió, sin pasión, que, quizás Aarón Bogdanovich podría desear hacerlo. Yo estaba seguro de que Bogdanovich no arriesgaría su organización con un ataque a un prominente industrial estadounidense.

Suzanne escuchaba en silencio, sorprendida. Entonces nos atacó a ambos, salvajemente:

—¡Basta ya! ¡No pienso escuchar ni una palabra más! ¡Habláis como si fuerais asesinos! Si se puede llegar a un acuerdo, ¡hacedlo! De otro modo, no habrá un final para esta locura.

Karl Kruger masculló una disculpa.

—¡Lo sé!… ¡Lo sé! No ocurrirá, querida, pero no deja de ser como un hueso que se te ha atragantado el hecho de que un hombre como Yanko pueda estar sentado ahí y venga a imponer condiciones a personas decentes. Ahora tenemos que preguntarnos

qué ocurrirá si Arlequín rechaza el acuerdo.

—¿Qué hora es, Karl?

—La una en punto. Hora de irse a dormir…

—En Londres son las seis de la mañana. ¡Paul, llama a George y quitémonos esto de encima!

—Suzy, cariño, necesitará tiempo para pensarlo.

—En ese caso, cuanto más tiempo tenga, mejor. Vamos, llámale.

Poco después estaba hablando con George Arlequín. Su voz sonaba como si acabara de despertarse. Me disculpé por molestarle tan temprano.

—¿Se han puesto en contacto contigo, Paul? —dijo entonces.

—George, no sé de qué me hablas. Aquí es la una de la madrugada. He estado cenando con Basil Yanko. Ahora estoy en la cena con Suzanne y Karl Kruger…

—Vaya, así que no te has enterado…

—De nada… ¿George, qué ocurre?

—Mi hijo y la niñera… Les han secuestrado.

Antes de que me diese tiempo a decir nada, Milo Frohm se puso al teléfono.

—Señor Desmond… escuche con atención. Haga exactamente lo que le digo. La noticia no se ha publicado todavía. No sabemos qué significa, aunque nos lo imaginamos. Estamos esperando a ver qué piden los secuestradores. Vuelva a su apartamento, llame a nuestra oficina de Nueva York y pregunte por Philip Lyndon. Él le dará instrucciones. Cuando tengamos más información, volveremos a llamarle a casa. Ahora, ¿podría colgar, por favor? Tenemos que dejar la línea libre.

Hicimos exactamente lo que nos pidieron. Una hora después estábamos sentados en mi apartamento con el señor Philip Lyndon, grabando en una cinta la historia de la intervención de Karl Kruger y mi conversación durante la cena con Basil Yanko.

El relato de Lyndon sobre el secuestro fue breve, pues no había gran cosa que contar. A las tres de la tarde, la niñera había sacado al pequeño a dar un paseo a orillas del lago que hay en el parque, en Ginebra. Como de costumbre, un detective les acompañaba. Durante el paseo, dos mujeres y un hombre se les acercaron, desarmaron al detective y forzaron a la niñera y al niño, a punta de pistola, a que subiesen a un coche que les esperaba. A medianoche, alguien llamó a Arlequín a Londres para informarle de que tanto la niñera como su hijo estaban en manos del Frente Popular para la Liberación de Palestina. Debería esperar en Londres hasta recibir más noticias. La intervención policial resultaría inútil y peligrosa, tanto para la mujer como para el niño. Era tan simple, formal y amenazante como una espada desenvainada.

¿Qué podíamos hacer? Nada, dijo el señor Lyndon, con firmeza, nada excepto esperar, permanecer en silencio y actuar según nos habían dicho. Pensé que debía llamar a Basil Yanko y contarle lo que había ocurrido. El señor Lyndon pensó en ello

y me sugirió que retrasase la llamada hasta las siete, cuando él tuviese un técnico preparado para grabar la conversación. A las cuatro de la mañana, se ofreció para acompañar a Karl Kruger de vuelta a su hotel y Suzanne y yo nos quedamos solos a contemplar el amanecer de un día sin esperanza. A las seis, el señor Lyndon estaba de vuelta con el técnico. A las siete yo estaba hablando por teléfono con Basil Yanko. Se sorprendió de oírme tan pronto.

—Qué rapidez, señor Desmond. ¿Ha hablado ya con el señor Arlequín?

—Sí.

—¿Cómo ha reaccionado a mis sugerencias?

—No pude transmitírselas.

—¿Por alguna razón en especial?

—Sí, el hijo del señor Arlequín y la niñera que le cuidaba han sido secuestrados la pasada noche en Ginebra.

Su asombro era auténtico. Ningún actor en el mundo podría haber fingido tal sorpresa ni el fervor con el que pronunció:

—¡Vaya mierda!

—Los secuestradores se han dado a conocer como el Frente Popular para la Liberación de Palestina. Arlequín debe permanecer en Londres hasta que vuelvan a ponerse en contacto con él. Eso es todo lo que sé.

—Por favor, dígale al señor Arlequín que lo siento y que estoy preparado para ayudarle en lo que haga falta. Ya sabe dónde encontrarme…

—Teniendo en cuenta nuestra conversación de anoche, había pensado que…

—Según la recuerdo yo, señor Desmond, hablamos de negocios y no de la política del terror.

—… Creía que con su conocimiento del mundo árabe usted podría de alguna manera abordar este trágico problema.

—Ciertamente, voy a considerarlo de manera urgente. De todos modos, tengo que decirle que sólo hago negocios con gobiernos y empresas legalmente establecidos. Buscaré consejo de buena gana entre mis amigos.

—Era lo que esperaba, señor Yanko.

—Gracias por llamar. Me pondré en contacto con usted más tarde.

El señor Philip Lyndon me echó una amarga sonrisa de admiración.

—¡Ni siquiera una marca! Es como el acero inoxidable.

—¿Cree que lo organizó él?

—No. Creo que creó la situación adecuada para su futuro uso y que el Frente lo ha precipitado todo. Esto está ahora fuera del control de Yanko. Les ayudará si le conviene y, si no, se quedará sentado y no hará nada.

—¿Y qué hay de mi testimonio y del de Karl Kruger?

—Karl Kruger sólo habló de un compromiso de negocios. Usted lo corrobora.

Todo el asunto del asesinato y del terrorismo tiene como única base su palabra.

—¡La historia de siempre!

—Debería ponerse en mi lugar por unos instantes, señor Desmond. Si no hubiese ni Dios ni juicio final, me desilusionaría. Si le llega alguna novedad de Londres, llámeme. Yo haré lo mismo… Deje la grabadora conectada al teléfono. Pondré una cinta nueva ahora mismo… ¿Por qué no descansa un poco?

Había algo más que tenía que hacer antes de descansar. Salí en busca de una cabina telefónica, llamé a Aarón Bogdanovich y le conté toda la historia. Se mostró ligeramente sorprendido y bastante impasible.

—Londres y Ginebra. Interesante.

—¿Eso es todo?

—De momento, sí. Si necesita algo más, intente llamar al servicio telefónico de plegarias. A algunos les resulta útil.

—No tiene gracia.

—En ese caso, intente con esto: hay un proverbio chino que dice que cuando se espera la visita del verdugo imperial, se aconseja beber grandes cantidades de vino de arroz… Relájese, señor Desmond, este tipo de cosas siempre llevan su tiempo.

Esperamos durante todo el día, dormitando a ratos, viendo la televisión, esperando a que el teléfono sonase. Nada. Llamamos a Philip Lyndon media docena de veces. Todavía nada, y lo que nos pedía era que no ocupásemos su línea. A las seis, Karl Kruger vino para tomar una copa y se quedó para cenar, una cena que Takeshi había preparado como si de un funeral se tratase. A las diez, ¡las noticias a su hora en punto! Lo vimos en la televisión: en el quinto piso de un apartamento cercano al aeropuerto de Ginebra, con la niñera sujetando al niño en la ventana y, a su lado, a un joven árabe con una pistola. El comentario era un recitativo, en el estilo enfático y agresivo de los típicos titulares norteamericanos:

Hoy, en Ginebra, el pequeño de tres años, Paul Arlequín, y su niñera Hélène Huguet, de treinta años, han sido secuestrados por dos miembros del Frente Popular para la Liberación de Palestina y una pareja japonesa, miembros del Rengo Sekigun, un grupo terrorista japonés. Los terroristas piden la liberación de dos prisioneros árabes, uno en Inglaterra y el otro en Italia, que han sido condenados por secuestro, posesión ilegal de armas y otros delitos. Las demandas de los terroristas se han hecho públicas esta tarde: un avión que les lleve a un país árabe amigo, dos millones de dólares y la garantía de que no serán atacados ni arrestados. Si no se cumple con estas demandas, primero matarán a la niñera y, veinticuatro horas después, al niño. Paul Arlequín es hijo del banquero George Arlequín, que ha aparecido recientemente…

—¡Ahora ya lo sabemos! —Karl Kruger se acercó hasta el televisor y lo apagó—. Lo del dinero es fácil. Lo que no será tan fácil es tratar con los gobiernos. Los

ingleses son muy fríos. Los italianos tienen que conducir más de ochocientos kilómetros para encontrar a alguien que firme un papel. ¡Por Dios, qué mundo! —Suzanne lloraba en silencio. La envolvió con un gran abrazo de oso y la consoló—. ¡Vamos, querida, querida! ¡No matarán a un niño! ¡Son demasiado listos para hacer eso! También necesitan apoyos. El pequeño es el comodín dentro del paquete. Si le hacen daño, la multitud les haría pedazos.

Todavía la estaba consolando cuando sonó el teléfono. Encendí la grabadora y descolgué. Era Basil Yanko.

—Señor Desmond, he sacado a mis banqueros de la cama. He llamado también a la UPI, para que difunda la noticia. Habrá dos millones de dólares a su disposición en el Union Bank de Ginebra, mañana por la mañana. Es un regalo, un regalo gratuito. Estoy haciendo todo lo que puedo en el terreno diplomático para evitar esta tragedia…

Mientras me debatía entre si darle las gracias o echarle una maldición, colgó el teléfono.

—¡El hijo de puta! ¡Lo hace, lo deshace y luego se convierte en un héroe! —dijo Karl Kruger mientras paseaba su enorme mole por la habitación.

—¡Me da igual! ¡No tiene importancia! Como mínimo, está haciendo algo mientras nosotros estamos aquí sentados… —le gritó Suzanne.

El teléfono sonó de nuevo. Era Milo Frohm, desde Londres. Estaba cansado como un perro, pero mantenía la compostura, como siempre.

—Disculpe que no le haya llamado antes. Hemos estado muy ocupados, como podrá imaginarse. Aquí son las tres de la madrugada. Arlequín está en Ginebra. Su gerente en Londres y yo hemos estado negociando durante todo el día con la Secretaría de Asuntos Internos. Creemos que se alcanzará un acuerdo pero, por Dios qué duro es. Los italianos esperamos que…

Le comenté la oferta de Yanko. Su risa sonó como un estertor de la muerte.

—¡Señor, qué artista! No puedo esperar para ponerle una medalla. Una buena noticia. El amigo de Álex Duggan está empezando a aflojar. Su esposa está embarazada. Está preocupada por el hijo de Arlequín. Rece y mantenga la boca cerrada.

—Señor Frohm, ¿ha visto el informe sobre mi cena con Yanko?

—Sí.

—¿Qué le parece?

—Mantenga el acuerdo abierto e intente que el señor Kruger siga en Nueva York.

—¿Cómo está George?

—Teniendo en cuenta las circunstancias, no está mal.

—¿Quiere que vaya yo o que envíe a Suzanne?

—¡No, por Dios! Quédense donde están, ambos. Cuanto peor se ponga todo, más

durará Arlequín. Ojalá yo también pueda seguir. ¿Saben lo que ocurrió anoche? El vicesecretario me pidió que cenase con él en su club, el mejor lomo de cordero de Londres. ¡Jesús, lomo de cordero! Bien, como dice la Biblia, estamos trabajando en la viña. ¡Buenas noches o buenos días, según sea el caso!

Por lo menos podía reírse. Traté de traducir su humor a Suzanne y a Karl. No fue una buena traducción pero, como mínimo, consiguió arrancar una ligera sonrisa de Suzanne y un gruñido de Karl.

—¡Lomo de cordero! ¡Y el mejor clarete de nuestro club, señor! Como lo recuerdo. ¿Por qué quiere que nos quedemos en Nueva York?

—No lo ha dicho, Karl. Tú decides.

—Tengo que traerme a Hilde. Llevo dos noches durmiendo solo y ya tengo pesadillas. Llamaré a Munich ahora mismo.

—¡Karl! En Munich son las cuatro de la madrugada.

—¿Qué más da? Si está sola, estará encantada de que la llame. Si no lo está, no merece dormir. ¡Aquí, tráeme el teléfono!

—¡No puedes hacerlo Karl! ¡Todo quedaría grabado! —Suzanne empezó a reírse.

—En alemán sonará muy bonito… ¡Ésa es una idea! ¿Por qué no hablas antes con ella? Dile que estás en la cama conmigo…

Era un juego sin sentido, pero lo jugábamos con histérico fervor y, cuando acabó, lo seguimos jugando en la cena, hasta que ya dejó de divertirnos. Karl se hundió en la cama de la habitación de invitados y Suzy y yo nos refugiamos juntos en un misericordioso olvido.

El drama del secuestro había devenido una pieza de teatro político. Uno puede, si es un cínico, dictar la secuencia en una hora. Lo que no se puede saber, de no ser que se esté involucrado personalmente, es la intolerable angustia que padecen la víctima y sus familiares, y las tensiones de infarto que soportan tanto los secuestradores como los negociadores.

Los secuestradores son comandos que pertenecen a un grupo político, totalmente comprometidos, que siguen instrucciones exactas y que conocen perfectamente los riesgos que corren. Si fallan no pueden esperar clemencia. La multitud les hará pedazos, la policía los abatirá a tiros o bien les caerá cadena perpetua. La autoridad bajo la cual viven, igual que el miedo que imponen, es absoluta. Si se rechazan sus demandas, matarán, pues matar no tiene consecuencias para ellos pero sí para el movimiento al que representan. El problema es que la propia ejecución debe llevarse a cabo a sangre fría y la tensión que la precede puede llegar a ser intolerable… Eso es lo que convierte la presencia de japoneses en un fenómeno siniestro. Tienen una filosofía de la vida complicada, pero una de la muerte muy clara.

Los negociadores siempre juegan con desventaja, pues no son, y no pueden ser, ni

firmes ni decididos del todo. Todos están de acuerdo en que hay que salvar a la víctima o a las víctimas. El dinero es una consideración menor, pero las dudas que rodean la cuestión son legión: un gobierno no puede doblegarse ante terroristas políticos; no hay que arriesgarse y permitir la matanza de un inocente. Si los culpables son escoltados hasta que salgan del país, como si fueran diplomáticos, la ley se convierte en objeto de burla; se producirán más atentados. Si se deja a la policía con las manos atadas, se destruye su lealtad y, al final, se les corrompe. Si se crean mártires, se siembran los dientes del dragón. Si se defienden los derechos de las minorías oprimidas, no se pueden sofocar sus reivindicaciones con la fuerza bruta.

Para las propias víctimas, no hay nada que hacer. Sus captores pueden ser corteses, pero también implacables. Sus rescatadores parecen impotentes. Su salvación descansa en una bondad que han visto abandonada. Aarón Bogdanovich no bromeaba cuando decía que lo que se podía hacer era o bien llamar a un servicio telefónico de plegarias o bien emborracharse. Estaba siendo misericordioso al no mentar la tercera opción: sentarse tranquilamente y esperar que el verdugo tenga la mano firme.

Estábamos a más de seis mil kilómetros, pero tanto Suzanne como yo vivíamos el drama minuto a minuto. La televisión permanecía encendida durante todo el día y la mitad de la noche. Comprábamos todos los periódicos y leíamos línea a línea lo que se publicaba en alemán, francés, inglés e italiano. Uno de nosotros siempre se quedaba en el piso. Cuando Suzanne salía, Takeshi iba con ella. Philip Lyndon llamaba cuatro veces al día para hacer un resumen de los informes que recibía por el télex. Karl Kruger iba y venía sin necesidad. Hilde llegaría en unos días. Milo Frohm estaba ocupado y no se podía hablar con él. Todo lo que habíamos oído de George Arlequín eran las palabras que había pronunciado ante entrevistadores televisivos y periodistas. Parecía un fantasma andante, pero se mantenía con dignidad y hablaba siempre con moderación y comedimiento. Se había ofrecido a sí mismo como rehén en lugar de su hijo y la niñera. Su oferta había sido rechazada.

Al acercarse la hora del primer plazo, la espera se convirtió en agonía. Aparecían otras caras en la pantalla, delegados de las embajadas árabes, diplomáticos japoneses, emisarios de Inglaterra e Italia. Todos pedían tiempo. Enseñaron el dinero del rescate y lo enviaron al apartamento con un hombre que sólo vestía un bañador a rayas, de manera que pudiera verse claramente que iba desarmado. Mientras subía, los japoneses sacaron por la ventana al niño, sujeto por los brazos, amenazando con dejarlo caer a la más mínima señal de engaño.

En el último momento, se prolongó el plazo veinticuatro horas más. Se entregó leche fresca para el niño. La tripulación de un avión suizo se presentó voluntaria para llevar a los secuestradores a un lugar seguro. Los italianos trajeron a su prisionero hasta la frontera y se lo mostraron, sonriente y triunfante, a los secuestradores. Los

ingleses se retrasaron y la Secretaría para Asuntos Internos se negó a hacer comentario alguno. George Arlequín y el gerente de su filial en Suiza se ofrecieron de nuevo como rehenes. Esta vez, la oferta fue aceptada. Desaparecieron en el interior del edificio. Se vivieron escenas de histeria cuando, bastantes minutos después, la niñera y el pequeño salieron y fueron introducidos rápidamente en un coche policial que se los llevó de allí.

Entonces, después de una larga espera, la terrible experiencia terminó. Los secuestradores, llevando a los rehenes encañonados, salieron del edificio y fueron trasladados hasta el aeropuerto. Subieron al avión. Se llevó a los detenidos hasta el pie de la escalerilla. Sonreían, agitaban las manos y hacían signos de victoria. El avión despegó. Los rehenes regresarían en el vuelo de vuelta.

Suzanne se hundió y se puso a llorar desconsoladamente durante más de una hora. Llamé al doctor para que le suministrase un tranquilizante. Mientras dormía, salí y me senté durante una hora en el último banco de San Patricio. No rezaba. No tenía sentido decir que lo sentía o que estaba agradecido. Aquél era simplemente un lugar limpio donde estar, en un mundo muy sucio.

Capítulo 9

Diez días después, George Arlequín estaba de vuelta en Nueva York. Llegó con todo su séquito: con los padres de Julie, con una nueva niñera, con el pequeño Paul y con tres hombres jóvenes, todos suizos, muy tranquilos, muy al tanto y bastante poco comunicativos. El apartamento del Salvador no podía acogerlos a todos, así que alquilamos las suites adyacentes y pedimos a Saúl Wells que reclutase a otro equipo de seguridad para que vigilase los accesos, a todas las visitas y a la plantilla. Suzanne se fue de mi apartamento y se instaló cerca de la familia. Arlequín quería que yo también me fuese allí, pero le dije que no había necesidad de ello y que, en mi caso, estaba casado con mi independencia. Me pidió que le informase de todo lo que había acontecido durante su ausencia. Me escuchó atentamente, tomó notas, me dio las gracias y zanjó el asunto. No era momento para presionarle con tomar decisiones. Cuando estuviese preparado, yo estaría a su servicio.

Le encontré tremendamente cambiado. Le habían salido canas en las sienes y su cara era piel y hueso. Sus ojos desprendían una mirada monjil y contemplativa. Hablaba poco y, cuando lo hacía, decía las cosas lentamente y con deliberación, como alguien que ha permanecido aislado de sus iguales durante mucho tiempo. También se movía de otra manera: no con ligereza y entusiasmo, como hacía antes, sino de manera calculada, siempre con un propósito, casi con sigilo.

Rechazaba las relaciones sociales. Durante el día trabajaba en el Salvador, pidiendo a la gente que fuese allí, cosa que todo el mundo hacía, por supuesto, por respeto a sus recientes padecimientos. Por la noche, cenaba con los padres de Julie y jugaba con el pequeño Paul. Ése era el único momento del día en que le veía sonreír, con una sonrisa tierna pero terriblemente triste, como si estuviese avergonzado de haber traído al niño a un mundo tan brutal. Las únicas ocasiones en que le vi furioso eran aquellas en que detectábamos alguna brecha en el intrincado sistema de seguridad que se había organizado. Entonces castigaba a quien lo había hecho con palabras frías y cortantes. Con Suzanne se comportaba de manera considerada pero formal. Conmigo no podía ser formal, aunque estaba claro que deseaba mantener las distancias. Pasaron tres días hasta que me llamó por teléfono y me pidió que fuese a verle para hablar de lo que dio en llamar «asuntos personales». Cuando llegué, me pidió que escuchase, sin hacer comentarios, lo que tenía que decirme:

—… Paul, ya has hecho bastante por mí, más de lo que cualquier hombre debiera pedirle a otro. Sé que estabas enamorado de Julie y que la apoyaste cuando mi propio apoyo le faltó. No estoy celoso. Estoy agradecido y contento de que mi hijo tenga a su tío Paul. Estoy encantado de quererte, también, como amigo del alma… Quiero que nuestra amistad se mantenga. Tal como están las cosas en estos momentos, creo que podría perderla. Por eso quiero pedirte que dimitas como director de Arlequín &

Cía.

—Cuando quieras, George. Hoy mismo, si te parece.

—Que sea hoy entonces. Pediré a Suzanne que redacte la carta. Puedes firmarla antes de marcharte. Revocaré también los poderes que te di y te indemnizaré completamente por todo el ejercicio. Karl Kruger y tú me cubristeis con quince millones de dólares. Os he liberado de ese compromiso y os he pagado los intereses devengados durante todo este tiempo.

—En mi caso, no era necesario.

—Era lo correcto, Paul. También se han acreditado las pérdidas que has sufrido en tu paquete de acciones de Creative Systems.

—¡Por Dios, George!

—¡Por favor, Paul! Has prometido escucharme. He preparado un comunicado de prensa relativo a tu dimisión. Quiero que lo leas y que hagas los cambios que quieras. Lo enviaré hoy. Tan pronto como hayamos acabado en Nueva York, jubilaré a Suzanne, con lo que considero es un sueldo generoso. Creo que necesita ser libre. Tiene que tomar decisiones por sí misma…

—¿Y dónde te deja todo esto, George?

—Donde estoy: con un hijo del que ocuparme y un negocio por reconstruir.

—¿Puedo preguntarte cómo piensas hacerlo?

—Por supuesto. Voy a pactar con Basil Yanko.

—¿Quieres decir que vas a vender?

—No, a pactar. Karl Kruger y tú discutisteis las condiciones. Probablemente yo pueda mejorarlas en una negociación personal. Depende bastante de lo que Milo Frohm tenga en Londres y del tipo de compromiso que consiga entre la administración y su agencia. Esa parte no está en mis manos.

Estaba siendo deliberadamente vago, pero no me apetecía presionarle. De todos modos, quería dejarlo. Me estaba dando la oportunidad de marcharme dignamente. Todavía podíamos ser amigos, aunque la amistad ya no sería jamás la misma, porque él había cambiado y yo no podría. Aún así, era mejor dejar las cosas claras.

—Supongo que sabrás que le he pedido a Suzy que se case conmigo —le dije.

—No, no lo sabía, pero me alegro. Creo que es una buena idea.

—Todavía no me ha dicho que sí.

—¿Por qué no?

—Todavía está enamorada de ti. Siempre lo ha estado.

Me miró con ligera sorpresa, como si le estuviese hablando del precio de los tomates.

—Pero yo no estoy enamorado de ella.

—Eso era todo lo que quería saber. Gracias, George. Esperaré en Nueva York hasta que ella haya terminado. Entonces me la llevaré… Ahora, preparemos estos

documentos.

En los días que siguieron tuve una extraña sensación de pérdida y desorientación. Había terminado una etapa de mi vida. No sabía ni cómo ni dónde empezar otra. Me quedé lejos del mercado y del Club, porque no quería responder a preguntas sobre mis planes o compartir los rumores que corrían sobre Arlequín. No leía los periódicos porque todas las noticias eran malas, la bolsa había caído y cuanto menos me dedicase a comerciar, mejor.

Para pasar el tiempo, recorrí los astilleros y visité a los arquitectos navales, para hablar de un viejo sueño, un velero a motor que me pudiese llevar por el Pacífico. Recorrí una y otra vez los diques, buscando bellezas viejas o descuidadas. Por las noches, iría al Salvador, tomaría una copa con Arlequín, jugaría un poco con mi ahijado y entonces me llevaría a Suzanne al bar de Gully Gordon, para después regresar al apartamento.

También ella estaba distraía e incómoda. Su trabajo era ahora temporal. No podíamos compartirlo. La decencia pedía que no me inmiscuyese en asuntos confidenciales de los cuales había sido formalmente apartado. Nuestra relación se tornó tensa y difícil. Se habían producido cambios irritantes. Sentía que me estaba ganando la partida y ella me acusaba de estar presionándola demasiado, negándole el tiempo que le había prometido para tomar su decisión con libertad. Una noche, después de una agitada cena con Karl Kruger y Hilde, se deshizo en lágrimas y me dijo que preferiría no verme durante algunos días. Me embarqué entonces en una serie de fiestas con Mandy Ducaine y sus amigos, que me dejaron hastiado, enfadado y más solo que nunca. Regresé a las tres de la madrugada para encontrar una nota que me habían dejado bajo la puerta. «*Chéri*, lo siento. Tengo que verte. Suzy.» La llamé a la hora de desayunar. Hablamos durante media hora y quedamos para cenar en casa.

Esa misma mañana, ya que no tenía nada mejor que hacer, me di un paseo hasta la floristería de la Tercera avenida y pregunté por Aarón Bogdanovich. Esta vez me invitaron a pasar a una trastienda completamente abarrotada, donde el maestro del terror estaba ocupado con la prosaica tarea de cuadrar las cuentas.

Me saludó con la mano, escribió algunas cifras y luego se apoyó en el respaldo, para mirarme con sardónica diversión.

—Bien, señor Desmond, ¿cómo se siente uno cuando está sin trabajo?

—Me voy acostumbrando. ¿Y usted?

—Los directores de pompas fúnebres y los floristas siempre están ocupados. Y todavía estoy en nómina de Arlequín & Cía.

—No lo sabía.

—Lo había imaginado. ¿Por qué se ha ido?

—Me pidieron que me retirase.

—¿Sabe por qué?

—Me dieron algunas razones.

—¿Le satisficieron?

—No.

—¿Por qué sigue en Nueva York?

—Espero casarme con Suzanne. Ojalá.

—Le conviene.

—Gracias.

—¿Por qué ha venido hasta aquí?

—Quisiera invitarle a comer.

—Gracias. Nunca almuerzo, pero ya que está aquí, le haré alguna advertencia.

—¿Y bien…?

—No tengo amigos, señor Desmond. No me lo puedo permitir. Hay poca gente a la que yo respete. Su amigo, Arlequín, es uno de ellos. Es el tipo de hombre que me hubiese gustado ser si las circunstancias hubiesen sido distintas. De otro lado, él no está capacitado para ser el hombre que soy yo…

—Siga…

—Le ha pedido que se retire porque no quiere que le acusen de complicidad en lo que está planeando.

—¿Qué es…?

—Lo que siempre ha sido: matar a Basil Yanko.

—No le creo, ¡no puedo! Me dijo que…

—Que iba a pactar con Yanko. Lo hará y luego le matará. No hay nada más que pueda satisfacerle. Después, naturalmente, se dará cuenta de que no ha resuelto nada. Me ha pedido que le ayude, y lo haré porque mi gente quiere que Yanko desaparezca. Se me ha ocurrido, cosa que no había pasado antes, la manera de hacerlo. No podrá detenerlo. Sería inútil que lo intentase. Le sugiero que se quede para recoger los pedazos de George Arlequín o, como mínimo, para cuidar de su hijo.

—¿Me lo hubiese dicho si no hubiese venido esta mañana?

—Sí… pero es algo de lo que me enteré anoche.

—¡Tiene gracia! ¡Tiene mucha gracia!

—¿Qué, señor Desmond?

—Arlequín me absuelve y usted me ata de nuevo.

—¡Y eso es lo que usted nunca ha querido, señor Desmond! Usted quiere las dos puntas y el centro de la salchicha. Quiere respetabilidad sin virtud, posesión sin temor, placer sin pago. Quiere mercenarios que maten por usted y ciegos que entierren a sus muertos. ¡No hay manera! ¡Ya no hay manera en el mundo! ¡Mártir o asesino, ésa es la elección! ¡De no ser que usted quiera formar parte de la cadena de los que sufren desde que nacen hasta que mueren, llamando a un Mesías que nunca

llega!

Si no hubiese sido tan vehemente, podría no haberme dado cuenta. Si no hubiese sido tan inequívoco, no hubiese hecho caso de la pequeña e insistente duda que me había relegado durante tanto tiempo al fondo de mi mente. Era tan tenue que tuve que pensar para encontrar las palabras con que expresarla:

—Creo… Creo, señor Bogdanovich, que se está aprovechando de ambos, de Arlequín y de mí.

No apareció expresión alguna en su rostro saturnino. Sus ojos eran ventanas vacías de un alma vacía.

—¿Qué quiere decir exactamente, señor Desmond?

—Valerie Hallstrom…

—¿Qué pasa con ella?

—Volvamos sobre la secuencia de hechos. Usted registró su apartamento y se marchó. Vio a un hombre que entraba y vio que ella volvía a casa. Vio cómo se iba aquel hombre. Luego regresó para encontrársela muerta. Eso fue lo que me dijo.

—Así es.

—Pero ella era su agente y mientras la asesinaban usted se quedó fuera esperando…

—¿Y qué?

—Usted sabía lo que estaba ocurriendo y dejó que sucediera.

—Correcto.

—¿Por qué, señor Bogdanovich?

—Valerie ya estaba gastada. Frecuentaba el bar de Gully Gordon y estaba hablando demasiado, como hizo con usted, señor Desmond. Le volaron la tapa de los sesos. Yanko lo ordenó y yo dejé que sucediera, como usted dice. Ahora estoy poniendo orden. Yanko morirá pronto. Arlequín y yo hemos fijado los detalles. Es una solución limpia para todos nosotros. Creo que considerará que nos hemos ganado el sueldo.

—Todavía digo que se está aprovechando de nosotros.

—Me insulta, señor Desmond. Ha olvidado nuestro contrato: si cae sangre en la alfombra, la limpiaré y usted, por su parte, estará obligado a guardar silencio. Si no puede soportar la representación, salga y váyase a casa. Ése es un privilegio que todavía tiene.

—Voy a hablar con Arlequín.

—Hágalo, por favor… No asesinaron a su mujer en Ciudad de México, ni sacaron colgando a su hijo por la ventana de un quinto piso en Ginebra.

No estaba furioso, ni hablaba con énfasis. Podría haber estado leyendo un libro infantil para aprender a leer. Según me levanté para marcharme, hizo que me detuviese con un gesto y una ironía extrañamente condescendiente:

—Iba en serio cuando le dije que el niño le necesita y que puede que tenga que recoger los pedazos de su amigo. Quédese. No será tan malo como cree. La muerte es un acontecimiento trivial.

Le dejé comprobando costes y ganancias de las flores y me fui a caminar durante una hora por entre la multitud neoyorquina del mediodía. No tenía prisa. Nadie necesitaba mi compañía y no había ningún lugar que se quedase vacío sin mí. Iba mirando los escaparates y sólo veía una maraña de objetos sin sentido. Miraba las caras de la gente y sólo encontraba máscaras de teatro. Olía la comida y no me apetecía. Me pasé la lengua por los labios, deseando beber y sabiendo que el primer sorbo me daría arcadas. Quería compañía pero habría salido corriendo al primer saludo. No estaba asustado ni avergonzado. Estaba vacío y desacreditado. Mi frágil filosofía estaba hecha jirones y mi irrazonable código tenía tantos agujeros como un queso suizo. Aarón Bogdanovich me había agitado hasta el alma pero yo no había sido capaz de hacer que cambiase un ápice su convicción acerca de que la vida era algo inconsecuente, más fácil de liquidar que de enmendar.

Después de un rato, empezaron a dolerme la cabeza y los pies, así que me fui a casa. Takeshi me preparó un café. No quería pensar en nada. Escogí al azar un libro de las estanterías y, sin siquiera mirar el título, empecé a leer la primera página en que se abrió:

… No sé quién o qué planteó la cuestión. No sé cuándo se planteó. Ni siquiera recuerdo haberla contestado pero, en algún momento, le respondí que sí a alguien o a algo y, desde ese momento, estuve seguro de que la existencia tenía sentido y de que, por eso, mi vida auto derrotada… tenía un objetivo…

Entonces eché un vistazo por primera vez a la portada. Se trataba de Markings, las anotaciones privadas de ese extraño y complejo hombre, Dag Hammarskjold. Seguí leyendo:

… Desde ese momento he sabido lo que significa «no mirar atrás» y «no pensar en el mañana». Llevado… a través del laberinto de la vida, llegué a un tiempo y a un lugar en que me di cuenta de que el camino lleva a un triunfo, que es la catástrofe, y a una catástrofe que es un triunfo, que el precio por comprometer la propia vida sería el reproche y que la única elevación posible para el hombre está en las profundidades de la humillación…

No lo entendía, pero me conmovió profundamente. Sentí la urgencia de copiarlo en la última hoja de mi agenda de bolsillo, allí donde pudiese leerlo fácilmente a diario. Acababa de terminar cuando entró Takeshi, tosió, silbó, hizo una reverencia y me pidió un momento de mi valioso tiempo.

—Sí, Takeshi. ¿De qué se trata?

—Hay algo que tengo que decirle, señor, y no es fácil.

—Siéntate entonces, tómate tu tiempo.

—No, señor, gracias. Todo lo que le ha ocurrido a usted, a sus amigos…

—Todo lo que ha ocurrido… ¿sí?

—En la televisión. El día que sacaron al niño por la ventana…

—Sigue…

—La persona que lo sujetaba era mi sobrino, aquél a quien yo enviaba siempre los sellos de su correo.

—¿Sabías que pertenecía a Rengo Sekigun?

—Cuando vino el FBI y empezaron a hacerme preguntas, entonces lo supe. Antes no estaba seguro.

—¿Por qué no se lo dijiste?

—Tengo familia en California y en Hawai. Son buenas personas, buenos japoneses y buenos americanos. Durante la guerra[18] les encerraron en campos de concentración como si fueran enemigos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Usted estaba en México.

—¿Pero, después? Esa gente habría podido venir a por mí, a por la señorita Suzanne. Nos advirtieron que podía suceder.

—Si mi sobrino hubiese venido aquí, tendría que haberle matado.

—Primero te hubiese matado a ti, Takeshi.

—Uno sabe ese tipo de cosas, pero no se las cree. Ahora, cuando ya es demasiado tarde, me las creo.

—Tendrías que habérmelo dicho antes.

—Debería, pero estaba demasiado avergonzado. Si lo desea, puedo marcharme mañana por la mañana.

—Takeshi…

—¿Señor?

—¿Por qué quieres marcharte?

—Mi sobrino me deshonra; yo le deshonro a usted.

—El honor es como una caña: cuando te apoyas en ella se dobla.

—¿En qué apoyarnos entonces, señor?

—¡Siéntate, Takeshi, por Dios! Me cansa mirarte hacia arriba… ¿Recuerdas al hombre que duerme en una tumba…?

—Sí, señor.

—Hoy me ha dicho que no hay manera de vivir a medias. Se debe morir por la verdad o matar por ella. ¿Debería creerle?

—Eso es lo que dice mi sobrino.

—¿Y qué dices tú, Takeshi?

—No se corta una flor para hacerla florecer. ¿De qué le sirve la verdad a un

hombre que está muerto…? ¿Está avergonzado por no estar usted también durmiendo en una tumba?

—No… porque me falta el coraje.

—Durante la guerra, cuando leíamos sobre las cargas al grito de *banzai* y los pilotos kamikaze, mi padre solía mover la cabeza y decir que un sabio cobarde era mejor que un héroe idiota. Creo que tenía razón.

—Takeshi, ¿tienes que marcharte? ¿Has encontrado un trabajo mejor?

—No, señor.

—Pues por qué no te quedas un poco y confiamos el uno en el otro.

No se iba a rebajar mostrando placer, pero aprovechó la ocasión de hacerme una reverencia triple y asentir. Después me preguntó si no tenía confianza en su cocina o en su cuidado y, si no, ¿por qué la señorita Suzanne no se quedaba allí en lugar de estar en un hotel lleno de gente?… Lo cual me pareció del todo acertado, sólo hacía falta que ella se convenciera.

A las cinco de la tarde, Saúl Wells vino a visitarme. Había estado informando con regularidad a George Arlequín. Tenía la impresión de que ya no se valoraban sus servicios. Me preguntó por qué había dimitido. Le habían pagado bien, pero la situación se estaba desarrollando de una manera que no entendía. No quería cargar con el muerto y esperaba que yo le pudiese aclarar algo.

Le dije la verdad a medias: que Arlequín era un hombre lleno de cicatrices. Tenía que mantenerse ocupado y necesitaba controlarlo todo. Yo no quería que nuestra amistad se viese afectada por conflictos políticos. Saúl aceptó la explicación, con una cierta reserva. Entonces le pregunté por Bernie Koonig. Se animó al instante:

—La de Koonig es una historia extraña. Es un matón de segunda que vende sus servicios a usureros y gente que apuesta. Frank Lemnitz le utilizaba, eso es algo que sabemos. Lo que no sabíamos, cosa que me ha costado todo este tiempo averiguar, era que solía trabajar en California para Yanko, cuando éste estaba casado con su segunda esposa, la que se suicidó volándose por los aires en la lancha rápida. Koonig hacía el mismo trabajo que Lemnitz en Nueva York: chofer, guardaespaldas, ya lo sabía usted. Después del accidente, dejó California y se vino hacia el Este. Entonces tenía dinero, bastante, pero se lo gastó y tuvo que volver a trabajar para el populacho. Desde que Lemnitz murió, cada vez está más asustado…

—¿Ha hablado con él?

—No, lo ha hecho Bogdanovich.

—He estado con él esta mañana. No me lo dijo.

Saúl Wells me echó una extraña y larga mirada, sacó un puro, se tomó un buen rato para prepararlo y lo encendió.

—¡Mire! Yo soy un simple muchacho judío —dijo finalmente, incómodo—.

Envío dinero a Israel y voy a la sinagoga. Aarón no es simple y se dedica a otras cosas. Cómo las hace o por qué, nunca se lo pregunto. Aunque me lo dijera, sabría que es sólo parte de la respuesta. Es como un mago que te pone un caramelo de menta en la boca y te saca limonada del codo. Es un truco. Esperas que haya una relación entre ambos hechos y no la hay. Con Aarón siempre existe una relación. Como una muchacha que se va a la cama con un muchacho en París y un hombre compra un billete de avión para Lima, en Perú, y cuatro días después aparece un cuerpo flotando en el río Delaware… Así que Bogdanovich ha hablado con Bernie Koonig y no se lo ha dicho. ¡Déjelo así!

—¿Qué más puede contarme, Saúl?

—Basil Yanko ha estado en contacto conmigo.

—¡Demonios! ¿Por qué?

—Quiere que Lichtman Wells se ocupe de la seguridad de Creative Systems. Es un gran contrato.

—Sería un tonto si no lo aceptase, Saúl.

—Sí, ¿verdad? También me ofreció unos honorarios personales de cien mil.

—¿Por qué?

—Por proporcionarle copias de todos los informes de Arlequín & Cía y de cualquier otro documento que pudiera caer en mis manos. Le dije que lo pensaría y después hablé con Aarón.

—¿Y qué dijo?

—Le pareció una buena idea, siempre y cuando le diera los documentos a él antes de pasárselos a Yanko.

—¿Lo sabe Arlequín?

—Por supuesto, y no parece importarle. Si Aarón lo recomienda, él está de acuerdo.

—Entonces, ¿por qué me lo está contando a mí, Saúl?

—Porque creo que estamos en el mismo barco, señor Desmond, remontando el mismo arroyo y sin un remo. Arlequín ha prescindido de usted y Aarón de mí. Forman una pareja brutal. No quiero que me carguen con el muerto. Cuando estuve hablando con Aarón, me dijo: Que te paguen en efectivo, Saúl. En la cárcel no se pueden firmar cheques y, cuando mueres, el banco deja de pagar.

—¿Le preguntó qué quería decir?

—No me está escuchando, señor Desmond —dijo Saúl con aire lúgubre—. Si con Aarón no entiendes las palabras, no mereces saberlo.

Todavía estaba tratando de tragarme ese pedazo de ternilla cuando llegaron Karl Kruger y Hilde, jadeantes, después de una jornada de compras en la Quinta avenida. Hilde tenía los pies doloridos, tres vestidos nuevos y un broche de diamantes. Karl tenía un agujero en la cartera y una sed tremenda. Saúl Wells admiró con grandes ojos

los encantos de Hilde. Cuando ella se acurrucó en el diván, se sentó lo más cerca que pudo de ella y empezó a hablar por los codos, mientras Hilde se tomaba su bebida y sonreía soñolienta a su monólogo. Si entendió una palabra de cada diez, yo soy un hotentote bicéfalo; pero Saúl era un hombre y Hilde no le pediría nada hasta que él lo hiciera, momento en el que tendría que preparar cada céntimo de sus cien mil.

Karl Kruger desparramó su vasta masa en el sillón, se tragó una pinta de cerveza en un tiempo récord, eructó felizmente y pidió un whisky para calmar los nervios. Las mujeres, declaró, eran las más espléndidas de entre las criaturas de Dios mientras no tuvieses que hacer nada con ellas hasta que oscureciese. Ir de compras era un pasatiempo para cretinos, de entre los cuales él era el menos inteligente. Cuando le pregunté cómo iban las cosas entre Arlequín y Basil Yanko, gruñó, irritado:

—¿Por qué me lo preguntas a mí? Le dije a George que era un tonto por dejarte marchar… Las cosas están avanzando. Ambos han visto el borrador de un acuerdo que sus abogados están dispuestos a recomendar. Hablo con George, hablo con Yanko, y todo el rato me pregunto cómo es posible que la policía o el FBI no intervengan. Ese hombre es un delincuente.

—No hasta que se pruebe, Karl.

—¿Pero quieren probarlo, eh? Nunca he visto una ley tan complicada en mi vida. Si eres rico en este país, casi puedes rescribir el código, y encima las autoridades te ayudan.

—Sólo si les interesa, Karl, cosa que con la situación actual es así. ¿Cómo ves a George?

De repente habló con tono grave y serio.

—Una vez te dije que había una debilidad en él. ¡Ya no! Es duro como el granito. Escucha, piensa, decide y, después de eso, nada le conmueve. Yanko lamenta haberse metido con él.

—¿Pero llegarán a un acuerdo?

—¡Por supuesto! Pero deben alcanzarlo con decoro. Arlequín lo necesita si quiere restablecer su posición en el mercado. Ganar no es suficiente. Así se lo he dicho y también Herbert Bachmann.

—¿Estuvo de acuerdo?

—¡Claro que sí! Dijo: Karl, soy un actor muy bueno. La gente creerá lo que crea ver. Todos quedarán satisfechos menos yo.

Hilde se levantó, atravesó la habitación descalza, me puso los brazos alrededor del cuello y me susurró:

—¡Por Dios Paul, sálvame de este *klumpen*[19]!

Saúl Wells la siguió sólo para encontrarse con Karl Kruger, que le sujetó por la muñeca con su manaza.

—¡Quiero hablar con usted, señor Wells! —le ordenó—. He oído que es usted

muy bueno en asuntos de seguridad. ¿De qué va eso, amigo mío? ¿Seguridad para qué y contra quién…?

Hilde me atrapó en el rincón del bar, me sujetó de la mano.

—¿Qué vas a hacer con Suzanne, Paul? —me preguntó—. Se ha encerrado en ese maldito hotel como si fuera una monja. Se pasa el día martilleando la máquina de escribir. Mira a George Arlequín con esos grandes ojos de conejo y dice, «sí señor y no señor», y él ni se entera, como si le hablase en sánscrito. ¡Por Dios, qué desperdicio! No me gustan las mujeres, pero ella es una de las buenas. ¡Escucha, tesoro: todos envejecemos y nos arrugamos! ¡No desperdicies tus años buenos, ni tampoco los suyos!

—Hilde, cariño, ya le he pedido que se case conmigo y me ha dicho que necesita tiempo.

—¡Paul, eres más *klumpen* que ése! Ninguna mujer quiere tiempo. Sin un hombre, no sabe qué hacer con él. Mira a Karl: está demasiado gordo, es demasiado viejo y cualquier día caerá muerto de camino al trabajo, pero le quiero. Cuando se vaya, me marchitaré como una manzana de invierno.

—¡Hilde, te quiero, pero estás bebida!

—Te quiero, tesoro, pero estás demasiado sobrio como para que te haga bien. ¿Cuándo vuelves a ver a Suzy?

—Esta noche, si consigo echaros a todos de aquí.

—¡Entonces díselo, no se lo preguntes! Simplemente díselo: «ahora o nunca». Y si se queja, envíala a casa y llámame. ¡Karl, en pie! Paul tiene visita. Usted también, señor Wells. ¡Fuera… fuera! En cuanto a ti, Paul, cuando hayáis hablado, llámame, dame tu cartera y te devolveré a la novia más bonita que hayas visto nunca… ¡Dios, qué estúpidos son los hombres! Señor Wells, alcánceme los zapatos. Karl, pedazo de zoquete, nos vamos, ¡venga!

Se marcharon, con un frenesí de despedidas, envueltos en una nube de humo de puro y aroma de whisky. Me apresuré a afeitarme, ducharme y vestirme mientras Takeshi, hablando por lo bajo de manera ominosa, se encargó de ventilar y de poner orden en la habitación. Cuarenta minutos después, todo estaba fresco y tranquilo como el jardín de un templo. La mesa estaba puesta, los cócteles preparados, las velas encendidas, y Oistrakh tocaba Beethoven, pero Suzanne no llegaba.

Llegó una hora más tarde, desgreñada y casi llorando. No se había cambiado. Llevaba el pelo hecho un desastre. Se había traído su ropa y su maquillaje en un bolso. Necesitaba una hora más para darse un baño y cambiarse. Takeshi, noble hijo de samuráis, le aseguró que la cena se podría servir a medianoche si ella quería. Le preparé un par de copas y me complací secretamente, mientras ella se quitaba de encima las angustias de un día horrible, horrible de verdad.

La mañana había estado marcada por asuntos bancarios: la indemnización de

Larry Oliver, una larga charla con Standish, cablegramas que llegaban desde Ginebra y desde las filiales extranjeras, informes del mercado, problemas de clientes, movimientos de divisas, llamadas frenéticas para colocar órdenes y establecer comisiones de Europa. A media tarde, Milo Frohm había llegado a toda prisa desde Londres, lo que significó para ella tener que estar mano sobre mano mientras George Arlequín y él se habían enclaustrado durante dos horas. El pequeño Paul tenía un cólico, así que hubo que buscar un médico y tranquilizar a sus abuelos franceses. Después, a las cinco y media —¡este país debe ser, con toda seguridad, el menos civilizado del mundo!— estaba prevista una reunión entre Arlequín y Yanko, con sus abogados, con lo que ella había tenido que esperar de nuevo hasta que las notas estuvieron listas, taquigrafiarlas, pasarlas a máquina y volverlas a mecanografiar media hora más tarde con todas las enmiendas… Y para acabar, George se había ido sin decir una palabra, ni gracias ni una disculpa. Era demasiado. Ella no podía esperar hasta… hasta…

No le pregunté qué ocurriría después. La metí en el dormitorio y la dejé allí para que se descargase de los desaguisados del día, mientras yo leía un poco más de Dag Hammarskjold y Takeshi cantaba, sin melodía, entre sus pucheros y sartenes.

La cena fue ligera: comer, beber, escuchar música, hacer un cumplido a Takeshi cada vez que asomaba la cabeza por la puerta. No hablamos mucho, porque las palabras se podían interponer en el camino de la armonía. Simplemente sonreíamos, nos tocábamos las manos, nos mirábamos y volvíamos a sonreír, levantábamos una copa y bebíamos el vino seco con breve contento. Después, cuando Takeshi se hubo marchado, nos acurrucamos, cómodos como gatos a media luz.

—¿Te quedarás esta noche? —le pregunté.

—He venido preparada para eso, si no te parece mal.

—De eso se trata, cariño, de no tener que volver a casa.

—Te he hecho daño, *chéri*. Lo siento.

—Yo también lo siento. Había perdido la cabeza.

—¿Paul, piensas alguna vez en Julie?

—Durante el día, no, pero a veces, cuando tengo pesadillas, la veo en el callejón, en el hospital, y me veo a mí mismo atado e incapaz de acercarme a ella. ¿Por qué me lo preguntas?

—La noche que estuvimos en casa de Francis Xavier Mendoza, hicimos el amor y luego te quedaste dormido. Yo estaba despierta, lo estuve durante bastante rato. Hablabas en sueños y la llamabas a ella, no a mí. Me obsesioné… Después, cuando George me pidió que me quedase en el Salvador, estuve encantada. Tuve todo tipo de fantasías de muchacha: que le oiría, sin descanso y murmurando en la oscuridad y que iría hacia él… Las primeras noches, permanecí despierta durante horas, esperando, soñando… pero no pasó nada. Ésa fue la razón de que discutiera contigo.

La noche siguiente soñé con él, igual que tú debes haber soñado con Julie. Estaba allí, pero no podía alcanzarle. Después, era libre, pero él ya se había ido… Cuando me desperté, todo había pasado, se había acabado, ya estaba. Vine aquí a la noche siguiente, muy tarde. Habías salido, así que te dejé una nota por debajo de la puerta. ¿Estúpido, verdad? ¡Soñamos con otras personas y no podemos soportar el estar lejos el uno del otro!

—Querida, hemos vivido mucho, yo más que tú. Eso no se puede borrar. Tampoco debemos intentarlo, pues es lo que nos hace valiosos para nosotros mismos y para los demás. ¿A quién le interesa un libro con las páginas en blanco? Todos tenemos amantes fantasma y sueños dorados, y también oscuros, pero en los sueños somos sombras en busca de otras sombras. Cuando nos despertamos…

—Eso es lo que me preocupa, *chéri*. ¿Qué ocurre cuando nos despertamos?

—Buscamos una cara amiga, una sonrisa familiar. Tocamos un cuerpo conocido, lo olemos, lo saboreamos, nos acomodamos contra él. Hay que conocerse para amarse. Sin eso, no tenemos certeza ni siquiera de nosotros mismos. Soñamos lo que hubiera podido ser, pero volvemos agradecidos por lo que es y por quien es. No podemos vivir con fantasmas. Son inmateriales y están fríos… ¡Demonios! Estoy hablando como un filósofo de tres al cuarto.

—Ojalá me hubieses dicho todo esto hace mucho tiempo.

—Entonces no lo sabía… o quizá lo sabía y era demasiado orgulloso para reconocerlo. Suzy, amor, no esperemos más. Dime «sí» y empecemos a hacer una vida en común como debe ser. Estamos perdiendo el tiempo.

—Una pregunta, Paul: la última, te lo prometo. ¿Podemos quedarnos cerca de Arlequín hasta que todo haya terminado?

—Podemos y lo haremos.

—Entonces, sí, mi amor… ¡Sí!… Oh, *chéri*, ¡qué bien se está en casa!

Resultó extraño: no hubo drama ninguno en ese momento. Fue algo sencillo, tranquilo, fácil, como deslizarse bajo la capa protectora de la tierra, a resguardo del viento y lejos del movimiento del mar. Todavía podíamos oír la tormenta; los oscuros nubarrones que cubrían las cumbres de las montañas, pero estábamos a salvo en el puerto y podíamos, por fin, rezar por otro pobre marinero.

Por la mañana, nos fuimos juntos al Salvador y se lo contamos a George Arlequín. Dijo que se alegraba por nosotros y agradeció a Suzy que esperase hasta que sus negocios en Nueva York hubiesen terminado. Nos preguntó dónde y cuándo íbamos a casarnos. Le dijimos que esperaríamos hasta que estuviésemos de vuelta en Ginebra, para poder celebrarlo todos juntos. Se mostró dubitativo. Tenía planes inciertos. Lo mejor era que hiciéramos todos los preparativos sin pensar en él. Si podía estar con nosotros, estaría encantado, claro que sí.

Cuando le pregunté cuándo pensaba acabar con Yanko, empezó con vaguedades:

muy pronto, en una semana, quizá algo más. Todavía quedaban asuntos pendientes con Milo Frohm, aunque no me dijo de qué asuntos se trataba. No se lo pregunté y decidí que tenía el derecho de preguntárselo a Milo Frohm yo mismo. Le llamé desde el teléfono del vestíbulo. Me dijo que podía dedicarme una hora antes del almuerzo y que estaría listo, ya que no exactamente encantado, para verme en mi apartamento. El preámbulo demostró ser más difícil de lo que había previsto.

—… Señor Frohm, me encuentro en una posición difícil. Como sabe, ya no tengo ningún estatus legal respecto de los negocios de Arlequín. También mi situación personal ha cambiado. Él ha dejado claro que no quiere que tenga que ocuparme de nada más. En cualquier caso, todavía soy su amigo y estoy preocupado por él. Me gustaría hablar con usted, sin que constara en acta. ¿Tiene alguna objeción?

—Ninguna. Sólo debe entender que tengo que reservarme cierta información.

—Lo comprendo y lo acepto.

—¿Cuál es su problema, señor Desmond?

—Trataré de definirlo, aunque lo haga mal. Empecemos por el hecho de que George ha perdido a su esposa y ha pasado por una experiencia brutal con su hijo. Se ha encerrado a sí mismo en una especie de infierno particular…

—Y a usted le gustaría sacarle de ahí.

—Me asusta lo que pueda hacer mientras esté en él.

—Siga, señor Desmond.

—Sé que se está negociando un acuerdo con Basil Yanko. Fui yo quien sentó las bases del mismo.

—¿Si?

—Ahora no veo cómo va a funcionar. Temo que pueda ser el preludio de una tragedia mayor que la que hasta ahora hemos presenciado.

Milo Frohm pensó un rato en ello pero no lo negó. Empezó con cautela, a aventurar una explicación:

—… Hablemos del acuerdo, que, en realidad, no es tal, sino un arreglo muy fastidiado… No me gusta. Me están presionando para que se haga. A Arlequín tampoco le gusta, pero se encuentra bajo una presión enorme… Ninguno de nosotros duda de que Yanko esté detrás de todo lo que ha pasado. Algunos hechos se pueden probar, otros no. Los que se pueden probar, sólo se podrá tras una larga investigación y probablemente con procedimientos legales que resultarán frustrados. Cualquier cosa que hagamos tiene graves consecuencias políticas… La justicia es la última de nuestras preocupaciones, porque es imposible administrarla. No podemos hacer que vuelvan los que han muerto. Lo que, así las cosas, intentamos conseguir, es una ilusión de que se ha hecho justicia con un mutuo compromiso extrajudicial. Ahora, me parece que no es acertado. Desacredita a la ley y debilita el orden público que, en estos momentos, descansa sobre un frágil aparato de ejecución. De todos modos, soy

alguien que obedece a una autoridad. Investigo, informo y aconsejo. No puedo determinar la acción. De hecho, estoy siendo forzado a doblegarme ante una opinión contraria que dice que, si no se puede mantener un cargo, no se debe ir a juicio; que es mejor tolerar a un delincuente en un puesto relevante que probar, públicamente, que no puedes hacer nada contra él. La teoría dice que así se erosiona su poder evitando la confrontación… La consecuencia de todo esto es que se completa el divorcio entre la política y la moral y, al final, se paga un endiablado precio por ello.

—¿No se pervierte también la ley, señor Frohm?

—No es así exactamente, señor Desmond. Sería más correcto decir que se usa la ley con perversidad. Por ejemplo: la confesión de Pedro Gálvez, que es un documento auténtico. Llévelo a un juzgado y la defensa atacará, con razón, su credibilidad. En nuestra posición, todo lo que tenemos que decir es que pensamos que no servirá ante un tribunal. No hay nada ilegal en eso. Arlequín y el estado son demandantes y pueden elegir libremente las pruebas que van a presentar, incluso en un caso de asesinato. No estamos diciendo que Yanko esté libre de ser juzgado ahora o más adelante. Lo que estamos estableciendo es el valor de nuestras propias pruebas…

—Contra un cuantioso contrato en efectivo firmado por Yanko. Eso es soborno.

—Lo sería, si se pusiese a consideración. Se pone, de hecho como una reparación voluntaria del daño causado…

—Causado por una conspiración criminal…

—… Orquestada por empleados a los que el señor Arlequín se niega generosamente a denunciar.

—¿Y eso es todo?

—Usted sabe que no, señor Desmond. Depende de toda una combinación de actitudes políticas, presiones del mercado y maniobras legales para hacerlo viable. Requiere una conspiración de silencio para hacer que funcione.

—De hecho, se evita la cárcel por un delito grave.

—Lo que resulta terriblemente difícil de probar. Una vez lo intenté y fue un desastre… No, señor Desmond, si llegamos a un acuerdo, hay que hacer que se sustente.

—Pero no lo hará. Está ampliamente abierto por ambas partes. Yanko obtiene que el miedo ceda, pero no la inmunidad total, y George Arlequín obtendrá dinero por una esposa fallecida. No creo que ninguno de los dos quede satisfecho.

—Yanko está a tiro. Aceptará.

—Y George Arlequín aceptará también, pero…

—¿Pero qué, señor Desmond?

A partir de aquí, iba pisando huevos y ambos lo sabíamos.

—Estoy sugiriendo, soñando o inventando el próximo paso, otro acuerdo, por el cual Yanko desaparece y George Arlequín obtiene inmunidad —dije con cuidado.

De nuevo la idea le resultó familiar. Esta vez entró directamente en el asunto:

—¿Y eso le preocuparía, señor Desmond?

—Destruiría al hombre que ha sido mi amigo durante veinte años.

—Pero de acuerdo con su idea, conseguiría inmunidad.

—Nunca para sí mismo, señor Frohm… Ahora estamos solos y no quedará evidencia de esta conversación. Según su punto de vista, ¿es posible que el sueño se convierta en realidad?

—Sí.

—¿Y usted, un representante de la ley, aceptaría?

—No. Sólo he dicho que podría suceder.

—Si Arlequín fuera su amigo…

—Lo es, señor Desmond. Nos hemos hecho amigos. Siento la mayor admiración por él.

—¿Ha intentado disuadirle del siguiente paso?

—He apuntado los riesgos que conllevaría.

—¿Y…?

—Hemos llegado a un principio de acuerdo. Lo enunció George Mason, delegado de Virginia, en el borrador de la Constitución de los Estados Unidos: ¿Debiera un hombre colocarse por encima de la justicia? Por encima de todo, ¿podría este hombre cometer la mayor injusticia…?

—George Arlequín ha hablado de asesinato.

—A mí no —dijo Milo Frohm con uniformidad— y a usted, si le ha entendido probablemente, en privado y en medio del furor de un enfado… Ha sido muy franco. Lo tomaré como un cumplido. Trataré de devolvérselo. Transmitiré su preocupación a George Arlequín.

—Ésa es una frase muy prudente, señor Frohm.

—Soy un hombre prudente —dijo Milo Frohm con una sonrisa—. Tengo que serlo. Estoy caminando sobre una cuerda. Me gustaría ser un instrumento de la justicia. Me pagan como agente de la ley, lo que no es lo mismo, no lo es.

Me dejó confundido con ese siniestro acertijo y buscando en vano pistas para resolverlo. Era mediodía en Nueva York. En California eran las nueve de la mañana. Llamé a Francis Xavier Mendoza y le comuniqué la buena nueva en relación con Suzanne y conmigo. Se alegró muchísimo. Llegaría el sábado a Nueva York y organizaría una cena para celebrar nuestros esponsales. Me reí de esa palabra pasada de moda, que él dijo que le gustaba más en español. Incluso pensó en escribir una canción para cantarla durante la cena. Llamaría a su distribuidor de Nueva York para reservar los vinos. El menú lo diseñaría personalmente y con gran satisfacción…

… ¿Y cómo estaba mi amigo? Había visto todo el horror del secuestro y había rezado todos los días para que llegase una solución misericordiosa… Comprendía mis

temores actuales. Quizá, cuando estuviese en Nueva York, pudiera reunirse con George Arlequín. Me pareció que sería una buena idea… Yo mismo me había quedado sin estrategias y él no tenía ninguna gracia que prestar o vender. Mendoza me reprobó y me dijo que era el más afortunado de los hombres. Debía quedarme cerca de Arlequín y continuar haciendo preguntas. Debía sujetar a Suzanne como a una joya preciosa y no hacerle pregunta alguna… Estaba seguro de que pronto compartiríamos aquella botella tan valiosa.

Me hubiese gustado tener un gramo de su fe. Estaba convencido de que George Arlequín estaba empeñado en su propia destrucción.

El miércoles de esa semana, Basil Yanko emitió un comunicado de prensa que fue publicado, palabra por palabra, por la prensa financiera:

> … Se ha retirado la oferta de compra realizada por Creative Systems Incorporated para adquirir Arlequín & Cía Las noticias aparecidas recientemente en los medios y toda una serie de acontecimientos trágicos relacionados con el señor George Arlequín y su familia han creado un clima desfavorable para la fusión propuesta y han dañado los intereses de ambas partes. Las investigaciones llevadas a cabo por las agencias estatales de varios países han revelado graves fallos de seguridad en los servicios informáticos proporcionados por Creative Systems a Arlequín & Cía Estos errores ya han sido corregidos y Creative Systems ha aceptado la responsabilidad de los daños y las pérdidas causadas a su cliente. El señor Basil Yanko y el señor George Arlequín firmarán un acuerdo a finales de esta semana que compensará las pérdidas con un sustancial pago en efectivo. El acuerdo cerrará el litigio pendiente entre ambas partes.

Seguía a la declaración un prudente comentario editorial, que elogiaba el buen sentido de los dos hombres y la moderación con la que habían llevado una negociación tan difícil. Destacaba «la franqueza con la que se habían reconocido los errores y la prontitud con la que se había respondido a las legítimas demandas.» Se hacía hincapié en el valor de «la cooperación entre las agencias estatales de seguridad y todos aquellos a los que concierne la integridad en la práctica de los negocios.» Se pronosticaba «la inmediata subida de las acciones de Creative Systems y el respeto recobrado por Arlequín & Cía en el campo de las inversiones internacionales.» Al frotarse los ojos, se podía leer entre líneas un gran alivio y un ruego de no perturbar aún más un mercado ya de por sí bastante alterado.

Esa noche hice una breve visita al Club, donde me recibieron como a un hermano al que no se ve desde hace tiempo. Todo el mundo había leído la prensa. Casi todos estaban de acuerdo en que había sido una operación de limpieza muy inteligente. Nadie lamentaba ver el final de un episodio tan sucio. Daba gusto ver a Basil Yanko morder el polvo, para variar. Todavía era mejor si se habían comprado acciones de Creative Systems cuando estaban bajas, para así poder recoger beneficios en el mercado por la tarde. Nadie quería hablar ni de asesinato, ni de secuestro ni de fraude. Existía un acuerdo general en esos días de que valía la pena no hacerse notar y reservarse las opiniones políticas para uno mismo. Arlequín lo había resuelto todo

muy bien. ¡Menuda clase tenía ese muchacho! ¡Debía ser su toque europeo! ¿Por qué no invitarle a tomar un cóctel cualquier noche…? Me marché una hora después, envuelto en la aureola de gloria que corresponde a un buen operador que ha sabido vencer al mercado.

De camino a casa, llamé al Salvador para recoger a Suzanne. Todavía estaba trabajando y George Arlequín quería hablar conmigo.

—Mañana veremos el fin de todo esto, Paul. Yanko ya ha colocado sus fondos en depósito. Nos serán transferidos tan pronto como intercambiemos los documentos mañana a las cinco. Te agradecería que vinieras. Karl Kruger y Herbert Bachmann estarán aquí.

—¿Y Basil Yanko?

—Por supuesto.

—¿Por qué la fiesta?

—No es una fiesta. Es una condición del acuerdo. Yanko aceptó enviar el informe a la prensa. A nosotros nos toca proporcionar pruebas fotográficas de la reconciliación. Karl Kruger representa a los europeos, Herbert a Wall Street y tú al mundo flotante. He contratado un fotógrafo. Sé que se trata de una concesión lamentable, pero era lo mínimo que Yanko pedía y lo máximo que yo podía tolerar.

—Muy bien. Allí estaré. ¿Cuánto va a pagar Yanko?

—En total, veinticinco millones.

—¿Qué beneficio obtendremos?

—Después de cubrir las pérdidas que hemos tenido por la operación de venta masiva de acciones, unos dos millones.

—Entonces, ya está todo decidido y podemos marcharnos a casa.

—Sí. El lunes tomaré un barco, pues a los padres de Julie les da miedo volar. Ahora mismo estoy… Vaya, por cierto: ha llamado tu amigo Mendoza. Me ha invitado a cenar contigo y con Suzanne el sábado, para celebrar tu compromiso. Le dije que me encantaría ir. Me hubiese gustado haber sido yo quien hubiese organizado esa cena, pero ahora mismo no puedo.

—¿Pero podrás asistir a la boda en Ginebra?

—Sí… sí, así lo espero.

—George, ¿te mencionó Milo Frohm nuestra conversación?

—Sí, así es. Te agradezco el interés, pero no hay necesidad de preocuparse.

—Estoy encantado de oírlo, George. Hay otro asunto que me ha estado disgustando. Aarón Bogdanovich dijo…

—… Le debemos más dinero. Ya lo tenemos. No debes preocuparte de nada.

—No era en el dinero en lo que estaba pensando, George. Me dijo que ambos os habíais puesto de acuerdo para matar a Basil Yanko.

—Así es, Paul.

Me quedé mirándolo, boquiabierto, mientras él me sonreía, con tolerancia.

—¿No creerías que me había olvidado, verdad?

—¡George, es una locura! Eso no te devolverá a Julie ni cambiará nada de lo que ha ocurrido. Sólo es una locura sangrienta.

—¡Vaya, será mucho más que eso, mucho más!

—¡Por Dios, escúchame! Yo te metí en este camino. Soy responsable de todo lo que ha pasado y viviré con eso hasta mi último suspiro, pero te estoy diciendo, te estoy rogando, que veas que eso es una futilidad horrible: una vida por otra y por otra… ¿para qué? George, te he admirado, te he querido como a un hermano durante veinte años y, si mi vida pudiese devolvernos a Julie, la daría encantado pero eso no nos la devolverá, ni en cien ni en un millón de vidas. Lo único que puedo pagarte…

—Soy yo el acreedor —dijo George Arlequín con frialdad—. Yo marcaré los términos. Ven aquí mañana a las cinco. ¡Después, todas las deudas quedarán saldadas!

Me había derrotado y ambos lo sabíamos. No podría acusarle porque no había testigos. No podría quedarme con él porque era demasiado sutil y Aarón Bogdanovich sabía bien lo que hacía. No podía convencerle de otra cosa porque se había salido del sistema humano y se había metido en la anarquía de los destructores. Ni su propia vida ni la de los demás tenían ya valor. Le dejé de pie, en medio de la habitación, sordo y ciego, despojado de cualquier vestigio de compasión.

Esa noche estuve discutiendo con Suzanne durante una hora. No podía seguir al lado de George Arlequín ni ella tampoco. Debía dimitir de inmediato. Ella no necesitaba ni sueldo, ni pensión ni cualquier maldito dinero manchado de sangre. Aquel hombre estaba fuera del alcance de la compasión, de cualquier argumento o razón. Había cumplido su propia profecía, como había sabido y prometido desde el primer momento. Le gustaba la conspiración. Estaba encantado de formar parte del grupo de los asesinos. ¡Pues muy bien, dejemos que se vaya!

Suzanne me discutió cada punto. ¡Vale! Él había jurado asesinar, pero podía revocar ese juramento. Se le podía intentar convencer de lo contrario hasta el último momento. Era alguien demasiado complejo como para decir, de manera contundente, que estaba loco. Ella había trabajado con él durante años. Sí, podía conspirar, pero ¿no se le había ocurrido nunca que su juicio más duro fuese parte de su plan…? Independientemente de lo que pudiera pensar, ella no creía que pudiera asesinar a nadie. De todos modos, y a pesar de todo, ella seguiría trabajando hasta el último día que estipulaba su contrato. Tenía una tarea que hacer, que era realizar el pago que me había pedido y asistir a la reunión. ¿Creía que estaba intentando implicarme? No, yo nunca había dicho algo así. Entonces, debía estar ahí. Si no iba, ella no volvería a confiar en nada de lo que yo prometiese. Le dije que había hecho todo lo que había prometido. No, no lo había hecho. Ambos habíamos jurado seguir con Arlequín hasta

el último instante, hasta el último paso que hubiese que dar… Y siguió, y siguió y siguió, hasta que nos quedamos sin palabras para seguir hablando y nos sentamos, enfadados y sin hablar, cada uno esperando a que el otro cediese. Como siempre, Suzanne dijo la última palabra:

—Paul, no puede pasar nada en la reunión. La sala estará llena de testigos. Tú serás uno de ellos. Cuando la reunión haya terminado, pide a Yanko que pase a mi habitación. Habla entonces en privado con George. En ese momento le dices que de no ser que te prometa solemnemente que Yanko no sufrirá ningún daño, advertirás a éste antes de que deje el hotel. Después ya te habrás descargado de tu responsabilidad y yo de la mía. ¿Te parece razonable?

—Hay un fallo en ese razonamiento: si George se ha preparado para matar, entonces se habrá preparado para mentir.

—En ese caso, si te queda la menor duda, avisas a Yanko y le dices a George que vas a hacerlo.

—Si alguna vez estoy en el banquillo de los acusados, cariño, espero tenerte como abogado defensor.

—Cuando me tengas, *chéri*, me tendrás para siempre, así que, si quieres escapar, ésta es tu oportunidad.

Nos fuimos a la cama pacíficamente, pero en algún momento entre la media noche y el alba desperté a una nueva y terrible verdad: ¿qué ocurriría si la reunión no llegase a mantenerse? Los documentos estaban listos, la intención estaba clara para la prensa, el dinero ya estaba en depósito. Si Yanko no llegaba, si la muerte le atrapaba en el camino, el acuerdo sería, probablemente, firmado por el nuevo presidente de Creative Systems. En ese caso, el triunfo sería total: Yanko muerto y el dinero seguro en el bolsillo de Arlequín. Tanto a Aarón Bogdanovich como a George Arlequín les gustaban las ironías, y ésta era una muy apetecible para sus delicados paladares.

Capítulo 10

Llegué al Salvador a las diez menos cinco. Pasé unos instantes con Suzanne y después me fui a ver a Arlequín, que estaba revisando unos documentos con sus abogados. Puntualmente, a las cinco, llegaron Karl Kruger y Herbert Bachmann, y pisándoles los talones, apareció un hombre joven, moreno, con barba, que llevaba dos cámaras colgadas del cuello. Cuando pasaban cinco minutos de la hora en punto, llegaron los abogados de Yanko, que se pusieron inmediatamente a comparar documentos junto a sus colegas.

A las cinco y diez, Yanko todavía no había llegado y George Arlequín hizo un comentario ácido en relación con la poca puntualidad de los genios. Cuanto no eran todavía las cinco y cuarto, sus abogados se mostraban visiblemente incómodos. Uno de ellos llamó a la oficina de Yanko, donde le dijeron que acababa de salir. Murmuró una disculpa y se enterró de nuevo en sus papeles.

A las cinco y veinte, Arlequín estaba dando vueltas por la sala, rojo de ira y muy furioso. Karl Kruger se moría de ganas por beber algo. Herbert Bachmann y yo tratábamos de charlar un poco cerca de la ventana. A las cinco y veinticinco, Basil Yanko hizo su entrada con una disculpa displicente relativa a la intensidad del tráfico.

—Nuestro tiempo también tiene su valor, señor Yanko —dijo Arlequín de repente.

Yanko ni se inmutó.

—Esta visita me va a costar veinticinco millones de dólares. Ahora, ¿puedo ver los papeles, por favor?

Debía habérselos leído una docena de veces ya, pero le apetecía revisar la sintaxis y analizarlos diez minutos más antes de anunciar que estaba listo para firmar. George Arlequín insistió entonces en que los abogados de Yanko leyesen en voz alta de nuevo las secciones y la intención del acuerdo.

Ninguna de las partes se somete ni puede de hecho someterse a condición alguna que suponga quebrantar la ley…

Donde cualquiera de las partes se abstenga de o se vea impedida a actuar, dicha abstención o impedimento no incluirá ni podrá incluir ocultamiento de delito…

Ninguna de las partes es inmune ni puede inmunizar a la otra contra recursos de terceras partes…

La responsabilidad admitida por Creative Systems Incorporated está estrictamente limitada a los términos establecidos. Los daños acordados y resarcidos son aceptados a cambio de la renuncia absoluta…

Arlequín & Cía y el señor George Arlequín, personalmente, acuerdan no presentar cargos por fraude o conspiración para el fraude contra empleados de Creative Systems Incorporated. Los cargos ya presentados serán retirados…

Las investigaciones puestas en marcha por Arlequín & Cía y llevadas a cabo bajo su dirección y autoridad, terminarán inmediatamente…

Las investigaciones iniciadas y dirigidas por las agencias estatales se reconocen como fuera del control de las partes y fuera del alcance de este acuerdo…

Cada parte acuerda abstenerse de la publicación de cualquier forma o sobre cualquier tipo de soporte, o hacer cualquier comentario, ya sea especulativo o factual, que pudiese ser considerado contencioso o dañino para la otra…

Había más y más: se trataba de una enumeración de detalles y una exposición de documentos. Finalmente, los dos hombres se sentaron a la mesa con sus respectivos abogados a su lado. El fotógrafo les pidió que posaran de manera distinta. Yanko rehusó, irritado. Lo importante no era la firma sino el grupo, después de todo: cinco respetables hombres de negocios con una copa en sus manos, que parecían felices de su dinero. La firma resolvía el conflicto y las bebidas y las sonrisas añadían la connotación que el mercado necesitaba: seguridad, confianza, respeto mutuo, amor filial. Arlequín asintió encogiéndose de hombros. Karl Kruger destacó que era una manera bastante caballerosa de disponer de tanto dinero. Herbert Bachmann dijo, con sobriedad, que el dinero tenía mucha menos importancia que la buena voluntad.

Cuando la poco convincente ceremonia hubo acabado, los abogados de Yanko extendieron un cheque confirmado por el banco de veinticinco millones de dólares. Arlequín lo dobló y se lo metió en la cartera como si fuera poco más que un *ticket* de aparcamiento, lo que movió a Yanko a hacer el amargo comentario de que no lo perdiese, pues no habría otro.

Los abogados recogieron sus carpetas y se marcharon en grupo. Arlequín les acompañó hasta el ascensor y volvió con uno de sus detectives suizos, que tomaría nota de las bebidas. Todos pedimos un whisky escocés, excepto Yanko, que, para sacarnos a todos de quicio, pidió un zumo de tomate, sin sal, con unas gotas de tabasco, un poco de limón y una hojita de menta. El detective salió. El fotógrafo se movía dando vueltas, tomando medidas con el fotómetro y buscando ángulos de enfoque.

Se produjo una pausa un tanto embarazosa, tras la cual apareció la niñera con el pequeño Paul, fresco después de su baño y listo para cenar. Arlequín cogió a su hijo en brazos, le besó, jugueteó con los dedos y lo acercó a la gente para que dijese buenas noches.

—¿Tiene hijos, señor Yanko? —dijo al acercarse a él.

—No, señor Arlequín, no he sido tan afortunado. Es un niño precioso.

—Se parece mucho a su madre.

—Nunca tuve el placer de conocer a la señora Arlequín.

—Este niño tampoco la conocerá, señor Yanko… Venga, niñera, lléveselo. Buenas noches, chiquitín. Iré un poco más tarde y te contaré un cuento.

Karl Kruger murmuró con tristeza y Herbert Bachmann se sonó, haciendo mucho ruido. Yo me di la vuelta para esconder el odio de mis ojos.

Arlequín se volvió al fotógrafo.

—Empiece cuando se hayan servido las bebidas. ¿Cuánto tiempo va a necesitar?

—Diez minutos. Yo iré haciendo fotos aquí y allá, mientras usted y sus amigos actúan como si yo no estuviera aquí.

Pocos minutos después, el detective trajo una bandeja de bebidas y una fuente con canapés.

—Ni llamadas, ni visitas, hasta que hayamos terminado aquí —le dijo Arlequín.

—Por el fin de la disensión, caballeros —Herbert Bachmann levantó su copa para brindar.

—Muchas gracias, Karl, por los esfuerzos que has hecho —dijo Arlequín seguidamente.

—Brindo por eso —dijo Basil Yanko— y por usted, Herbert. Le agradezco que haya venido hoy aquí.

—Lo hice por George —dijo Herbert Bachmann, secamente—. También tengo algunas obligaciones con mis colegas del mercado.

Basil Yanko fue tolerante pero pesaroso.

—Mi querido Herbert, soy alguien en este mundo a quien no se puede desairar: soy feo, siempre lo he sido, desde que era un niño, y ahora ya estoy acostumbrado. Por lo demás, sé quien soy y qué hago. ¿Cuántos de sus respetables colegas pueden decir lo mismo?

—Pensé —dijo George Arlequín con suavidad— que se suponía que teníamos que parecer felices.

Basil Yanko le miró con claro desprecio.

—Temo ser el esqueleto de su fiesta, señor Arlequín. Si me perdonan, me marcharé.

—¡Por favor, señor, un par de fotografías más! —protestó el fotógrafo.

—No tengo inconveniente en prescindir de las fotografías —dijo George Arlequín—. Fueron idea suya, no mía.

Basil Yanko elevó de nuevo su copa.

—Esperaré… Dígame, señor Desmond, ¿hasta cuándo se quedará en Nueva York?

—Otra semana, quizá, pero no mucho más.

—He oído que se iba a casar.

—Así es.

—Es un hombre afortunado —dijo Herbert Bachmann—. Espero que lo sepa.

—Lo sé, Herbert.

—Cuando le conocí —dijo Karl Kruger—, no tenía el suficiente sentido común como para guarecerse de la lluvia.

—Y ahora —Basil Yanko parecía casi cordial— tengo entendido que ha dejado Arlequín & Cía Quisiera recordarle que mantengo mi oferta.

—No la acepto, señor Yanko.

George Arlequín añadió un comentario agrio:

—Creo que eres muy listo, Paul. Es un trabajo peligroso.

Yanko enrojeció de furia:

—Esas palabras son contenciosas, señor Arlequín. ¿Puedo recordarle que constituyen una ruptura del acuerdo que acaba de firmar?

—No me ha parecido oír nada contencioso —dijo Karl Kruger—. ¿Y tú Herbert?

—No, Karl. De todos modos, soy un poco duro de oído.

Basil Yanko se bebió de un trago el resto del zumo y dejó el vaso.

—Soy demasiado mayor para juegos de escolares, caballeros. Tengo que irme.

—Si se mueve —dijo el fotógrafo con amabilidad— es hombre muerto. —Le enfocaba a la cara con la mayor de las dos cámaras que llevaba—. Ésta de aquí es letal: dispara seis proyectiles de cianuro.

—¿Qué demonios es esto? —le desafió George Arlequín.

—¡Por favor! —El fotógrafo movió la mano con impaciencia—. Siéntense todos ustedes a la mesa y pongan las manos encima, abiertas y boca abajo.

—¡Toda la planta llena de efectivos de seguridad —dijo Yanko, disgustado— y ocurre esto! ¿Qué quieren? ¿Dinero?

—¡Siéntese!

Nos sentamos en semicírculo, con las palmas de las manos apoyadas sobre la superficie pulimentada. El fotógrafo se sentó de cara a nosotros, con la cámara sobre la mesa y el dedo en el disparador.

—Si alguien se mueve o grita, le dispararé —explicó sin ambages—. Si nos interrumpen, usted tendrá que vérselas con la situación, señor Arlequín. Estamos reunidos y no deben molestarnos.

—Ya he dado esa orden.

—Puede que tenga que repetirla. Ahora, ¿quién soy yo? El señor Nadie. ¿Y para qué estoy aquí? —sacó una hoja doblada y escrita a máquina de su bolsillo interior y un bolígrafo y los colocó frente a él, sobre la mesa—. Estoy aquí para esperar, igual que ustedes… Señor Yanko, acaba de beberse un vaso de zumo de tomate. Siento decirle que estaba envenenado.

Se produjo un helador momento de espanto y después un jadeo de horror. Sólo Basil Yanko permanecía desdeñoso y sin moverse.

—No le creo.

—No le estoy pidiendo que me crea —dijo el fotógrafo imperturbable—. Le estoy

comunicando un hecho. Muy pronto se sentirá pesado y somnoliento y, después, empezará a perder el control sobre sus músculos. Luego se dormirá y poco después morirá. No sentirá dolor y no durará mucho. Se quedará inconsciente dentro de poco.

—No pueden hacerlo —dijo George Arlequín—. No pueden simplemente ver morir a un hombre.

—Correcto, señor Arlequín. Seremos todos nosotros los que le veamos morir.

—¡No lo haremos! —Karl Kruger levantó su enorme puño. La cámara le apuntaba al pecho y bajó la mano—. ¿Por qué Yanko y por qué no uno de nosotros?

—Esto… —el fotógrafo levantó la hoja de papel—. Esto es una lista de fallecidos. En ella figuran seis nombres y el modo en que murió cada uno de ellos. Les leeré los nombres: la señora de Basil Yanko, que voló por los aires en una lancha rápida; la señorita Ella Deane, que resultó atropellada por un coche; la señorita Valerie Hallstrom, asesinada mediante un disparo; el señor Frank Lemnitz, también tiroteado; la señorita Audrey Levy, secuestrada en Londres y se cree que muerta; la señora de George Arlequín, a la que dispararon… Todos estos crímenes fueron organizados y financiados por Basil Yanko.

Basil Yanko permanecía rígido en su silla. Se rió con aspereza y sin gracia y movió la cabeza: ¡No, éste es el truco más antiguo que existe! ¿Ha sido usted, señor Arlequín? ¿Usted, señor Desmond?

—Nunca antes había visto a este hombre —dijo George Arlequín—. Jamás había hablado con él hasta esta noche.

—Eso es cierto, señor Yanko. Verá, Valerie Hallstrom era mi colega, igual que Audrey Levy, a la que se ordenó vigilar a Lemnitz en Londres… Usted juega a la política dura, igual que nosotros.

—No puede probar nada de todo eso y lo sabe.

—La policía es la única que necesita probar las cosas. Nosotros no lo necesitamos. ¿Qué tal se siente? ¿Un poco pesado? Es normal… ¡No, señor Yanko! Si se levanta, le dispararé y eso le dolerá mucho… De todos modos, tiene usted mucha más suerte que cualquiera de las personas a las que asesinó. Se está muriendo, pero tranquilamente, sin dolor, sin confusión… Está sudando, señor Yanko. Eso quiere decir que lucha, pero no le servirá de nada. Simplemente, relájese.

—¿Qué diablos quieren de mí?

—Nada. Fue interesante lo de su mujer. Bernie Koonig nos lo contó. Usted estaba en Nueva York. Él puso gasolina en la quilla y cuando ella arrancó, ¡voló por los aires! Nos preguntábamos por qué no se había deshecho de él al igual que hizo con Frank Lemnitz. Probablemente era más blando en aquel entonces, o quizá tenía menos experiencia. ¿Cómo se siente? ¡Mueva los dedos! La reacción es un poco lenta. Lo está haciendo muy bien… —empujó el papel y el bolígrafo por encima de la mesa—. Tiene que leer esto cuando todavía puede hacerlo… Algo divertido relativo a

este asunto, caballeros. Todavía se le podría salvar durante los quince minutos siguientes y se pondría bien. Si no lo hacemos, estará muerto. Como ve, señor Yanko, el documento es una confesión. ¿Quiere firmarlo?

—¡Antes le veré en el infierno!

—No, señor Yanko, seremos nosotros quienes le veamos.

—¡Por Dios, hombre! —la voz de Herbert Bachmann sonó entrecortada y temblorosa—. Esto es tortura.

—Lo sé, señor —el fotógrafo era tan razonable como cualquier otro hombre podía serlo— pero el señor Yanko es inmune al dolor. La señora Arlequín murió con un proyectil en el vientre. Su hijo permaneció colgando de las manos desde la ventana de un quinto piso… el niño que han visto ustedes esta noche. A Audrey Levy probablemente la torturaron antes de morir… De todos modos, si el señor Yanko desea acabar con el sufrimiento de todos ustedes y con el suyo propio, lo único que tiene que hacer es firmar la confesión. Yo me marcharé entonces y ustedes tendrán tiempo de llamar a un médico.

Yanko todavía quería luchar. Su voz resultaba ligeramente confusa, traslucía todavía la burla:

—¡Lo ven, les dije que era una trampa!

—Si no firma, señor Yanko, será como una trampilla a través de la cual usted caerá hacia la nada. De todos modos, no me importa. Su discurso se está haciendo más espeso y probablemente ya se le están durmiendo los brazos y las piernas.

—¡Firme! —dijo Herbert Bachmann con desesperación—. Es su única oportunidad.

—Es su vida —dijo Karl Kruger—. Deja que haga lo que quiera con ella.

—No me creerá le diga lo que le diga —dijo George Arlequín sin malicia.

Se produjo un largo silencio y entonces todos miramos, fascinados, como Yanko trataba de controlar sus reducidos músculos, coger el bolígrafo y firmar en la parte de abajo del papel.

—Démelo, por favor —dijo el fotógrafo.

Lo dobló, lentamente, y se lo volvió a meter en el bolsillo.

—Señor Yanko, ahora usted dirá que firmó este papel bajo amenaza, así que no es suficiente si quiere salvar su vida —dijo entonces—. Alrededor de esta mesa hay cuatro testigos, excluyéndome a mí, porque yo he venido y me iré. Responda a una pregunta con una sola palabra. ¿Organizó usted la muerte de todas esas personas, sí o no?

—Pero usted dijo… usted prometió…

—Esta vez mantendré mi promesa. ¿Sí o no?

—Sí.

—Gracias, señor Yanko… ¡No, no se muevan, caballeros! Morirá en cinco

minutos.

—Pero prometió…

No podía soportarlo más. Eché la silla hacia atrás, me levanté y me empecé a mover hacia Yanko. Oí el clic de un mecanismo y la voz del fotógrafo, afilada y frígida:

—Siéntese, señor Desmond.

Me apuntaba con la cámara. Volví a mi asiento y me senté. Basil Yanko se había echado sobre la mesa, murmurando y sollozando como un borracho. Le observamos en silencio hasta que falleció, con la cara sobre la mesa.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Herbert Bachmann—. Ya tiene lo que quería. ¡Ahora llamemos a un médico!

—No necesita un médico —el fotógrafo sonrió y movió la cabeza—. Se le pasará durmiendo. Sólo es una variante moderna de un viejo truco… Por cierto, caballeros, en el caso de que les llamen para testificar, será mejor que vean esto.

Dejó la cámara abierta y nos la pasó de una mano a otra.

—Como verán, es una cámara convencional, no tiene nada de peligroso. Quizá quieran contárselo a Yanko cuando se despierte.

Herbert Bachmann miró de un lado a otro de la mesa. Estaba asustado y enfadado.

—¿Quién ha organizado este… este horror?

—Yo —dijo el fotógrafo—. No resulta agradable verlo ¿verdad? Pero es un método de interrogación bastante habitual, aunque un tanto duro. Lo enseñan en las escuelas de policía y en las fuerzas armadas. Usted paga por él, señor Bachmann, y subsidia a la gente que lo enseña a sus aliados, algunos de los cuales no necesitan que les enseñen —se sacó el papel del bolsillo y se lo dio a George Arlequín—. Debe entregárselo a Milo Frohm.

—Gracias, se lo entregaré. Dígale a Aarón que me pondré en contacto con él.

—¿Quién es Aarón? —preguntó Herbert Bachmann.

—Nadie a quien conozca, señor —dijo el fotógrafo—. *Shalom!*

Karl Kruger levantó la mano renqueante de Basil Yanko y le tomó el pulso. Después dejo caer la mano sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Mis chicos se lo bajarán abajo. Su chofer se lo llevará a casa y lo meterá en la cama. Me gustaría estar allí para cuando se despertase. Quisiera hablar con él.

Todo el mundo hacía preguntas. Me pareció que tenía derecho a hacer la última.

—Tienes su dinero, George, su confesión, que le llevará ante los tribunales y le desacreditará para siempre. ¿De qué quieres hablar con él?

—Esta noche ha muerto —dijo George Arlequín con aire sombrío—. Siempre me

he preguntado cómo se sintió Lázaro cuando regresó de la tumba.

—Te diré cómo se sintió, George. ¡Miró a todo el mundo y lo que la gente hacía con los demás, y quiso volver!

Fue un grito de desesperación: la expresión última de la desolación completa. Mucho después de que Herbert y Karl se hubieran ido y de que se hubiesen llevado a Yanko a casa, las palabras permanecían en la habitación como la blasfemia final para la que no hay perdón. El círculo de mi propia condenación se había completado. Había impulsado la violencia y había cooperado con ella. Había visto destruir la vida y había acabado por negar que fuera una obscenidad.

Cuando miré mi reloj de pulsera, esperaba que el tiempo se hubiera detenido. Me sorprendió darme cuenta de que sólo eran las siete de la tarde, de que Suzanne todavía estaba escribiendo a máquina, de que George Arlequín ya estaba contando cuentos de hadas a su hijo, que le escuchaba con los ojos muy abiertos, y de que la gente todavía fuera a casa para cenar. No podía soportar la espera. Salí, pasé el control de seguridad y me apresuré a ciegas por la ciudad para unirme a otras almas perdidas que frecuentaban el bar de Gully Gordon.

Podría haber sido una hora más tarde, incluso dos, porque Gully se estaba tomando la cena, el lugar estaba casi vacío y yo estaba sentado, solo y morboso, en un chamizo, cuando George Arlequín entró con Suzanne. Se sentaron, cada uno a un lado y yo en el medio, para que no pudiera escapar.

Suzanne me sujetó mi débil mano en la suya.

—George quiere hablar contigo, *chéri* —dijo.

—¿Para decirme qué? Todo ha terminado, olvidémoslo.

—También tenemos que perdonar, *chéri*.

—Mujer, no nos lo merecemos. Somos tan asesinos como Basil Yanko… Tú no, pero George y yo sí. ¿No es así, George?

—Por mi parte, sí, pero por la tuya no, Paul. Has tratado de detenerme, pero yo no quise dejarme. Lo has seguido intentando hasta el último momento.

—¿Qué eres ahora, George? ¿Un padre confesor?

—No, trato de ser un penitente. Hacerlo no resulta tan fácil como decirlo.

—¿Esperabas que fuera fácil?

—Como mínimo que fuera posible.

—George, me he quedado sin absoluciones ni indulgencias. Ni siquiera me queda alguna para mí.

—Pero a mí sí que me quedan —dijo Suzanne con gravedad—. Os quiero a los dos… Éste es el último paso, Paul. Hazlo por mí.

—¿Qué más quieres?

—Lo quiero todo, Paul. Así es el amor.

—¡Por Dios…!

George Arlequín se quedó sentado un buen trato, mirando hacia el interior de su vaso, para, después, de manera lenta y dolorosa, empezar a hacer una confesión:

—Quería verle muerto… Quería verle desnudo y temblando, esperando la ejecución. Hablé con Aarón Bogdanovich, que me ofreció una docena de posibilidades. Nunca antes había imaginado cuantas formas simples e ingeniosas existen para matar a un hombre: echarle un chorro de vapor a la cara cuando baja las escaleras, un pinchazo con una aguja envenenada, una bomba en el coche, una carta bomba que le explotará en las manos, la bala certera de un francotirador, un cultivo de virus en una bebida… Me gustó estudiarlas y estudiar cada momento como un gambito en el ajedrez… Ése es el símbolo: el juego de ajedrez. Las fichas son objetos inanimados, simples trozos de madera, metal o marfil, que tienen nombres pero no tienen alma. …Se puede argumentar que su fin es el ejercicio intelectual. Los argumentos tienen un sentido evidente, y Aarón Bogdanovich los mostró todos. La ley no puede deshacer la injusticia: hay que trabajar fuera de la ley. El sistema político está lejos de reformarse: antes hay que destruirlo para que luego se pueda crear uno mejor. No se puede obtener un ideal: hay que contentarse con lo conveniente. El torturador triunfa: hay que eliminarlo. El ladrón se ríe con su botín: hay que jugársela con el mismo oro que ha robado. La democracia es un fraude porque la gente se atraganta con sus propios votos y se les embauca con políticas que no entienden. Todos los hombres son traidores y todas las mujeres putas, siempre que se pague un buen precio… No hay respuesta para estos argumentos, sólo se puede responder con un acto de fe que yo ya no podía mantener… ¡Extraño! Tú, Suzy, y tú, Paul, lo hicisteis por mí. Creísteis que era alguien mejor de lo que yo quería ser. No me podíais convencer porque habíais estado demasiado cerca durante demasiado tiempo. Podía decepcionaros y decepcionarme a mí mismo, hacerme ilusiones para todos… Pero no podía decepcionar a Bogdanovich y él no me hubiese dejado decepcionarme a mí mismo… Llegó el día en que había que tomar una decisión, así que fui a verle a la floristería. Estaba jugando con un gatito, uno que había entrado de la calle. Me pidió que le dijese con claridad lo que quería. Le dije: quiero que me devuelvan mi dinero y la vida de Yanko por la de Julie. No puso objeción a la decisión. Lo único que hizo fue romperle el cuello al gatito y depositarlo sobre la mesa, delante de mí. Entonces me dijo: Se trata de esto, señor Arlequín. ¿Puede hacerlo?… Supe que no podía. Casi no me atrevía a tocar el cuerpo del gatito…

—¿Y aún así pudiste quedarte mirando a un hombre que creía que estaba muriéndose…?

—Sí, eso es lo que me avergüenza. Pude, lo hice y creía que estaba contemplando cómo se hacía justicia.

—¿Todavía lo crees?

—No. Lo que vi fue el terror aplastado por el terror… ¡Bien, era eso lo que quería decirte! Nada ha cambiado. Creí que tenías derecho a saberlo.

Trató de levantarse, pero le retuvimos. Le cogí del brazo e hice que volviese a su sitio.

—¡Quédate, George! …Perdóname. Tampoco estoy orgulloso de mí mismo. Bogdanovich también me dio su opinión sobre mí. Me dijo que quería respetabilidad sin virtud, posesión sin miedo, placer sin pagarlo… Que era un ciudadano que aceptaría cualquier tipo de horror en el mundo ¡mientras no me molestase durante mi descanso o a la hora de cenar…! Menudo par, ¿no te parece?

—Tengo noticias para ambos —dijo Suzanne con seriedad—. Queríais poneros fuera de la ley y aquí estáis los dos humillados por el veredicto de un asesino. Me parece que necesitáis un cambio de compañía…

Con esa nota amarga, lo dejamos, pues Gully Gordon había vuelto para saludar y pedirnos que le dijésemos qué música nos apetecía escuchar.

Las cuarenta y ocho horas siguientes fueron un limbo sin novedad alguna. Suzanne estaba ocupada poniendo orden en los asuntos de Arlequín antes de que saliera para Europa. Yo daba vueltas por el apartamento, metiéndome bajo los pies de Takeshi, seleccionando libros, dejándolos después de leer una página, confundiéndome a mí mismo con planes, proyectos y horarios para un futuro que ahora aparecía tan poco claro como el tiempo atmosférico del año anterior. Leí los periódicos preguntándome por qué no había noticias del arresto de Yanko. Me puse a tocar pero no oía nada. Era el niño del cuento de hadas que ha perdido su sombra y que no podrá vivir feliz hasta encontrarla.

Había perdido más que una sombra. Me había quedado sin esa pequeña parte de mí que había permanecido intacta tras años de dar vueltas y de luchas inconclusas. Había perdido un amigo, uno de los pocos en los que había confiado completamente. Había encontrado a una mujer a quien amar. Había perdido el derecho al respeto sin el cual el amor no dura ni un año. Ahora me enfrentaba a la dura experiencia de una cena de fiesta ofrecida por un hombre al que no ofendería por nada del mundo, para celebrar mi compromiso, que dudaba que pudiera llevarse a cabo. Tres veces levanté el teléfono para llamarle. Cada vez perdía el coraje para hacerlo, y con él, otro pedazo de respeto por mi persona. Suzanne se mostraba cariñosa y solícita, pero incluso cuando le respondía, tenía la sensación de estar representando el papel del amante falso, con las manos y el corazón vacíos, y demasiado temeroso de confesarlo.

No era solamente mi mundo el que no encajaba. El mundo que veía a través de la ventana también me parecía un lugar hostil. No podría enfrentarme de nuevo a él, inocente y desarmado. Siempre tendría que llevar la cota de malla del cínico, la daga y las pistolas del viajero precavido, morder cada moneda antes de aceptarla, amenazar a los hombres para que cumpliesen su palabra, no confiar en mujer alguna

y mirarme dos veces en el espejo para asegurarme de que seguía siendo el mismo. Con esta desilusión, propia de un hombre de mi edad pero no de uno que está a punto de casarse, me fui a buscar a Suzanne para cenar con George Arlequín y Francis Xavier Mendoza.

Nuestro lugar de encuentro era una de esas viejas esquinas de Nueva York que hasta ahora han conseguido salvarse de los bárbaros, una bodega de la Primera avenida, cubierta del suelo al techo por botellas de vino, amueblada con una mesa de refectorio y servida por un único chef, dos camareros y un sumiller, todos ellos dedicados al propósito de que comer y beber fuesen como un rito sagrado, el primero y el último de nuestro mortal peregrinaje. Arlequín ya estaba allí cuando llegué, haciendo una visita a los botelleros con Mendoza, con la reverencia de un discípulo hacia su gurú.

Mendoza nos recibió como a mártires rescatados de los leones. Dio un beso a Suzanne en cada mejilla, me dio la mano, me miró de arriba abajo y anunció:

—¡No está mal! ¡Por lo menos has sobrevivido! Aquí Arlequín me ha contado la historia. Me maravilla el hecho de que todavía estés de una pieza. Ahora, deja que te muestre lo que hemos preparado… Para empezar, canapé de roquefort y nueces, regado con mi propio palomino, y un poco de conversación. ¡Susana, querida, lo sé! Te han relegado cuando aquí, tú y sólo tú, eres el centro de atención. ¿Habéis abierto ya mi botella?

—Todavía no, Francis. ¡No están preparados!

—¡Ay de mí! Y yo que creía que eran gente civilizada. No importa, tú y yo los domesticaremos. George, ya sé que Paul es un visigodo, pero de ti esperaba algo mejor.

—Soy un bufón —dijo George Arlequín—. Me costará tiempo desaprender el oficio.

—Tiempo y vino, y de ambas cosas tenemos más que de sobras. Ahora, para la comida, tenemos unas *mousse* de salmón, regada con un *pinot*, muy seco, una cosecha de la que estoy especialmente orgulloso… George, ¿te ha parecido alguna vez que el islamismo sea una fe inteligente? Se puede entender lo que promete: agua dulce, flores, vino y mujeres generosas… Los cristianos prometemos arpas que nadie sabe tocar y una visión beatífica que nadie entiende.

—Pero lo anhelamos, Francis. El sencillo conocimiento, la sencilla diversión…

—¡Ah, ahora casi lo tienes, George! ¡Sencillez, unidad! Ése es el secreto que tardamos toda una vida en aprender.

—Y que a veces no llegamos a entender.

—Suzanne, ¿por qué las mujeres son más sencillas que los hombres?

—¿Lo son, Francis?

—En cualquier tiempo y en cualquier lugar. Los hombres somos estúpidos y

complicados, nos despertamos en el pecho de una mujer y morimos, si hay suerte, con el mismo abrazo. Caminamos muchos kilómetros para volver al punto de partida. ¿Paul, qué opinas tú?

—Que es un buen palomino, Francis.

—¿Bueno dices? No encontrarás uno mejor a no ser que vayas a Jerez de la Frontera, e incluso allí te costará encontrarlo… Ahora, amigos míos, tenemos un filete de buey en *croute* con salsa *perigueux* y, para acompañarlo, mi *cabernet* del sesenta y cinco… un año magnífico, sin heladas, con la lluvia necesaria, ¡el sueño de cualquier bodeguero! Nos lo estamos bebiendo ahora, ocho años y medio más tarde, en un momento de madurez para todos nosotros. Amigos míos, no importa lo que haya sucedido ni si llegaremos a mañana, somos los afortunados, afortunados por saber, por disfrutar, por dar gracias. Acompañadme en una plegaria.

Nos quedamos de pie, cogidos de las manos y con la cabeza baja mientras él decía:

—Comemos cuando otros pasan hambre, nos reímos cuando otros están tristes: por todo lo que tenemos, damos gracias. Haz que siempre recordemos lo que a otros falta y que, cuando podamos, se lo proveamos. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Con un gesto nos indicó a cada uno nuestro sitio: Suzanne a su derecha, Arlequín a su izquierda y yo de frente.

—Nunca he sabido bendecir la mesa —dijo—. Nunca he entendido por qué el Todopoderoso reparte sus dones de manera tan desigual.

—Quizá esté ciego —espeté con impertinencia.

—O seamos nosotros los que lo estemos —dijo Suzanne.

—O estemos aplicando medidas equivocadas —afirmó George.

—Más o menos —dijo Francis Xavier Mendoza—. ¡Buen provecho, amigos!

Comimos, bebimos, hablamos de cosas sin importancia, felices durante un rato ante la presencia de un hombre bueno, que era como la sombra de un gran árbol en un paisaje agostado. Bromeamos y reímos, como si hubiésemos olvidado cómo hacerlo durante mucho tiempo. Entonces, en mi opinión demasiado pronto, llegó el momento de los brindis que, como dijo Francis Xavier Mendoza, debían hacerse no con el vino de un país nuevo, sino con el del Viejo Mundo, un oporto, viejo, suave, de color rubí.

Éramos un pequeño grupo, pero nos pusimos en pie para celebrarlo. Para George Arlequín, el políglota, habló primero en español y luego en francés para Suzanne y, para mí, en inglés:

—¡Queridos amigos! Éste es un momento de promesa, una promesa entre Suzanne y Paul, que han aprendido tarde a amarse, entre todos nosotros que nos necesitamos tanto. Si no pudiera compartir este vino con vosotros, sería el hombre más solo del mundo, y este vino moriría, sin haberse bebido nunca, en la botella. Si

no se puede compartir el dolor que se ha sufrido y el perdón que todos necesitamos, ¡ay!, se vivirá una vida solitaria y el vino de la vida se agriará para siempre. Os bendije cuando llegasteis y os pido que vosotros me bendigáis cuando os marchéis, amigos, todos juntos…

—Así será —dijo Suzanne.

No tenía palabras. George Arlequín se sentó en silencio, un buen rato, y volvió a levantarse, lentamente. También habló, primero en español y luego en francés:

—Francis, ha sido un honor y una bendición sentarnos a tu mesa. Te lo agradecemos, todos nosotros. Agradezco a mis amigos, que se quedaron conmigo en los momentos oscuros, que compartieron el dolor conmigo y me vieron comportarme como un demonio bajo el sol y que, aún así, se las arreglaron para sujetarme con fuerza y perdonarme. Con vuestro permiso, quiero hacer un regalo a Paul y Suzanne. Lo ofrezco con el lema de mi antepasado, que fue un bufón: Si te ríes, como. Si lloras, ¡que Dios nos ayude a todos!

Se sacó un sobre del bolsillo y me lo dio. Lo cogí, lo pesé y rogué que no fuera lo que parecía; un regalo en dinero, una dote. Si ahora intentaba comprarme, le odiaría para siempre.

—¡Ábrelo, Paul!

Francis Xavier Mendoza me pasó el cuchillo de cortar queso. Rasgué el sobre y se lo pasé a Suzanne. Lo miró un momento y depositó el contenido en su plato. Se trataba de un segundo sobre lleno de trozos de papel, rasgados y destrozados hasta parecer confeti. Miramos a Arlequín. Por primera vez en mucho tiempo, vimos su vieja sonrisa burlona. Alguien tenía que hacer la pregunta, y ese alguien tenía que ser Paul Desmond.

—¿Qué es, George?

—¿No lo adivinas?

—Yo sí —dijo Suzanne.

Ya había dicho que yo era un estúpido. Había olvidado que él era un payaso, un ilusionista. No me di cuenta de lo que era hasta que Suzanne amontonó los pedazos de papel en un plato y Francis Xavier Mendoza derramó sobre ellos su mejor brandy, para prenderles fuego y reducir así la confesión de Basil Yanko a cenizas.



MORRIS WEST. (Melbourne, 1916 - Sydney, 1999) Novelista y dramaturgo australiano. Se educó en un colegio de la Christian Brothers Order (Hermanos de la Doctrina Cristiana), comunidad en la que iba a ingresar, pero que finalmente abandonó antes de jurar los votos solemnes. Estudió Idiomas Modernos y Matemáticas en la Universidad de Melbourne, y en 1939 fue reclutado por el Ejército. En 1943 concluyó su prestación militar y se convirtió en secretario de William Morris Hughes, en ese momento ex Primer Ministro. Posteriormente, trabajó para la radio en el equipo de *The Herald* de Melbourne. Durante diez años fue uno de los propietarios y directivos de The Australasian Radio Productions.

Cuando el negocio hizo bancarrota, se trasladó a Sydney y se dedicó a escribir novelas. Entre sus obras de mayor fama se encuentran: *El abogado del diablo* (1959), ganadora de varios premios literarios, y *Las sandalias del pescador* (1963), que forman una trilogía junto con *El embajador* (1965). Las tres novelas tienen como escenario el Vaticano, y en sus páginas se encuentra un perspicaz análisis de la Iglesia Católica y de su posible acercamiento al hombre común, prescindiendo de su aparato institucional, realizado a través de interesantes estudios psicológicos y con un estilo exento de retórica.

La educación eclesiástica y teológica de Morris West y el conocimiento profundo de la comunidad religiosa en la que se crió le proporcionaron un enfoque amplio y verídico para la ambientación de estas novelas. Los dos primeros libros citados se convirtieron en *best-sellers* mundiales y obtuvieron unas adaptaciones

cinematográficas de gran popularidad. En 1955 Morris West se estableció en Italia, en la ciudad de Sorrento, donde fijó su residencia, excepto en el período de 1956-1958, durante el cual estuvo en Gran Bretaña.

Otras de las obras que conforman su producción son *Una horca en la arena*, de 1956; la versión dramática de *El abogado del diablo* para la escenificación de Dore Schary realizada en Nueva York en 1961; Hija del silencio, de 1961 y su adaptación para el teatro realizada ese mismo año, pero que no apareció publicada hasta 1962; El hereje, de 1969, pieza dramática inspirada en la vida de Giordano Bruno; *El verano del lobo rojo*, de 1971; *El navegante*, de 1976; *Proteo*, de 1979, y por último *Las demandas de Dios*, publicada en 1981.

Notas

[1] Yago es un siniestro personaje de la tragedia *Otelo, el moro de Venecia*, de William Shakespeare. Servidor y confidente de Otelo, le odia y envidia el amor que Desdémona siente por él, su esposo, lo que le llevará a tramar un plan para hacer creer a éste que ella le es infiel con Casio, su lugarteniente. El engaño llegará a ser tan convincente que Otelo acabará sacrificando a su esposa y sólo, cuando ésta se halla a punto de morir, lo descubrirá, desencadenándose así el trágico final.<<

[2] *Junker* hace referencia a la nobleza terrateniente de la antigua Prusia. Establecían como sistema de herencia el mayorazgo, legando al primogénito todas las propiedades, mientras que sus hermanos debían ingresar en la Iglesia o el ejército y las chicas conseguir el mejor matrimonio posible. De este modo, muchas familias consiguieron atesorar propiedades inmensas.<<

[3] *Wirtin*, del alemán. Es el propietario/a de un bar o taberna y corresponde al título de una canción alemana.<<

[4] Saint Pauli es un conocido barrio de Hamburgo. Su calle más famosa, la Reeperbahn, está llena de bares musicales, teatros, *sex-shops*… El barrio es conocido en toda Europa por su ambiente libertino y el comercio sexual, principal motor económico de la zona.<<

[5] El adjetivo *californio* se refiere a los habitantes californianos de origen hispano (españoles y, algunas veces, portugueses o latinoamericanos), que llegaron a California en tiempos de la colonia, cuando ésta formaba parte de Nueva España y, más tarde, de México. En 1848 California fue definitivamente anexionada a los Estados Unidos, tras la guerra que enfrentó a éste país con México.<<

[6] Haikus: Poemas japoneses.<<

[7] Thomas Gold Appleton fue un escritor, artista y mecenas nacido en Boston, Estados Unidos, en 1812. Dada su acomodada posición, dedicó gran parte de su vida a viajar. Es muy conocido entre los lectores anglosajones por sus citas. La que aquí se hace, en inglés original no es otra que: *A Boston man is the east wind made flesh*.<<



[8] *Lacheim* es la transcripción del hebreo de lo que se dice cuando se brinda, que en español sería chin chin.<<

[9] *Slainte*: del gaélico, es una forma de brindar y decir ¡salud!<<

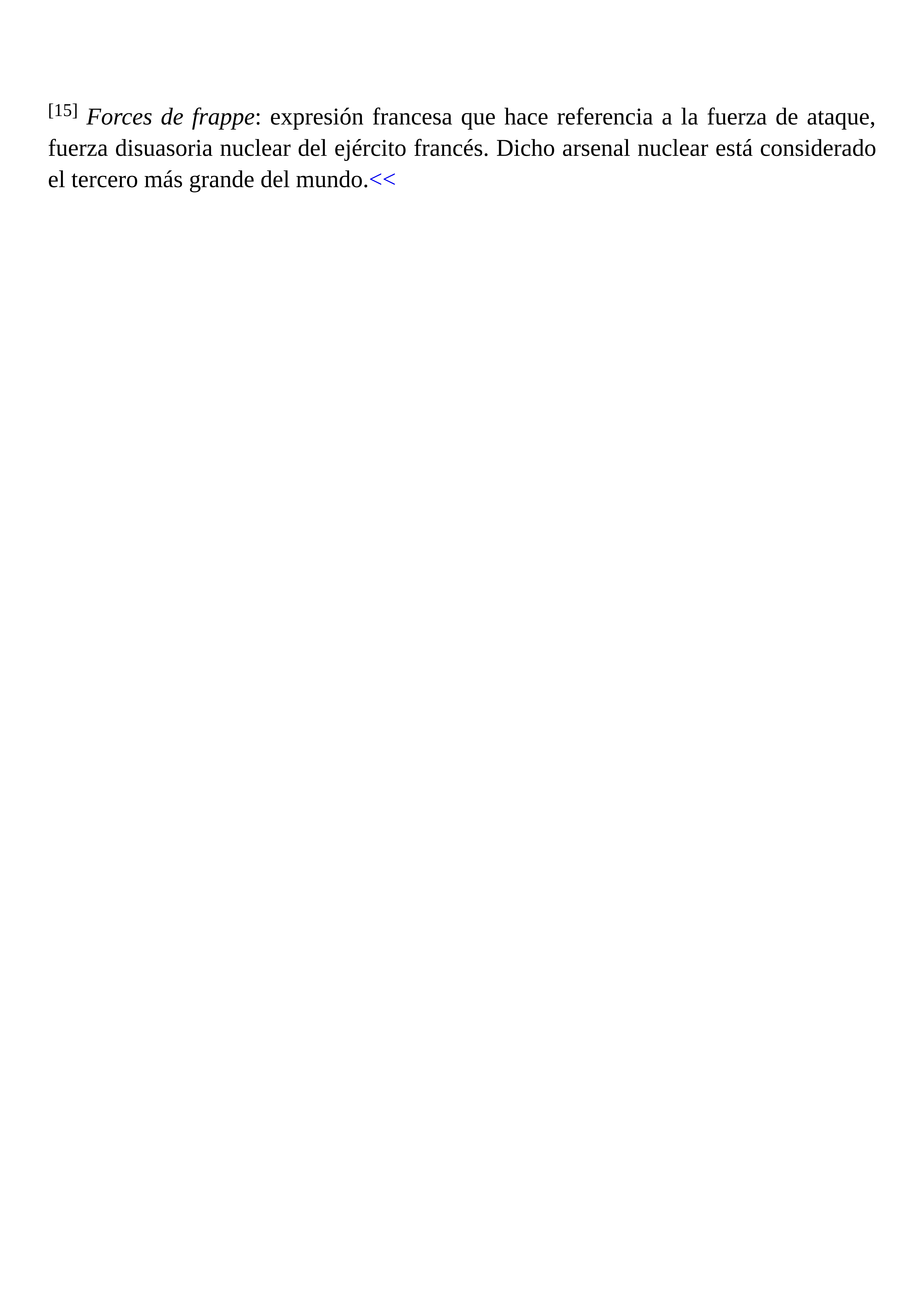
[10] Iván Petróvich Pávlov fue un fisiólogo ruso, nacido en 1849 en Riazán. Fue premio Nobel de medicina en 1904 por sus descubrimientos relativos al funcionamiento del sistema digestivo. La ley del reflejo condicionado fue la que le hizo famoso: comprobó con diversos perros a los que, antes de alimentar, dejaba oír el sonido de una campana, que cuando ésta sonaba empezaban a salivar aunque no hubiese alimento, asociando los animales la comida al sonido de la misma.<<

[11] En el original, *long service leave*. Es un derecho laboral exclusivo de Australia y Nueva Zelanda y, en el caso de algunos funcionarios, se da también en la India. Proviene del pasado colonial de estos países, del concepto de *furlough*, algo así como una especie de derecho de excedencia.<<

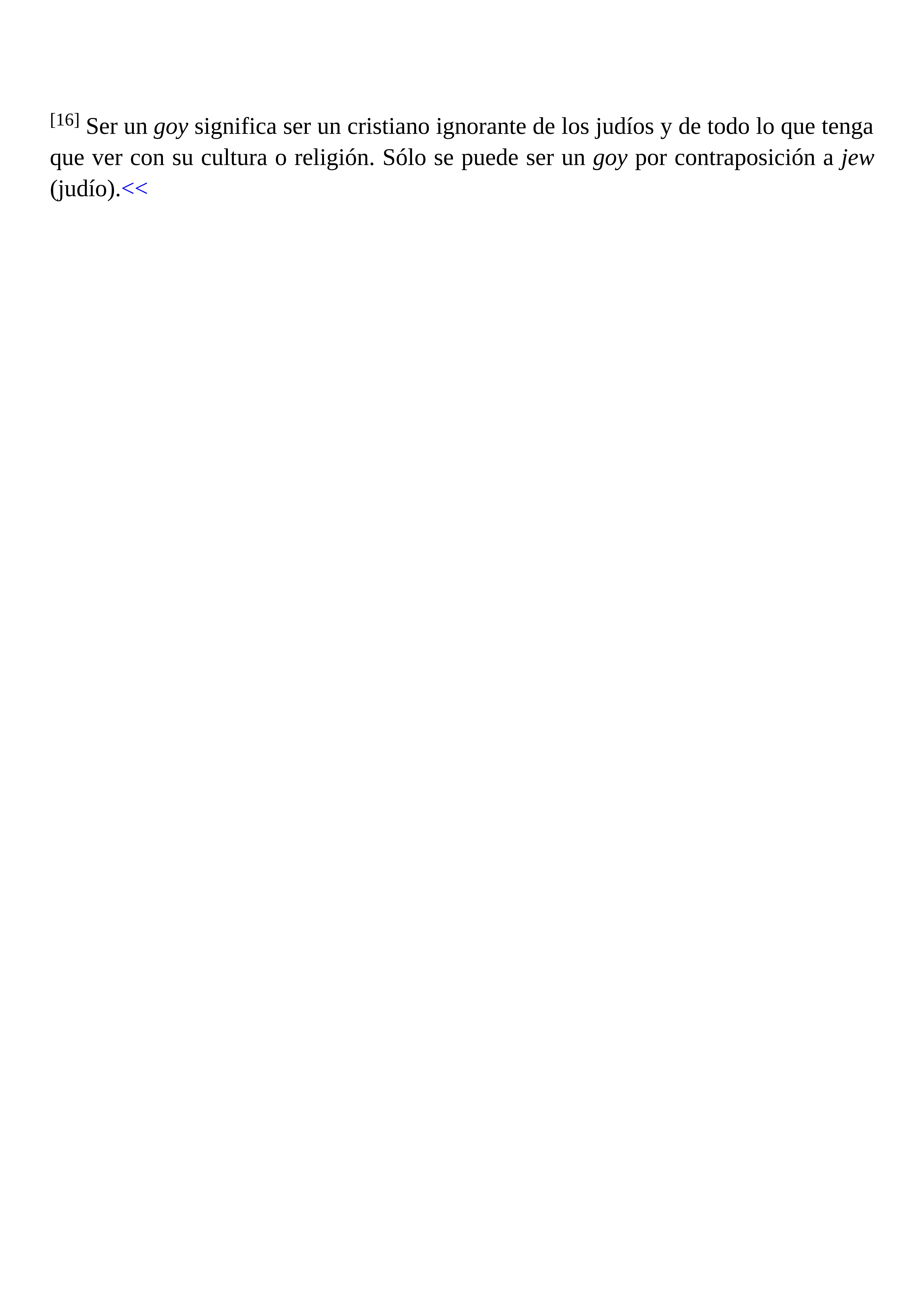
[12] El *gin rummy* (o *gin*) es un sencillo juego de naipes, para dos jugadores, creado por Elwood T. Baker en 1909. Se inventó para hacer un juego más rápido que el *rummy* estándar. El *gin* se juega con una baraja de póquer de cincuenta y dos cartas. <<

[13] Hace referencia a un milagro de Jesús con dos endemoniados de Gadara (Mateo 8, 28-34). Cuando Jesucristo llegó a la ciudad, dos endemoniados le salieron al paso en un cementerio. Cuando le increparon diciéndole que les enviase a una gran piara que pacía muy cerca, Jesucristo lo hizo. Los demonios se apoderaron de la piara, que corrió desbocada y cayó al mar desde un acantilado. Los porqueros regresaron a la ciudad y contaron a sus habitantes lo que había ocurrido. Toda la ciudad salió al encuentro de Jesús para pedirle que abandonara su territorio.<<

[14] El Kenpeitai eran la rama de la policía militar del Ejército Imperial Japonés entre 1881 y 1945. Eran odiados dentro y fuera de Japón, por su brutalidad, especialmente durante la Segunda Guerra Mundial. Al finalizar ésta, dicho cuerpo fue disuelto.<<



[15] *Forces de frappe*: expresión francesa que hace referencia a la fuerza de ataque, fuerza disuasoria nuclear del ejército francés. Dicho arsenal nuclear está considerado el tercero más grande del mundo.<<



[16] Ser un *goy* significa ser un cristiano ignorante de los judíos y de todo lo que tenga que ver con su cultura o religión. Sólo se puede ser un *goy* por contraposición a *jew* (judío).<<

[17] Del inglés *discretionary account*. Se trata de un acuerdo por el cual el poseedor de una cuenta da un poder a otra persona, su operador, para tomar decisiones de compra o venta sin tener que preguntarle. Pueden denominarse también «cuentas administradas» o «controladas.»<<

[18] Se refiere a la Segunda Guerra Mundial: tras el bombardeo de Pearl Harbor, los ciudadanos estadounidenses de origen japonés fueron encerrados en campos de concentración. Los campos existieron entre 1942 y 1945, y a ellos fueron desplazadas unas 120 000 personas, la mayoría en la Costa Oeste. Uno de los más conocidos, que se conserva para la memoria, es el de Manzanar, en California.<<

[19] Del alemán *klumpen*: pelmazo, en referencia a Karl Kruger.<<